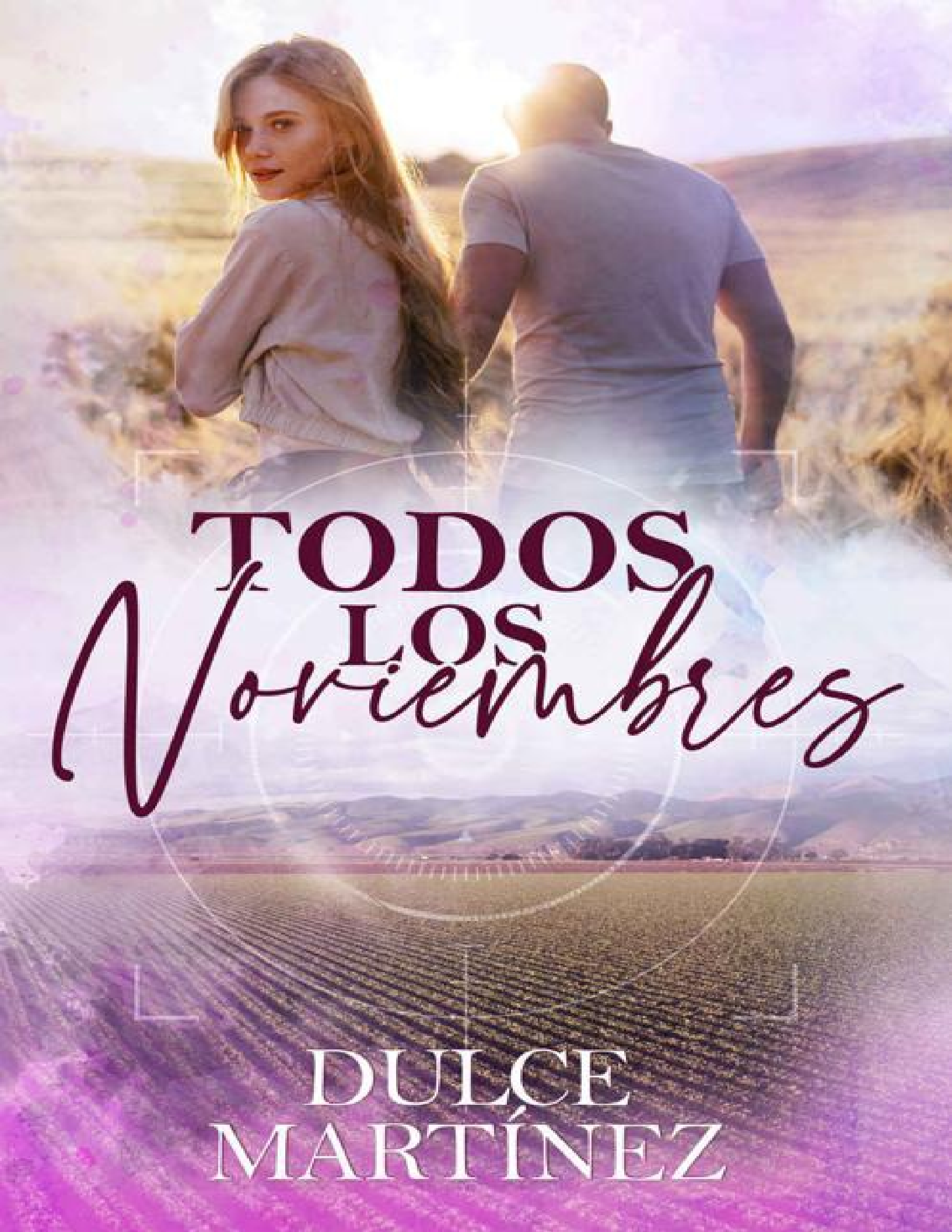

TODOS LOS
Noviembres
DULCE
MARTÍNEZ

TODOS LOS NOVIEMBRES

Los Fandiño nº 1

Dulce Martínez

Índice

Contenido

Índice
TEXTOS LEGALES
1. UXÍA
2. TORRE
3. UXÍA
4. UXÍA
5. TORRE
6. UXÍA
7. TORRE
8. TORRE
9. UXÍA
10. TORRE
11. UXÍA
12. UXÍA
13. TORRE
14. UXÍA
15. UXÍA
16. TORRE
17. UXÍA
18. TORRE
19. UXÍA
20. TORRE
21. TORRE
22. UXÍA
23. TORRE
24.UXÍA
25. TORRE
26. UXÍA
27. TORRE
28. UXÍA
29. TORRE
30. UXÍA
EPÍLOGO UXÍA
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
SIGUIENTE NOVELA EN PREVENTA CON DESCUENTO

TEXTOS LEGALES

Todos los noviembres. Serie Los Fandiño nº 1
Dulce Martínez
ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.
Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

1. UXÍA

Aparco en el arcén de tierra y salgo de manera acelerada de la furgoneta repasando la llamada de mi padre y la conversación de esta tarde con Brais, mi hermano mayor mientras intento encontrar una solución a nuestros problemas con el aire fresco de finales de octubre despeinándome. Subo la cremallera del plumífero hasta la barbilla y, pensándolo mejor, abro de nuevo la puerta del conductor y quito las llaves del contacto antes de cruzar la carretera. La casa de mi padre ya no queda tan alejada del centro de Tomiño como antes y llevan unos días alertando de robos, aunque no creo que a nadie le vaya a interesar llevarse una furgoneta de más de veinte años y que no para de dar problemas.

Al sacar la llave del contacto mi vista se fija en el papel pegado al poste de la luz en el que no había reparado antes. Un cartel con la foto de Amaro en el centro. Arrugo el ceño golpeando la puerta con saña y cruzo por fin la carretera con una ristra de recuerdos bombardeándome la mente. Parece mentira lo rápido que pasa el tiempo. Han pasado ya quince años desde la muerte de Amaro, cinco desde la de mi madre, tres desde que a mi padre le dio el achuchón y casi uno desde que lo dejé con el idiota de mi ex, afortunadamente.

Paso de largo la puerta principal, echo la mano por encima de la puerta metálica lateral y descorro el pestillo. Es la entrada que da directa a la pequeña finca trasera y que siempre usábamos cuando vivíamos en casa porque por las escaleras exteriores se llega directamente a la cocina, que es donde estoy segura que estará mi padre. Desde que murió mi madre no usa el salón más que cuando tiene visita. Me sorprende escuchar unos murmullos y al seguir subiendo descubro a mi padre fumando un cigarrillo a la vez que conversa con Rollano en la balconada.

—¡Papá! —exclamo apretando el paso—. ¡Sabes que no puedes!

Mi padre levanta los hombros con completa indiferencia, da una última calada y apaga el cigarrillo contra un azulejo mientras el otro le da un codazo entre risas.

—Parece que se han invertido las tornas, Eduardo. Yo mejor me voy antes de que me salpique.

Me aguanto las ganas de decirle lo que pienso, porque sé que ese cigarrillo se lo ha dado él. Enarco una ceja y él me devuelve una carcajada mientras nos cruzamos al borde de las escaleras.

Con todas las visitas oficiales que ese hombre, antiguo cabo de la guardia civil, ha realizado preguntando por mi hermano y, sobre todo, por mi primo, todavía me sorprende verlo por casa y que solo sea para pasar el rato con mi padre cuando las han tenido de todos los colores por todos los líos en los que se han metido los dos mayores. Supongo que se sienten solos. Ambos se han quedado viudos y jubilados casi a la vez. Y de mis hermanos, el único que aún vive en casa pasa más tiempo en Santiago de Compostela que aquí.

Me cruzo de brazos y lo observo poniendo mala cara hasta que una ráfaga de viento hace que tenga que quitarme el pelo castaño y lacio de la cara y mi padre aprovecha ese instante para pillarme la delantera abriendo la puerta y apartando la mosquitera.

—Anda, deja de poner esa cara y vamos para adentro, que lo que tengo que decirte tampoco te va a gustar.

—¿Menos que verte fumar a escondidas después de que te hayan hecho un bypass?

—Por cómo te pones cada vez que intento meter baza en la finca, imagino que parecido.

Ni le respondo mientras lo sigo al interior de la cocina. Hemos tenido esa misma discusión, al menos, una vez al mes. Tanto la del tabaco como la otra. Además, cuando se aproximan los meses de mayor actividad la frecuencia se dispara y los dos sabemos que no se debe alterar tanto por su propio bien. Por eso Brais y yo nos hemos hecho cargo de la explotación frutícola a la que mi padre continúa llamando «la finca» como si se refiriese a la pequeña huerta de casa y no de dos grandes parcelas que producen en conjunto más de doscientas cincuenta toneladas de kiwi de la variedad Hayward.

Mi padre está preocupado y yo también, aunque intento que no lo note. Hace dos años tuvimos problemas que todavía arrastramos debido a una variante de un hongo que infectó gran parte de la finca del oeste reduciendo la producción y obligando a talar algunas de las plantas más dañadas. Eso ha significado menores ingresos y gastos extras que se suman al dinero que nos queda por pagar de las últimas actualizaciones para intentar ser más competitivos mientras que nuestro principal competidor y presidente de la cooperativa no deja de presionar a mi padre para que venda.

Alargo el pie y saco un taburete de debajo de la mesa, pero mi padre sigue de largo hasta la otra puerta, sale al pasillo y entra al salón. Resoplo hacia arriba removiendo el flequillo lateral con el aire que suelto, segura de que se avecina otro intenso debate sobre aceptar la oferta de compra de Rocha o la del préstamo de Lino cuando sabe que estoy en contra de ambas.

Al menos, hasta que pase la cosecha y sepamos cómo nos ha ido.

—Disculpa la tardanza, que ha llegado mi hija la mayor…

Parpadeo varias veces seguidas, sorprendida al descubrir que existe una tercera opción para que me lleve hasta el salón hasta que me asalta la sospecha de una encerrona. Mi padre ha sido muy claro durante su llamada, haciéndome conducir en dirección a su casa y saltarme la clase de aquagym: había tomado una decisión importante para «la finca» tras nuestra conversación del día anterior, en la que lo dejé plantado en mitad de la cocina la tercera vez que insistió en reunirnos con Pedro Rocha y su hijo.

—Ya me parecía que ese cigarro se estaba alargando demasiado.

Me detengo en el hueco de la puerta al escuchar la respuesta desenfadada y la risa de mi padre a continuación. Estoy más que segura de no reconocer la voz masculina y raspada que proviene del interior. Echo un vistazo y me lo encuentro observándome con atención sentado en el centro del tresillo castaño. No tengo ni idea de quién es, pero no es alguien a quien conozca.

El desconocido no parece alto. En todo caso, no creo que mida más de un metro ochenta, así que no me llevará más de diez centímetros. Se ve corpulento, aunque no en exceso, con la piel ligeramente bronceada, el cabello castaño muy oscuro peinado de punta hacia atrás y barba de un par de días.

Quién le diera al hijo mayor de los Rocha estar la mitad de bueno que este.

Los vaqueros rotos se le ajustan a la perfección en los muslos, el jersey negro de punto se ciñe a los bíceps moldeados destacando la forma trabajada de sus hombros. Tengo que resistir el impulso de apartar la vista de sus ojos oscuros. La sonrisa ladeada que me dirige avisa del peligro.

—No te quedes ahí de pasmarote, hija, y cierra.

La voz de mi padre me saca del ensimismamiento y cierro la puerta del salón tras de mí. La mirada inquisitiva que me dirige el hombre me ha hecho entrar en calor de golpe y, por un momento deseo estar en uno de los locales del centro en vez del salón de mi casa familiar, para poder ahogar esta sensación en un cóctel bien cargado con el que refrescarme.

Mi padre se deja caer con cansancio a la derecha del desconocido y yo hago lo mismo en el sillón contiguo al suyo, intentando dejar la máxima distancia entre nosotros. Como si eso fuese a servir de algo para calmarme.

—El otro día dijiste que necesitabas un par de manos extra. Que se te habían caído dos chavales.

Sacudo la mano en el aire, espantando sus palabras a la vez que le respondo.

—Queda tiempo de sobra para encontrar sustitutos, papá. Estamos a jueves y la recogida no empieza hasta el lunes. Son casi dos semanas.

Con una expresión que le he visto mil veces en la cara, Eduardo Fandiño se echa hacia adelante con un brillo travieso en la mirada.

—Como sé que eso significa que no has encontrado sustitutos, igual me das las gracias por haberte conseguido a uno por si toca adelantar la recogida. —Abro la boca para protestar, pero él remueve los dedos en el aire de la misma manera y sé que ignorará cualquier réplica—. Ya me he comprometido, no querrás dejar quedar mal a tu padre.

Le devuelvo una mueca con la que le dejo claro que lo haría si supiera que serviría para algo y miro de soslayo al otro hombre, que nos observa con una pizca de diversión en sus ojos casi negros. No puedo definir por qué, pero me cuesta mucho creer que ese hombre se haya plantado en el salón de la casa de mis padres solo para acabar recogiendo kiwis.

—Si quiere apuntarse, que se pase el lunes y le dé los datos a Brais.

—Yo había pensado que podía empezar ya. De hecho, ya he hablado con tu hermano para que cuente con él para ir a la finca de la Boullada mañana a primera hora.

«¿Ese tío es un temporero que recoge kiwis y ayuda con el mantenimiento? Y una leche».

Tuerzo el cuello lo suficiente para verlo de frente y lo recorro con más detenimiento. Tiene dos pequeñas cicatrices en la base de la mandíbula y una ligera protuberancia en la nariz, como de habérsela roto. Me dedica una sonrisa educada, pero sus ojos parecen estar a punto de devorarme entera. La mano que extiende hacia mí muestra una fina línea blanca que le atraviesa la palma y se esconde por el interior de la manga.

No tengo ni idea de quién es, pero tiene mucha más pinta de haber participado activamente en peleas clandestinas que en ningún sector de la agricultura, y pienso con molestia que se trata de otro treintañero aburrido más de ciudad que decide probar la «bucólica vida del campo» antes de darse cuenta de que no tiene nada que ver con él y largarse de nuevo a su antigua vida.

Y, por lo que sea, mi padre está contribuyendo a que me toque aguantarlo a mí.

—¿Y tú eres…? —pregunto levantándome del sillón para irme.

—Sergio —responde irguiéndose a su vez. La mano otra vez extendida ante mí—. Aunque me llaman Torre.

«Torre». Lo pronuncio despacio mentalmente mientras asiento sintiendo su mirada embriagadora sobre mí. Bajo la vista hasta su mano en un parpadeo y levanto el mentón en su dirección antes de estrechársela intentando no mostrar nada más que profesionalidad e indiferencia. Apenas rozo su palma curtida un hormigueo se desplaza a toda velocidad desde la punta de mis dedos hasta la columna vertebral y trago saliva con dificultad esforzándome por devolverle el apretón sin quedar en evidencia. En mis treinta y un años de vida no me acuerdo haber sentido un magnetismo así, salvaje e intenso. Y si sucedió, tuvo que ser hace demasiado porque soy incapaz de recordarlo. En todo caso, sería mucho antes del imbécil de Luís, que nunca había sido capaz de alterarme en el buen sentido.

El carraspeo lejano de mi padre interrumpe mis pensamientos.

—Entonces qué, hija. ¿Llamo a Brais, se lo dices tú o lo volvemos a *dialogar* durante una hora?

Respondo afirmativamente sin entusiasmo y me hago a un lado mientras los dos intercambian un par de frases más. y un nuevo escalofrío me recorre el cuerpo cuando el dorso de su mano roza la mía de manera casual poco después en lo que califico de inmediato como todo un problema. Soy buena ocultando mis emociones, lo llevo haciendo desde que mi madre murió y prefiero que me consideren fría o distante a vulnerable. Además, ayuda que el mal carácter de los Fandiño sea algo considerado de sabiduría popular entre los vecinos de Aselas, la parroquia en la que me he criado, y que el rumor haya llegado hasta el centro del ayuntamiento de Tomiño, porque de normal cualquiera que quiera trabajar para nosotros me trata con una distancia que agradezco.

Sin embargo, en ese momento, y por el brillo descarado de su mirada me da la sensación de que es consciente de que mi cuerpo ha reaccionado ante ese leve contacto y lo maldigo para mis adentros antes de soltar un gruñido en dirección a mi padre y salir de mi antigua casa familiar como si alguien me persiguiese.

2. TORRE

Coloco las dos manos tras la espalda y la flexiono hasta hacerla quejarse y crujir en respuesta. Hasta hace tan solo un día todo mi conocimiento sobre la agricultura en Galicia era que abundaban los minifundios, en contraposición a los latifundios típicos de otras comunidades, y que eso resultaba menos productivo. Es algo que me suena haber dado en el colegio. Pero eso era hasta ayer, porque después de recorrer más de la mitad de una finca de unas seis hectáreas lo veo de otra manera.

Me he pasado toda la mañana aprendiendo las labores de mantenimiento ínsitas a una gran explotación de kiwi en el Baixo Miño cuando se suponía que tendría que estar ultimando mi trabajo en las oficinas y a punto de tomar un avión rumbo a Valencia para poder pasar unos días de vacaciones con mi familia, ya que no estaré en navidades, pero el accidente de Joana lo ha fastidiado.

Así que, en vez de estar revisando papeleo frente a un ordenador con cara de aburrido, llevo toda la mañana pegado a Brais Fandiño aprendiendo lo que me ha querido enseñar y dándome cuenta de que las deportivas no son adecuadas para este trabajo porque, aunque no ha caído ni una gota, la humedad ha traspasado hasta los calcetines con demasiada facilidad y todavía nos quedan varias horas más en el campo.

Brais se baja de la vieja C15 blanca sin molestarse en cerrar la puerta de la furgoneta y lo imito adentrándome en la larga plantación de kiwis. Se trata de un mar de hojas verde intenso que se extiende a lo largo de cientos de metros de manera continuada, atados a unos postes que hacen que, entre el tronco retorcido y las ramas, cada una de las plantas parezca adoptar la forma de una T que nos sobrevuelan, aunque él debe esquivar los frutos peludos que cuelgan en varias ocasiones.

Estamos revisando las sujeciones de algunas de las ramas, porque al parecer han cambiado el sistema de amarre hace poco debido al empeño de Uxía y él no las tiene todas consigo. Mi acompañante es callado, desde luego mucho más que Eduardo, su padre, al que se parece bastante en el físico, con la frente alta y una barbilla marcada. Es más alto que yo, rondando el metro noventa, con los hombros cargados, los brazos fuertes y las manos anchas de quien acostumbra a trabajar duro con ellas. Y un brillo acerado en la mirada muy similar al de su hermana, aunque con él no he tenido ningún problema al estrecharle la mano.

Le veo levantar algunas hojas, toquetear parte de la estructura y colocar una nueva goma a la vez que refunfuña algo que no puedo entender, pero no le pido que me lo repita si no que me aparto y echo un vistazo al paisaje que se extiende al otro lado. Otro mar de hojas verdes casi sin interrupciones de tierra libre. Escucho sus pasos sobre la hierba y lo sigo sin preguntar porque, por el momento, solo intento que se acostumbre a mí lo suficiente como para dejar de verme como a un extraño.

Por eso le he dejado hablar durante casi media hora de los sistemas de sujeción e irrigación de las plantas y la diferencia con los medios que empleaban cuando él se unió a la empresa nada más terminar el ciclo con mi mejor cara de interés e interviniendo cuando ha sido necesario, aunque en este punto no me interese ni me valga para nada. Pero por algún lado tengo que comenzar. Así que levanto los hombros, meto las manos en la cazadora y apuro el paso hasta

alcanzarlo.

—Deberías traer otro calzado —dice poniendo las manos a modo de visera con la vista fija en un punto—. Vas a joder unos tenis de cien pavos para nada, porque los pies se te tienen que estar calando.

—O traía esto o unas botas militares.

Arruga el ceño alza la ceja y se detiene repasándome en un segundo, antes de continuar su camino, alejándonos cada vez más de la furgoneta.

—Prueba en la de Higinio. Deberían tener unas botas de agua de tu talla al menos.

Asiento intentando hacer memoria de a qué tienda se refiere mientras nos acercamos al final de la finca y veo qué es lo que le ha llamado la atención. Hay un hueco en la valla al nivel del suelo. No es muy grande, pero imagino que lo suficiente como para que se cuele un pequeño animal. Toca los bordes del metal, lo examina y me dice que espere allí mientras recoge algo de la furgoneta. Aprovecho para dar unos pasos por donde se ve más tierra que hierba y desentumecerme al tibio sol.

Poco después regresa con una caja de herramientas en una mano y unas maderas en la otra, pero en cuanto doy un paso en su dirección me hace una seña de que no hace falta. Mantengo el tipo y continúo acercándome sin saber qué decir que pueda ayudar a romper el hielo. Estoy allí por una sola razón, no me sobra el tiempo, así que cuanto antes pueda empezar, mejor. Y llevarme bien con la gente del lugar me lo pondrá todo mucho más fácil para cumplir con mi trabajo.

De repente, algo al otro lado de la reja despierta mi curiosidad, esquivo a Brais y avanzo unos cuantos metros más con la vista en el ancho camino de tierra que discurre a unos metros del límite y que está desprovisto de maleza, y en uno de los senderos que se le une en paralelo.

—¿Qué es aquello? —pregunto señalando con la barbilla.

Levanta la cabeza con los ojos moviéndose con rapidez volviendo a su trabajo con el labio fruncido.

—Un cortafuegos, Torre. Es algo muy común en el monte. Sirve como camino de paso y para parar el fuego… ¿De verdad que quieres dedicarte a esto? —señala con tono amargo— Pensaba que…

—No, hombre. Aquello de allí.

Brais sigue la dirección de mi dedo, chasquea la lengua y golpea los maderos con el puño comprobando el aguante.

—Es un pozo —gruñe —. Por estos montes hay mucha agua. No tiene nada que ver con nuestra finca, está al otro lado de la valla.

Asiento y lo vuelvo a mirar. Una estructura mezcla de piedra natural y ladrillo con una chapa metálica por encima. No me hace falta verlo para saber que está cerrada con un candado o algún otro sistema de seguridad. En la base de la roca hay algo de colores que no alcanzo a apreciar, aunque estoy bastante seguro de qué se trata, porque no es la primera vez que veo esta finca, los kiwis, a los Fandiño ni ese pozo natural excavado en la roca, aunque sí la primera que lo hago en persona. En todo caso, ha llegado demasiado pronto.

Estoy a punto de preguntar algo más, de indagar, de conseguir un poco de información, pero cambio de idea al ver su cara.

—¿Sabes qué? —digo con despreocupación, cambiando de tema como si nada—. Hasta hace muy poco pensaba que los kiwis venían de Australia.

El hombre se pasa el antebrazo por el pelo castaño, apartándolo de la frente a la vez que relaja la expresión con algo que está entre un gruñido y una carcajada.

—Si te refieres como origen, provienen de China. Si es por los del supermercado, muchos son de aquí. Bueno —se incorpora y se pasa las manos por las perneras sacudiendo la tierra antes de hacerme una indicación con la cabeza—, no de esta finca. De Galicia, en general, y de esta zona en particular. ¿No has estado con mi hermana?

—¿Con Uxía? Ayer. ¿Qué tiene que ver?

—Es que le encanta dar ponencias sobre la producción de kiwis a cualquier incauto que no sepa del tema —responde pasándome la caja de herramientas que pesa más de lo esperado—. Me sorprende que no te haya salido con los «porcentajes de la cuota de mercado» o que uno de cada cuatro kiwis del supermercado es gallego o cosas así, porque le falta tiempo para soltarlo.

—Coincidimos muy poco rato. —Dejo los materiales en el maletero y decido probar suerte—. Además, me pareció más interesada en tirarme algo a la cabeza para no tener que aguantarme por aquí que en darme conversación.

La carcajada que le sale a mi compañero suena sincera y natural y yo también me uno a las risas. Brais da dos golpes en el lateral de la furgoneta antes de arrancar como aviso para que me apure, pero al entrar el brillo en su mirada me dice que lo he conseguido: la respuesta le ha gustado, se siente cómodo conmigo y eso me va a facilitar mi trabajo.

Después de todo, mi superior me lo ha dejado muy claro. Salvo milagro, solo tengo treinta días para conseguir algún dato, alguna información, cualquier cosa que nos permita tirar del hilo.

***

Poco después de bajarme de la furgoneta y darme una ducha rápida en un hostal que ha conocido tiempos mejores, decido hacer caso de los consejos recibidos en la finca y salgo a la calle de nuevo. Todavía no son las siete, y aunque ya está atardeciendo y me duele todo el cuerpo, debo aprovechar el tiempo.

El hostal queda en una carretera comarcal que se cruza con la calle principal de Aselas que, según el informe, se trata de una parroquia de menos de mil habitantes perteneciente a Tomiño. Decido dar un rodeo para hacerme a la idea ya que la tienda a la que voy queda apenas a treinta metros de donde me alojo. No tardo mucho en recorrer la zona principal. Aunque no cuenta con demasiados servicios, por lo visto entre esas dos calles Aselas tiene al menos el hostal en el que me hospedo, una tapería, un centro social, un estanco que parece un pequeño ultramarinos, tres bares de los cuales solo uno de ellos sirve bocadillos y otro pone copas hasta tarde, una droguería, un banco con cajero automático, una tienda de ropa de aspecto juvenil, y la de Higinio, que es donde me detengo.

El cartel de fuera no concuerda con el nombre que Brais me ha dado, pero sé que se trata de esa porque es la única que tiene material para el campo y para los animales. Hay dos hombres conversando en medio de la acera y que me observan sin reparos cuando se dan cuenta que quiero esquivarlos para entrar. Tampoco se apartan, pero uno le da un codazo al otro al verme pasar así que los saludo sin mucho afán.

Detrás de la barra el que imagino que es Higinio discute animadamente con varios parroquianos que sueltan gritos y carcajadas por igual, así que me coloco tras ellos y echo un vistazo a las estanterías que más cerca me quedan. No veo nada que me sirva. Tienen semillas para más tipos de lechugas de los que he comido, unos botes blancos pequeños que parecen ser veneno para algún tipo de plaga, unos tubos alargados con el dibujo de un topo y unas cizallas. Ni rastro de lo que estoy buscando, de lo cual me alegro. Y más cuando veo que el hombre que está tras el mostrador no para de charlar con uno y con otro, más preocupado por la conversación que por el negocio.

Higinio, mi tendero favorito, tiene pinta de enterarse de todo. Y tiene la edad correcta, porque parece a punto de jubilarse, así que debe llevar allí detrás el tiempo suficiente como para saber cualquier cosa sucedida en Asela en, digamos, los últimos treinta años. Si me paso varias veces a comprar en una semana seremos «casi amigos» y estará encantado de conversar conmigo. Sobre todo, si me ve dispuesto a escuchar cualquier batallita. La cabeza de Higinio se asoma por la derecha y hace contacto visual directamente conmigo.

—¿Tú qué querías? Si estás buscando lo de los peregrinos es…

—Unas botas de agua del número 44. Las necesito cuanto antes. Brais me dijo que las comprase aquí.

El tenderlo levanta una ceja examinándome sin pudor y yo sonrío de vuelta.

—¿Fandiño? —Asiento mientras su ceja sube más—. No creo que tenga tanta prisa. La recogida no empieza hasta el primer lunes de noviembre.

—Sí, pero ya estamos con mantenimiento. He ido en deportivas a la finca que está en… ¿Boullada? He acabado con los pies empapados.

En cuanto pronuncio el nombre de la finca su expresión se relaja, la ceja desciende y me hace un gesto para que siga esperando mientras termina de cobrar al que tengo delante. Unos minutos después sale y llega con tres pares de botas plásticas verdes de alturas diferentes que pone de pie ante el mostrador y me acerco.

—¿Cuáles me recomienda?

Una mujer que está revolviendo en las estanterías de las semillas me señala las primeras por la izquierda con cara de saber de lo que habla y decido hacerle caso ante la mirada expectante de Higinio, que se mesa el bigote con la izquierda y se acerca a la registradora para cobrar.

Saco un billete de cincuenta de la cartera y me aproximo dos pasos para poder dárselo cuando reparo en unos papeles que hay a la derecha del mostrador, casi frente a la máquina registradora.

—¿Esto para qué es? —El tendero se pinza el bigote con una mano y me quita el billete con la otra, así que vuelvo a sonreír—. ¿Es por lo del cambio de hora? Porque yo también estoy en contra, así que si me das un boli yo firmo.

—Es para la gente de aquí —responde huraño dejando el cambio ante mí—. Cosas nuestras.

—Están recogiendo firmas para que traigan un médico nuevo —me informa la señora de antes dejando un par de botes en el mostrador—. Quieren que quiten a una que no está nunca y pongan a un médico que nos atienda.

—Una tontería, es lo que es —replica uno de los hombres que está a punto de salir—. Como si fueran a hacer caso por cuatro papeles. Si nunca hacen nada.

—¡Si no os quejáis qué caso van a hacer!

La discusión no llega a mucho más, pero aprovecho para integrarme dándole la razón a unos y a otros a la vez de la manera más natural posible hasta que salgo de la tienda charlando tranquilamente con la mujer, que me cambia por uno de los sigue fuera esperando desde que entré.

En vez de regresar directamente, decido repetir el camino a la inversa, aunque callejeando un poco más, deteniéndome ante un par de escaparates para hacer tiempo caminando hasta el comienzo de la calle principal y durante un momento me planteo tomar la bifurcación que baja al río, pero lo descarto. Hace fresco y está oscuro. No me serviría de nada. De regreso al hostal entro en el bar en el que se escucha más jaleo y un vistazo rápido me basta para descubrir que no

reconozco ninguna de las caras, pero aprovecho para pedir comida para llevar.

Me dejo caer en la cama gemela de la derecha, la que está más próxima a la ventana, poso la bolsa con la comida sobre una mesilla de noche que ha visto tiempos mejores y saco el portátil y la carpeta de la mochila que tengo bajo la cama. La habitación es un desastre, pero he estado en otras mucho peores. Aun así, el gotelé, los cuadros de flores de la pared y el estampado de las cortinas evocan a la serie *Cuéntame*. Enciendo el ordenador, me estiro y lo poso sobre los muslos a la vez que echo mano del bocadillo de lomo asado casero y las patatas fritas.

Estoy agotado y mi cuerpo se queja, pero tengo trabajo así que resoplo pensando en lo que me queda por delante y le meto un bocado al bocadillo, que sabe mucho mejor de lo esperado. Hasta que no he devorado la mitad no abro el expediente por la página de la finca grande de los Fandiño y me recuesto en el cabecero mientras releo una vez más los datos.

3. UXÍA

Repico el índice con impaciencia sobre la barra del Verssus rodeada de gente intentando pedir antes de que entre mi hermana, pero al otro lado está el camarero ignorándome conversando con varios de los habituales mientras vacía el lavavajillas.

Estoy cansada, es tarde y no me hubiese movido del sofá si hubiera tenido otra opción, pero Iria también está teniendo una semana complicada y me ha pedido quedar para tomar algo, charlar, desconectar, y me ha resultado imposible decirle que no después de todas las molestias que se tomó para acompañarme a las reuniones con los bancos en Tui el viernes por la mañana, así que me he unido a la cena en el Trece Tapas con su amiga Sara. Y, aunque estaba segura que sería la primera en despedirme, es su amiga la primera en irse después de recibir un bombardeo de llamadas de su novio, que es tan imbécil como mi ex, solo que ella actúa como si no le importara.

Sacudo la mano por encima de la cabeza llamando la atención de mi hermana pequeña, que se aproxima con agilidad hasta el final de la barra abriéndose el abrigo de paño color camel a la vez que me señala hacia dentro de la barra.

—¿Y mi cerveza? —refunfuño por respuesta y ella aprieta los labios para disimular su sonrisa—. ¿En serio?

Como si nada, Iria levanta el brazo hacia el camarero con una amplia sonrisa en el rostro y el otro se acerca por arte de magia, encantado de atenderla porque ella siempre ha sido capaz de camelarse a todo el mundo controlando el mismo mal genio familiar que guarda para cuando le hace falta. Como en los juzgados, cuando alguien se le intenta subir a las barbas. O en casa, haciendo valer su opinión desde niña por encima de la de Brais y la mía, aunque le llevemos cinco y tres años respectivamente.

—No tienes buena cara —menciona ahuecándose el pelo bajo la nuca—. ¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo más con las fincas?

Abro la boca dispuesta a soltarlo todo, pero me detengo al ver la línea oscura bajo sus ojos que muestran un cansancio que Iria se empeña en ocultar y decido no cargarla con más preocupaciones del trabajo cuando ella casi nunca comparte las suyas.

Hasta en eso somos distintas. Las plantaciones han sido el motor familiar de nuestra vida desde que recuerdo y Brais y yo siempre hemos querido formar parte, continuar con el legado que mi padre comenzó hace casi cuarenta años como uno de los pioneros del Baixo Miño que no dudó en introducir el cultivo del kiwi para intentar sacar adelante la economía familiar que en ese momento era muy precaria, a pesar de que mi abuelo se oponía.

Acompañar a mi padre a negociar los precios, participar en la recolección desde niña, aprender el funcionamiento interno del negocio o estudiar algo con lo que poder ayudar a mejorarlo y resultar más competitivos siempre ha sido algo que ha estado ahí para mí. Algo fundamental, un motor en mi vida. Pero eso no es así para Iria.

Nunca ha estado interesada en el negocio, ni lo más mínimo, y sin embargo siempre está ahí para echar una mano, aunque odie las tareas del campo. Por eso no dudó en pedir a un compañero que la cubriese la mañana anterior para poder acompañarme para renegociar las líneas de crédito y ver otras opciones, porque sabe que Brais y yo necesitamos todas las manos

disponibles para asegurarnos que el negocio puede seguir adelante y que contamos con el dinero suficiente llegado el caso para evitar las inferencias de la competencia.

Es la mejor hermana que podría tener, por eso cuando el camarero se acerca con un botellín de Estrella Galicia, un Nestea y un cuenco con frutos secos y golosinas, me limito a extender un billete de diez euros encogiéndome de hombros y soltando lo primero que viene a mi mente.

—Brais se ha traído al nuevo a la comida familiar. Al que papá me obligó a contratar, aunque tiene pinta de no diferenciar una planta de kiwi de una vid a menos de cinco metros. Aunque le colgasen las uvas. ¿Sabes quién te digo? —Me sirvo parte de la bebida en el tubo esperando por mi vuelta—. Igual así se pensaba que no se notaba que no estabais ni Xian ni tú.

Me dio un manotazo antes de propinar un buen trago a morro dejando los ojos en blanco.

—¡Pero si aún le duraba la toña! Casi no se le entendía la excusa en el audio. Me ha traído unos recuerdos de mi etapa universitaria en Santiago…

Me cuesta creerlo, porque a los veinticinco Iria ya había terminado la carrera, se había sacado el master y estaba trabajando como pasante en un despacho mientras que Xian no ha terminado Químicas ni tiene prisa por hacerlo.

Doy un trago a la bebida echando un vistazo en derredor por si ha quedado alguna mesa libre, señalo la del fondo y ella niega con vehemencia.

—Es la única que hay libre, sé razonable.

—No pienso sentarme al lado de los dardos para que nos claven uno. Si está vacía es por algo. Mejor vamos arriba.

Ninguna de las dos nos movemos de nuestro espacio junto a la barra porque en ese momento bajan varias personas y las escaleras no son lo suficientemente espaciosas para que pasemos a la vez. Guardo el monedero en la bandolera y agarro las consumiciones a la vez que la empujo para que se mueva del sitio e intentar conseguir la mesa que ha podido quedar libre cuando me suelta.

—¡Oye! ¿Está bueno?

—¿Quién?

—El tío ese del que no paras de hablar. El nuevo.

—¿Qué dices? Deberías pasarte al agua si con medio botellín te pones así.

Iria se detiene en medio de las escaleras y me mira con toda la intención antes de usar ese tono de marisabidilla que sabe que odio que emplee conmigo.

—Lo has visto dos veces en tres días y monopolizó la conversación que tuvimos en la cafetería.

—Es porque hay algo que se me está escapando —respondo con tanta seriedad como puedo—. Ese no ha ido al campo en su vida. Es un cretino y no me fío. Anda, tira.

Apoyo la mano en el centro de su espalda haciendo fuerza para que se vuelva y siga subiendo unos pocos peldaños más. Lo que he dicho es cierto, no entiendo qué hace ese hombre trabajando en nuestra finca bajo el amparo de mi padre, que se ha dedicado a esquivar mis preguntas sin disimulo y eso me hace cuestionarme sus motivos.

También hay algo más. Algo que no tengo pensado confesar ante Iria, al menos de momento porque la conozco de sobra y sé que lo acabaría usando en mi contra o diciéndoselo al resto de mis hermanos.

Torre me pone de los nervios y creo que soy la única de los Fandiño a la que le sucede.

Me he pasado la mitad de la tradicional comida familiar de los sábados con los ojos en el plato y en silencio escuchándolo bromear con mi hermano y mi padre. Hasta mi primo Kevin se

ha unido al cachondeo en más de una ocasión cuando lleva siendo un gruñón insoportable desde hace meses. Al parecer, Brais y Torre han hecho tan buenas migas que se lo ha llevado esta mañana a las fincas a pesar de ser sábado y, para que no comiese solo en el hostal, se lo ha traído a casa con todo el mundo encantado.

Me resulta molesto verlo integrándose tan fácilmente con mi familia. Me chirría esa gran disposición, incluyendo ahora los fines de semana, como si unirse a Kiwis Fandiño fuese la nueva máxima en su vida. Y no me aguanto a mí misma por sentir cómo me suben unos calores a la tercera vez que me pilla mirándolo de reojo. Así que, a diferencia de otras veces, he sido la primera en levantarme tras beberme de un trago el café porque no soportaba más la intensidad de esos ojos negros retándome desde el otro lado de la mesa de la cocina.

Largarme no ha servido de nada porque su imagen guiñándome un ojo tras tropezar con mi pie bajo la mesa una vez más me ha perseguido la mayor parte de la tarde distrayéndome de una tan manera exasperante que apenas he logrado avanzar las tareas pendientes. Los meses que rodean la recogida son los que tienen más carga de trabajo al año, ya que a las labores habituales se suman las específicas de esos meses que abarcan desde la contratación de los temporeros suficientes para cumplir con los plazos hasta la poda de las plantas una vez finalizado. Y por si no es suficiente con la tensión de los problemas económicos, se suma una previsión del tiempo desfavorable que puede implicar tener que adelantarlo todo.

Y ese hombre ha venido hasta Aselas solo para crisparme exhibiendo ese descaro y esa confianza en sí mismo en *mi* cocina. Así que intentado exorcizarlo de mi mente le meto otro empentón a mi hermana, que pone cara de suficiencia antes de volverse y subir otro escalón.

—Todos los años se apunta alguno nuevo, no es la primera vez que papá os encasqueta a algún inútil por hacerle un favor a alguien, pero sí que hacía mucho que no hablabas así de ningún hombre. ¿Tienes una foto o le pido a Brais que me lo enseñe?

Mi mano se enerva en la parte baja de su espalda. La veo curvar los labios y contraataco.

—¿Y al abogado ese con el que te liaste en el archivo del despacho lo has vuelto a ver?

—No estás atenta. Era el informático y no lo he vuelto a ver porque han contratado a otra empresa. Casi mejor, porque era un poco pesado con que quedásemos. —Levanta los hombros dándole un traguito a la cerveza—. Anda, mira qué bien que seguro que nos hacen un huequito.

Al llegar al altillo oteo por encima del hombro de mi hermana y maldigo para mis adentros. No queda ninguna mesa libre porque han juntado dos. A cambio, en la del fondo está Brais con varios amigos y justo debajo de la televisión está sentado Torre bebiendo de su cerveza con la vista puesta en mí. Una de las chicas le habla más cerca de lo necesario, porque la música todavía no está tan alta, y él se muestra encantado.

—Joder. ¿Para qué se lo trae aquí también?

Iria saluda al grupo izando su botellín pegándose más a mí susurrando tras la botella.

—¿Es ese? No es de mi estilo, pero tiene algo. Me recuerda un poco a Kevin. Tiene pinta de haberse metido en más líos de los necesarios.

Le agarro el codo y aprieto hasta que se calla para poder hablar antes de que Javier Fuentes nos enganche. Hace años que no sale con la pandilla de mi primo, desde que se fue a estudiar a Santiago y se quedó allí un par de años trabajando. También es abogado, pero, a diferencia de mi hermana, se gana muy bien la vida en un gran despacho.

—Vamos para abajo. No quiero sentarme con ellos.

—Ni yo —murmura frustrada—. Este sí que es un pesado.

No nos da tiempo a girarnos y desaparecer porque Javier nos intercepta y se pasa los siguientes quince minutos fardando de que están barajando nombrarlo socio del despacho antes

de que acabe el año y que está seguro de que lo van a llamar de la Diputación de Pontevedra. Siempre que ve a Iria hace lo mismo: restregarle por la cara lo bien que le va laboralmente. Lo que se le olvida es acordarse de que si su padre no hubiese tirado de todos los contactos que consiguió en su época de alcalde y como dueño de una empresa constructora que llegó a ser de las más importante en la zona antes de la crisis, jamás hubiese conseguido ese enchufe.

Normalmente, cuando sucede, entre las dos nos coordinamos para cortarlo cada poco hasta que nos libramos de él. Sin embargo, esta vez no cumplo mi parte. Estoy distraída mirando hacia el fondo. Torre capta toda mi atención, aunque disimulo cada poco subiendo la vista a la pantalla de la televisión como si me apasionasen los videoclips de la Britney de los 2000 que están poniendo en la MTV Classic.

Al igual que en la casa de mi padre, me ha pillado observándolo en cada ocasión y en esta me señala con la barbilla y se recuesta en el asiento llevándose el vaso a los labios provocando que su nuez suba y baje de manera visible. Los músculos del antebrazo se tensan hasta marcarse y a mí se me seca la garganta, aunque no quiera. No ha despegado los ojos de mí en ningún momento y cuando levanta la ceja y me sonríe tengo que beberme de golpe medio Nestea.

El ligero codazo de Iria me saca de mi atontamiento y digo lo primero que se me viene por la cabeza, que estamos buscando a Sara y mejor la esperamos abajo, aunque no sé si eso choca con cualquier excusa que haya podido soltar mi hermana antes.

Llevo la vista hacia Britney Spears de nuevo, que baila con una serpiente sobre los hombros y al parpadear y regresar la vista hacia abajo deseo que ese bicho pueda atravesar la pantalla o que la televisión se desplome porque ese creído le está dando su número a Rita Vázquez sin dejar de sonreírme.

4. UXÍA

En cuanto uno de los amigos de mi hermano nos ha sacado de encima a Javier regresamos a la barra. La hilera de mesas pegada a la pared continúa ocupada, incluyendo la mesa que mi hermana no ha querido un rato antes, así que nos toca hacernos un hueco entre la gente porque hace demasiado frío para ocupar alguna de las mesas exteriores, que es por lo que siguen vacías.

Después de quejarse del encuentro que acabamos de tener, Iria pide otra ronda y se adueña de un taburete en cuanto tiene ocasión mirándome con intensidad. Sé que busca sonsacarme, pero pincha en hueso porque esquivo cada una de sus preguntas lo mejor que puedo.

—Me dan ganas de cambiarte el refresco por mi estrella, a ver si así te saco algo.

—No hay nada más que contar.

Levanta una ceja y niega con la cabeza haciéndome resoplar, así que echo mano al cuenco de frutos secos y aperitivos y me llevo un puñado a la boca. No pienso admitir ante mi hermana pequeña que un tipo al que acabo de conocer y al que me gustaría tirarle algo contundente a la cabeza me provoca más calores de los que me causó mi ex novio en cuatro años. Ella abre la boca para decir algo que estoy segura de que me va a molestar cuando se ilumina la pantalla del teléfono.

—Mierda —murmura por lo bajo poniendo los ojos en blanco.

Sale a la calle para contestar y yo la sigo con la mirada durante unos instantes, hasta que sale de mi ángulo de visión con el ceño apretado, el teléfono en una oreja y la mano libre en la otra. La música ha ido subiendo y está lo suficientemente alta como para impedirle atender la llamada dentro. Agarro el refresco y levanto la vista hasta la tele que hay en la esquina y descubro que ha cambiado a Britney por una *boy band* de la misma época y que no reconozco, aunque uno de rizos me suena un poco.

—¿Te han dejado sola?

El vello de la espalda se me eriza y aprieto con fuerza el cristal respondiendo sin girarme.

—¿Qué quieres, Torre?

—Pedir otra ronda para los chicos antes de que me lleven a otro garito. ¿Te subes con nosotros?

«¿Para verte ligando con esa estirada de Rita, que hace años que no me habla? *Paso*».

Niego con la cabeza y doy un par de tragos al Nestea para evitar pronunciar una sola de esas palabras en alto.

—¿Qué me dices?

—Que prefiero seguir viendo la tele.

Su risa suena más cerca de lo que debería y de reojo veo que se ha hecho con el taburete de Iria y que tiene una mano levantada en dirección al camarero. En el momento en que su rodilla roza mi muslo pego un respingo que me obliga a volverme. La sonrisa arrogante que me dirige Torre hace que actúe por impulso y le suelte un manotazo para que me deje en paz, pero apenas rozo su antebrazo siento un hormigueo intenso, como de mil agujas clavándose en mis dedos, y mi mano se detiene allí por un segundo. Soy incapaz de reaccionar cuando posa su otra mano sobre la mía recorriéndome el dorso con el pulgar dejando un rastro de fuego allí por donde toca.

—No te cabrees mucho, Uxi —me llega en una bruma la voz de mi hermana—. ¡Anda, si estás acompañada! Entonces, a lo mejor, te da más igual.

—¿Qué? —me sonríe burlona señalando con la mirada el punto en que nuestras manos se tocan— ¡No!

Escurro mi mano con rapidez y agarro el vaso empañado con determinación, sacudiendo la cabeza. Mi hermana sacude los dedos al aire a la vez que estira el brazo lo suficiente para llegar a Torre.

—No nos conocemos todavía. Soy Iria —le tiende la mano que él estrecha con cordialidad—, la única normal de la familia Fandiño. Antes de que acabe la recogida ya te darás cuenta.

Contengo la respiración unos instantes mientras intercambian un par de frases bromeando, sin que ocurra nada más que un leve codazo que me da mi hermana cuando Torre se inclina para pagar y llevarse las consumiciones. Al parecer ella también ha caído víctima del encantamiento que ese hombre ha echado al resto de la familia, porque estoy casi segura de que han congeniado, y con demasiada rapidez. Harta de que eleve la ceja y no diga nada, me adelanto.

—Entonces, ¿qué? —pregunto susurrando.

Sin reparo, Iria eleva aún más la ceja clavándome el codo en las costillas.

—Que está bueno —responde en un tono similar—. De cerca más. Pensaba que te gustaban rubios, pero…

—¡Qué dices, parva! —chisto arrugando la frente y ella pone cara de no comprender. Aprieto el vaso una vez más ya sin fuerzas—. Has dicho que no me enfadase, ¿por qué?

—¡Ah, eso! Que me tengo que ir —indica peinándose con sus dedos largos y estrechos los pelos de un castaño claro muy similar al mío —. Un detenido aquí en Tomiño y el que está de titular esta semana no responde, así que me toca ir a mí.

—Tía, que son las doce —replico desganada.

—¿Y qué? Estoy de guardia y aquí es así. A ver si te crees que me apetece ir. Te aseguro que mis guardias civiles no están tan buenos como tus temporeros.

Odio cuando Iria pretende frivolizar solo para desviar la atención, porque sé lo que le molesta esta situación. El trabajo en el despacho de Vigo no está siendo lo que ella pensaba y ha tenido que volver al turno de oficio para estirar el dinero. Me llevo el tubo a los labios para terminar la bebida y me bajo de mi asiento de vez.

—Vamos, voy contigo.

—¿No prefieres quedarte? La noche es joven.

—Puede, pero prefiero acompañarte al cuartel y charlar un rato que volver a subir.

Me llevo la mano a la coronilla y tiro de la goma del pelo porque en ese momento hay más cabellos cayendo del moño despeinado que sujetos. Mi hermana se cuelga al hombro el bolso amplio y sobrio pasándome la bandolera sin añadir una palabra y la sigo hasta la salida.

No avanzo mucho más. Apenas cruzo la puerta un tirón en el brazo me hace poner cara de fastidio al ver de quién se trata. Mi hermana intenta intervenir sin mucho éxito, ya que la agarra a ella también. A los cinco minutos le suena el móvil y se zafa del agarre para contestar unos metros más allá y aproximarse con una sonrisa tensa poco después.

—Me tengo que ir. Otro detenido más.

Lo pronuncia moviendo despacio los labios sin apenas emitir sonido para que el pesado no se vuelva y yo le hago un gesto rápido para que no se detenga. En cuanto pierdo de vista su espalda al final del camino suelto el aire despacio intentando no respirar cerca del hombre porque

apesta a whiskey y sudor. En un momento me suelta el codo y echa un vistazo en derredor.

—¿Y tu hermana? Que tenía que consultarle una cosita.

—Se ha ido, que tiene trabajo.

—Pues vamos dentro, te invito a tomar algo y te lo cuento.

Aproxima la mano, pero evito que haga cepo apartándome con poca sutileza. Sé que ninguno de los que fuman fuera me lo va a sacar de encima porque cuando se emborracha se pone muy pesado.

—Mejor hablamos en otro momento, que yo también me tengo que ir.

—Y yo, que luego la mujer se pone…

Y ya no soy capaz de sacármelo de encima. Atravesamos la plaza del ayuntamiento alejándonos del bullicio del local mientras Ramiro Pazos suelta una queja tras otra y yo me limito a ignorarlo tanto como puedo. No es mi amigo, aunque lo conozco bien porque durante una época salió con la pandilla de mi primo y vino de temporero a nuestras fincas. Aunque de eso hace siglos.

Meto las manos en los bolsillos y hundo la barbilla en el cuello del plumífero acelerando el paso lamentando haber aparcado cerca del supermercado Dia y no en el aparcamiento que hay más allá de la plaza porque estoy segura de que no me lo voy a sacar de encima hasta que me suba en el coche. Me pierdo por unos instantes en mis pensamientos hasta que Ramiro me sacude el antebrazo sacándolo del bolsillo.

—¿Qué haces? —replico retirando el brazo con molestia — Las manos quietecitas.

—Pues no me ignores.

Me detengo en medio de la acera con brusquedad en medio de una calle vacía, retándolo con la barbilla.

—Mejor será que te vayas y me dejes tranquila. Vuelve al bar o vete a dormirla a tu casa, pero deja de seguirme.

—No es eso, Uxía. Joder… —Se pasa el brazo por la cara y el pelo resoplando un par de veces—. Es que esta tarde durante el reparto me crucé con quien no debía, discutimos y ahora nos hemos chocado de nuevo y… ¿Por qué no contratas a mi chica para esta temporada? Dicen que necesitáis más gente para coger los kiwis.

Resoplo con hartazgo ante una conversación que sé que ha mantenido más veces con mi hermano.

—Porque ella no quiere —indico tajante frotando las manos dentro de los bolsillos—. Dice que se trabaja mucho y pagamos poco.

—Y tiene razón.

—Pagamos lo mismo que el resto de las explotaciones. No podemos subir más.

—¡Pues eso es una mierda! —grita crispado levantando los brazos hacia mí— Toda la vida currando, y con lo que gano con el camión no da.

Le sostengo la vista hasta que parece que lo ha soltado todo. Entonces, saco una de las manos del bolsillo haciendo un gesto de despedida antes de volverme.

—Buenas noches, Ramiro. Que vaya bien.

—Cómo se nota que habéis nacido con estrella, que no sabéis lo que es el trabajo gracias a papá —sisea entre dientes acercándose por la espalda.

Estoy a punto de volverme y soltarle cuatro verdades a la cara, pero alguien se me adelanta.

—¿Qué está pasando aquí?

Torre tiene los hombros tensos y se ve más ancho, imponente y autoritario de lo que me

ha parecido hasta entonces, a pesar de que lleva la misma ropa informal de antes y una *bomber* verde oscura a medio cerrar. Nos observa alternativamente con los ojos ennegrecidos y brillantes, las narinas hinchadas y una vena en la frente ligeramente marcada.

En cuanto se detiene dos segundos seguidos en mí, soy plenamente consciente de su presencia y un calor asfixiante vuelve a prenderse en mi vientre.

—¿Uxía?

Sacudo la cabeza ligeramente apretando los labios mientras Ramiro se separa. Si ese tío es temporero al acabar la recogida me hago monja clarisa. Su voz suena dura y firme, avivándome por dentro.

—Nada —respondemos los dos casi a la vez.

—Entonces mejor que siga así. —Señala a Ramiro Pazos con el mentón—. Tú, media vuelta y buenas noches. Y a ti, por si acaso, …

Aprieto los párpados un par de segundos sin prestar atención al que se va ni a lo que dice Torre, que continúa hablando como si fuese mi guardaespaldas privado. El calor sigue ahí, pero ahora se le suma una punzada mucho más familiar y con la que me manejo mejor. Frunzo el ceño, levanto la mano y no abro los ojos hasta que para de hablar.

—¿Te pasa algo? —Está más cerca y tiene el entrecejo arrugado— ¿Dónde tienes el coche? Te acompaño.

Da otros dos pasos hacia mí, hasta que solo nos separan unos centímetros. Podría tocarlo si estiro un poco el brazo al bajar la mano, como por accidente, pero contengo las ganas y dejo salir mi mal genio.

—Como no nos conocemos mucho te voy a explicar rapidito tres cositas sobre mí que no me gustan nada. No me gustan las aceitunas en ninguna de sus variantes, ni que se metan con los míos ni que me confundan con una damisela en peligro del siglo XVI a la que hay que salvar. —Doy un paso hacia él y le doy con un dedo en el pecho. Está duro y tengo que aguantarme para no repetir el gesto. —Soy muy capaz de sacarme las castañas yo sola del fuego.

Levanta la mano y atrapa la mía, que se que ha quedado clavado en su pectoral, mirándome con unos ojos que por momentos parecen despedir llamas.

—¿Ese quién era?

—No era nadie.

—Pues no lo parecía. Te siguió desde el bar.

—¿Y?

—¿Sabes la cantidad de problemas con ex novios celosos que hay?

Se me escapa un ruido por la nariz al intentar ahogar una risa sarcástica con solo pensarlo y tiro por la mano sin lograr soltarme.

—Mi ex se llama Luís y ese pobre diablo, Ramiro. Y no me harían nada ninguno de los dos. Era del barrio, de Aselas, aunque cuando se echó novia se mudó.

Lo resumo en un par de frases sencillas, porque no necesita saber más. Ni de mi ex ni de Ramiro ni de mí. Lo único que tiene que hacer es soltarme para que pueda ir a por el coche, poner el aire frío y conseguir que esta quemazón que me abrasa se calme. Así que evito dar más detalles y le sostengo la mirada de la mejor manera que sé.

—Tu hermano ha dicho que no es de fiar.

—Mi hermano hace tiempo que carece de criterio. Mira con quién ha salido de copas hoy.

Le contesto con el mismo tono seco aprovechando su expresión de sorpresa para soltarme de un tirón y echar a andar hacia el aparcamiento. Entiendo por qué Brais opina eso sobre

Ramiro: es de sobra conocido que arrastra problemas de deudas de juego y otros motivos desde hace tiempo, al igual que estoy segura de que no ha entrado en detalles. Lo que no sé es qué pinta él en todo esto. Hace demasiado poco que está en el pueblo como para que Pazos ya le haya pedido dinero.

Me giro y sigo caminando a buen ritmo, dejando a un lado pensamientos tan estúpidos como ese que no me van a llevar a ningún lado. No pasa mucho tiempo para que escuche sus pasos sincronizados con los míos y no logro darle esquinazo.

—¿Se puede saber qué haces?

—Pues acompañarte hasta el coche, Uxía. ¿Qué voy a hacer?

Cuando dice mi nombre algo resuena por dentro, un pequeño placer en el modo en que pronuncia la consonante, arrastrándola una fracción más de lo debido. Veo su aspecto serio por el rabillo del ojo junto el deje de molestia en el resto de sus palabras y me siento tan ridícula que embisto intentando que desaparezca lo antes posible para evitar caer presa de su embrujo.

—¡Yo qué sé! Tú mismo lo has dicho: hay mucho pirado. Mi hermana está en el cuartel, que queda ahí al lado —señalo atrás con la cabeza—, y como haga una llamadita te vas a enterar.

Masculla algo por lo bajo que no logro entender y tras esquivar a un peatón aprovecho para torcer hacia la derecha sin avisar. Me giro de repente molesta por sentirlo detrás y extendiendo el brazo hacia el arcén contrario digo:

—Mi furgoneta está ahí y ya no tienes a nadie a quien espantar, así que da media vuelta antes de que a Brais se le olvide que te tiene que llevar de regreso.

Sigo caminando hacia atrás porque él tampoco se detiene. Estoy a punto de solar un par de improperios más, pero piso una piedrecilla y el cuerpo se me va hacia la carretera. Me preparo para recibir el impacto del asfalto en las manos estirando los brazos cuando un tirón me arrastra devolviéndome a la acera como si no costase esfuerzo mover mis casi setenta kilos cuando estoy a punto de caerme.

Trago saliva con dificultad y una mezcla de calor y nervios se extienden por todo mi cuerpo, empezando por el punto en que el Torres me sostiene entre sus brazos. Tengo su rostro tan cerca que puedo sentir la respiración cálida y acelerada que escapa de sus labios y suelto un quejido involuntario al fijarme en cómo se mueven.

En cómo querría que se movieran en mí.

O contra mí.

—¿Estás bien, cabezona?

Lo pregunta apretando el agarre acercándome un poco más y asiento despacio. Me gustaría replicar, revolverme entre sus brazos para apartarlo y decirle que el único cabezón es él, pero estoy demasiado sofocada como para hacer otra cosa que no sea respirar con pesadez, como si fuese lo más difícil que he hecho en todo el día, sin despegar mi mirada de la suya.

Torre corresponde asintiendo también y sus ojos completamente negros en ese momento bajan por un instante hasta mis labios. No sé por qué, pero los humedezco con la lengua para después morder mi grueso labio inferior, sosteniéndolo entre los dientes hasta que Torre lo libera con su índice con un gesto autoritario que activa algo por dentro que ya no sé frenar. Así que saco la lengua de nuevo y le doy dos pasaditas con ella, a la vez que lo acaricio con los labios, como si lo besara, para después introducirlo en mi boca y jugueteo con él, chupeteándolo de una manera muy explícita.

Con los párpados entornados y una mano firme en mi cintura, Torre mueve su dedo dentro de mi boca enredándolo con mi lengua una y otra vez. Mi cuerpo se apoya en el suyo y siento su excitación clavarse en mi vientre mientras él boquea ligeramente, con la nuez subiendo

y bajando al mismo ritmo en que mueve su índice.

No sé cuánto tiempo pasamos así, con su dedo danzando libremente en el interior de mi boca, mi piel ardiendo del deseo y sus ojos devorándome sin pudor cuando inclina la cabeza hacia mí y siento que la presión en mi espalda se relaja.

Acompañándose de un carraspeo, Torre retira el dedo de mi oquedad con un movimiento seco y se separa dando dos trancos.

—Mejor te espero aquí mientras entras en el coche. —Mete las manos en los bolsillos y tuerce la vista hacia mi furgoneta—. Hemos estado a punto de hacer una tontería.

El ardor de la vergüenza me recorre de arriba abajo y aprovecho que no pasan coches para cruzar en ese mismo lugar rebuscando las llaves en el bolso de manera frenética. Necesito alejarme lo antes posible de ese lugar, de ese cretino y de mi propia imbecilidad. Siento las mejillas calientes, pero me niego a llevarme las manos a la cara porque estoy más que segura de que permanece de pie en el mismo lugar que lo he dejado y no pienso darle ese gusto.

Por un instante, un solo instante, durante ese jugueteo he estado completamente segura de que Torre se iba a inclinar para besarme y el anhelo que he sentido me tenía casi sin aire. En cambio, al entrar en la furgoneta me siento ridícula, absurda y con ganas de dejar caer la cabeza en contra el volante hasta que deje de escocer por dentro.

«Tiene razón. Es mejor que no haya pasado nada más».

Arranco el vehículo y acelero con presteza para salir del centro en dirección a mi piso, en Aselas preguntándome a mí misma qué me pasa con ese hombre. Hace tiempo que decidí no tener más líos con empleados porque siempre dan problemas. Y desde que lo dejé con Luís también he resuelto evitar a los idiotas por razones obvias. Torre tiene toda la pinta de encajar en las dos categorías y ni siquiera me fío de él, pero aquí estoy: estrujando el volante en los dedos y contando los minutos para llegar a casa y darme una buena ducha fría.

5. TORRE

Después de pasar toda la mañana bajo una fina lluvia arreglando el agujero en la valla y los destrozos siguientes provocados por algún jabalí en la finca de menor tamaño me duelen los brazos, la espalda y tengo los muslos empapados porque mi chubasquero no tiene el largo suficiente para esto. La mañana se me ha hecho muy larga porque Kevin Fandiño se ha dirigido a mí lo mínimo imprescindible, y a través de gruñidos la mayor parte del tiempo. Pensaría que es algo personal, pero ha atendido de esa misma forma varias llamadas telefónicas, incluyendo a sus propios primos.

Tras una contundente comida caliente en la casa de Eduardo con su hijo mayor y su sobrino y un par de horas más de trabajo en las fincas casi me he alegrado cuando Brais me ha dejado en la puerta del hostal, a pesar de su amenaza:

—Esta noche acuéstate pronto, que mañana empezamos a trabajar de verdad.

—¿Y entonces qué hemos estado haciendo hasta ahora, Brais? Me vais a reventar.

La carcajada como respuesta al alejarse me hace poner los ojos en blanco y pensar en qué tipo de tortura me espera al día siguiente. Subo las descuidadas escaleras del hostal y en cuanto entro en la habitación me apresuro a desvestirme para darme una ducha caliente con la que sacarme de encima el cansancio antes de comenzar con mi trabajo real y en el que hoy no he avanzado prácticamente nada.

Apenas diez minutos después me tiro sobre la cama con el cabello húmedo pegado a la frente y tiro la toalla contra la esquina más cercana a la puerta. No es la peor en la que he estado en los últimos años, pero no me gusta la habitación ni el hostal, aunque sé que mis superiores insistirán en que no tiene sentido buscar otra opción para tan pocos días y no hay más hostales en la parroquia. Aun así, mi maltrecho hombro derecho se resiente entre los trabajos en el campo, la humedad y este viejo colchón parece intentar rematarme cada noche. Y aunque me he puesto el chándal dudo mucho que salga a correr junto al margen del río antes de cenar.

Rebusco bajo la cama contraria la mochila y arranco el ordenador en modo automático mientras repaso la información que he obtenido hasta el momento, que no es ni mucha ni buena, pero es lo que hay. Tal y como esperaba cuando me pasaron el expediente.

Me escurro recolocando la almohada tras la espalda para poder estar cómodo y ligeramente incorporado y accedo a la carpeta informática por pura rutina, abriendo y cerrando diversos archivos en formato pdf, releyendo por enésima vez los datos que ya me sé de memoria por si puedo ver algo de manera diferente, por si se me ha escapado, hasta detenerme en una imagen concreta que me hace resoplar.

Soy bueno en mi trabajo porque me gusta y porque sé que lo que hago sirve para algo. Eso funciona como un motor que tira de mí en los momentos en los que flaqueo porque todo se pone cuesta arriba, pero en este asunto concreto tengo serias dudas de que pueda servir. Aun así, eso no sirve de excusa. Mi superior, su superior y el superior de su superior han insistido mil veces, hasta la saciedad, en repetirnos la importancia de un montón de directivas, circulares y normativas que con palabras largas, ampulosas y complicadas vienen a decir de una manera rebuscada lo que en mi ciudad se ha dicho siempre como «en donde tengas la olla, no metas la polla». Y, después de algunos escándalos que han rodeado a otros compañeros, mi superior lo ha

convertido en una especie de mantra que profiere a gritos a la menor ocasión.

«Yo no la he metido en ningún sitio. No ha salido de los pantalones».

Eso es lo que me digo a mí mismo, aunque sé que Machado, mi superior, estaría vociferando su frasecita igualmente si supiera cómo llevo la cabeza desde el sábado por la noche. En una palabra: descentrado. No quiero seguir bajando por las hojas del expediente porque sé que justo debajo de ese informe viene una fotografía de Uxía y no puedo verla sin reaccionar. De hecho, se me ha puesto un poco dura de solo pensarlo.

«Déjate de estupideces y céntrate en el trabajo, Sergio».

Deslizo el índice por el panel táctil del portátil, desciendo hasta que aparece la foto de carnet de la mayor de las Fandiño a la izquierda de la ficha y en cuanto me fijo en sus labios siento un tirón por dentro del chándal. Otra vez. Pero no lo puedo evitar y llevo dos días seguidos pensando en Uxía con los ojos vidriosos y oscurecidos succionándome el pulgar de esa manera tan explícita y sensual en medio de la acera en una demostración muda de lo que podría pasar.

«De lo que podría haber pasado si no lo hubiese parado. Y no la hubiese cabreado».

Carraspeo y me corrijo secándome la frente con la manga de la sudadera y en una nueva demostración de autocontrol, evito pasar el dedo por encima de su boca y sigo bajando por el documento. De todos modos, tampoco creo que vaya a tener que controlarme tanto. La he visto de pasada esta mañana y me ha dedicado una mirada con la que podría haberme congelado si no hubiese estado a casi treinta metros. Y es lo mejor.

Yo nunca cometo este tipo de tonterías que pueden comprometer el trabajo.

Estiro la mano sobre la mesilla de noche y dejando salir el aire entre los dientes descuelgo nada más ver el nombre que aparece.

—Buenas tardes.

—¿Cómo vas? ¿Algún avance?

Aprieto los labios, levanto los ojos y repaso las humedades del techo contando hasta tres. No es un hombre de mucha paciencia, nos lo demuestra con frecuencia, y a menudo me pregunto cuánto le costaría tener un poco más de mano izquierda e intercambiar un par de frases en vez de meter la directa.

—Poca cosa por ahora.

—Llevas casi una semana. ¿Qué tienes?

—Con el padre bien, pero no sale mucho de casa así que lo he visto poco. Con el hermano mayor la cosa marcha: hemos hecho buenas migas, trabajamos juntos, me ha presentado a parte de la pandilla… Bien. —Estiro el brazo libre y reacomodo la almohada para dejar de sentir el duro cabecero hendirse en la cabeza—. Al principio pensaba que al primo que vive con ellos no le caía bien. Es reservado, gruñón y, al parecer, lleva varios meses cabreado con el mundo en general.

Lo escucho farfullar al otro lado de la línea y espero unos segundos en silencio, pero no dice nada.

—El pequeño sigue en Santiago y a la abogada la he visto unos minutos en un bar.

—No son prioridad, sigue con los mayores. Sabes perfectamente por qué te eligieron para esto.

—Porque Joana se dislocó el hombro. —Un gruñido de advertencia, así que continúo con aspereza—. Y porque tengo la misma edad que Brais así que puedo encajar bien con él, su entorno y su pandilla. Y como siempre caigo bien, convertirme en uno de ellos y sacarles algo de información.

«Si es que hay algo que sacar»

—Al menos te sabes la teoría. ¿Qué hay de la mayor, de Uxía?

Nada más pronuncia el nombre siento otro latigazo dentro del pantalón que intento ignorar, pero Machado me escucha dudar al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa? —pregunta con cinismo—¿No le gustas?

Una imagen muy vívida de Uxía mordiendo y lamiendo mi pulgar con anhelo se proyecta en mi mente al bajar los párpados. Mascullo un par de palabrotas y me reacomodo el paquete buscando la frase adecuada porque si le suelto lo claro que tengo lo que le gusta de mí empezarían los gritos.

—No es eso. Más bien anda con la mosca detrás de la oreja. La explotación tiene varios problemas, entre ellos el dinero.

—Y como están a punto de descubrir la vacuna de la gripe está convencida de que eres un espía ruso infiltrado que le va a vender la fórmula a la competencia por varios millones de euros. No me jodas, Torre, que solo venden kiwis.

—En realidad, …

Me pide que espere un momento y escucho un par de voces ahogadas al otro lado de la línea sin poder entenderlas. Sin saber cuánto tardará en regresar, echo mano del ordenador y abro otro archivo.

—Sergio, no tengo tiempo para más. Pégate a la chica y acelera.

—Pero…

—Ni peros ni mierdas. Llevas ahí cinco días, no has conseguido nada y no creo que nos vayan a dar días extras. No te hemos mandado a disfrutar de un mes de vacaciones en Galicia.

«¿Vacaciones?». Me muerdo el interior de los carrillos para evitar contestar a mi superior de mala manera y ganarme un problema más. No estoy de vacaciones, aunque debería. Tendría que estar toda la semana en Bétera con mis primos corriéndome una buena juerga valenciana en vez de deslomado en una finca, pero eso también me lo guardo para mí.

—Estoy haciendo lo de siempre…

—Pues tendrás que hacerlo más rápido, joder.

—Podría, si fuésemos dos.

—Ya, claro, pero nos tendrá que valer solo contigo. ¿Has avanzando con la lista o sigues igual?

—Me faltan tres y creo que uno se acaba de mudar a Madrid o algo así.

—Estupendo. Tenemos poco más de tres semanas, así que haz lo que te digo. Pégate a esa Uxía y saca tu arsenal a ver si con ella tienes más suerte que con su familia.

Me remuevo inquieto en el colchón y me siento apoyando los pies contra el suelo, cansado de no tener más sitio para sentarme que esas dos camas gemelas con colchones de muelles que me van a reventar.

—Pensaba que estaba algo así como prohibido. Y yo no hago eso, no me sentiría cómodo.

«¿No me sentiría cómodo? Ja. Un chupito de aguardiente de hierbas más y hubiésemos llegado hasta el final si Uxía hubiese querido»

Se escuchan pasos y unas voces un poco más distantes al otro extremo, con Machado callado un segundo, antes de responder entre dientes y malhumorado. Casi puedo ver cómo se le infla la vena de la frente.

—Porque lo está, Sergio. *Prohibido*. Me refería a que pongas tu sonrisa de «ayudo a cruzar ancianitas en los pasos de cebra» cuando la invites a un café y te esfuerces en distraerla lo suficiente como para que te dé cuatro o cinco respuestas. ¡Joder! Ni que fuera tan difícil.

—Muy bien.
—Y quiero que me las digas esta misma semana. Si se puede mañana mejor que pasado.
«Muy bien».

6. UXÍA

«Insoportable».

No creo que tenga otra palabra para definir a Torre. Lo he esquivado durante los tres últimos días, pero gracias a mi hermano ahora está en el asiento del copiloto dirigiéndome esa sonrisa de suficiencia que me pone de los nervios y que me pregunto si no pone a propósito.

«Tenía que haber insistido en que me acompañase otro».

—¿Es algo habitual?

Espanto su mano cuando la acerca a la radio con un gesto de advertencia y esa sonrisa molesta se vuelve a dibujar en la cara. Se remueve en el asiento y su olor a sándalo y cuero me hace apretar el volante con más fuerza.

—¿A qué te refieres? Si es por adelantar un par de días el inicio de la recogida, pues sí. Se pone una fecha, pero si la fruta madura antes o si se avecina un temporal que pueda afectar, nos tenemos que adaptar.

—Me refería a la radio. Ha sonado en portugués todo el camino y no me entero de nada.

—¿No te lo han dicho? —pregunto burlona señalando el paisaje tras la gasolinera— Lo que ves al otro lado del río es Portugal.

—Ah, ¿sí? —responde fingiendo sorpresa y saca el móvil del bolsillo de la *bomber* verde que se le ajusta perfectamente a los hombros—. Pues mejor le saco una foto de recuerdo.

Estoy a punto de poner los ojos en blanco cuando un pitido detrás de mí me hace reanudar la marcha hasta el aparcamiento de tierra que hay en el centro de Tui, aunque aparco poco antes aprovechando un hueco libre.

Después de una reunión con los de la cooperativa a la que no asistí, Brais ha sugerido adelantar unos días la recogida del kiwi y a mi padre y a mí no nos ha quedado otra que estar de acuerdo. La fruta ya está en su punto óptimo, unos días más o menos no suponen una gran diferencia. Sin embargo, se prevé la llegada de un fuerte temporal en diez días que puede complicar o incluso retrasar la recogida, así que la mayoría de los cooperativistas se han mostrado de acuerdo con adelantar las fechas y reforzar las plantillas para poder adelantarnos al clima.

El problema ha sido descubrir que más de veinte de las mochilas especiales que usamos para la recogida están inservibles, con agujeros sospechosos que demuestran que Iria tenía razón al quejarse de ruiditos extraños en el galpón de detrás de la casa de mi padre. Y por eso he tenido que venir con Torre hasta Tui, para recoger varios pedidos y todas las mochilas que podamos conseguir.

Saco las llaves del contacto y desbloqueo el teléfono para comprobar los mensajes que me han llegado en un trayecto de menos de quince minutos. Prácticamente todos son de Brais, con nuevos encargos y problemas. Es lo habitual en estas fechas, así que le contesto con un breve audio dirigiendo una mirada de soslayo al asiento contiguo.

Torre también sostiene el teléfono en la mano, pero su mirada se pierde al otro lado de la luna delantera. Tiene el entrecejo ligeramente fruncido, aprieta la mandíbula y me dan ganas de extender un dedo y delinear una de las pequeñas cicatrices que se la decoran, pero en vez de volver a dejarme en evidencia delante de ese hombre, echo la mano a la manilla para poder poner

un poco de espacio.

—¿Sabes de qué va eso? —pregunta sin mirarme—. En Aselas he visto varios estos días.

Vuelvo la vista hacia el muro de piedra y compruebo que gran parte de la pared está cubierta con los carteles de Amaro Pontes, al igual que varios de los muros vacíos de mi parroquia o del centro de Tomiño. Y estoy segura de que sus padres han cubierto la mitad del Baixo Miño con ellos. Como cada año.

—Es un chico que murió hace años.

Torre frunce el ceño ligeramente y el modo en que me escrutan esos ojos casi negros me pone de los nervios.

—Ahí pone que lo mataron y piden colaboración ciudadana.

Asiento sin ganas y jugueteo con la llave del coche contra mi vaquero desgastado. Es un tema que me trae muchos recuerdos, al igual que a cualquiera del barrio, y la mayoría no son buenos así que normalmente no pienso en eso demasiado.

—Lo hacen cada año, igual que la manifestación en la plaza del ayuntamiento, y no sirve para nada. —Levanta las cejas y sus rasgos se endurecen, como si mis palabras no le gustasen. Inhalo despacio y contengo el aire un par de segundos antes de dejarlo salir—. Ha sonado peor de lo que pretendía. Entiendo a sus padres: quieren respuestas. Yo también las querría, pero pasó hace casi quince años y no creo que a estas alturas vayan a poder encontrarlas.

Señalo su puerta con la barbilla, abro la mía y agradezco la corriente de aire frío que me refresca las mejillas. Antes de que me dé cuenta, Torre está a mi costado con las manos en los bolsillos y un brillo de curiosidad en la mirada, así que sé que no va dejar el tema.

—¿Lo conocías?

—En Aselas nos conocemos todos. Tenía cuatro años más que yo, como mi primo Kevin. Fueron juntos a clase hasta el instituto, y a fútbol, así que salían juntos en la misma pandilla y a veces la de mi hermano se les unía.

Dando el tema por zanjado me dirijo al maletero para sacar dos bolsas y una caja que Brais ha insistido que lleve. Estoy a punto de decirle que agarre una al mismo tiempo que extiende el brazo y me roza brevemente el dorso de la mano. No sé si mi sangre se ha parado o ha comenzado a latir el doble de rápido, pero por un instante siento que me pierdo y cuando lo veo pestañear como si nada vuelvo a sentir esa incomodidad, así que cierro con un golpe seco el maletero y decido satisfacer su curiosidad para evitar ponerme en evidencia en otros aspectos. Señalándole la dirección con la cabeza le hago un resumen caminando con paso apurado para llegar lo antes posible a la tienda.

Sin entrar en muchos detalles le explico que todo eso sucedió pocos días antes de que yo cumpliese diecisiete años, en un fin de semana en el que casi todos los jóvenes habíamos salido de fiesta, a las orquestas que tocaban en la verbena por San Martiño en Currás, otra parroquia de Tomiño. Arrugo la nariz al recordar a Rita saltando junto a mí bajo la carpa al ritmo de la música y sacudo la cabeza para alejar ese recuerdo.

Como casi todos los fines de semana, Amaro trabajaba en la cocina del bar de tapas que sus padres regentaban desde el año anterior cerca del cuartel de la Guardia Civil, en el centro de Tomiño. Al parecer, al salir se pasó por uno de los bares habituales preguntando por alguno de la pandilla, pero como habían ido a cenar en las barras de Currás y algunos ya se habían pasado con las copas, Amaro regresó a Aselas para asearse y unirse al resto, pero no llegó nunca a Currás.

—Has estado en nuestra finca de Boullada, ¿verdad? La grande, la que queda más arriba. —Torre clava los ojos en mí y tengo que carraspear. No espero a que asienta para seguir. —. Lo encontraron en el límite de nuestra finca a los diez días, al fondo del pozo que hay a un lado del

cortafuegos con dos tiros de escopeta en el pecho.

—¿No detuvieron a nadie?

Me detengo delante de la tienda y arrugo la frente sin dar un paso hacia la puerta. Un saco pesado de recuerdos se desborda sobre mí y otra vez saboreo el enfado, la frustración y el temor que sentí en aquel momento.

—Claro que sí, a un montón de gente. A la mitad de sus amigos, en concreto, incluyendo a mi primo Kevin. Los vecinos estaban acojonados pensando que en cualquier momento sonaría el timbre y su hijo sería el siguiente en desfilar. Hubo mucho miedo y mucha incertidumbre.

—¿Y qué pasó al final? —pregunta con tono grave alargando la mano a la perilla de la puerta.

—Nada. Ya lo has leído en el cartel. Cuando los polis se marcharon, lo de Amaro se quedó sin resolver. Sus padres no fueron capaces de seguir viviendo aquí pensando que alguno de los vecinos a los que conocían de toda la vida pudo matar a su hijo, así vendieron la tapería y el hostal y se mudaron a Vigo. Ya no vienen más que por el aniversario. —Sacudo la cabeza y paso por delante de él—. Y al único que metieron en la cárcel, al «Fodiñas», fue por vender coca.

***

Pasa más de una hora hasta que regresamos hasta la furgoneta cargados con todos los materiales que hemos podido conseguir y haciendo un par de encargos más. Sigo intranquila porque con sus preguntas Torre ha removido más de lo que debería. No es culpa suya, pero me molesta porque son recuerdos que prefiero tener bajo llave, fuera de la luz. Creo que ha percibido algo porque, desde que entramos en la tienda, ha dejado el tema de Amaro y las preguntas han sido sobre cuestiones triviales de la explotación y la recogida de los kiwis.

Le paso las dos bolsas que cargo en el hombro para que las acomode en el maletero y sin poder evitarlo lo repaso de arriba abajo deteniéndome un segundo más de la cuenta en el culo que tanto le marcan esos vaqueros antes de obligarme a echar la vista a un lado y amonestarme internamente por mi comportamiento. Ya me dejé en evidencia el sábado por la noche, no pienso hacerlo de nuevo. Y menos cuando él se muestra imperturbable, como si no hubiese pasado nada.

«Es que no ha pasado nada, Uxía. Ni va a pasar»

Hago un mohín con los labios porque es la verdad. No ha pasado nada, nada de verdad, ni va a volver a pasar, pero alguien debería explicárselo a mi cuerpo que no ha dejado de reaccionar a cada roce y a cada mirada de una manera exagerada, esperando por más. Froto la palma de la mano contra el lateral del muslo.

—¿No vas a responder? —pregunta entre risas.

Evito fijarme en sus labios para no pensar en más tonterías y saco el teléfono del bolsillo delantero de la cazadora, convencida de que se trata de nuevas peticiones de Brais, pero me he equivocado de hermano.

—Hola, Uxi, ¿molesto? ¿O tienes un ratito para tu hermana favorita?

—¿Qué quieres, Iria? Que estoy ocupada.

—Por eso lo digo, como has tardado tanto en contestar… —responde divertida.

—A ver, pesada, que tengo que llevarle las cosas a Brais antes de que llame por más.

—Ah, pues entonces tenemos tiempo de sobra.

Entro en la furgoneta y dejo caer la cabeza hacia atrás intentando armarme de una paciencia que no tengo en ese momento y deseando que deje de desvariar. A través de la ventanilla le hago un gesto a Torre para que suba de una vez, pero él niega con una sonrisa ladeada y levanta una mano a modo de saludo. La llamada se corta y la voz de Iria llega con claridad hasta mí.

—¿Un cafecito?

Doy un nuevo golpe al reposacabezas y salgo a regañadientes, siguiéndolos hasta una cafetería cercana. No necesito que me diga de dónde ha salido, porque Iria va vestida en modo abogada con un traje sastre gris claro, un abrigo de paño negro y un bolso grande del que salen varias carpetillas repletas de papeles y el juzgado está a pocos metros de donde he aparcado.

Iria deja su móvil sobre la mesa antes incluso de que nos sentemos y pidamos aduciendo que está pendiente de una llamada del juzgado. No presto mucha atención a sus explicaciones ya que dudo en dónde sentarme. No sé si es más tortura sentirlo a un lado o tenerlo enfrente, pero Iria lo resuelve por mí ocupando dos sillas al colocar el bolso en la silla de su izquierda y dejando libre la que queda entre ambos.

—¿Te pasa algo? —pregunta con un codazo poco discreto —Estás rara hasta para ser tú.

Sacudo la cabeza negando a la vez que remuevo el café y aparto de la cara un par de mechones que se han soltado del coletero.

—Creo que ha sido cosa mía. —interviene Torre. Siento su mirada sobre mí, pero mantengo la cabeza bajada—. Le he preguntado por unos carteles que hay pegados ahí fuera y…

El manotazo impaciente de Iria en mi antebrazo me obliga a darle una respuesta a la vez que le devuelvo otro en el suyo.

—Los del aniversario de Amaro.

—¡Ah, pensaba que había pasado algo con el idiota! —Arruga la frente un instante dirigiéndome una sonrisa compasiva—. A mí también me trae recuerdos complicados. Por cierto, ¿te han avisado de que una vez casi nos estrella contra un árbol antes de subirte en la furgoneta?

La perfecta mano de mi hermana me aprieta la rodilla por debajo de la mesa y yo se la palmeo en respuesta, agradeciendo la distracción y el cambio de tema. Es una de las anécdotas ridículas favoritas de Iria sobre mí y la usa siempre que puede. Especialmente cuando alguien critica cómo conduce, pero por una vez no me importa. Es casi un alivio escuchar la grave risa varonil cuando llega a la parte en que mi amiga y yo nos bajamos del viejo AX de mis padres al descubrir una avispa en el habitáculo y ella tiene que tirar del freno de mano desde el asiento de atrás.

Me limito a saborear mi cortado disfrutando de su conversación sin apenas intervenir, con Iria mostrándose tan encantadora y mordaz como solo ella puede, alejando los nubarrones de nuestras cabezas entre risas y bromas. A Torre le suena el teléfono y al moverse para sacarlo del bolsillo apoya su rodilla contra la mía. No dura más que medio segundo, pero mi cuerpo se acelera y me sujeto una mano con la otra para disimular mientras que él se levanta señalando la acera antes de descolgar. Evito seguirlo con la mirada tanto tiempo como me es posible, hasta que me resulta insoportable no echarle un vistazo.

—Y con este ¿qué te traes?

Arrugo la cara en la mejor mueca de escepticismo que puedo y pronuncio la palabra «nada» tan bajito que casi ni me escucho a mí misma. Iria abre los ojos con exageración y se pega a mí todo lo que le permite la mesa.

—¡Madre mía, que os habéis liado! ¿Cuándo? —Chisto y niego a la vez—. ¿Entonces? Y no me vuelvas a decir *nada* porque no me lo creo, que nos conocemos.

—No es lo que tú crees —respondo entre dientes mirando de reojo hacia la puerta—. El sábado vino a «salvarme» de Ramiro Pazos, discutimos y le chupé el pulgar.

Tras varios parpadeos asiente lentamente jugueteando con un mechón entre los dedos.

—Entiendo. Pero solo para que quede claro, cuando dices *pulgar* te refieres a…— Levanto el puño cerrado y sacudo el dedo gordo a dos centímetros de su nariz—. Vale, entonces

no entiendo nada. Mierda, los del juzgado.

Dejo escapar un suspiro mientras Iria atiende la llamada y mis ojos regresan a la amplia cristalera para admirar una vez más la espalda bien definida de Torre, que continúa pegado al teléfono fuera de la cafetería. Cuando me da la impresión de que está a punto de girarse y descubrirme, me pongo en marcha levantándome y pagando la cuenta.

«*Insoportable*».

Lo pienso una vez más. Me resulta absolutamente insoportable ver cuánto me afecta mientras que él sigue tal cual.

7. TORRE

El hombro empieza a palpitar ligeramente tras varias horas de esfuerzos y maldigo para mis adentros sabiendo que solo va a ir a más en las horas y días que me quedan por delante. Es mi primer día, mi primera vez trabajando como temporero y después de más de tres horas arrancando kiwis, metiéndolos en una de esas mochilas especiales que cuelga por delante de mi cuerpo hasta que no caben más para luego vaciarla en un depósito de gran tamaño y que me recuerda a los que emplean para tirar los cascotes de las obras por el medio de las ciudades, se me escapa un suspiro agradecido cuando alguien indica que toca descanso.

Una fina lluvia que apenas se nota no ha dejado de caer desde que mi llegada a la gran finca de Boullada, terminando por mojarlo todo a su paso, desde las hojas de las ramas superiores de las plantas, salpicándome la cara cada vez que tiro por uno de los frutos, hasta la hierba que crece desordenada en la base del tronco. Ha sido una suerte contar con las botas de agua y un nuevo chubasquero largo o a estas alturas estaría entumecido y empapado.

En cambio, la ligera sobrecarga en los gemelos me hace preguntarme si ha sido buena idea forzarme a cumplir con mi rutina de salir a correr. Casi instantáneamente me digo que sí. Ha merecido la pena solo por haber visto a Uxía sudada, enfundada en unas mallas ajustadas estirando esas definidas piernas de gruesos muslos al inicio del sendero junto al río, aunque su saludo haya parecido poco más que un gruñido.

No he necesitado mucho tiempo para darme cuenta de que la mayoría de los temporeros cuentan con experiencia. Son eficaces moviendo las manos con agilidad para arrancar cada fruto, al contrario que yo. Aun así, he descartado a los más jóvenes y he intercambiado algunas frases con los trabajadores adecuados: personas de Tomiño en torno a la treintena; que hayan trabajado con anterioridad en Kiwis Fandiño es un extra que valoro, pero no es primordial.

Además, tengo a uno fichado que creo que me puede ayudar así que en cuanto se mueve lo sigo uniéndome al grupo al que se incorpora de manera casual sacando el bocadillo que he comprado con el desayuno en el Bocadiños, el bar de tapas y bocadillos de Asela que se ha convertido en mi principal fuente de alimento y me siento a su lado. Es un hombre un poco más bajo que yo, con una sonrisa perenne y que actúa como si conociera a la mayor parte de los temporeros, aunque solo en esta finca debemos ser unos cuarenta. Ha bromeado con unos y otros, charlado con Eduardo Fandiño, ayudado a Kevin, y todo ello sin parar de trabajar, así que estoy convencido de que puede ser un buen hilo del que tirar.

Durante la primera mitad del bocadillo me limito a escuchar y asentir disfrutando de la comida mientras el tema de conversación va cambiando con rapidez: los kiwis, los Fandiño, la amenaza de temporal, … En el momento en que nombran varias actividades programadas para las próximas semanas que pueden suspenderse por culpa del mal tiempo, decido tentar a la suerte así que trago un bocado casi entero y sin despegar la vista del bocadillo pregunto si eso incluye la manifestación y cruzo los dedos por dentro.

—¿A qué te refieres? —responde el que tengo enfrente.

No es la primera vez que lo intento. He probado a sacar el tema una y otra vez desde mi llegada y la conversación más larga que he tenido ha sido con Uxía, aunque tampoco ha aportado nada nuevo.

—A una manifestación que hay convocada para dentro de quince días en la plaza del ayuntamiento y que Uxía Fandiño me explicó que se organizaba por un chico que falleció por aquí, por la Boullada.

El que me acaba de preguntar arruga la frente y le mete un bocado a un cuarterón de empanada, como ignorando mi respuesta. Tras unos instantes de vacilación, el de su derecha responde sin extenderse.

—A Amaro lo encontraron por aquí, pero no se sabe dónde murió.

«Eso ya lo sé».

—Ah, le habré entendido mal —contesto con indiferencia entre mordisco y mordisco—. Ya decía yo que era raro que matasen a un chico en medio de una plantación de kiwis.

—Lo encontró su tío —interviene el charlatán señalando al primero que no me ha contestado—. Ahora está retirado, pero entonces trabajaba para la comunidad de montes, ¿verdad, Julián? Estaba haciendo trabajos de mantenimiento por allí —señala tras su espalda sin mirar— y vio una mancha oscura que le llamó la atención al lado del pozo y que no le pareció de animal. El tipo es cazador desde crío y tuvo buen ojo porque si no a saber cuándo lo hubieran encontrado. Si es que lo encontraban.

Asiento tanto para mi nuevo amigo como para mí mismo, ya que sus palabras concuerdan con lo que he leído. Doy un trago a mi botella de agua y estoy a punto de abrir la boca, pero el tal Julián se me adelanta.

—Eso lo sabe todo el mundo, lo de que lo encontró mi tío. Lo que nadie recuerda ya es que se pasó cinco días cagado porque «el que lo encuentra es el primero de los sospechosos». Por mí, ojalá que no lo hubiera encontrado.

—¿Y por qué dejó de serlo? —aventuro jugueteando con la botella—. Uxía me ha dicho que el caso no se ha cerrado y que por eso organizan la manifestación.

—¿Que por qué? —grazna con la voz rasposa—. ¿De verdad no lo sabes?

Sí.

—No. No soy de aquí, llegué a Aselas hace unos días.

Julián se remueve con incomodidad y entrecierra los párpados con pesadez, con su mirada en las plantas que crecen detrás de mí, evitando mirarnos a ninguno.

—En cuanto rascaron un poco descubrieron que, en la pandilla de Amaro, algunos de sus conocidos andaban en temas de drogas. Pasaban coca. Poca cosa, pero la pasma descubrió que bastantes consumían, algunos vendían y otros las dos cosas. La droga les pareció un motivo mejor que el de mi tío, que era ninguno.

—Yo nunca he creído en la versión oficial —intervino otro—, porque muchas cosas no me cuadran. Aunque después de tanto tiempo... lo pasado, pasado está.

—¿A qué te refieres? —pregunto con la mayor indiferencia que sé fingir.

—¡Eso! ¿Tú te crees que mi tío tuvo algo que ver? —pregunta alterado inclinándose hacia él—. ¿O que se le fue la olla y confundió a Amaro con un jabalí?

El hombre arruga la frente y le golpea ligeramente con el hombro sacudiendo la cabeza.

—Claro que no, hombre —repone con seriedad—. Lo que pienso es que en el chanchullo de la droga había algo o alguien más gordo por detrás y cuando los *verdes* se dieron cuenta prefirieron ir a por unos chavales en vez de hacer el trabajo de verdad. Y como no fueron capaces de cargarle la muerte a nadie, pues lo dejaron pasar. Y hasta hoy.

«Un teórico de la conspiración». Me clavo las uñas en el muslo y meto el último trozo de bocadillo en la boca para evitar contestar, porque solo sería darle alas, pensando cómo centrar el tema de nuevo y con brevedad.

—Yo estoy contigo en parte—suelta mi nuevo amigo Mariño, el charlatán, y se gira hacia mí—. Tú no me conoces, pero de joven anduve un poco perdido. Joder, mira cuánto que ni me acuerdo de mi primer año de bachillerato de tanto que fumaba; y del que repetí me acuerdo, pero poco.

Los otros dos sueltan dos sonoras carcajadas dándole la razón y yo me uno componiendo una mueca graciosa a la vez que por dentro maldigo en varios idiomas, sabiendo que no puedo corregir el curso de la conversación antes de que se termine el tiempo de descanso.

—Es verdad que Amaro tenía tres años más, pero yo me mezclaba mucho con cualquiera que moviera o que consumiera por si podía sacar algo gratis. Iba al insti y no tenía un duro, así que siempre me las intentaba ingeniar para conseguir algo por la cara. Y nunca lo vi por allí. Nunca. A otros sí, a muchos de su pandilla, claro, como a… —eleva los ojos durante una fracción de segundo señalando hacia Kevin Fandiño y todos asentimos—, y a otros tantos, claro, aunque son cosas del pasado. Pero a Amaro nunca lo vi y por eso siempre he pensado que lo suyo no tenía nada que ver con las drogas.

Los otros dos no dudan en mostrar su desacuerdo y yo evito dar una opinión, agradeciendo la interrupción de una mujer cercana que nos ofrece café de su termo y que acepto al instante dando por terminado el rato de descanso. En cuanto bajo el sorbo amargo me incorporo sacudiendo los restos de tierra y maleza del chubasquero y siento la mirada penetrante de Kevin unas hileras de plantas más allá, que se detiene sobre mí unos segundos para después recorrer a otros tantos trabajadores sin aliviar la presión del entrecejo.

Es hora de volver al trabajo. «A los dos trabajos». Se me escapa un resoplido al pensar los escasos avances logrados en más de una semana y en cómo Machado, mi superior, no va a parar de atosigarme para que consiga algo, lo que sea, que justifique mi presencia aquí. Un codazo me trae de vuelta a mi falso trabajo y me encuentro con la expresión divertida de Mariño a mi izquierda.

—Es tu primera vez trabajando de esto, ¿verdad? —Asiento y suelta una risotada a la vez que me palmea la espalda—. Se te nota: acabamos de empezar y ya tienes cara de que estás deseando terminar. En cuanto lo hayas hecho tantas veces como yo…

—¿En todas es así? —Me interroga con la mirada y aclaro—. Has dicho que has trabajado para otras explotaciones de kiwis de la zona. Me preguntaba si hay mucha diferencia entre unas y otras.

—Trabajo es trabajo —responde dando de hombros—. Es duro y podían pagar mejor, lo mismo que en todas, pero los Fandiño me caen bien. Hay otros jefes, en otros lados, que te miran por encima del hombro y aquí no; ellos son los primeros en ponerse a trabajar.

Me ajusto la mochila para la recolección de los kiwis y ayudo al otro a ajustarla mientras sigue parloteando y respondiendo a algunas cuestiones que suelto sin interés, solo por darle conversación. No debo ser muy obvio y atraer la atención, ni insistir más de lo necesario en un tema y que salte la liebre, así que hago un par de preguntas sin importancia sobre Kiwis Fandiño que mi amigo el charlatán está encantado de responder de una manera más extensa de la que pretendo dándome información que considera jugosa sobre la explotación, pero que destierro a una esquina de mi cerebro nada más la recibo.

—Vosotros dos, ¿qué? —atruena la voz de Kevin desde algún punto cercano—. ¿Os llevo otro café para que sigáis con la cháchara? Los kiwis no se recogen solos.

8. TORRE

Como la ducha relajante no ha logrado su propósito, tiro el tubo contra la cama gemela que no uso y me la aplico en el hombro lo mejor que puedo intentando conseguir algún alivio. «Como si lo fuera a conseguir con un poco de Voltadol». Dos días trabajando a tope en la recogida han bastado para que mis antiguas molestias revivan y me recuerden durante todo el día que el hombro necesita un reposo que no le voy a proporcionar durante, al menos, los próximos diez días. Más si me quedo hasta la poda. Me dejo caer con ganas contra la cama y sigo masajeando la zona, con el olor a eucalipto efecto calor pegado a los dedos.

Moviendo los dedos de mi mano derecha en el hombro contrario casi en automático me permito perderme en el caos que me inunda durante unos segundos con los párpados apretados. Machado me tiene frito. Entiendo que es su trabajo y que quiere asegurarse de que cumplo con el mío porque a él también le estarán apretando a su vez, pero no necesito ninguna llamadita más que me recuerde mis escasos avances. Aselas es un lugar pequeño que cuenta con sus propias dinámicas y donde es más difícil conseguir que se la gente se abra con un completo desconocido. Y eso es algo con lo que ya contábamos antes de venir, porque siempre es así.

Además, mi tapadera me quita mucho tiempo. Demasiado. Tras dos días recogiendo kiwis en la Boullada y sin tiempo ni ganas para mucho más, he declinado la invitación de Brais de unirme a él y otros amigos para tomar unas cervezas en una parroquia cercana, aunque ahora estoy pensando unirme para cenar, por si pudiera servir de algo.

«¿De qué va a servir?». Me lo pregunto con molestia apretando un punto sobre el omóplato que me provoca un aguijonazo de dolor y me obligo a mantener la presión un poco más, hasta que dos violentos golpes en la puerta me obligan a salir de mis pensamientos y levantarme del colchón. Abro la puerta esperando encontrarme los vivarachos ojos de oso de la propietaria del hostal con las toallas limpias que pagué hace dos días y todavía no me ha facilitado, pero en su lugar aparecen otros que despiden llamas.

—¿Se puede saber quién eres? —brama Uxía con los brazos en jarras.

«¿Qué?»

—Torre, encantado —respondo con rapidez ofreciéndole una mano—. ¿Va todo bien, Uxía?

Tuerce la boca dirigiéndome una mirada capaz de arrugar a cualquiera y da dos pasos al frente hasta que me hago a un lado y cierra la puerta al entrar. Los cabellos castaños se escapan furiosos de su recogido, las narinas se dilatan de manera exagerada en su nariz redondeada y veo que está haciendo un auténtico esfuerzo por contenerse.

—Conmigo no te hagas el listillo y responde de una vez. ¿Eres un investigador?

Mierda.

Sacudo la cabeza componiendo una mueca que espero que muestre sorpresa e incredulidad mientras una gota fría me baja por la espalda.

—Creo que no te pillo. ¿O es una broma?

—Me has entendido de sobra —afirma dando dos pasos más hacia mí sin llegar a tocarme. Su pecho sube y baja de manera violenta por su respiración agitada. Su voz es firme y decidida y sus ojos color miel me escrutan intentando leer mi mente. Esta visión de Uxía me

excita un poco y me reprendo al instante—. Sé que has estado preguntando por nosotros, por la finca, por la empresa..., y solo se me ocurre un motivo para que estés interesado. ¿Te ha mandado la competencia para investigarnos y saber si tenemos los problemas que se rumorean?

Intento contenerme tanto como puedo para que no se note el alivio que me recorre el cuerpo.

—No —niego con seriedad—. No tengo nada que ver con eso.

Da un paso más hacia mí y su cazadora castaña me roza los muslos. Está tan cerca que su aliento me alcanza la cara y meto las manos en los bolsillos del chándal para evitar la tentación de rozar sus labios de nuevo.

—¿Seguro que no te manda Rocha? —Vuelvo a negar y la veo entrecerrar los párpados de nuevo, como si sopesase mis palabras—. Como me entere de que me estás mintiendo te juro que tiro la furgoneta al Miño contigo dentro.

Trago saliva con dificultad perdido en sus labios y poniendo en ello todo mi empeño hago justo lo contrario de lo que quiero. Doy un par de pasos hacia la puerta para apartarme de ella y de las camas vacías esforzándome por mantener la vista en sus ojos.

—No conozco a ese tal Rocha.

—¿Y entonces por qué no paras de hacer preguntas de la finca? ¿Eh?

Al fin una pregunta fácil con respuesta ensayada. «Esta me la sé». Pongo mi mejor sonrisa y extiendo los brazos con las palmas hacia arriba buscando generar confianza, aunque la sexy fierecilla que me señala con la barbilla no muestra señal de que funcione.

—No soy de aquí, Uxía. Intento conocer a gente para poder salir a tomar algo sin que el hijo del jefe tenga que hacerme de niñera. Hablar con el resto de los temporeros sobre el sitio común en el que trabajamos me pareció un buen punto de partida, pero, si lo prefieres, hablaré del tiempo.

Mi broma final solo consigue que Uxía asienta enarcando las cejas de una manera que deja muy a las claras su opinión de mis palabras y de mí. Mete las manos en los bolsillos de la cazadora y da una vuelta en redondo examinando la habitación sin reparo, deteniéndose en algún punto sobre la cama que uso. No la imito porque sé perfectamente lo que hay: dos camas gemelas sacadas de una película mala de los setenta, la ropa usada del trabajo en la esquina de la ventana, el chubasquero colgado en una percha y el móvil sobre la mesilla de noche. No he sacado el portátil ni la documentación de la mochila que escondo bajo la cama porque solo he tenido tiempo de ducharme. Y no hay nada más.

—Deberías pedir que te cambien de habitación —dice señalando la mancha de humedad de la esquina. Su voz todavía suena molesta—. Y si necesitas guardar algo, déjalo en casa de mi padre. Estará mucho más seguro que debajo de la cama.

—No hace falta.

Responde elevando los hombros y girándose hacia mí, y cuando sus grandes ojos castaños se clavan en los míos a la vez que se aproxima a la puerta siento que se me eriza la piel de la espalda. No sé si es por el modo en que aprieta su boca carnosa, su expresión segura o el modo de observarme como si estuviésemos sosteniendo algún tipo de reto, pero todavía no ha alcanzado la puerta y ya me estoy excitando.

«Cálmate, Sergio, que no tienes quince años». Me reprendo en silencio clavándome las uñas por dentro del pantalón. No sirve de nada. Quizás es peor. Uxía está quieta frente a mí y la puerta de madera como si estuviera a punto de salir de la habitación, pero no se mueve. Me contempla como si me estuviese examinando mientras que su dulce perfume frutal me invade los sentidos y vuelvo a sentir la misma energía que el sábado pasado en el que casi cometí un desliz.

Estamos muy cerca, a menos de un palmo, con la espalda pegada a la pared y me niego a hacer el más mínimo movimiento para que no sepa lo que me afecta que esté ahí. Abre la boca y mueve ligeramente los labios un par de veces sin llegar a decir nada.

—Tú mismo, pero ha habido quejas de huéspedes a los que le han faltado cosas.

Me cuesta enterarme de a qué se refiere, pero no llego a contestar. No puedo. Su boca cubre la mía antes de que me dé cuenta, acariciándome el labio inferior con el suyo para luego pasar la punta de la lengua por el superior.

—¿Qué haces? —pregunto conteniendo un jadeo.

—No lo sé.

Su respuesta suena casi como un suspiro y sube una mano a mi nuca al tiempo que desliza la lengua dentro de mi boca. Sus labios son suaves, pero su beso es firme, demandante y sin pensar en nada más saco las manos de los bolsillos y tiro de sus caderas hasta pegarla completamente a mí. Con una mano me recorre el cuello trazando un sendero con la punta de los dedos y la otra me da ligeros tirones del pelo que llevo más largo que de costumbre.

En el momento en que nuestras lenguas se enredan siento que se me acelera el pulso y que estoy completamente excitado. Me inclino sobre ella buscando profundizar el beso a la vez que mis manos descienden intentando colarse por debajo del plumífero sin dejar de pegarla contra mi cuerpo. Me muerde el labio con la intensidad adecuada y se me escapa un bramido en respuesta a la vez que pienso en cómo llevarla hasta la cama sin despegarla de mí cuando sus manos se posan sobre mi torso con firmeza separándose un poco. Respira pesadamente y está tan cerca que su aliento me da de lleno en la cara. Hundo mis dedos en sus nalgas y pego la espalda a la pared en busca de que el frío aplaque, aunque sea un poco, el deseo que me devora con ansia.

Ella da un paso atrás liberándose y su mano encuentra con facilidad el pomo de la puerta. Sus ojos castaños claro todavía están oscurecidos por el deseo cuando se vuelve desde el pasillo escasamente iluminado.

—Va a llover toda la semana, así que no hables del tiempo. Prueba con otra cosa.

Se va con ese andar ligero y confiado y tardo dos segundos de más en cerrar una vez que ha desaparecido en el hueco de las escaleras. Dejo caer la frente sobre la puerta y me doy un ligero golpe en la frente.

«Mierda».

El teléfono suena desde la mesilla del móvil y veo el nombre clave de Machado en la pantalla. Los labios me arden, la sangre bulle acelerada y me siento incapaz de contestar a esa llamada. La imagen de Uxía con los labios entreabiertos e hinchados aparece con nitidez en mi mente cuando bajo los párpados buscando algo de calma. Me llevo las manos a la boca, frotándola lentamente y casi puedo escuchar los gritos de mi superior enloquecido gritando su frase de «donde tengas la olla…», sobre todo porque esa vez no he sido yo quien lo ha detenido.

Especialmente porque me encantaría que no nos hubiésemos detenido.

Mierda.

Me recuesto sobre la cama y espero a que finalice la llamada para a continuación telefonear yo a Brais y aceptar su plan para cenar y beber cerveza en compañía. Estoy seguro de que voy a necesitar mucho más que un botellín de agua para sacarme este calor del cuerpo.

9. UXÍA

«Al menos esa duda ya te la has quitado de encima». Me he dicho esa misma frase al menos veinte veces en las últimas doce horas. Si alguna vez desde nuestro primer encuentro en el centro de Tomiño sospeché que a Torre le resultaba indiferente, la noche anterior me había dado la respuesta: un no rotundo que se había hundido duro y firme contra mi cadera en cuanto nuestros labios se habían rozado.

Solo por eso, ya ha valido la pena.

La otra cuestión que queda pendiente de responder es por qué me planto en la puerta de un hombre que me pone de los nervios para averiguar qué trama y me acabo lanzando a por su boca como una posesa. Acelero el ritmo e intento dejar la mente en blanco. «No pienso contestar a esa pregunta ni a mí misma. Ni siquiera frente a un abogado». La boca se me tuerce en una sonrisa al pensar en mi abogada. Mi hermana Iria estaría encantada con mi hazaña, así que no lo puede saber porque no dejaría de doblar el estúpido pulgar en un mes.

Sacudo ligeramente la cabeza y la coleta me golpea levemente en la nuca. La imagen caliente de Torre frente a mí con los ojos completamente oscurecidos por el deseo y la boca entreabierta para mí me ha perseguido una y otra vez en estas horas de manera molesta y excitante. Tanto cenando a solas con uno de los libros de cuentas, en la cama procurando dormir, como desde que me había despertado.

No puedo permitirme tantas distracciones. Eso no me sucedió con Luís, ni siquiera cuando lo dejamos, pero Torre es una constante fuente de ellas. Especialmente si estamos a solas. Me desvío hacia la derecha manteniendo el ritmo y la vieja carretera por la que apenas circulan coches más que en verano da paso a un camino de tierra y piedras que no es capaz de contener la maleza a los lados. Con el rabillo del ojo recorro el margen del río y las pequeñas islas que ocultan la vista de Portugal mientras que el sol sale a mi espalda tiñendo el cielo despejado y las aguas de un ligero tono dorado.

Desde que mandé a Luís a pastar, no he estado con nadie más. Ni siquiera una noche. No tengo tiempo. Kiwis Fandiño exige mucha atención, y más en fechas como estas en que el trabajo se multiplica y necesitamos que la campaña sea exitosa para poder asegurarnos de que la empresa sigue siendo viable por nuestros propios medios, sin necesidad de confiar en socios que encuentro detestables y abandonar al fin esta mala racha.

Los empleados, las cifras de recogida, las cepas de hongos, las malas previsiones del tiempo, la salud de mi padre, la última alerta por temporal, el dinero que falta en las cuentas, … Todo se agolpa en mi mente, que va saltando de un problema a otro con rapidez excesiva atrayendo consigo de nuevo el molesto picor en mi piel, pero me niego a rascarme. En vez de eso acelero el ritmo al que corro intentando dejar atrás todos los problemas y sentirme libre con el aire fresco que me golpea las mejillas.

No es la primera vez que la empresa tiene problemas en cuarenta años, aunque sí conmigo al cargo y eso es algo que me está carcomiendo por dentro. Brais es el currela, como le gusta decir a él, el que se pasa el día en el campo entre plantas y trabajadores, y yo la que me encargo de que los números se sostengan.

Soy la que busco la manera de resultar más competitiva en el mercado y no quedarnos

atrás intentando aunar tradición y modernidad. Otras de las explotaciones cercanas son más eficaces, más productivas, y si no hacemos todo lo necesario nos echarán del negocio. O nos lo quitarán, que para el caso es lo mismo. Por eso en los últimos años, incluso antes de que mi padre se retirase oficialmente, he insistido en incluir pequeños adelantos.

Mi formación universitaria y mi conciencia me hace querer ser más ecológica, más sostenible y menos dañina para el planeta, pero mi parte empresarial me obliga a mantener los pies en la tierra. He conseguido eliminar los herbicidas y reducido el consumo del agua buscando mantener o incluso mejorar la productividad y lo habría conseguido de no ser por esa maldita cepa de hongos que se cebó con nuestra explotación, al igual que con otras de O Porriño.

Corro lo más rápido que sé hasta que me duelen las piernas, hasta que los músculos arden exigiendo parar, hasta que siento que la respiración se entrecorta y que no puedo seguir con ese ritmo infernal. Entonces reduzco la velocidad hasta ir poco más que al trote y me obligo a llegar al final de la senda para tumbarme en el espolón de hormigón y coger aire. Doy una, dos, tres bocanadas hondas con la espalda pegada a la construcción fría con los brazos abiertos en cruz, sintiendo cómo la camiseta se me pega a la espalda por el sudor y disfruto de la tranquilidad que me rodea mientras mis latidos se calman.

Conozco bien el sitio, tanto que podría describirlo a la perfección con los ojos cerrados ya que apenas ha cambiado en los últimos treinta años. A la derecha una pequeña playa fluvial que está abandonada desde octubre hasta junio, enfrente el río Miño y al otro lado Portugal, y todo lo demás que nos rodea resguardando el camino y el aparcamiento es el bosque mixto de pinos y eucaliptos y dos grandes carballos que flanquean la entrada al dique. Ya no queda rastro del bar de playa que montaban durante mi adolescencia y al que Iria y yo recurríamos para conseguir un par de latas de cerveza cuando todavía no teníamos edad para beber.

Flexiono los brazos apoyando las palmas de las manos por encima de mi pecho comprobando que mi respiración se ha tranquilizado lo suficiente para volver y pienso en lo curiosa que es la mente. Puedo recordar perfectamente más de una escapada a escondidas hasta la esplanada, el sabor ácido y desagradable de la cerveza caliente y la nariz arrugada de mi hermana tras el primer trago. Recuerdo perfectamente por qué lo hacíamos. Y, sin embargo, no recuerdo cosas mucho más impactantes que sucedieron en esa época como la noticia de la enfermedad de mi madre. Casi como si el cerebro se esforzase en olvidar lo que queremos y no podemos dejar atrás.

«Para, Uxía. Deja de pensar».

Pensar en mi madre y en su larga enfermedad es algo que todavía me sigue afectando, así que me esfuerzo por alejar esos pensamientos y me refugio en otros viejos conocidos que duelen menos: los problemas de la empresa. Escucho un leve crujido a un lado del camino, pero no hago ni el esfuerzo de entreabrir los párpados hasta que alguien me habla.

—¿Este sitio está ocupado?

No me da tiempo a responder que sí. Torre se sienta a mi derecha, con los pies colgando hacia el escalón inferior y me observa con atención por encima de su hombro. Sé perfectamente el aspecto que debo tener con la cara colorada, los pelos desparramados y una sudadera vieja y descolorida que perteneció a mi hermano mayor hace eones, pero me da igual. Me paso una manga por la frente para limpiarla del sudor despegando el flequillo lateral y cierro un ojo para enfocarlo mejor.

—¿Qué haces aquí? Entras a trabajar en poco más de una hora.

—Un poco de *running*, como tú.

Soy incapaz de despegar la vista de esos labios firmes, especialmente cuando los

humedece con la lengua. Lleva una camiseta térmica anaranjada que se ajusta perfectamente a su cuerpo mostrando lo trabajado que está, unos pantalones de chándal grises largos y ajustados y, quitando unas gotitas de sudor de la frente, está perfecto.

—Como yo no.

Tuerce la boca hacia arriba intentado ocultar una sonrisa bajo la ligera barba de un día que me recuerda la deliciosa fricción de ayer contra mi cara y me incorporo apoyándome en las palmas de la mano antes de hacer o decir una nueva tontería. Bajo los párpados un instante dejando que los tímidos rayos de sol me acaricien un instante antes de tener que volver a la faena.

—Voy a tener que decirle a mi primo que os apriete más. Si estás con ganas de salir a correr antes de pasarte todo el día en la finca es que algo no está haciendo bien.

—Como apriete un poco más, me convierto en zumo. No sabía que me había buscado un trabajo tan duro solo por conseguir kiwis gratis para el desayuno.

La sola mención de la palaba «trabajo» evoca cientos de tareas y problemas pendientes a los que tengo que hacer frente lo antes posible y frunzo la nariz de manera inconsciente, repasando todos y cada uno de ellos. La escasa calma que he conseguido tras correr a toda velocidad ya se ha ido y me entran ganas de ponerme en pie para conseguir una poca más que me ayude a soportar este bullicio que llevo dentro.

—¿Te pasa algo? —Niego con la vista perdida en la orilla contraria del río. Es demasiado guapo para mirarlo de frente a esas horas—. ¿Es por lo que he dicho? Porque era broma. Tu padre está demasiado pendiente como para que choricemos ni un kiwi.

Me fuerzo a sonreír para que se quede tranquilo, pero acabo componiendo una mueca amarga. Mi padre debería estar en casa aburriéndose en el sofá y no pateando la finca supervisando las labores diarias, obligado a echar una mano por necesidad. No noto lo tensa que estoy hasta que Torre apoya cuidadosamente una de sus manos fuertes en mi hombro derecho.

—¿Es por algo de la finca o es por tu padre? He oído que ha estado enfermo…

Levanto una mano interrumpiéndolo intentando ignorar el suave agarre.

—Papá está bien. Y preferiría no hablar más asuntos de la explotación contigo.

—¿A pesar de que te he prometido no ser un espía de Roca? —pregunta divertido.

—Se apellida Rocha —aclaro—. Y sí.

Los dedos bailan contra mi omóplato y mi clavícula y siento la piel arder a pesar de la tela que se interpone. Sé que debería darle un manotazo, pero le dejo hacer y disfruto de la agradable sensación mirando hacia Portugal.

—¿Prefieres que hablemos de lo que pasó anoche?

Un recuerdo fugaz de esos mismos dedos clavándose con fuerza contra mi culo se abre paso en mi cabeza al instante y me giro hacia él. Su expresión es completamente serena, sus ojos oscuros permanecen en calma y cuando me sonríe con picardía me dan ganas de besarlo de nuevo, así que me aparto hasta que su mano cae sobre el hormigón.

—Anoche no sucedió nada —respondo con ligereza.

—Me besaste en mi habitación, cabezona.

—Y tú a mí, chulito. No fue para tanto.

Me dedica una sonrisa descarada que grita a las claras que no se lo cree poniéndome a vibrar por dentro y siento una punzada de algo parecido al pánico al percibir que se inclina ligeramente hacia mí, reposando su brazo en el mío con confianza. Su calor es peligroso. Su cercanía más. Así que rompo a parlotear intentando enfriar el ambiente.

—Con tanto que has preguntado por ahí, seguro que algo has escuchado sobre nuestros

problemas económicos.

Ladea la cabeza antes de responder, sopesando las palabras.

—No mucho. Algo sobre una plaga que se cargó parte de la cosecha hace unos años y que todavía colea.

Arrugo la frente asintiendo con aire pesimista. No pensaba añadir más, pero sus dedos acarician el dorso de mi mano con suavidad, casi entrelazándonos y acabo soltando más de la cuenta, como si necesitase vaciarme por dentro y al fin encontrase a alguien adecuado para hacerlo.

—Eso es solo una parte. Las cuentas iban regular desde hacía unos años. —Carraspeo y lo suelto del tirón—. Desde que mi madre recayó hasta que murió. No teníamos la cabeza donde tenía que estar y la empresa lo pagó. Y después, con los disgustos de una cosa y la otra, a papá le dio el achuchón. Mi hermano y yo tomamos el relevo de Kiwis Fandiño para quitarle un peso de los hombros a mi padre. Brais se ocupa del campo y de las cuentas me ocupo yo —simplifico apretando sus dedos—, y mi primo está ahí siempre que lo necesitamos.

Me pierdo en mi mente hasta que él me devuelve el apretón y noto otra vez una presión en mi pecho que lucha por tomar el control y arrasar con todo. Inspiro hondo y pestañeo varias veces tragando saliva con dificultad.

—Últimamente tengo la sensación de que, desde que cogimos el relevo, todo va de mal en peor, que las cosas no dejan de complicarse y me pregunto si la responsable no seré yo. Toda la familia excepto Iria depende de la explotación, por no hablar de nuestros trabajadores y sus familias o lo que eso afectaría a la economía de la parroquia. Pensaba que iba a poder con ello, pero…

Elevo los hombros y los dejo caer con pesadez junto con el aire retenido y bajo la vista hasta el punto en que nuestras manos se enlazan. No debería estar haciendo algo así, pero a la vez es reconfortante poder liberar parte de la carga, así que no retiro la mano.

—Estás siendo un poco dura.

—Tengo que serlo. El trabajo de mucha gente y el legado de mi familia depende de que lo sea.

—Yo creo que lo estás haciendo bien.

Elevo las cejas digiriéndole una expresión que dice sin palabras «¡Qué sabrás tú!» que no le afecta en lo más mínimo. Me palmea el dorso de la mano varias veces antes de seguir con un tono firme y suave que me reconforta por dentro.

—Puede que no sepa mucho de esto o que quizá hasta hace poco creyera equivocadamente que los kiwis salían de un árbol. Pero tu padre sí que sabe y también se lo he escuchado decir a él: que te las estás apañando muy bien, aunque no está siendo fácil.

Intento mostrarme inalterable y me centro solo en lo que tengo delante. El agua calmada y oscura, el cielo anaranjado con pinceladas violetas, el rumor tranquilo de los árboles sobre nuestra cabeza, … No me muevo hasta que me doy cuenta de que le estrujo los dedos con más fuerza de la necesaria por culpa de sus palabras, que han actuado como el bálsamo que no sabía que necesitaba.

—También dice que te cuesta pedir ayuda.

—En eso también me salgo a él.

Torre se inclina un poco más y roza mis labios con los suyos en un beso delicado y breve que me sabe a poco. Su aroma intenso me obliga a cerrar los ojos y cuando los vuelvo a abrir está de pie ante mí tendiéndome una mano.

—Vamos al tajo, Uxía, que llegamos tarde.

La agarro y dejo que me levante hasta quedar casi pegados sin añadir nada más, siguiéndolo cuando hace ademán de ponerse a trotar y dejarme atrás. Corremos el camino de regreso pegados, sin separarnos más que cuando el sendero se estrecha, y disfruto de poner los músculos al límite, al ritmo que él me exige, y no pensar en nada. No nos detenemos hasta llegar al cruce que da a mi edificio cuando le hago un gesto con la mano.

—Esta tarde hay magosto y una banda de música en el campo de fútbol. Yo voy a ir con Iria y unas amigas.

—Le diré a Brais que me acerque.

10. TORRE

A pesar de las dudas que me han asaltado durante la jornada de trabajo en la Boullada, una parte de mí se felicita por encontrarme ahora en la celebración, junto a ese campo de tierra rodeado de una valla blanca al que los vecinos insisten en llamar campo de fútbol, pero más bien parece un secarral. Al menos la mitad de la gente de Asela que conozco está allí pasando la tarde noche del sábado de manera distendida.

Sigo a Mariño el charlatán que saluda a todo el mundo, exactamente igual que hace durante la recogida, facilitándome las cosas. Ha sido él quien me ha traído hasta el magosto y no Brais, lo cual también ha resultado ser un acierto porque apenas llego ya estoy conversando de manera animada con unos y otros, mezclándome perfectamente entre los asistentes a esa especie de fiesta tradicional de pueblo con castañas asadas a la que me han invitado sin llamar la atención. Todo es perfecto.

«Bueno, casi todo».

Es una estupidez, pero desde que he llegado no he podido perder de vista a Uxía. Está sentada junto a su hermana y otra chica que no conozco en una mesa de plástico con un símbolo de refresco a un lado del puesto de castañas. No he pasado por ahí, solo la he saludado con un movimiento de cabeza desde la improvisada barra de bar que hay frente al no menos improvisado escenario en donde actúa lo que parece una banda juvenil de música folk poco afinada, que es hasta donde me ha traído mi nuevo amigo, y en donde me he obligado a mí mismo a quedarme.

Uxía está preciosa. A diferencia de todas las demás veces que la he visto, lleva el cabello liso y brillante suelto tras la espalda y un ligero toque de maquillaje que hace que cada vez que sonríe sus labios se vean todavía más apetecibles. Más aún que esta mañana, cuando no me pude resistir a darle un pico. Así que clavo el codo en la barra y me esfuerzo por centrar mi atención en la conversación desenfadada de los amigos de Mariño, que abarca de fútbol a política pasando por cualquier vecino que se cruce por delante. Quiero aprovechar e intervenir a la más mínima oportunidad de obtener información que vea. Algunos están bebiendo a buen ritmo y el alcohol en la cantidad correcta siempre ayuda a soltar la lengua.

—¿Y este de dónde sale? —pregunta al grupo uno recién llegado señalándome con el ceño arrugado.

—De los kiwis —responde Mariño con desenfado—. Nunca ha estado en un magosto, así que me lo he traído.

Abre la boca para contestar en el mismo momento que el chico de detrás de la barra le deja un tubo de cerveza delante y me apresuro a hacerle una seña para que me cobre una ronda incluyendo esa consumición y reconozco varios gestos de satisfacción entre los que me rodean. Veamos si es verdad que la manera más rápida de llegar a un hombre es por el estómago. Aunque sea a base de cervezas Estrella Galicia.

El grupo continúa charlando de manera animada y me relajo contra la barra evitando mirar en dirección a *la* mesa. No quiero ni puedo distraerme. Ya han transcurrido diez de los treinta días asignados para este expediente y no tengo nada a lo que agarrarme que pueda considerarse un avance. Nada. Solo he conseguido comentarios, rumores o imprecisiones que no

me han llevado a ningún sitio. Y por eso es mejor evitar mirar hacia la derecha, hacia esa distracción cabezona y decidida con la que he hecho tonterías tres de las cuatro veces que hemos estado a solas, y de la cuarta tampoco puedo atribuirme el mérito: Uxía conducía cabreada conmigo.

El otro motivo por el que intentar mantenerme al margen de sus labios es porque se trata de terreno vedado. Nunca he tenido complicaciones con esto, y no pienso dejar que esta vez sea la primera que ponga en riesgo una operación por una distracción. Estoy soltero, sin pareja estable desde hace muchos años y no tengo interés en que eso cambie porque encaja muy bien con mi estilo de vida. Estoy centrado en el trabajo y aprovechando el escaso tiempo libre para pasarlo bien sin tener que responder ante nadie más que ante mí mismo y mis superiores. Mantener separado el trabajo de mis escarceos es fácil, seguro y efectivo, y tampoco tengo ni tiempo ni ganas de más. En cambio, Uxía tiene toda la pinta de ser lo contrario, una mujer comprometida con su trabajo, con su familia y con su entorno que mantiene relaciones serias y de largo plazo con hombres que reúnan esas mismas características.

«Además, seguramente Uxía no reaccionaría bien si supiera por qué estoy aquí. En su finca. Con su familia».

Suspiro y tomo un lingotazo. Repetirme eso de manera constante no consigue que mengüen las ganas de estar dentro de ella.

Un hombre visiblemente ebrio discute con varios hombres que están de espaldas a mí. El borracho es Ramiro Pazos, el mismo que siguió a Uxía fuera del local la semana pasada. A los otros que se van braceando y lo dejan atrás no les veo la cara. Mariño agarra su botellín arrugando la boca y se coloca a mi lado señalando hacia allí con la mirada.

—Menuda trompa lleva. Últimamente se pasa más tiempo borracho que sereno.

Asiento recordando la anterior vez que lo vi y que también iba perjudicado. La música en directo suena un poco más alta, Ramiro se ha quedado quieto y solo en mitad del terreno y ante la falta de espectáculo la gente retoma sus conversaciones.

—Porque nunca ha sabido controlar los excesos y cualquier día se va a meter en un lío bueno, porque cada vez que sopla le toca las narices al que se le pone delante —responde otro del grupo moviendo el puño cerrado como si bebiese—. Suerte ha tenido que Kevin solo le haya metido cuatro gritos con el carácter que tienen los Fandiño…

—Bueno, como antes eran amigos…

—De eso hace la tira. ¿Cuánto hace que no van juntos?

Deslizo la vista hacia el centro del campo y veo que se acerca hacia la banda de música con paseo bamboleante, mientras que de los otros dos hombres no queda ni rastro. Mi compañero en la Boullada se pega más a mi costado.

—Además, Kevin hace mucho que no anda en tonterías. Casi ni sale —chista Mariño de manera confidencial—, y si Ramiro ha cambiado la coca por el vino es porque el dinero no le da.

Uno de los conocidos de Mariño invita a una ronda y otro botellín de cerveza aparece en mis manos sin que lo pida. La conversación sube de tono según bajan las cervezas y me río con discusiones poco relevantes sobre los coches y del MotoGP. Eso me recuerda mi moto abandonada en el garaje y lo que echo de menos no tener que depender de todo el mundo para poder desplazarme.

No pasa mucho rato cuando uno del grupo chasca la lengua señalando en dirección a las mesas de plástico. Justo ante la mesa que evito mirar Ramiro se tambalea encorvándose hacia Uxía que lo observa con desagrado. En el momento que veo que la agarra por el hombro intentando levantarla me tenso. He debido moverme sin ser consciente porque Mariño susurra

hacia mí.

—Tranquilo: es inofensivo.

Aprieto los labios, cuento hasta cinco y regreso a mi posición sin quitarles el ojo de encima. Puede que Ramiro Pazos no sea violento, pero tampoco es la mosquita muerta que me pintan. Tiene antecedentes penales por dos estafas en los últimos años. Aun así, me limito a observar porque recuerdo perfectamente las palabras de mi atractiva jefa la semana pasada, indicándome con tono duro que no necesita a nadie que la salve. Y es verdad, porque no tarda más de cinco minutos en librarse de él en esa ocasión, aunque su hermana secunda cada uno de sus gestos.

Me relajo casi en el instante que veo que ese hombre se despega de su mesa y camina de manera errática entre el resto de asistentes, más cerca de mi sitio que de las mesas y dejo de prestarle atención, al igual que los demás, a los que se les ve más preocupados por decidir dónde o cuándo cenar. A la izquierda, del otro lado de la valla blanca, veo el resplandor de unas brasas y recuerdo que alguien me ha explicado que, además de las castañas, en los magostos suele haber sardinas asadas. Aunque por el momento no he tenido delante ninguna de las dos cosas a pesar de que llevo más de una hora allí.

—Venga —dice uno de ellos dando un par de palmadas contra la barra—, vamos a votar. Las opciones son cenar en Figueiró y volver, a ver si el siguiente grupo suena un poco más decente o largarnos a Tomiño y quedarnos allí después de cenar.

Varios de ellos refunfuñan o intentan convencerse entre sí de cuál es la mejor opción ante mi completa indiferencia. Pienso unirme a lo que haga la mayoría y confiar en que beban lo suficiente como para que a alguno se le suelte la boca. Del resto, todo me da igual. Están haciendo el recuento de las primeras votaciones cuando se escuchan un par de gritos tras la barra seguido de un estruendo, un peso sordo y cristales rotos.

Al parecer, varios vecinos han sorprendido a Ramiro intentando conseguir bebida gratis y tras unos forcejeos han tirado una estantería y dos han acabado en el suelo junto con dos cajas de vasos de tubos y una de botellas. Apenas uno de los camareros lo pide, me incorporo tras Mariño y otro de sus amigos dispuesto a ayudar y los sigo hacia el aparcamiento para traer más provisiones de una furgoneta. Antes de salir echo un vistazo a la mesa y aprieto los labios al darme cuenta que solo hay dos mujeres.

«Si se ha ido, mejor. A ver si así dejas de distraerte, Sergio».

Recogemos el desastre entre todos y cargo con las baldas de la estantería de plástico rotas hasta un contenedor cercano al aparcamiento mientras ellos se apresuran a llevar botellas y vasos, ya que el que han instalado a un lado del campo de fútbol está prácticamente lleno. Actúo en automático sin pensar en lo que tengo en las manos, con toda la atención perdida en mi mente, repasando otra vez más las conversaciones que he tenido con los vecinos y que pudieran dar una discrepancia o arrojar algo de luz a lo contenido en el expediente, aunque no sirva para nada. Tiro las baldas y sacudo las manos contra los vaqueros con frustración después de abrir el chat y ver una foto de mis primos pasándolo bien y sus mensajes de pitorreo.

—¡Torre!

Un par de pasos rápidos por la zona menos iluminada, un olor a cereza dulce y regaliz amarga y sé que son los brazos de Uxía los que me rodean el torso antes de volverme. Tuerzo el cuello y trato de permanecer impasible, aunque me cuesta. Abro la boca para preguntar qué sucede cuando veo una sombra por encima de su hombro.

—¡Creía que no venías! —exclama con una sonrisa tensa.

Saliendo de las sombras se acerca un hombre que me mira con desprecio. De una edad

similar, más alto, más delgado, cabello claro y un traje de dos piezas que no pega ni con la fiesta ni con ella. Le devuelvo la mirada y solo se detiene cuando Uxía cruza sus manos tras mi nuca y finge besarme.

Bueno, no lo finge. En realidad, se pone de puntillas intentando posar sus labios contra la comisura de los míos en lo que imagino que es un numerito para el estirado de detrás. Me aparto ligeramente para impedírselo dedicándole una sonrisa petulante que sé que le molesta.

—No me importa que me uses, jefa —susurro adueñándome de sus caderas—. Pero tienes que hacerlo bien.

Abre la boca para contestarme de esa manera que tanto me prende, pero aprovecho para invadir su boca y ella responde al instante uniendo su lengua a la mía y clavando las uñas en mi nuca pegándome más a ella. Otra vez la misma reacción en mi cuerpo. Otra vez todos mis sentidos pidiendo por más, con el corazón latiendo desbocado quejándose por la falta de oxígeno.

Uxía se separa lentamente sin aflojar el agarre de sus manos obligándome a inclinarme hasta que puede pegar sus labios contra mi oreja.

—No seas chulito, Torre —rezonga dándome un mordisco en el lóbulo de la oreja que me excita de inmediato—. Solo tenías que seguirme el juego.

La aprieto más contra mí para que sepa lo que acaba de causar y su gemido sorprendido hace que mis dedos se agarren a sus curvas con más fuerza y que no pueda pensar en otra cosa que en llevármela de allí y terminar con este jueguecito que nos traemos a medias.

Un coche cercano pita varias veces, Uxía se suelta de mi nuca echándose hacia atrás y el aire fresco del atardecer otoñal gallego me ayuda a respirar y calmar los ánimos lo bastante para llevarme una mano al bolsillo del vaquero. Aunque la otra sigue allí, anclada a ella que intenta disimular una sonrisa cargada de deseo. De fondo me llega el molesto sonido de un carraspeo. El rubio larguirucho me dirige una mirada aviesa, pero no me corto. Pego a Uxía a mi costado, lo observo con desagrado durante menos de un segundo empujándolo con el hombro al cruzarlo de regreso a la fiesta.

—Joder, tío raro, estoy con mi chica. ¿Qué pintas ahí mirando?

11. UXÍA

La barbilla de Iria se hiende en mi espalda al recostarse sobre mí haciéndome poner los ojos en blanco. Extiendo las manos para agarrar los platos con sardina y pan de broa chistando con retintín.

—Pensaba que la atribución de tareas estaba clara. Celia y Torre a por bebidas, yo a por la comida y tú quietecita en la mesa para no quedarnos sin ella.

Mi hermana me sisa uno de los platos con descaro, como si fuese una frase al aire y no dirigida exclusivamente a ella y dirige el camino de regreso entrecruzando nuestros brazos.

—Te vas con uno y vuelves con otro a los cinco minutos. —Le meto un codazo con ganas y ella finge sorpresa—. No me malinterpretes, Uxi, que me *encanta* el cambio, pero es que me tienes en ascuas. ¿Ya habéis…?

Deja la pregunta a medias y como no respondo mueve el puño en una referencia poco discreta al acto sexual. Siento el calor subir hasta las mejillas y acelero el paso esquivando gente. Dejo el plato en el centro de la mesa, le quito el suyo de las manos para hacer lo mismo y tiro de ella hacia abajo para sentarnos y zanjar la conversación con una mirada admonitoria que no funciona desde que ella cumplió los ocho años.

—¡Que no, pesada! —Eleva las cejas y sacudo la cabeza por toda respuesta—. Para con el tema, que vienen ahí.

Mira de soslayo por encima de su hombro para comprobar si lo que digo es cierto y regresa el duelo de miradas hasta que la risa de mi amiga suena realmente cerca.

—Pues ahora le digo que, si quiere, también me puede tocar el culo a mí.

Mi hermana es un dolor de muelas insoportable desde que era una enana a la que le encanta molestarme con conversaciones incómodas que puedan dejarme en evidencia. También le cuesta respetar la privacidad y tener la boca cerrada. Sin embargo, sé que esta vez no lo hace solo por incordiar, porque es la mejor hermana que podía tener. He visto a ella y a Celia abrir los ojos con exageración al verme llegar con la mano de Torre fija en mi cadera y la conozco lo suficiente para saber que no lo va a dejar estar hasta que satisfaga su curiosidad. Desde que lo dejé con Luís ha estado insistiendo una y otra vez con que eche una canita al aire y seguro que piensa que, aunque sea por primera vez en más de treinta años, al fin me he desmelenado.

«Ojalá».

Entre los cuatro damos buena cuenta de las sardinas asadas y yo bebo de la jarra de cerveza más rápido de lo que debería como única manera que se me ocurre para anestesiarme. Ellos charlan de manera animada y a mí me cuesta seguir la conversación porque todo mi cuerpo está en llamas y reaccionando a cada roce del hombre sentado a mi lado. Todavía sigo sintiendo el calor de su mano en mis nalgas, la aspereza de la barba en la mejilla y el sabor de su lengua en mi boca, así que doy un trago largo cuando me doy cuenta de que mi amiga espera que responda a algo.

—Que si vas a ir a la manifestación la semana que viene —repite Celia al verme alzar las cejas.

—Como si hubiese otra opción —grazno.

—¿Por el chico que murió cerca de tu finca? —pregunta Torre con una mirada extrañada

que me obliga a recordar que no es de aquí.

Las tres asentimos a la vez y me fuerzo a dejar las manos quietas sobre la superficie de plástico.

—*Todos* tenemos que ir. Una condena pública y obligatoria para todos los vecinos de Aselas si no quieres que hablen mal de ti.

—A mí me dan pena sus padres.

—Que sí —interrumpo a mi amiga sin paciencia—, y a mí, pero quedarnos quietos un minuto entero en la plaza del ayuntamiento no sirve para nada ni va a hacer que se sientan mejor.

—¿Por qué dices que no sirve para nada? —interviene Torre con voz grave—. Esos padres querrán encontrar soluciones y parece que te moleste que quieran saber lo que le pasó a su hijo.

Sacudo la mano en el aire intentado espantar sus palabras a la vez que organizo las mías en mi mente.

—No es eso. Ojalá descubriesen lo que sucedió, pero no creo que eso vaya a pasar. Quince años es demasiado tiempo. Me cuesta creer que alguien vaya a recordar algo nuevo a estas alturas que sirva para solucionar el asunto. Entiendo que sus padres no quieran que el caso de Amaro caduque y que hagan lo que puedan para evitarlo, pero es así. A veces, algunos crímenes quedan sin solucionar.

—Ya. Además, la investigación fue una chapuza —refrenda Celia—. Eso dice la gente. Así que es lo más probable.

Torre abre la boca, pero mi hermana no le da tiempo a más.

—No te mosquees que estoy de acuerdo en todo, pero a mi parte abogada está a punto de darle algo si no lo digo. Aquí la acción no caduca, prescribe.

—¿En serio, Iria?

—Sí, es un error muy común confundir caducidad con prescripción, pero... —Se interrumpe ella sola al ver nuestras caras—. Ah, vaya.

Los cuatro nos quedamos callados bajo un silencio un poco tenso y por un momento me arrepiento de no haber dejado que mi hermana nos aburriese con disquisiciones legales que solo le importan a ella. Deslizo dos dedos por el vaso buscando un tema de conversación apropiado y que nos devuelva al estado de ánimo anterior cuando Celia vuelve a hablar.

—Podemos ir juntas a lo de Amaro. No quiero ir sola.

Cada año es lo mismo. Omito responder que siempre vamos juntas y asiento con los labios apretados. Antes de que el pesado silencio se adueñe de nuevo de nuestra conversación Torre interviene uniéndose a acompañarnos y le doy un último trago a mi cerveza segura de que eso hará que no dejemos el tema hasta que el quejido de mi amiga casi hace que me atragante.

—Tiene derecho a saberlo si se va a subir con vosotras al asiento de atrás, Celia —responde Iria con tono impostado inclinándose hacia Torre con confidencialidad—. Ella es la que tuvo la idea de saltar del coche en marcha.

—¡No!

Iria agarra la mano de Torre con gesto dramático y sacude la cabeza con vehemencia, y solo con una frase es capaz de cambiar el ánimo de todos radicalmente.

—Créeme.

—Una abeja se coló en el coche y *sabes* que soy alérgica.

—Era una cría y me jugué la vida—responde mi hermana llevándose una mano al pecho —. Haz lo que puedas por ser tú el que maneje el volante si vas solo con ellas.

Estallo en carcajadas a la vez que Celia se sulfura con las mejillas encarnadas y Torre

hace todo posible por contener la risa, aunque le tiemblan los hombros. Mi mejor amiga también es una víctima habitual de Iria y su lengua desenfrenada.

—Íbamos a dos por hora por un camino de tierra de Eiras. No te iba a pasar nada.

—¡Tuve que tirar del freno de mano desde el asiento de atrás y casi me empotro contra un árbol!

Celia rezonga algo por lo bajo que no llego a entender, pero que me imagino por la sonrisa burlona que le devuelve la más joven y comienzan una guerra de anécdotas absurdas en la que todas salimos mal paradas. A diferencia de otras veces no hago el más mínimo amago de pararlas disfrutando de sus tonterías con el embrujo de la mano de Torre acariciando mi muslo bajo la mesa.

No sé cuánto rato llevamos así cuando me tenso al sentir unas manos firmes en torno a mis hombros, pero enseguida me relajo al escuchar la voz de mi padre detrás. Al inclinarme para recibir su beso veo que lo flanquean dos de sus amigos habituales.

—¿Qué tal estáis? Hombre, Torre —le palmea la espalda—, me alegro de verte por aquí. Nos han chivado que habéis tenido un problemita con Ramiro Pazos…

Niego al instante para quitarle importancia y el resto me secundan. Fuentes, al que la mayor parte de la gente del pueblo llama «el alcalde», aunque dejó el puesto hace más de cinco años, deja un cono de papel lleno de castañas ante nosotros, mientras que Rollano arruga el ceño sin perderse una palabra, como si no se hubiese retirado del cuerpo y estuviese a punto de detener a alguien.

—Ha sido una tontería, papá. Tú tranquilo.

—Lo de siempre —añade Iria frotando tres dedos en el popular gesto que simboliza dinero.

Poco después de que los tres se vayan, nosotros los imitamos yendo directos hasta el aparcamiento. Todavía no es medianoche, pero mis músculos cansados insisten en preferir una retirada a tiempo para disfrutar de más horas de descanso. Ni siquiera Iria protesta cuando lo propongo ya que, como cada año, se une a las tareas de recolección durante los fines de semana.

Sonrío al ver a Celia, la única que tiene el domingo libre, bostezando en el asiento trasero ajena a lo que hablan en la fila de delante cuando me cruzo con la mirada voraz de Torre en el retrovisor que con solo un parpadeo vuelve a poner mi cuerpo en llamas. No entiendo lo que me pasa con este chico, que no necesita apenas nada para que me comporte de esta manera cuando nunca he sido así.

«Claro que lo sabes. Te pone. Mucho».

Tiene que ser eso, porque el resto del trayecto lo paso distraída recordando sus besos y apenas sé lo que hago hasta que mi amiga me da un codazo para que salga. Sorteo el asiento inclinado y agarro sin vacilación la mano que me tiende Torre desde la acera. Me toma unos segundos reaccionar al verlo allí fuera. Me sorprende que mi hermana haya decidido parar delante de mi edificio antes que en la pensión, obligándolo a bajar a él también de su coche tres puertas cuando se escucha desde el interior:

—¡Date vida, Celia! ¡Joder!

Mi amiga se estira para cerrar la puerta del coche desde atrás a la vez que Iria sale disparada hacia la carretera y estoy a punto de bramar en voz baja cuando los labios ardientes de Torre me atrapan retomándolo exactamente donde lo dejamos un par de horas antes en medio del aparcamiento justo delante de mi ex.

—Mañana recuérdame que la mate —refunfuño contra su boca separándome para tomar aire.

—¿Por qué? —Posa la mano callosa encima la mía sobre su pecho firme acariciándome la muñeca con suavidad—. ¿Por el tío ese del aparcamiento?

Niego relamiéndome los labios.

—Ya no estoy con él.

—Mejor.

Y tanto que mejor. Luís jamás me ha tenido así de excitada ni por un segundo y ahora lo único que siento por él es asco.

Un coche se detiene a unos metros y doy dos pasos hacia la oscuridad del portal, con Torre tan pegado a mi espalda que puedo sentir su calor. Al llegar a la puerta dudo y me quedo inmóvil con la mano a medio camino de la cerradura, con las llaves colgando.

—¿No quieres que suba?

Lo dice despacio, con voz rasposa y cargada de deseo, pero con un punto de contención. Miro sobre mi hombro y me doy cuenta que se ha apartado ligeramente de mí, dándome espacio, sin presionar, esperando a que decida y le diga qué es lo que quiero de verdad. Dejo salir el aire entre los dientes incapaz de apartar la mirada de esos ojos oscuros que parecen a punto de devorarme, aunque él tampoco se mueve del sitio.

Por un momento me siento absurda e incapaz de decidir. Estoy tan encendida que me cuesta hasta respirar normal, pero yo nunca he sido así. Nunca me dejo llevar. La sonrisa ladeada de ese hombre hace que me tiemblen las piernas de anticipación y a la vez me paraliza, temiendo precipitarme.

—Si no quieres que pase nada más está bien, Uxía —indica con tranquilidad.

«Joder. Claro que quiero que pase algo más. Quiero que pase de todo».

Dejo caer la mano contra la bandolera. Trago saliva dos veces antes de atreverme a decirlo en alto.

—Sí que quiero. Es solo que no sé cómo hacerlo. La pasional es Iria. Yo soy la aburrida y cerebral que no…

La frase se muere a mitad y pierde todo su sentido cuando Torre atrapa mi muñeca y tira hasta pegarme por completo a su torso firme que me cuesta no acariciar. No sé cómo ha pasado, pero me tiene apretada contra la puerta con las piernas cruzadas tras sus nalgas firmes, bamboleando las caderas contra su excitación y clavándole las uñas en la nuca. Me recorre el cuello con la lengua húmeda y jadea mi nombre contra mi sien de esa manera tan única.

—Me encantaría aburrirme contigo, cabezona.

Eso acompañado de un mordisco en el cuello hace que me humedezca y doblo la muñeca como puedo buscando el hueco para meter la llave. Los espejos de la pared me ofrecen una visión provocativa de los dos enredados mientras me conduce hasta el hueco del ascensor. Su mano se cuela por debajo de mi jersey y sube por mi costado.

—Yo no tengo aventuras de una noche —murmuro sintiendo la palma de su mano estimulando mi pecho hasta hacerlo reaccionar.

—Pues repetimos mañana.

Me despega del cristal del ascensor cuando se detiene, sosteniéndome entre sus fuertes brazos hasta la puerta de mi piso, que abro a la primera.

—No me lío con empleados.

—Yo tampoco —responde frotando la nariz contra mi pómulo.

Pego las manos a su pecho y presiono hasta que lo alejo y me deja caer. Abre la boca con asombro, pero enseguida la cierra pasándose el brazo por el cabello castaño oscuro hasta despeinarlo. No le doy tiempo para más.

—La habitación está por allí —señalo con la barbilla mientras busco a tientas la hebilla de su cinturón y forcejeo hasta que cede, para luego pelear con los botones de los vaqueros.

Torre me sujeta los brazos y parece que se mueve hacia el pasillo, pero en cuanto sus pantalones caen al suelo y acaricio su miembro por encima del bóxer de algodón se trastabilla, murmura un «joder» y me empuja hasta que choco con el tresillo. Lo aprieto por encima de la tela y muevo la mano rítmicamente arriba y abajo un par de veces inclinándome para besarlo.

En cambio, él gruñe tirándose sobre el sofá arrastrándome con él hasta tumbarme encima y se dedica a encenderme con unos besos húmedos y profundos a la vez que me agarra la parte baja de la espalda para mantenerme pegada a él para hacerme notar lo excitado que está. Un tirón de pelo, un mordisco en el labio, nuestras respiraciones alteradas y mezclándose, un fuerte cachete en el culo que me hace desear tenerlo dentro al instante. Un fugaz remordimiento al recordar que llevo las bragas menos sexys del mundo.

—Quítate la ropa, Uxía —pide separándome de él hasta colocarme a horcajadas—. Abúrreme del todo.

Intento no pensar más de lo necesario y tiro del jersey de lana hasta que cae al suelo y repito maniobra con la camiseta. Me muerdo el labio y Torre eleva los brazos. Con una mano libera el labio y con la otra un pecho, al que acuna con atención incorporándose.

—Lo sabía —dice y lame en torno al pezón endurecido—. Sabía que me harías perder la cabeza.

Me cuesta respirar y solo soy capaz de apretarle la cabeza contra mí mientras que él chupa con avidez un pezón y castiga el otro retorciéndolo entre sus dedos expertos. No tengo aire, se me ha olvidado respirar.

«Joder».

Hasta que no me golpeo en la cabeza al retorcerme de satisfacción no soy consciente de que ahora soy yo quien está tumbada en el sofá y que el hombre más atractivo con el que he estado nunca ya se ha encargado de quitarnos los pantalones. Su boca vuelve a cernirse sobre mi pezón, succionándolo hasta hacerme bordear el límite.

—Torre…—suspiro.

Su mano se cuela entre mis piernas, aparta a un lado las bragas y me acaricia de arriba abajo con su lengua enredada en mi pecho. Gimo y estiro el brazo como puedo para volver a acariciarlo y me siento bien al ver cómo aprieta los párpados conteniendo un gruñido. En cuanto mis dedos se cuelan en el interior de sus calzoncillos y lo rodeo, él entra en mí sin reparo. Intento acomodar mis movimientos a los suyos mientras los dos nos retorcemos y Torre pega su frente sudada a la mía.

Es lo más sexy y excitante que he hecho nunca y sé que estoy muy cerca del límite. Acelero los movimientos hasta que se me escapa de entre los dedos.

—Tenía que haberte hecho caso —dice retorciendo dos dedos en mí hasta arrancarme otro jadeo—. Para esto… necesitamos una cama.

Su pulgar recorre mis pliegues mojados y después asciende acariciando mi centro a la vez que los dedos empujan dentro de mí con más fuerza hasta que dejo de pensar. Una sensación incontrolable se apodera de mí, me contraigo y algo explota en mi vientre dejándome completamente aturdida y sin aire.

No he sentido nada más intenso en mis treinta y un años de vida.

Tampoco tengo tiempo a lamentarme por no haber aguantado a tenerlo dentro para estallar. El sonido de un plástico al rasgarse es el anticipo de Torre entrando de un solo empujón en mí y me vuelve a faltar el aire mientras él toma posesión de mi cuerpo con avidez. Sus ojos

negros y vidriosos dejan claro su deseo por mí y en mi último pensamiento consciente tiro de su cuello para entrar en su boca mientras él bombea de manera enérgica y profunda hasta provocar que me contraiga a su alrededor estallando en un orgasmo mucho más violento que el anterior que me deja temblando.

Sé que él llega apenas unos segundos después a su clímax cuando tras una última y profunda envestida se deja caer sobre mi cuerpo, sudado y rendido, gimiendo mi nombre:

—Uxía.

12. UXÍA

Un ligero toque me sobresalta lo suficiente para despertarme. La habitación permanece en penumbras, lo que significa que fuera está oscuro y yo debería seguir descansando. Me giro para continuar durmiendo cuando vuelvo a sentir un agarre fuerte y cálido contra mi hombro desnudo y abro los ojos de manera exagerada.

—Venga, dormilona. Pensaba que no te despertabas más.

Inclinado sobre mí, Torre me zarandea una vez más para asegurarse de que no me quede dormida. Está de pie vestido con la misma ropa de ayer y el cabello oscuro revuelto y despeinado cayendo por su lado izquierdo. Aguanto el aire un instante al recordar lo que ha pasado y espero a que el amargor del arrepentimiento me invada, pero no sucede. Todo lo que siento en este momento es algo parecido al nirvana aderezado de mucho sueño y la ligera punzada de dolor de los músculos por la intensa sesión de ejercicio nocturno. Nada más.

«Nada más, no». Tengo ganas de extender la mano y acariciar nuevamente las pequeñas heridas de su barbilla y sentir la ligera barba rascando toda mi piel otra vez, repitiendo lo sucedido esta noche. Cierro los ojos buscando desterrar esa idea, pero la punta de su dedo traza una línea sobre mi clavícula estremeciéndome y al abrirlos sus brillantes ojos oscuros me retan con la mirada.

—Vamos, Uxía…

—¿Qué hora es? —pregunto por hacer tiempo y él ilumina la pantalla de su reloj a un palmo de mi cara—. Es muy temprano, casi no hemos dormido.

—Ya, pero si no me voy ya no dará tiempo.

Arrugo la frente un instante y la vuelvo a destensar. Una sensación incómoda se instala en mi pecho al darme cuenta de lo que pasa y sonrío con esfuerzo fingiendo que no me molesta que quiera desaparecer lo más temprano posible para que nadie se dé cuenta de lo que ha sucedido. O para librarse de mí después de haberse aliviado usando mi cuerpo. No necesito ser una experta en líos de una noche para saber que puede haber tensión a la mañana siguiente y no tengo pensado en complicarme más de la cuenta. Ha pasado lo que ha pasado y punto y, si no se vuelve a repetir, al menos me he llevado dos de los mejores revolcones de mi vida en una noche.

«*Claro* que no se va a volver a repetir, Uxía. Dignidad, que te está dando puerta».

—Vale, pues ya nos veremos por ahí.

Me giro al lado contrario y tiro del edredón con fuerza hasta cubrirme la cara, pero su risa reverbera contra mi oído a la vez que descubre la mitad de mi cuerpo con un tirón seco del cobertor.

—Por ahí, no. En veinte minutos en la puerta de la pensión. —Sus ojos recorren mi cuerpo desnudo con detenimiento parando sobre mis pechos con tanto descaro que reaccionan endureciéndose y su nuez se desplaza en respuesta—. Eso luego, Fandiño, que ahora toca *running*.

En dos grandes zancadas alcanza la puerta de mi cuarto y poco después escucho la principal cerrarse.

«Entonces igual *sí* que repetimos». Me lo repito a mí misma un par de veces apresurándome por ponerme en marcha. Lo primero es un café que se encarga de espabilarme.

Me espera a unos metros de la puerta del hostal con un vaso con café que se acaba al verme llegar. A partir de ahí, Torre no ha tenido piedad conmigo. Lo he llevado hasta uno de mis senderos favoritos en la parte baja del monte y me ha tenido una hora larga esforzándome por seguirle el ritmo corriendo durante todo el recorrido secándome la mente sin dejar espacio para nada más.

Nada de pensar en cuánto odio el estrés que todos los noviembres se apodera de mi mente, en cómo solucionar los problemas de la explotación o en qué estoy haciendo con este hombre a mi lado después de lo sucedido en mi cama. Solo respirar y aguantar. Mis músculos se han quejado gran parte del camino pidiendo por una tregua que no han obtenido hasta llegar al portal de mi casa.

La pausa ha sido breve, pero mis músculos ya no se quejan.

Tengo las manos apoyadas en los diminutos azulejos de color azul claro intentando sujetarme de alguna manera con Torre tomándome enérgicamente desde atrás hasta que me arqueo violentamente y siento que las rodillas ceden envuelta en la bruma del agua caliente.

Esto responde alto y claro a mi pregunta interna de hace dos horas: claro que vamos a repetir. Todavía necesito que me sostenga y ya estoy pensando en más. Suelto un suspiro largo y me aprieto contra su cuello. Al menos uno de los dos tiene la cordura suficiente para limitar la segunda ronda en la ducha a su uso habitual de enjabonar y aclarar, y lo agradezco en silencio.

No sé cómo actuar tras todo lo que ha sucedido entre nosotros, pero Torre lo hace sencillo despidiéndose con un beso suave y largo poco después de salir de la ducha. Los dos debemos vestirnos adecuadamente para ir a la finca, así que él regresa al hostal y yo enciendo la cafetera, a ver si un nuevo chute de cafeína me aclara el día y la mente. Ha sido mejor no ofrecerme a llevarlo. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros no sé si estoy preparada para hacer el trayecto los dos a solas y no decir una inconveniencia.

O tirarme en plancha sobre el asiento del copiloto.

Tras casi nueve horas de trabajo seguido en Os Regueiriños, la menor de las dos fincas, tengo que parar en la casa de mi padre para comprobar unos datos en la oficina. Todos los meses de noviembre resultan caóticos para mí, en lo personal y lo profesional. Al trabajo habitual que realizo en Kiwis Fandiño se suma el extra de la recogida y, si todo sale según lo previsto y terminamos la semana que viene, arreglar las cuentas, las negociaciones con la cooperativa, el pago de los préstamos y después la poda.

El porcentaje de las plantas recogidas hasta el momento es el correcto. Sin embargo, la producción es menor de lo estimado. Ha crecido un poco, pero no lo suficiente. Son daños derivados del hongo que nos afectó hace unos años y que todavía seguimos pagando, y aunque es positivo que nos estemos recuperando no lo es que no suceda al ritmo adecuado.

Dos golpes secos contra el marco de la puerta abierta y papá entra con su andar renqueante. Los trabajos en la Boullada lo cansan más de lo necesario y no tiene el cuidado que debería, pero también sé que impedirle pasar la recogida en la finca le quitaría años de vida, así que me muerdo la lengua para no comentar nada y sonriendo señalo una de las sillas.

—¿Qué haces, Uxía? —dice quedándose en pie.

—Estoy comprobando unas cosas y actualizando los últimos datos de la producción para poder… —Carraspea y me callo.

—Lo diré de otro modo, hija. ¿Qué haces todavía aquí, que llevas más de dos horas con el ordenador después de pasarte todo el día en la finca?

—Trabajo, papá. ¿Qué voy a hacer? Ya sabes que hay mucho quehacer.

—Sé que ahora la empresa la lleváis vosotros y no puedo darte órdenes, pero la casa

sigue siendo mía así que largo, Uxi. Tienes que descansar. —Abro la boca, pero levanta el dedo autoritario y la vuelvo a cerrar—. Sé que estás preocupada, neniña, pero la solución no es que te dé un achuchón como a mí —lo dice llevándose una mano al pecho—, y es lo que va a pasar si sigues así. O que me dé otro a mí.

—No digas eso. Además, me ayuda a no pensar en.… otras cosas.

Con una sonrisa de comprensión se sienta ante mí y me palmea la mano que le queda más cerca. Por un segundo lo veo tan frágil que puede romperse y aprieto los dientes.

—Todos la echamos de menos, hija, pero deslomarnos no la traerá de vuelta.

Sus ojos castaño claro exactos a los míos me devuelven una mirada triste y complicada.

—Ya lo sé. Unas vecinas nombraron a mamá y con el aniversario tan cerca…

Mi padre agarra la mano con fuerza, no sé si para animarme a mí o a sí mismo, y nos quedamos así durante un largo momento. Los dos callados con las manos unidas y sin saber qué más decir. Los Fandiño no somos buenos compartiendo nuestros sentimientos a excepción, tal vez, de Iria, pero siempre estamos ahí. Y eso es lo que hacemos en este momento: estar. A pesar de los años transcurridos, el aniversario de la pérdida de mi madre me sigue afectando y no necesito que dos vecinas deslenguadas me recuerden con falsa compasión lo enferma que llegó a estar o que perderla «fue lo mejor». Solo de recordar sus frases hirientes la bilis me sube ardiendo por la garganta.

—Solo necesitaba no recordar, no pensar, aunque fuera por un rato.

—Te entiendo —responde incorporándose con lentitud—, pero he quedado con Rollano para ver el Celta y cenar, y quiero asegurarme de que no te voy a encontrar ahí pegada a mi vuelta. Así que vamos, nena, a no pensar fuera de la oficina.

13. TORRE

—¿Seguro que no te molesta?

Sacudo la cabeza inclinándome sobre la barra de mi bar de bocadillos de confianza y muevo el brazo izado para llamar al camarero, que discute acaloradamente con algunos de los habituales sobre el resultado del partido sin prestarnos la más mínima atención.

Tengo el cuerpo machacado y hace rato que me encantaría estar tirado sobre la cama vagueando, pero si he podido ir con algunos de los chicos de la recogida a tomar dos rondas en un tugurio en mitad del monte, claro que puedo postergar un poco más los planes.

«Y más por ella».

Me ha sorprendido encontrarme con Uxía a esas horas porque después de diez días es la primera vez que la veo merodeando el Bocadiños. Por un instante he pensado que podía estar incómoda conmigo por el modo en que me ha devuelto el saludo con el ceño fruncido al encontrarla sentada sola en una de las sillas de la terraza, pero el brillo deslucido de sus ojos me hizo sospechar que podría ser otra cosa. Así que, sin reflexionarlo mucho, me la he llevado hasta la barra para pedir algo de cena. Para los dos.

—Ya lo sabes: no soy de aquí, así que no tengo muchos planes un domingo a las nueve y media de la noche —intento sonar distendido, pero ella no reacciona.

Necesito la ayuda de uno de los parroquianos, que señala hacia la barra con insistencia para que el camarero que no es el que me atiende normalmente tome nota sin prestarnos mucha atención. El partido de fútbol está siendo demasiado interesante para quitar los ojos de la pantalla por completo.

—Dos bocadillos de lomo asado con pimiento y queso y una de patatas a compartir.

—Para llevar —añade repentinamente—. Y dos aguas.

Tras un par de intentos vanos de iniciar conversación, decido cerrar el pico hasta que nos traigan la cena y esperar a que sea ella quien me diga lo que quiere sin tenérselo que sacar. Es algo que a algunas personas les cuesta mucho, pero a lo que estoy acostumbrado debido a mi trabajo. A veces hay que actuar y otras mantener un perfil bajo.

«Aunque con ella se te suele olvidar lo del trabajo, Sergio».

Salimos callados tras pagar y por un momento pienso que va a girar hacia la izquierda sin despedirse y largarse a su piso, pero me vuelve a sorprender. Baja al arcén, espera a que pase una moto de montaña y volviéndose sacude la cabeza para que la siga cruzando la carretera. Recorremos una plaza vacía y escasamente iluminada que, al fondo, ocultos detrás de un quiosco de música antiguo, cuenta con unos bancos de hierro y madera que tienen más años que nosotros dos juntos.

Elige uno amparado por un muro tras comprobar que está seco rozándolo con los dedos. No ha llovido en todo el día, pero la niebla acaba por mojarlo todo si dura lo suficiente. Me siento medio girado al otro lado de la comida con una rodilla sobre la superficie del banco y espero un poco más, pero tampoco pasa nada.

—¿Va todo bien? —Levanta un hombro con la barbilla arrugada y parece frágil. Controlo el impulso de tocarla porque no me parece que sea lo que necesita—. ¿Uxía?

—Se me ha cruzado el día por una tontería. —Abre la bolsa tendiéndome uno de los

bocadillos—. No me apetece hablar de eso. Toma.

—Vale, entonces… —Extiendo la mano y retiro un buen trozo del albal— ¿Qué hacías en la puerta del Bocadiños sin entrar? Voy mucho y nunca te he visto. —Guiño un ojo y añado antes de dar un buen mordisco—. ¿O me estabas esperando?

No sé ni por qué lo he dicho. Es solo una broma estúpida que por el modo en que tensa los hombros no le hace ninguna gracia y maldigo para mis adentros. «Estás cometiendo un montón de estupideces en los últimos días. Contrólate. No eres un crío». Me esfuerzo por tragar para poder disculparme o añadir una tontería aún peor, pero Uxía se adelanta.

—Claro que no —responde alzando la barbilla como si la idea fuese ridícula—. Estaba trabajando en casa, pero mi padre insistió en que me marchase y aprendiese otro modo de no pensar que no sea aislándome en el trabajo.

Carraspea y se pasa la lengua un par de veces por el labio inferior, dudando de si seguir. El cabello castaño claro cae desordenado por las sienes escapándose de una coleta mal hecha, las mejillas empiezan a sonrojarse por el frío y el plumífero excesivamente grande le cuelga por los hombros. La sangre se me acelera solo con verla. Está adorable. Dura, dulce y determinada.

«Y fuera de tu alcance».

—¿Y el mejor sitio para no pensar era en la terraza vacía del bar? —replico guasón entre tragos de agua.

—En realidad… Yo no busco tener nada, ¿sabes? —Enarco las cejas ante el brusco cambio de tema, pero asiento—. Va a hacer un año que lo dejé con mi ex y es lo mejor que pude hacer. No he estado con nadie hasta… —mueve la mano señalando la obviedad. «Hasta mí». Resulta ridículo, pero me hincho por dentro—. No tengo tiempo. Ni ganas. A veces creo que me estoy convirtiendo en mi primo, todo un lobo solitario, porque me he dado cuenta de que estoy mejor sola de lo que he estado con Luís. A lo mejor es que no estoy hecha para tener una relación…

—Si lo dices por mí —choco mi rodilla contra la suya con suavidad—, no tienes que preocuparte. Yo tampoco estoy interesado en tener una relación. Creo que mi última novia oficial fue antes de cumplir veinticinco y tengo treinta y tres. Además, casi seguro que me iré antes de que acabe noviembre.

—Pensaba que te ibas a quedar hasta la poda —añade en un murmullo—. Igual es mejor.

«Tiene razón. Que no amplíen el margen va a ser lo mejor». Necesito dar otro trago de agua para bajar esa sensación pesada. El plazo acaba el veinticinco de noviembre y estamos a cinco, así que quedan veinte días justos y no soy demasiado optimista con las labores de mi trabajo de verdad. Hasta el momento todo sigue igual y Machado ha sido muy claro con eso: sin novedades no hay prórroga. Y es frustrante, aunque esperado.

La niebla se torna más pesada, difuminando la luz anaranjada de las farolas y puedo sentir que el tejido del pantalón de chándal se pega a mi piel contra el asiento. Uxía lleva un rato con la vista detenida en las losas de piedra del suelo. Busco su mano y dejo que el silencio nos rodee una vez más hasta que resulta cómodo, apacible y me devuelve caricias con las puntas de sus firmes dedos.

—Creo que no me has contestado todavía. —Arruga el entrecejo y le dedico una mirada resabida—. A lo de «no pensar».

Me retuerce un dedo con fastidio y yo me aproximo un poco más, hasta que mi rodilla se pega a su cadera haciéndole saber que no me voy a ir a ningún sitio hasta que me dé una respuesta contundente.

—No quería estar sola en casa.

—Y por eso preferiste estarlo en la terraza.

Se suelta de mí escondiendo la mano en el bolsillo y bufa con los ojos entrecerrados horadándome como si fuese una niña incapaz de salirse con la suya.

—Lo que quería era verte para volver a estar contigo porque me haces «no pensar». Si esas dos chismosas se hubiesen estado calladitas, quizá el efecto me hubiese durado hasta mañana. Pensaba en…

Se levanta del banco y da un par de zancadas de adelante a atrás con las mejillas ligeramente enrojecidas y noto una sacudida en el interior de mi bóxer porque sé exactamente a qué se refiere. Yo también he pensado mucho en ello a lo largo del día, con el cerebro atrofiado para rumiar en nada más que no sea Uxía con el cuerpo enardecido sucumbiendo a su clímax delante de mí.

—Bueno, creo que es obvio a lo que me refiero. Al aparcar lo he visto de otra manera. Tú y yo no somos nada, ni hemos hablado de nada, así que he descartado aparecer por sorpresa en el hostal y cuando me he querido dar cuenta estaba delante del bar. ¿Contento?

—Puede.

«Joder. Joder, joder, joder. Cierra la bocaza, Sergio».

Ladea la cabeza expectante con los brazos hundidos hasta el fondo del abrigo y yo recojo la basura con más parsimonia de la necesaria intentando hacer caso de mi voz interior, intentado parecerme al Sergio que normalmente soy y que antepone su trabajo y sus obligaciones a todo lo demás, pero hoy es el día destinado a fracasar en ese tipo de propósitos. Le paso un brazo por los hombros apretándola contra mí entremezclando mis dedos con su pelo suave.

—Estaría encantado de ayudarte a no pensar mientras esté aquí, Uxía.

El mamporro contra mi pecho me arranca una tos y después una carcajada. Su cara enfadada me obliga a rozar sus labios con dulzura, antes de nada.

—No me refería al sexo, aunque también. Podemos ir a correr juntos por la mañana. Estoy seguro de que, si te doy un poco más de caña en el entrenamiento, no podrás pensar hasta el mediodía. Mínimo.

Lanza la mano de nuevo pero esa vez el golpe es más ligero y luego se acurruca un poco contra mí mientras cruzamos la plaza.

—Para que me quede claro, porque no tengo mucha experiencia, ¿me estás proponiendo tres semanas de hacer deporte por la mañana y enrollarnos por la noche?

—También podemos liarnos por la mañana. Hoy nos ha salido muy bien.

Uxía murmura entre dientes algo sobre límites y obligaciones que no alcanzo a entender. Mi parte más lúcida ha encendido una luz roja de aviso rogándome que me desdiga y salga corriendo de ahí. En vez de hacerme caso, entierro mi nariz en su coronilla. «Estoy perdido». Me he metido en un gran lío del que no sé si quiero salir. Me gusta estar con Uxía; solo tengo que saber separar lo personal de lo profesional, como siempre he hecho, aunque esa vez haya llegado un poco más allá.

Solo tengo que dejar a Uxía al margen del trabajo de verdad.

«Tú dite eso las veces que quieras, pero sabes lo que le parecerá cuando se entere. Estás *jodido*».

Inspiro hondo y suelto el aire hasta quedarme vacío sabiendo que tengo razón. Estoy jodido.

14. UXÍA

La mirada traviesa que me dedica debajo del flequillo mojado me acelera un poco la respiración y tengo que contenerme para no extender la mano, engancharlo por la manga de la sudadera gris y tirar hasta que se choque con mis labios.

«Límites, Uxi. Es importante poner unos límites».

La vocecilla resuena débil en mi mente, así que intento reforzarla no soltando la toalla y esquivándolo fijando la vista en el otro extremo de la cocina. Sinceramente, está resultando más placentero y a la vez difícil de lo esperado. Aunque tampoco es que fuera una gran experta en la materia. Además de los cuatro años tirados a la basura con Luís, salí durante dos años con un compañero de la universidad y antes de eso un lío de dos semanas con uno de la clase de Kevin que terminó cuando mi primo nos pilló dándonos el lote en una carretera secundaria y, junto con mi hermano, se ofrecieron a igualarle las patillas. Claro que en ese entonces yo tenía catorce años, él diecinueve y una novia embarazada, como me enteré poco después.

Aparte de eso, un par de besos tontos por aquí y por allá y poco más. Sin embargo, llevo media vida soportando las locuras y devaneos de Iria y de mi amiga Celia hasta que empezó a salir en serio con su novio, así que sé lo suficiente, aunque sea en teoría.

Sé que se trata de disfrutar, de pasarlo bien sin compromisos y que este tipo de relaciones suelen tener una fecha de caducidad corta. Y que por eso no hay que implicarse mucho, para no salir escaldado llegado el día en que la otra parte decida pasarlo bien en otro lado.

No es mi caso: yo sé perfectamente la fecha límite.

A cambio, también sé que me he saltado varios de mis propios topes desde que comimos el bocadillo en el banco hasta hoy y apenas estamos a miércoles, porque Torre entra y sale de mi piso con tanta frecuencia que solo me falta darle la llave. Quitando las muchas horas que pasamos en la recogida, la mayor parte del tiempo estamos juntos y creo que lo estoy disfrutando demasiado para mi propio bien.

Para mi desgracia, Torre ha resultado ser mucho más de lo que esperaba. Es divertido, ingenioso, sabe cómo provocarme en más de un sentido con esa lengua descarada y aguda que tiene y a veces creo que puede leerme el pensamiento y anticiparse a lo que voy a decir. O a lo que necesito. Y, al parecer, cree que necesito que me estruje contra su pecho firme con frecuencia.

Gran problema.

Una parte de mí ha decidido estar de acuerdo con esto y disfruta más de lo debido de carantoñas, arrumacos y demás tonterías para las que no he tenido paciencia en la vida. Y hace que me apriete contra él aspirando su aroma con cada abrazo. Así que he decidido poner algunos límites por mi cuenta para evitar un posible leñazo épico intentado evitar gestos de cariño fuera de la cama, pero por el momento llevo más fallos que aciertos.

El sonido del móvil me saca de mi ensimismamiento tras cuatro o cinco pitazos de mensajes seguidos. No necesito desbloquearlo para saber de quién se trata. Me giro para buscarlo a un lado del microondas y su olor invade el aire al detenerse por detrás de mí para acariciarme el cuello con la nariz.

—Remolona, date prisa con el café que tenemos que ir a correr.

Aguanto el aire un segundo hasta que coge un par de tostadas y se aparta yendo a la mesita baja frente al viejo tresillo. Cada vez que lo veo en el sofá me entran calores por todo el cuerpo de pensar en todo lo que me ha hecho en él. Y en lo que le he hecho yo. Me ha hecho sentir mucho más en cinco días que con Luís en cuatro años.

Y eso me tiene acojonada.

Tras pasarme una mano por la frente vuelvo en mí al sentir la pantalla fría contra mi piel y recuerdo que he recibido una ronda rápida de mensajes que intento leer mientras me dirijo al sofá en donde me espera un café con leche, una tostada con mermelada de mirabeles y el hombre de cuerpo atlético y manos firmes que no me puedo sacar de la cabeza. Tomo la taza y todavía no le he dado un trago cuando entran un par de mensajes más, porque que aún no sean las siete de la mañana no es impedimento para que Iria me acribille en el grupo familiar y por privado y al leerlos pongo los ojos en blanco y me apuro medio café de una vez.

—¿Ha pasado algo en la finca?

Niego y doy un bocado a una de las tostadas con cansancio, entra otro mensaje más y maldigo no haber puesto el estado oculto en el whatsapp cuando pone tres signos de interrogación con un contundente «estás en línea, no pases de mí». Cuando dejo caer la cabeza contra el respaldo del sofá me da un codazo con curiosidad.

—Iria está modo pesado porque este sábado es San Martiño —respondo con la boca apretada regresando la atención a la tostada.

—Guay, supongo. ¿Te acuerdas que no soy de aquí?

«Eso lo recuerdo perfectamente porque te vas a ir». Me muerdo el carrillo por dentro. «Stop. Límites». Trago despacio y me explico mejor.

—En muchos pueblos de Galicia se celebra San Martiño. En Tomiño hay fiestas, magosto o verbena en varias parroquias. Los padres de su amiga Sara van a hacer matanza, como todos los años, pero a Iria no le gusta ir desde que una vez… —sacudo la mano negando porque he estado a punto de dar demasiada información—. En fin, que está decidida a encontrar una alternativa a ir a la casa de Sara.

El móvil vuelve a sonar y bajo los párpados con pesadez. Solo tengo una hermana y no debería matarla antes de que cumpla los treinta, aunque por cosas como estas se lo merezca.

—¿Matanza?

Asiento desbloqueando la pantalla para exigirle que pare con el bombardeo y al entrar en el chat privado leo los nuevos mensajes e inmediatamente frunzo el ceño. La mano de Torre me aprieta ligeramente la rodilla hasta que lo interrogo izando las cejas.

—Es que eso de matanza suena a peli de Jason o Freddy Krueger —responde levantándose recogiendo la mesa—. No pongas morritos que es verdad.

Lo sigo sin darme cuenta con las manos ocupadas entre el teléfono y la tostada, apoyando la cadera contra la encimera.

—Pues según Iria es algo así, pero con cerdos. Y los morritos es por culpa de ella. Está intentando hacerme chantaje para que vaya a la cena de la pandilla de Brais y Kevin en el cobertizo de casa de mi padre a falta de un plan mejor.

Le envío un mensaje con una única palabra. «Olvídalo». Y al seguir a Torre hasta la entrada mi vista se para un momento en las carpetillas tiradas junto al mueble de la entrada con los presupuestos a revisar ese día para algunas de las mejoras que quiero llevar a cabo en las instalaciones y me comprometo conmigo misma a hacerlo nada más regresar de correr. Antes incluso de la ducha para evitar más excusas.

—¡Ostras! Lo tranquilo que tienes que estar siendo hijo único. En serio.

Atrapa mi muñeca y tira por ella hasta elevarme del piso estrellándome contra sus pectorales y me roza la frente con los labios. Otro acto completamente fuera de los límites, pero no me separo inmediatamente.

—Estás encantada quejándote de tu hermana. Vamos.

—Vale, pero que sepas que Brais te va a invitar para presentarte a una que dice que le interesas.

Contrae el rostro ligeramente con una mezcla de sorpresa y confusión que no dura más de un segundo y después asiente. Creo que se acaba de dar cuenta de que todavía no le he contado nada a mis hermanos de lo que pasa entre nosotros. A Iria tampoco, pero lo ha visto salir de mi portal un par de veces y no ha necesitado más para atar cabos.

—Muy bien, pues que me presente a veinte, pero eso no te libra de hacer ejercicio —rezonga pasando un brazo por mis hombros pegándome contra él para dirigirnos hacia las escaleras—. Vamos. Y confirma que vas, anda.

Refunfuño un poco por lo bajo y le envío un audio a mi hermana, pero por dentro estoy encantada. No con eso de que Brais quiera presentarle a una, porque eso no me hace ninguna gracia, especialmente porque me huelo que puede ser mi antigua amiga Rita y me pongo mala porque ya la he pillado más de una vez desnudándolo con la mirada.

No. Lo que me tiene encandilada es que por una vez desde hace mucho tiempo hay una persona ajena a mi familia que me trata como si fuese su prioridad dentro y fuera de la cama. Nada de jueguecitos de celos o de tonterías por detrás, aunque no hayamos acordado exclusividad. Empiezo a conocerlo lo suficiente para saber descifrar su cara y sé que la oferta de Brais no le interesa. Intento ignorar el rumor sordo que viene por detrás recordándome que, con todo el rato que pasa entre la finca y mi piso, tampoco tiene tiempo para más, que solo es sexo y que antes de la poda se irá.

El inesperado beso contra los buzones al dejar dentro del mío el teléfono me arranca un gemido contra sus labios y dejo que me invada con su lengua ardiente sin protestar pegándome contra su cuerpo con ganas de más.

«Límites. *Ja*».

15. UXÍA

Reviso el nuevamente la pantalla del portátil y contengo las ganas de bajar la tapa de golpe. No son buenas noticias, aunque tampoco tan malas. Uno de los bancos está dispuesto a darnos una línea de crédito, pero el interés es punto y medio superior a lo que había esperado. El resto, en cambio, no se han dignado a contestar. Me esfuerzo en recordarme a mí misma que no pasa porque todavía no lo necesitamos. Es solo por si acaso, por las cuentas no salen bien y lo necesitamos para el año. Hay margen.

Estiro los brazos en cruz desperezándome y los mantengo en esa posición hasta que los músculos se quejan. Echo de menos el aquagym con Celia, pero no tengo tiempo para ir a la piscina a Portugal hasta que termine la recogida. Tampoco queda tanto, ya que, si todo sale según lo previsto, acabamos este fin de semana.

Me incorporo llevándome una de las carpetillas conmigo hasta la cocina y la reviso esperando a que arranque la cafetera de cápsulas. Es lo único que exige mi cuerpo a cambio de aguantar este tute infernal. Café. Y más hoy que, en vez de peli mala con Torre en el sofá y un más que posible revolcón de los que me dejan anestesiada el resto de la noche, toca cena con *los perlas* de mi hermano, mi primo y sus colegas.

La fuerte lluvia golpeando la ventana me obliga a levantar la cabeza de los papeles. He estado trabajando en la finca de Os Regueiriños hasta la una y, tras una ducha rápida, corriendo a la cita con el interventor del banco que no ha servido para nada. Y desde entonces, sentada en la mesa del salón peleándome con toda la documentación que tengo atrasada.

La lluvia es un problema en este punto de la temporada. Si llueve fuerte no se puede trabajar en el campo, atrasando el trabajo. Sirvo un poco de leche en el café y regreso a mi sitio maldiciendo la inoportuna climatología. Aún no son las cuatro, así que si no para ya vamos a perder varias horas de faena. Esto de normal no sería tanto problema, pero mañana sábado es la concentración por lo de Amaro y mi padre siempre ha dejado que los trabajadores salgan antes para poder asistir.

En cambio, cuando la recogida se alarga hasta mitad de noviembre no recortamos la jornada por el aniversario del fallecimiento mi madre. Fijo la vista en el techo durante al menos un minuto intentando contener las imágenes que me vienen a la mente. Noviembre es un mes complicado para mí por muchos motivos, y uno es este. Me faltaban dos días para cumplir catorce años la primera vez que le detectaron el cáncer a mi madre, así que de ese cumpleaños no guardo buen recuerdo. En cambio, tengo uno complicado del último que pasamos juntas, en el que estaba tan deteriorada, tan enferma, que los médicos no se opusieron cuando decidió dejar el hospital para poder pasar sus últimos días con nosotros, su familia, en casa y nos dejó para siempre al día siguiente de mi cumpleaños.

«Piensa en otra cosa. *Rápido*». La orden no surge efecto con la velocidad necesaria. Aprieto los párpados, pero sigo viendo a mi madre en la cama con una sonrisa desdibujada y cansada y siento una lágrima ardiendo en la mejilla. La sacudo de un manotazo, pero otra viene al sitio y luego otra. Cubro el rostro con las manos y apoyando los codos contra la mesa de madera hago un esfuerzo por dejar la mente en blanco. «Respira, Uxía».

Tranquila.

No sé cuánto llevo así cuando repica con ganas el timbre de la puerta de arriba. Me paso el dorso de las manos por los ojos con intensidad, como si así lograse borrar los rastros del llanto,

aunque tampoco me importa mucho. No recibo visitas más que de mi familia y un par de amigas y a esas horas todos están trabajando y ninguno tiene llaves del portal, excepto mi padre. Eso o es la vecina de arriba o un repartidor confundido paseándose por el edificio.

La sonrisa ladeada de Torre desciende un poco al reparar en mi cara cuando entreabro la puerta.

—¿Qué ha pasado, Uxi?

—Odio noviembre —resumo encogiéndome de hombros.

—Eso es porque no te han hecho un buen regalo de cumpleaños —responde colándose en mi piso.

Me cuesta hasta respirar y hundo las manos en la cintura para sujetarme y darme ánimos. Papá siempre dice que mamá me quería tanto que fue capaz de aguantar solo para pasar conmigo un último cumpleaños. Solo soy consciente de que lo he pronunciado en voz alta al ver el brillo en la mirada de Torre que me envuelve entre sus brazos. Me dirige hasta el sillón que nunca uso y dejo que me siente en su regazo. Su calor es reconfortante, igual que el modo en que me acaricia la columna y acabo hundiendo la cara en el hueco de su cuello dejándome reconfortar. Agradezco que no diga nada y que se limite a pasar su mano dura y callosa por mi espalda una y otra vez con la sombra de su barba rascando mi sien. No quiero palabras huecas ni frases hechas compasivas. Esto es justo lo que preciso: un momento para desahogarme sabiendo que hay alguien al otro lado si lo necesito.

El recorrido de sus dedos sobre mi sudadera resulta hipnótico y logra su efecto. Inspiro hondo y su olor a cuero especiado se cuela profundo en mi interior despertando mis sentidos. Noto algo húmedo contra la mejilla y me separo ligeramente sorprendida de haber mojado su ropa hasta tal punto con mis lágrimas, porque apenas soy consciente de haber derramado unas pocas. No he sido yo, y me doy cuenta en cuanto me aparto medio palmo. Tiene el cabello chocolate mojado pegado a la cabeza, al igual que el chubasquero que no se ha sacado o que los pantalones sobre los que estoy sentada.

—¡Estás empapado! ¿Qué haces así?

Retira el pelo mojado de la frente y luego me recorre la mandíbula con el índice con delicadeza y me besa la frente.

—La recogida ha acabado antes de tiempo por la lluvia y quería verte. —Sonrío a la vez que un estremecimiento me atraviesa—. Para estar juntos a solas antes de la cena.

Parpadeo dos veces y recuerdo la convocatoria de Iria a la cena con los amigos de Brais y Kevin en la bodega de casa de mi padre. Torre me escudriña con intensidad así que asiento.

—No tenemos que ir, Uxía —añade masajeándome el antebrazo sobre la tela de algodón —. Sofá, peli y manta sigue siendo el mejor plan de la semana.

«Desde luego». Se me corta el aliento al darme cuenta de que mi cuerpo está suplicando porque le diga que sí, que quiero exactamente eso. Con la sensación de que el aire está demasiado caliente alrededor le palmeo el dorso de la mano y me incorporo como puedo, porque hasta yo sé que está completamente fuera de esos límites difusos que me cuesta tanto cumplir.

—Como le dé plantón a esa pesada que tengo por hermana es capaz de unirse bajo la manta. Además, seguro que me vendrá bien salir, despejar y estar con gente.

—¿Seguro?

Su expresión es seria, pétrea, y sé que lo pregunta completamente en serio y que no me juzgaría si ahora dijese lo contrario, pero lo mantengo.

—Claro que sí. Nos vendrá bien a los dos. Y será mejor que te des un baño caliente y te cambies si no quieres acabar con un buen resfriado.

Se incorpora negando con la cabeza y entrecruzando sus dedos bronceados con los míos tira de mí.

—Pues vamos a ducharnos.

16. TORRE

Con un brazo afincado en el respaldo de la silla de plástico finjo indiferencia repasando cada uno de los rostros que me rodean sin llamar su atención y que conozco en su mayoría fijándome en sus expresiones. Es una oportunidad que no puedo desperdiciar.

«Aunque he estado a punto»

—Cuando os pasasteis a recogerme —ironiza Iria con su humor agridulce— pensaba que me queríais de carabina solo para la llegada. No para toda la cena.

Se ha inclinado hacia mí, pero lo dice en un tono lo suficientemente alto como para ganarse un manotazo de Uxía, que está sentada a su derecha. Miro por encima del hombro de la más alta y me pierdo un instante en ella. A diferencia de su hermana pequeña, siempre arreglada y vestida como si estuviese a punto de dirigirse al juzgado, Uxía opta por un estilo cómodo y moderno que hoy consiste en unos leggins negros de falso cuero y una sudadera corta y ancha que cuando levanta los brazos deja ver un body con encaje de lo más sugerente. De hecho, cambiando el plumífero gigante por una cazadora motera tendríamos un estilo muy parecido. «Es perfecta». El recogido sobre su coronilla se tambalea de manera precaria mientras discute entre murmullos con su hermana, que se nota que está disfrutando con aquello.

Al encontrar la mirada burlona de la abogada aparto la vista y repaso otra vez más el interior de la bodega a la que ellos denominan *cabanón*, que está situada al fondo de la vivienda familiar de los Fandiño. Es una construcción sencilla, no muy grande que usan como almacén con estanterías por uno de los laterales y en donde han improvisado una mesa con caballetes y unos anchos tableros de melamina con sitio suficiente para unos quince asistentes.

No me gusta el lugar en el que estoy sentado tan en el centro. De haber podido, hubiera optado por uno de los extremos desde donde poder observar al resto con tranquilidad, más oculto e ignorando las distracciones. Y Uxía es la mayor de todas. No se ha sentado a mi lado, lo que es bueno y malo al mismo tiempo. En cualquier caso, es insuficiente para concentrarme cien por cien en mi trabajo. Dejar de prestarle atención requiere tanta fuerza de voluntad que se convierte en un trabajo en sí mismo. Es la mayor distracción a la que me he enfrentado hasta el momento en toda mi carrera. Es tierna, dura y tan preciosa por dentro y por fuera que sé que se ha colado hasta la médula sin pedir permiso. Y por si eso fuera poco la química que tenemos es increíble, y no solo en la cama. Mi cuerpo responde a ella, a cada movimiento, a cada susurro, a cada instante, de una manera que me tiene bordeando un peligroso límite. Uno del que me debo guardar porque sé que estoy a punto de ponerlo todo en peligro.

Esta misma tarde en su piso con ella llorando entre mis brazos he sido completamente sincero proponiéndole quedarnos en el sofá viendo una película, aunque eso supondría renunciar a una de las escasas oportunidades que he estado buscando desde que he llegado a Aselas. Y lo hubiese hecho encantado sin ponerle un dedo encima si es lo que ella hubiese querido.

«Ahí está el problema».

Al fin alguien logra sincronizar el altavoz con el móvil y una canción de rock de los noventa resuena a su alrededor.

—¡Súbela más!

Levanto la cabeza, sorprendido ante el volumen de la música, para encontrarme con que

ha sido Brais el que lo ha hecho. Arrugo el ceño casi al instante. Dos de mis compañeros en la Boullada conversan cerca de la puerta con expresión consternada y no puedo escuchar nada.

—¿A tu padre no le molestará la música tan alta? —pregunto a Iria rogando que responda que sí.

—Nunca ha dicho nada. La casa está lejos y mi primo ya se ha preocupado por ponerle el partido contra el Madrid en el salón. Igual lo escuchamos gritar aquí si marcan.

—Mierda —mascullo y doy otro trago al botellín.

La puerta se abre y Kevin y otro chico cuyo nombre no recuerdo entran con una bandeja de churrasco y otra de patatas fritas que acercan a la mesa, el resto les siguen y comienzan a desfilar los platos por encima de la mesa. La conversación se anima, subiendo de tono hasta casi igualar el de la música. Julián Iglesias, uno de mis compañeros en la recogida, se sienta a mi izquierda golpeando la mesa con fuerza con su copa y el chico con el que conversaba lo imita, encabezando la mesa. Con una mirada furtiva veo que Mariño se ha sentado en el extremo contrario entre los dos primos. Una pena.

Los escucho entre susurros, aunque no logro entender lo que dicen porque hay demasiado jaleo. Imagino que es serio porque continúan frunciendo los labios y en cuanto los ojos de Julián se cruzan con los míos lo interrogo con la mirada, ya que es con el que tengo más confianza.

—¿Qué sucede? No llevas buena cara.

—Estoy reventado —musita Julián con desgana hundiendo los hombros. Está intentando eludirme.

—¿Por la lluvia de hoy en la recogida? —pregunto inclinándome hacia él aislándonos del resto de la mesa.

—Un poco por todo —sacude la mano quitándole importancia—: la recogida, la lluvia, la multa por velocidad que me deja con seis puntos, …

—Y lo de mañana —añade el otro levantando las cejas con elocuencia—, claro.

Su frase es música para mis oídos porque tengo más que claro qué es «lo de mañana». Estoy más que hecho para esto, para no reaccionar en los momentos clave, y lo demuestro con una expresión impasible que no significa nada a la vez que le tiendo el plato a Iria, que ya me lo ha pedido un par de veces.

—Claro —secundo.

—No es nada —insiste Julián.

—Pues por tu cara cualquiera lo diría —bromeo echando mano del plato cargado de comida que me pasa la abogada y que sitúo entre los tres.

—Imagino que estarás al tanto. Mañana es la concentración en la plaza del ayuntamiento por lo de Amaro y… —da un buen lingotazo al tubo y baja el tono antes de seguir —, que me llamen insensible por pensarlo, porque me apetece menos que una mierda tener que ir, pero…

—Pero *tenemos* que ir —termina el otro desganado agarrando varios huesos de churrascos para llevarlos a su plato.

Julián asiente desganado y recuerdo al instante la primera conversación sobre el asunto en la que me explicó lo mal que lo había pasado su tío en su momento. Sus ojos se pierden en algún punto de la mesa y al levantar la vista se remueve inquieto en la silla de plástico antes de bajarla de nuevo.

—Yo que tú no preguntaba mucho más sobre eso si no quieres que la fiesta acabe en velorio —susurra la mujer de mi derecha y me sorprende descubrir que ha estado más atenta a lo que conversábamos de lo que creía.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa?

—Ya lo sabes.

Niego al instante.

—Claro que no. Ese tema es tabú.

Se separa de su hermana acercándose a nosotros colgándose de mi hombro con confianza. Por el rabillo del ojo veo a Uxía que tras verla pone los ojos en blanco y se gira para charlar con el siguiente ignorándonos.

Uxía…

«Ahora no, Sergio. Ahora no». Me lo recrimino en el mismo tono que emplearía mi superior para echarme la bronca. Estoy haciendo lo tengo que hacer, que es cumplir con mi trabajo sin trasvasar los límites que me he impuesto desde antes del primer beso. He trazado una línea imaginaria muy clara en mi cabeza que separa de manera categórica lo que es trabajo de lo que no lo es para asegurarme de no cruzarla en ningún momento. Para cumplir a rajatabla la estúpida frase de Machado. «Donde tengas la olla…». Aunque en días, en momentos como este resulta un poco más complicado. Sobre todo, cuando no sé dónde tengo la maldita olla.

Y más con una investigación complicada de resolver y que cada vez me importa menos y que me obliga a guardar las distancias con una mujer increíble que cada día me interesa más. Intento separar a conciencia los dos mundos, pero estoy intentando sonsacar a su hermana en la casa de su padre y rodeado de la pandilla de su hermano mayor y su primo. No debería resultar tan difícil, nunca lo ha sido, pero esta vez es diferente. Esta vez no puedo evitar que se forme una bola amarga en la base del estómago cada vez que me imagino lo que puede pasar si ella descubre que estoy allí infiltrado. Cuál sería su reacción.

—No es tabú y llevas aquí el tiempo suficiente para haber escuchado cosas—replica con un codazo poco delicado en mis costillas—. Les trae malos recuerdos porque todos conocían a Amaro: del colegio, del instituto, de la pandilla del fútbol, de jugar en la plaza, de salir… Lo que pasó fue muy duro para todos y es normal que reunirse en la plaza por su fallecimiento les siga afectando.

Me sorprende que precisamente ella que es abogada emplee esa palabra, fallecimiento, y no la técnica y más correcta: asesinato. Nadie en el pueblo usa el término adecuado.

—Entonces igual no deberían ir, si les afecta tanto…

—Está claro que no lo entiendes —interrumpe Julián con la voz rascada—. Aselas es una parroquia pequeña, todos nos conocemos. Y eso, que a veces es bueno, para otras cosas no lo es tanto. Estamos obligados a ir. —Lo refuerza girando el índice señalando a los demás—. Todos. No hacerlo nos pondría bajo la lupa de nuevo, como ocurrió con mi tío. Si no vamos esos viejos chismosos volverían a hablar, regresarían los rumores y nos volverían a implicar.

—Otra vez el cuento de que fue uno de nosotros, de Aselas—chista el de al lado. Sigo sin recordar el nombre, pero estoy casi seguro de que se apellida Vázquez. No es relevante para el caso, aunque parezca preocupado y se muestre completamente de acuerdo con su compañero.

—Y por eso cada año es lo mismo —añade Mariño acercándose hasta quedarse de pie al costado de su amigo—. Condenados a acudir a la plaza y quedarnos allí de pie en primera fila para que nos vean si no queremos que sospechen que el que no está es el culpable.

—¡Y más cuando todo el mundo sabe la verdad!

«La verdad. Ya. Nuevo caso de conspiración». No es algo atípico, sucede con más frecuencia de la que debería. Especialmente en casos de gran relevancia o que se dilatan mucho en el tiempo, y lo de Amaro cumple con ambos requisitos para la buena gente de Aselas.

—¿Y la verdad es…? —pregunto dándole pie agarrando otro hueso de churrasco.

—¿Cuál va a ser? Pues que había alguien muy gordo implicado en el tema. Gente…

importante. Un capo de la droga, por ejemplo. Se ve muchas veces que los polis hacen la vista gorda para evitarse problemas. Metieron al «Fodiñas» en el trullo por mover material y hala, caso zanjado.

—Eso no es así —replica Iria sorprendiéndonos a todos—. Anda que no me han llamado del juzgado para entradas y registros en temas de droga. Y la investigación parte del cuartel de Tomiño o de Tui en la mayoría de las ocasiones. ¿Que lo de Amaro no lo han podido cerrar? Bueno, a veces pasa, pero tampoco es justo que digáis que no han hecho nada.

Mordisqueo un par de patatas fritas sin ganas mirando por el rabillo del ojo a los otros tres, que permanecen callados, dudando cómo responder a Iria en modo abogada. No veo nada más allá de su incomodidad.

—*Mierda* —gime Iria contra mi oreja —Oye, cámbiame de sitio.

—Pensaba que te gustaba tu nuevo trabajo de carabina.

—Y puedo hacerlo perfectamente desde tu lado. Vamos. Y te deberé un favor—grazna crispada echándose la perfecta melena detrás de la espalda—. O dos.

Sigo el movimiento nervioso de sus ojos hasta donde me señala. Acaba de entrar Javier Puentes, el hijo del antiguo alcalde, con una bolsa de comida para llevar y que en este momento saluda al grupo acercándose al capazo lleno de hielo que descansa a un lado de la puerta lleno de cervezas frías.

—¿Por qué? ¿No te cae bien? Tu padre me ha asegurado que tenéis mucho en común…

Arruga la servilleta de papel con saña antes de darme con ella. Recuerdo mi primer contacto con ambos en el Verssus y su conversación se parecía más a un monólogo en donde solo él hablaba y ella aguantaba intentando escapar. Contengo una sonrisa malévola al darme cuenta que la única silla vacía, ahora que Mariño ha regresado a su lugar, es la que queda delante de Uxía. Casi enfrente de la suya.

—No lo digas ni en broma—bufa dejando los ojos en blanco—. Es un pesado. Te juro que estoy segura de que va a soltarme *otra vez* el rollo de su bufet y un día de estos las ganas de estrangularlo se me van a ir de las manos. Y si pasa hoy será culpa tuya. Venga, cámbiame de asiento y así le metes un repaso discreto a mi hermana.

—Me debes una, letrada —respondo entre risas incorporándome. El hijo del alcalde y yo nos sentamos al unísono. Uxía aprieta los labios de un modo condenadamente sexy cuando siente mi mano sobre su muslo y me acerca una de las bandejas con comida.

—Me compré el bocata pensando que no me dejaríais ni los huesos si llegaba tarde —bromea sin gracia con la cabeza inclinada hacia mi antiguo sitio—. Y esos, ¿por qué discuten?

Veo que Uxía niega con la cabeza e ignoro si es porque no lo sabe o porque prefiere un cambio de tema, pero me adelanto al responder.

—Por lo de Amaro.

Sus dedos se crispan hundiéndose en el pan blando y levanta las cejas con los ojos muy abiertos componiendo una mueca.

—¿Por lo de mañana?

El de la teoría de la conspiración se vuelve hacia nosotros negando.

—Por quién fue el que se lo cargó. Yo estoy seguro de que…

—¿Otra vez con lo del «cártel de la droga», Vázquez? Eso no se va a saber jamás. —interrumpe rotundo antes de meter un buen bocado a su comida.

—Ya, yo también lo pienso. Ha pasado demasiado tiempo —indica Uxía y cambia bruscamente de tema, como acostumbra—. ¿Sabéis qué orquestas traen hoy? Porque si son malas y llueve paso de ir.

***

Uxía permanece inmóvil tamborileando el pulgar contra el volante atenta a las maniobras de borracho del vehículo deportivo que va delante. No ha llovido desde que hemos salido de la bodega de los Fandiño hace casi media hora, pero en Currás han sido previsores recubriendo la plaza con una carpa de buen tamaño. Hay demasiados coches para un sitio tan pequeño y nos está costando encontrar un hueco libre para la furgoneta, aunque tampoco me importa. Me cae bien Iria, pero agradezco este silencio cómodo entre los dos que nos ha rodeado la mayor parte del trayecto desde que dejamos a la menor de las Fandiño en la casa de los padres de su amiga Sara ante un cambio de planes de su grupo de amigas.

Acomodo la mano en su muslo disfrutando del modo en que se retuerce cuando la masajeo mientras el cristal del coche se empaña en la parte baja y una parte de mí se compadece del resto de los asistentes a la cena que supongo que ya están bajo la carpa al venir directamente hacia aquí. No soy un profesional en orquestas de pueblo, pero, por cómo se desgañita la cantante con la canción de Sonia y Selena, me cuesta creer que esta sea «una de las buenas».

Uxía me agarra la mano y señala con la barbilla hacia adelante. El tipo del coche ha sacado medio cuerpo por fuera de la ventanilla para luego salir y comprobar desde fuera si entra o no entra en el hueco, dejando claro que nos queda un buen rato allí adentro y que no está en condiciones para conducir. A la izquierda de la carpa veo un movimiento errático que capta mi atención al instante y descubro una figura conocida. Lo señalo con nuestras dos manos unidas.

—¿Por qué no ha venido a la cena? Pensaba que era de la pandilla.

Sigue la dirección de mi índice y arruga la nariz al descubrir a Ramiro Pazos recostado contra la carpa ignorando a una mujer que le llama la atención, por el modo en que eleva los brazos por encima de su cabeza. Uxía se encoje de hombros.

—Mira cómo va.

Como puede, esquiva a la mujer sin soltar su copa yendo hacia su izquierda. De espaldas a él, Javier, el hijo del antiguo alcalde, sostiene el teléfono a un lado de la cabeza tapándose la oreja contraria con la otra mano y no se da cuenta de quién le toca el hombro hasta que se gira y se quita la mano de encima negando con la cabeza. No da tiempo a que digan más de dos palabras. Pazos se tropieza al intentar beber y el abogado aprovecha para sacárselo de encima desapareciendo tras la tela blanca.

—Ramiro está muy desfasado últimamente. Demasiado. Y no solo con la bebida —añade con desagrado golpeando con el índice el lateral de la nariz de manera significativa—. Ha vuelto a las andadas, o eso parece, así que no me extraña que los chicos no quieran mezclarse con él, y no solo porque esté todo el rato pidiendo dinero.

—Mariño me explicó que algunos de ellos tuvieron problemas de drogas, ¿lo dices por eso?

Uxía asiente sin perderlo de vista. Recostado contra un muro de piedra se termina la copa y la deja caer al suelo antes de seguir a la mujer de antes hasta un coche con un golpe en el lateral y discuten cuando le intenta quitar las llaves.

—Muchos de la pandilla probaron las drogas, también pasó en la mía. Algunos un par de caladas a un porro, otros probaron de todo y a otros se les fue de las manos. Luego pasó lo de Amaro y la investigación por el menudeo que vino detrás y sé que mi primo Kevin lo dejó de manera radical y que a otros les costó bastante más… —Su voz es lejana, tiene la mirada perdida y no se ha enterado de que el tipo de delante ha sido capaz de meter el coche en el hueco—. A veces durante la adolescencia haces tonterías que se te van de las manos y luego te arrepientes, ¿sabes?

Por supuesto que sí. Inconscientemente me llevo la mano a la larga cicatriz que me surca la mano. Lo sé perfectamente. No siempre he sido quien soy y hubo una época en la que estuve tan perdido que casi llego a un punto sin retorno. Durante mi adolescencia cometí tantas tonterías que algunas han quedado expuestas en la piel y me lo recuerdan cada día. Uxía me acaricia la zona visible de la cicatriz y sonríe con delicadeza al verme asentir.

—Estoy segura que de tú con tus caras de chulito te has metido en más líos de los que quieres admitir. —Me suelta de golpe y maniobra con rapidez para colarse en un hueco a un par de metros.

—Peleas, sobre todo —me sincero—, pero nada demasiado grave. Era un inconsciente con la lengua demasiado larga para mi propio bien que no me amedrentaba cuando me hacían frente. Un gilipollas con un scooter y serrín en la cabeza que llegaba a las manos por cualquier tontería. Estuve a punto de entrar en un correccional, pero me enderecé a tiempo. ¿Qué tonterías hiciste tú?

—Pocas. Con Brais y Kevin, que eran otros cafres, en casa ya tenían bastante. ¿Quieres que llame a mi hermano a ver dónde está y te quedas con ellos?

Sé que tengo que responder que sí, pero me inclino para pegar mis labios a los suyos en un beso lento, suave y cargado de significado. Riendo me empuja por el pecho para hacerse un hueco y envía un mensaje de texto.

—¿Por qué preguntas lo de Ramiro?

—Al verlo me acordé de las discusiones que ha tenido contigo y con tu primo y pensé que podía tener algo que ver.

—¡Qué va! —Descarta sacudiendo la mano libre—. Siempre está pidiendo dinero, seguro para eso acaba de perseguir a Javier Fuentes. El jueves me lo crucé en Tomiño y me enseñó todo orgulloso un móvil de hacía mil años que llevaba en el bolsillo. Me lo restregó por la cara diciendo que le daba igual que no contratase a Laura, su mujer, porque gracias a ese teléfono estaba a punto de conseguir un montón de pasta. Lleva años igual, buscando el modo de no dar palo al agua.

«¿Cómo?» Alguien revoluciona el coche cerca de nosotros varias veces, como si en ese lugar se pudiese salir a la carrera.

—¿Qué es eso de hacerse rico con el móvil?

—Pues cualquier tontería —responde hastiada—. Un HTC con teclado desplegable que no debe ni encender y que en su momento costaba una pasta, pero ahora no vale para nada. Ni caso. Hace dos años vino más de una vez a casa de mi padre a por nuestra videoconsola de cuando éramos críos porque decía que valía una fortuna, que le iban a dar 2.000€ por la Nintendo y no sé cuántas chorradas más, y al final no le dieron ni 100€.

Uxía tuerce el cuello para afuera hacia el sonido de los bocinazos y se le cambia la cara. Señala hacia una pareja que se están besando de manera muy apasionada escondidos en las sombras junto a un muro de piedra.

—Joder, el cerdo del novio de Sara se los está plantando otra vez. —Revisa la pantalla con rapidez. Una fina línea morada comienza a aparecer bajo sus ojos—. Brais no contesta. ¿Seguro que no te importa volver a Aselas y perderte la orquesta?

La fiesta me da absolutamente igual. Sé que Machado me diría que saque mi culo de esa furgoneta y me apresure a mezclarme con los demás. Pero Machado no está aquí y Uxía sí, así que la respuesta está clara.

—Solo si dormimos juntos —susurro contra su boca.

17. UXÍA

Encajonada entre mi hermana y mi mejor amiga intento que mi rostro no refleje nada más que respeto por el dolor de la familia de Amaro Pontes. Su padre sostiene el micrófono con una mano temblorosa repitiendo las mismas palabras de todos los años mientras que su mujer abraza la fotografía de su hijo entre lágrimas y el resto de la familia se sitúa detrás con una pancarta que reza «Justicia para Amaro» con dos imágenes suyas a los lados.

Extiendo las manos para apretar con fuerza los brazos de Kevin y Brais cuando por el altavoz resuena las palabras «gracias a sus amigos» y Celia e Iria se unen al lío de brazos en cuanto llega la parte en la que pide la colaboración de los vecinos y de las autoridades para atrapar al culpable «antes de que sea demasiado tarde» y que da lugar al minuto de silencio y el posterior aplauso de todos los reunidos.

No es un acto especialmente largo, pero a mí se me hace eterno. Y más porque este año la familia de Amaro ha decidido poner toda la carne en el asador y ha conseguido que esté presente la Televisión de Galicia durante la concentración para que su lucha tenga más alcance. Entiendo su esfuerzo, pero para mí resulta dolorosamente claro que no va a surtir mucho efecto y ver cómo se rompen al girarse hacia las fotografías de su único hijo rodeadas de velas que han instalado en la rampa del ayuntamiento me rompe el corazón.

Apenas terminamos con el largo aplauso de homenaje, echo un vistazo alrededor buscando tras de mí.

—Uxi, estás coladita —susurra mi hermana con intención entrecruzando el brazo con el mío—. Procura que no se entere tan rápido.

—Estoy buscando a papá, lista.

Es la verdad. Por primera vez en muchos años mi padre no se ha unido al frente común de la familia Fandiño, sino que lo ha observado todo sentado en uno de los bancos de la plaza con mi hermano pequeño. Lo localizo fácilmente en la esquina de un banco lleno de hombres de su misma edad, aunque de Xian no hay rastro. Y de Torre menos.

Tampoco me molesto en corregir a mi hermana explicándole que da igual de lo que Torre se entere a estas alturas porque esta aventura se acaba antes de que termine noviembre. Y aunque una vez al poco de llegar le comentó a mi hermano la posibilidad de quedarse más tiempo si fuera necesario, la única vez que he sacado el tema en mi piso su respuesta fue tan vaga que no he vuelto a preguntar porque me ha quedado clarito que eso no se va a dar.

—¿Qué vais a hacer? —pregunta Brais

—Podíamos tomar algo —propone Celia—, para sacarnos este mal cuerpo y entrar en calor.

Repaso las terrazas de un vistazo rápido con la impresión de que todos han tenido la misma idea ya que todos los bares se ven a reventar. Casi a la vez mi primo y mi hermana sugieren ir hasta la Plaza de la Mina y nos movemos esperando que esté más vacía. Solo nos detenemos al llegar al banco en que conversa mi padre para asegurarnos de que alguien lo lleva de regreso a casa ya que desde que le han cambiado las pastillas no puede conducir.

Antes de salir a la calle principal escucho una carcajada que me llama la atención. En una de las mesas de una terraza y a pesar del fresco Torre está sentado con un grupo de trabajadores

de la Boullada en lo que parece una conversación muy animada. De repente, como si me percibiese, se vuelve. Nuestras miradas conectan y me guiña un ojo discretamente para seguir hablando con su grupo. No ha durado ni medio segundo y mi cuerpo está en llamas.

Un parpadeo, nada más y es la segunda mejor sorpresa del día. La otra ha sido cerciorarnos de que la recogida se termina el domingo. Las malas previsiones han demostrado ser correctas, ya que en todos los avances del tiempo se indica que la borrasca va a caer la semana que viene, así que nos hemos salvado. La mayoría de nuestros temporeros son personas de la zona de confianza que ya han trabajado más veces con nosotros y que son conscientes de la diferencia que supone para la explotación terminar a tiempo o arriesgarnos a perder parte de la cosecha por las precipitaciones y se han esforzado por arrimar el hombro para acabar a tiempo.

Sin mucha delicadeza Kevin me palmea el hombro al darse cuenta de que no les sigo cruzando el paso de cebra.

—¿Dónde tienes la cabeza? Porque aquí no.

—En la finca.

Pone su cara de persona mayor que lleva sin impresionarme al menos quince años.

—Nada de trabajo que me da algo. Aunque sea por unas horas.

Meneo la cabeza dándole la razón y me uno a la conversación con él y mi hermano. Pensar otra vez en todo lo que queda pendiente y en todos los quebraderos que me da la explotación no es lo que necesito ahora mismo, pero tras la concentración el ambiente está pesado, enrarecido y eso tampoco ayuda.

Una idea muy clara me viene a la cabeza de qué me ayudaría mucho a distraerme. Apenas me siento tras la mesa de madera dejo que Iria pida por mí componiendo mi mejor cara de póker y saco el móvil del bolsillo, pero llego tarde. He recibido un mensaje corto.

«Si me llevas a tu casa compro yo la cena».

Parece que *alguien* ha tenido la misma idea y me cuesta ocultar la sonrisa, porque la última vez que escribió algo parecido acabamos desnudos en la parte trasera de mi furgoneta en medio de una pista del monte. Inmediatamente rezo todo lo que sé para que algo así ocurra de nuevo. Quiero que me vuelva loca acariciándome en mi punto más sensible cuando estoy a punto de estallar sobre él como hace dos noches. Quiero que gima mi nombre antes de vaciarse en mí. Quiero que, cuando entremos en mi piso, caiga el diluvio universal y que no podamos salir hasta que pase mi cumpleaños para poder saciarme de él, porque dudo que lo pueda olvidar en mi vida.

«Los orgasmos no cuentan como cena. Pilla dos hamburguesas del Mercado y te recojo en media hora».

Su respuesta es automática.

«Claro que cuentan, cabezona».

Despego la cabeza con una risa tonta que oculto como puedo al encontrar la ceja enarcada de mi primo preguntando un ciento de cosas sin necesidad de abrir la boca.

No han transcurrido ni veinte minutos y ya estoy en aparcamiento de tierra que hay junto al gimnasio. Me sentiría ridícula e impaciente si Torre no estuviese ya sentado sobre el capó de mi vieja Berlingo devorándome con la mirada.

—¿Y la cena? —pregunto con retintín al acercarme.

—Eso después —responde rodeándome con sus fuertes brazos y dándome un mordisco suave en el cuello—. Ahora pensaba comerme otra cosa.

El modo en que lo dice, con la voz completamente cargada de deseo y saber que soy solo yo quien lo causa dispara algo por dentro. Engancho su cuello con una fiereza poco propia de mí y recorro su firme labio superior con la punta de lengua hasta que Torre me aprisiona entre él y el

lateral de la furgoneta haciéndome saber que está igual de excitado que yo y entra en mi boca entrelazando nuestras lenguas a un ritmo endiablado. Sus manos me aprietan por las caderas y yo gimo retorciéndome entre sus brazos sabiendo que necesito algo más. Lo necesito a él. Ya. Dentro. Me arqueo contra el vehículo y como puedo engancho las piernas en torno a sus nalgas para hacérselo saber de una manera ruda y primaria.

—La furgoneta. —No sé ni lo que dice. Puede que la falta de oxígeno me haya afectado al riego sanguíneo porque me cuesta entenderlo. Me da igual. Froto la punta de mi nariz contra su corta barba y le muerdo la mandíbula arrancándole un gruñido—. Uxía, joder, abre la furgoneta que la vamos a liar.

«¿Qué?»

Pega la frente sudada a la mía un instante para tomar aire y recorre mi cuello con su mano áspera. Sus ojos oscuros están completamente ennegrecidos y sé que es por mí, porque me desea. Me estiro para besarlo, pero me retiene con la mano en mi garganta.

—No podemos hacerlo contra la furgo en medio de este parking, Uxía.

Parpadeo un par de veces procesando sus palabras y cuelo la mano en el bolso. Es *el* parking, el que más se utiliza por lo cerca que está de la plaza del ayuntamiento, los bares y los negocios. A unos minutos del cuartel de la Guardia Civil. Y yo a punto de perder la cabeza. Ardería de la vergüenza si no me estuviese consumiendo de ganas de tenerlo dentro. Bajo las piernas hasta que alcanzo el suelo de tierra con la punta de los tenis y mi único consuelo es que la oscuridad y los árboles que rodean la parte inferior del aparcamiento han evitado un bochorno mayor.

Apenas saco las llaves me las quita de las manos, abre con presteza empujándome al interior de la parte trasera entrando a continuación. Abro la boca, pero me la cierra con un beso, como si no quisiera darme tiempo a replantearme esta locura.

—Espera —susurro entre dientes estirándome lo suficiente para apretar el botón del cierre centralizado —Ya está.

Su risa franca reverbera contra mi espalda y dejo que me levante y me siente en su regazo para volver a las andadas. Sus manos se cuelan por el interior del jersey ascendiendo con decisión hasta mis pechos que ya están contraídos de excitación y mi única respuesta es un tirón de pelo y restregarme contra su paquete henchido a través de nuestros vaqueros. Sus dedos atrapan mis pezones a la vez que me chupa la lengua y el aire me vuelve a faltar. Busco a tientas el botón sin dejar de besarlo y me peleo con el pantalón buscando su ayuda para bajarlo hasta mitad de los muslos para liberarlo. No me deja sentarme de nuevo sobre él hasta que nos libramos del mío también, que cuelga de manera precaria de una de mis pantorrillas, pero no podría importarme menos.

Me incorporo sobre ambas rodillas y bombeo un par de veces su piel aterciopelada. El gemido ronco que se le escapa me llena de impaciencia por sentirlo de una vez en mi interior, así que me cuelgo de sus labios guiándolo hacia mí. Sus manos impiden que descienda.

—El condón. —Parpadeo un par de veces hasta que lo puedo procesar—. No me quedan. ¿Tienes alguno? —Niego con la cabeza— ¿En la guantera?

—La furgoneta era virgen hasta que te conocí, Torre —respondo mordiéndole la mandíbula sin dejar de acariciar su pene—. Tomo la píldora y estoy limpia.

—Yo también, pero no sé si… ¿Estás segura?

—Completamente. Quiero sentirte dentro hasta el final, si te parece bien.

Las mismas manos que antes me han impedido moverme son las que ahora me empujan con contundencia hasta hundirse en mí con tanta intensidad que no puedo evitar gritar y tensarme

en torno a su miembro. Me encanta. Su boca se ocupa de los gemidos que escapan de la mía hasta que me acostumbro a tenerlo dentro y por entero por primera vez.

—Muévete —indico agarrándome firmemente al asiento.

Torre sale ligeramente de mí y vuelve a entrar y la sensación es tan maravillosa que me fallan las rodillas mientras el corazón se acelera. Sus ojos negros se clavan en los míos y tira de mis caderas hacia abajo a la vez que me embiste con la cadera dos veces más de un modo tan brutal que sé que estoy a punto de terminar. Mi cuerpo se contrae a su alrededor y hundo mi cabeza en su cuello intentando ahogar el grito de liberación que pugna por salir. Se me corta el aliento, arqueo la espalda, aprieto los párpados abrazando sus hombros y dejo que me invada el orgasmo más intenso que he tenido jamás mientras que Torre se sigue moviendo procurando alargar mi placer.

—Eres mía, Uxía —gruñe contra mi sien liberándose en mi interior.

Sonrío y me abrazo a él con las pocas fuerzas que me quedan sintiendo que su cuerpo se afloja poco a poco con nuestras respiraciones entrelazadas. Paladeo sus palabras sabiendo que son demasiado y una vocecita me susurra que no debería estar tan relajada, sino acojonada.

Sobre todo, porque son ciertas.

***

La tierra todavía está mojada después de casi dos días seguidos lloviendo. El tiempo ha dado una pequeña tregua este martes por la mañana que tenemos que aprovechar para adelantar tareas, así que tras dividirnos el trabajo me he venido con Torre a la Boullada para comprobar un par de cosas pendientes de aquí a que comience la poda.

Tras una parada técnica en el Burguer King el pasado sábado para asegurarnos una cena caliente, regresamos a mi piso y solo salimos para trabajar en la recogida. El resto del tiempo lo hemos pasado juntos en un fin de semana increíble e intenso a varios niveles, aunque al final no se ha producido un diluvio que durase hasta después de mi cumpleaños. Afortunadamente. No hubiera podido resistirlo.

Tampoco ha sido suficiente. Lo sé porque, mientras caminamos en silencio entre las plantas ya sin frutos no dejo de pensar en engancharlo por el brazo, arrastrarlo conmigo al suelo y montárnoslo allí mismo, bajo las grandes hojas verdes al aire libre y dejar que todo siga su curso. Es ridículo. «Torre y yo no somos nada». Eso lo tengo claro. Aun así, me apetecen cosas que nunca he hecho en mis anteriores relaciones. Cosas tontas que me esfuerzo por no hacer, sobre todo en público. Cosas en las que no tendría ni que pensar porque deberían formar parte de aquellos límites invisibles tan férreamente marcados que no he llegado a respetar ni un solo día.

«Bah. Por uno más que me salte no va a pasar nada».

Me detengo ante una hilera de plantas fingiendo examinar algo y él también se para. Estiro la mano buscando la suya y Torre me rodea el hombro pegándome a su costado, leyéndome el pensamiento. Según mis cuentas queda poco más de una semana para que se vaya de Aselas destrozándome por dentro, pero evito pensar en lo que significa y este momento bajo el cielo gris y apagado me resulta perfecto. Tras unos instantes así le rozo los labios con los míos y regresamos a la furgoneta.

—¿Nos vamos ya? Acuérdate de que tenemos que parar en casa de tu padre.

—Todavía no. Hay que revisar las vallas del norte. A veces, con la lluvia se forman cuevas en el suelo y los animales se cuelan.

Le tiendo las llaves para que conduzca y aprovecho para enviar un par de audios a mi hermano con los problemas que he encontrado hasta el momento. Nada grave, pero hay un par de detalles que debemos solucionar en cuanto el tiempo nos deje, como siempre. Conduce la

Berlingo más lento que de costumbre por el camino de tierra que discurre paralelo a la valla. En parte debido a la gran cantidad de charcos y tierra que el temporal ha dejado y en parte para permitirme examinar su estado sin esfuerzo. No hay demasiado estropicio que reparar en esa zona, lo cual es una suerte, y se lo hago saber tanto a él como a mi hermano a la vez.

—Espera. ¿Qué es eso?

No sé lo que es, pero hay algo contra la valla que enseguida capta mi atención. Señalo de inmediato la mancha informe oscura y lejana para que Torre la vea y al hacerlo pisa el acelerador. La preocupación de que un jabalí esté intentando entrar en la Boullada me parece ridícula en cuanto estamos lo suficientemente cerca para cerciorarme de que no es un animal. Es Ramiro Pazos desplomado en el suelo con la cara pegada a la valla, sucio, mojado y muerto.

El teléfono se me cae de las manos de la impresión. Jadeo de manera entrecortada incapaz de despegar la vista de su cuerpo sin que el aire llene completamente mis pulmones. No puedo hablar. Ni siquiera puedo respirar con normalidad. El vehículo se detiene, la puerta del conductor se abre y extiendo la mano buscando la manilla con desesperación.

—Quédate en el coche, Uxía. No salgas.

Soy incapaz de despegar la vista de su cara, contraída, manchada de tierra y amarillenta, pero reconocible. No sé lo que hago, solo sé que no quiero quedarme sola y me limito a imitar a Torre que, en cuanto abro la puerta entra rápidamente en la furgoneta y estirando el brazo por encima de mí la vuelve a cerrar.

—Respira despacio, Uxía, con calma —indica con voz pausada frotándome la rodilla—. ¿Estás bien?

«No lo sé». Asiento más para mí que para él con escaso convencimiento, con los ojos todavía clavados del otro lado de la red de malla, intentando tomar el control de mi cuerpo para sobreponerme de la impresión cuando lo escucho a mi lado.

—Sí, aquí Mike 987456 Romeo, solicito apoyo. Encontrado el cadáver de un hombre en los límites de la finca Boullada relacionado con la investigación en curso.

18. TORRE

«No eres un novato. Sabes lo que tienes que hacer».

Me tomo dos segundos para inspirar hondo antes de actuar. Nadie de mi actual equipo diría que soy un novato, pero tampoco estoy acostumbrado a encontrarme con víctimas de asesinato mientras paseo. Una vez pasado el aviso solicitando ayuda repaso nuevamente el posible escenario del crimen sopesando las distintas opciones. Intento que mi voz suene firme y amable a la par.

—Uxía, llama a tu hermano. Dile que hay que cerrar la finca.

No hay reacción y, aunque no quiero, me giro hacia a ella que me observa inmóvil con sus grandes ojos castaños abiertos como platos y siento una punzada aguda en el estómago que rechazo de inmediato. No es el momento.

«Las lamentaciones para después».

Arranco la Berlingo nada más marcar el contacto de Brais, que dejo con el altavoz conectado posado sobre el salpicadero. Intento estar sereno, aunque la adrenalina bulle por dentro haciendo que circule a una velocidad mayor de la que debería a la vera de una hilera de plantas de kiwis en dirección a la salida.

—No me digas que…

—Brais, ha pasado algo —lo interrumpo—. Tenemos que cerrar la Boullada.

—¿Qué ha pasado? No puede haber tanto destrozo por dos días de lluvia ¿Otra vez los jabalíes…?

—No. Es algo bastante más grave que un jabalí. Tu hermana está bien. Está aquí, conmigo, pero le cuesta hablar por el shock. Encárgate de esto en cuanto puedas o manda a alguien, pero asegúrate de que la finca queda cerrada. Adiós.

Conduzco lo más rápido que puedo hasta que salgo de la finca de los Fandiño y tuerzo a la derecha en el cruce intentando llegar al cortafuegos que da a la parte trasera de la Boullada. Conozco la zona, y no solo por haberla visto un ciento de veces en los informes, sino porque he recorrido esos mismos caminos en varias ocasiones. A veces en el coche con otros temporeros y otras veces caminando solo por el monte intentado conocer lo mejor posible el escenario en que se encontró el cadáver. El *otro* cadáver.

Detengo la furgoneta en medio de la pista del monte. Lo suficientemente alejada para evitar contaminar la escena y, a la vez, procurando ocultar el cuerpo de Ramiro de cualquier otro vehículo que pueda pasar por allí. El lugar es apartado y poco concurrido, pero eso no significa que no pasen coches y es mejor ser prevenido. Además, así también queda oculto para Uxía, que no necesita seguir viéndolo.

—Nos iremos de aquí en cuanto podamos, ¿de acuerdo? Tenemos que esperar hasta que lleguen.

Me observa con extrañeza durante menos de un segundo para después perderla a su derecha en el bosque de pinos, eucaliptos y carballos que se extienden al otro lado del cortafuegos. No tiene buen aspecto. Su piel clara luce amarillenta, pálida, y las manos se aferran tensas al bajo de su cazadora. Me inclino para recuperar su teléfono que continúa bajo el asiento colocándolo en su regazo y no reacciona, así que decido darnos un poco de espacio.

Desde que ha aparecido el cadáver no ha pronunciado ni una palabra, pero sé que me ha escuchado por el modo en que me ha mirado. Salgo de la furgoneta para examinar la zona en la que ha aparecido el cadáver y aprovecho para estirar los músculos de la espalda completamente cargados. No tengo intención de acercarme demasiado, solo lo suficiente para hacerme una idea mientras espero a que lleguen los compañeros. Estoy apenas a unos metros del cuerpo cuando Uxía abre la puerta de la furgoneta y me giro para pedirle que no salga y el impacto de lo que veo trazando una línea recta con la mirada me detiene. El pozo en el que apareció el cadáver de Amaro Pontes. *Mi* cadáver. Repaso mentalmente todo lo que aparece en el expediente y lo que he podido averiguar hasta el momento.

«Joder. Mataría por un cigarro». Llevo sin fumar casi cuatro años y durante los últimos tres he creído que lo tenía completamente superado, pero el latigazo intenso que sacude mi cerebro exigiendo nicotina me deja claro que no. Me froto la frente inconscientemente queriendo calmar el ansia y me detengo al ver que no sale de la furgoneta, hasta que la veo asomar la cabeza de manera violenta agarrada contra el marco de la puerta. Todavía no he dado dos pasos cuando escucho el sonido gutural que emite al vaciar el estómago.

—¿Te encuentras mejor? —inquiero alcanzándole un pañuelo de la guantera.

Se lo pasa por la boca un par de veces ignorando mi pregunta. Da un paso y veo que le cuesta sostenerse así que la agarro con suavidad por los hombros dirigiéndola al capó, donde la siento esperando que el viento fresco la ayude a encontrarse mejor y no solo a despeinar todavía más sus cabellos castaños. Me sitúo frente a ella tomándola de las manos para infundirle fuerzas.

—Tranquila, Uxía. Todo va a estar bien.

Sacude la cabeza y retira sus manos de las mías como si quemasen, como si le doliese, y se frota la muñeca contra la pernera del pantalón pasando la lengua por los labios sin dejar de observarme. Sé que tiene más de una pregunta sobrevolando por su mente y estoy dispuesto a darle las respuestas que pueda. No es lo que quería, pero tampoco lo voy a evitar cuando llegue el momento. Uxía se merece eso y mucho más, aunque estoy seguro de que no va a ser una conversación fácil.

—¿Bien? ¿Quién eres?

—Eso luego. Lo hablaremos después.

Su rostro ha recuperado en parte su color y me consuela saber que está mejor. Sus ojos vuelan por mi cara con una expresión incrédula y finalmente abre la boca para añadir algo más, pero ya no hay tiempo. Un Patrol serigrafiado con los logotipos de la Guardia Civil se detiene en el lateral contrario de la furgoneta y me aproximo a los compañeros para identificarme y ponerlos al corriente de la situación. Uno de ellos asiente y mira de reojo a Uxía, así que me apresuro a aclarar por qué estamos allí.

—La conozco —responde el compañero de más edad—. Su primo y su hermano mayor eran unos «piezas» de adolescentes a los que tuve que llevar a casa un par de veces.

—No tiene buena cara —añade el compañero.

«Ya lo sé. Y es por mí».

Ignoro el aguijonazo que me sacude por dentro procurando ser tan pragmático como puedo ciñéndome a los hechos y desproveyéndome de sentimientos. No es el momento. Hemos encontrado un cadáver con aspecto de muerte violenta. Uxía es una civil, así que el descubrimiento la ha impresionado. Al acercarnos a valla su cuerpo ha reaccionado y ha vomitado. Es casi la verdad. Lo suelto de carrerilla y ellos asienten, como si solo a ella le hubiera impactado el hallazgo del cadáver cuando el más bajo de los dos tiene un tono sospechosamente amarillo y ha evitado mirar tras la furgoneta desde que se ha dado cuenta de dónde está el cuerpo

de Ramiro.

***

Uxía saca el móvil del bolsillo una vez más arruga los labios al comprobar la hora y juguetea con él en la mano hasta que suena.

—No creo que tengamos que esperar mucho más.

—Quiero irme. —Desbloquea la pantalla y me parece que responde a un mensaje—. Llevamos aquí más de una hora.

Es cierto. Tras poner en situación a los compañeros, nos acercamos al cuartel de Tomiño para prestar declaración como testigos y hemos estado esperando casi una hora en la pequeña sala de espera a que el cabo terminase con la declaración de un detenido al que hemos escuchado gritar un par de veces.

—Esto va a ser breve. Un par de preguntas y nos podremos ir. Confía en mí.

La mano se crispa de manera visible sobre el teléfono y, por primera vez desde que subimos a la furgoneta, me atraviesa con sus ojos inmensos brillando de furia.

—¿Confiar? ¿En ti? En eso estaba pensando.

Mala elección de palabras. Las narinas se le hinchan de manera exagerada al respirar, así que me aconsejo a mí mismo cerrar el pico hasta que se le pase un poco. En cambio, la mano le tiembla ligeramente y me dan ganas de estrechársela. Inspiro hondo y meto las mías en los bolsillos para evitar tentaciones.

—Me refería a que prestar declaración no llevará mucho tiempo. No hay mucho que decir.

—Espero que no hables por ti.

—Uxía…

Ignorándome se incorpora de la silla y se aleja todo lo posible de mí. Del otro lado se escucha el sonido de una puerta y voces. Poco después un guardia vestido de uniforme se asoma indicando que pasemos a la oficina del cabo y Uxía obedece pasando delante de mí ignorándome.

Dentro del despacho, el cabo Ramos espera de pie vestido con vaqueros y un jersey gris junto con el compañero que nos ha llamado. Al vernos entrar sonríe con cordialidad señalando las sillas frente al escrito atestado de papeles con la barbilla y Uxía se sienta en la más próxima a la pared. Yo todavía no me he sentado cuando me hace un gesto para que me acerque y me estrecha la mano.

—He recibido una llamada de su superior, Machado.

Asiento y le devuelvo el apretón sin añadir nada. No sé de qué le ha informado así que prefiero ser parco en palabras a soltar de más. Estrecho la mano del otro guardia y al sentarme pienso en los gritos que daría Machado si supiese lo que ha pasado con la mujer enfadada a mi izquierda. Arrastro la silla, pero el otro guardia me hace una seña para que me sitúe junto a él a un lado de la ventana pasándome unos papeles en los que han recogido la declaración prestada en el monte y entiendo que quiere que la examine.

Aunque no semeja mayor que yo, el cabo demuestra pronto su experiencia. Es fácil notar que Uxía está incómoda porque ha respondido de manera seca a cada una de sus frases, pero logra que se relaje mezclando bromas inofensivas en medio de la explicación del procedimiento y para cuando le explica los derechos que la asisten sus hombros parecen más relajados y el cabo comienza a teclear sus respuestas, que no distan mucho de lo que leo en mi papel.

—Aprovechamos que no llovía para echar un vistazo a la finca porque viene la poda, como todos los años. Y ya que estábamos, quise asegurarme de que el vallado estaba bien,

porque a veces cuando llueve mucho se forman huecos grandes y no es la primera vez que se cae un trozo de la valla o se nos cuela algún animal. —La voz se le rompe un poco y se encorva—. Pensé que era un animal, ¿sabe?, pero era Ramiro.

Suelta un resoplido apoyándose las manos a la altura de la cintura, como si le faltase el aire o no fuese capaz de sostenerse.

—Lo estás haciendo muy bien —susurro y tensa los hombros sin girarse.

—Es fácil. Solo hay que decir la verdad.

Esta vez soy yo quien tensa los hombros.

—Exacto —interviene Ramos tecleando—. Aunque no es fácil; es una experiencia complicada. Un compañero de Lalín en su primer homicidio cayó redondo al suelo. Necesitamos dos ambulancias.

El cabo ríe y el agente a mi lado también, pero los ojos de Uxía se abren más de lo necesario al escuchar esa palabra, homicidio, procesando de otro modo lo que ha presenciado. La espalda se le envara de nuevo.

—¿Homicidio? —pregunta vacilante. La sonrisa del cabo se congela en la cara al percibir su tono.

—El compañero indicó que … —sacude la cabeza—. Sí, homicidio. ¿Conocía bien a Ramiro Pazos?

Movió la cabeza a ambos lados levantando las manos.

—De la parroquia. No es mi amigo. —Aprieta los labios al darse cuenta—. Era. De joven iba en la pandilla de mi hermano y mi primo. Y trabajó con nosotros en la finca, pero de eso igual hace diez años.

El tecleo de sus palabras en el ordenador se interrumpe con el sonido de la llamada al móvil de Uxía. Lo levanta y estoy convencido de que el cabo va a negarse cuando ella se adelanta mostrándole la pantalla.

—Es mi padre. Debe estar muy preocupado. —Niega con una sonrisa amable—. Tiene problemas de corazón.

—Dígale que ahora no puede hablar y que esté tranquilo. Sin salir de aquí —añade en cuanto arrastra la silla.

Inmediatamente ella descuelga girándose hacia la puerta buscando tener una mínima privacidad de espaldas a los tres. Su tono es más bajo, sereno y tranquilo al responder, recordándome lo que no figura en el expediente y que Uxía y Brais han comentado con preocupación en más de una ocasión: a pesar de la operación, Eduardo Fandiño ha tenido varias complicaciones que han motivado que sean sus hijos quienes se han asumido la gestión de la explotación.

—Está relacionado, ¿verdad?

Despego la vista de la espalda de Uxía para encontrarme con la sonrisa cómplice del agente a mi derecha y me limito a sostener su mirada. Hasta que no hable con mi superior, prefiero evitar hablar a meter la pata. Sacudo ligeramente la cabeza para volver a hundirla en los papeles que todavía sostengo en la mano y el cabo interviene.

—Si estás conforme puedes firmarlos —indica ofreciéndome un bolígrafo que me apuro a aceptar. Con tres zancadas me sitúo de su lado del escritorio y coloco los folios con mi declaración sobre una de las pilas de papeles. No he firmado la primera hoja cuando el otro parece incapaz de dejarlo estar.

—Vamos, no intentarás que nos creamos que es casualidad que aparezca un muerto relacionado con el mismo caso que has venido a investigar y casi en el mismo lugar. Tiene que

existir una relación, ¿verdad, cabo?

Firmo la segunda hoja y de reojo veo el brillo curioso en la mirada de su superior, que descarta con un parpadeo.

—Martínez —advierte secamente señalando discretamente hacia Uxía.

Al parecer ya ha terminado la llamada e ignoro lo que ha escuchado, aunque tampoco me preocupa. Voy a contárselo todo en cuanto salgamos de aquí. Le paso la declaración firmada y el bolígrafo. Martínez se queda de pie a la izquierda de su superior y yo lo esquivo regresando a mi antiguo sitio mientras el cabo Ramos continúa con la declaración.

—¿Sabe por qué podía estar allí Ramiro? ¿O qué podía hacer tan cerca de su finca?

Uxía niega encogiéndose de hombros.

—Ni idea. A veces la gente usa las pistas del monte para evitar los controles de alcoholemia.

A pesar de que Ramos asiente con interés, sé que la respuesta es irrelevante. Además, en el escenario del crimen no hay coches ni motos ni nada más que el cadáver.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Ramiro Pazos con vida?

—El sábado por la noche, en la fiesta de Currás —indica tras unos segundos. El cabo la observa con más intensidad y ella continúa arrugando la frente—. No estuvimos juntos. No creo ni que me viera. Él estaba allí, se le veía un poco… perjudicado.

—¿Por qué lo dice si no estuvo cerca de él?

—Porque tenía pinta de estar borracho perdido —responde con dureza—, como siempre. Discutió con su mujer, se le cayó una copa, casi se cae él, …

—¿Y usted estaba…?

—En la furgoneta—señala con el pulgar en mi dirección—, con él.

—Entiendo —contesta Ramos tecleando una vez más mientras Uxía cruza los brazos echándose hacia atrás. Es fácil leer en su pose que está cansada de estar aquí, igual que yo. Quiero llevármela, sacarla del cuartel, asegurarme de que está bien y tener tiempo para explicarme, pero tenemos que terminar el procedimiento primero.

—Una última cosa, solo por precaución. ¿Puede indicarnos dónde ha estado desde el domingo a las…?

—En la Boullada —interrumpe enderezándose sobre la silla verde—, recogiendo los últimos kiwis con el resto de los trabajadores. Después me fui a mi piso.

—¿Sola? Según nuestras notas eso fue a las…

—¿Me pide una coartada, en serio? —brama incrédula agarrándose a la mesa enarcando ambas cejas—. Pues muy bien. Desde el domingo no he salido del piso. Y la mayor parte del tiempo la he pasado gimiendo en la cama con Torre. —Me dirige una mueca por encima del hombro—. Si es que se llama así.

El cabo carraspea de manera significativa con los dedos suspendidos en el aire.

—¿Qué pasa? ¿Eso no lo va a anotar? Conmigo no van a hacer lo que con mi primo la otra vez. Ni de coña —señala con la voz más aguda cada vez—. Yo no tengo nada que ver con lo que le haya podido pasar a Ramiro. No me vais a implicar.

Ignoro las miradas de los dos compañeros y me acerco hasta Uxía para posar una mano en su hombro. Ella levanta la suya, deteniéndose sin llegar a alcanzarme, y dejándola caer sobre su regazo.

—Solo son preguntas rutinarias —aseguro colándome en la silla contigua—. No tienes que preocuparte.

No me responde. Tampoco me mira. Cruzo una mirada de soslayo con el cabo que, dando

por finalizada la declaración, imprime una copia que le facilita a Uxía para que indique si está conforme con su contenido. La lee con evidente desgana y firma en donde le indica.

—¿Puedo irme ya? —pregunta de manera retórica levantándose. Ramos se levanta también y yo le estrecho la mano antes de seguirla al exterior.

—Espérame, Uxía —le pido bajando los dos escalones—, que vamos juntos.

—No voy contigo ni de coña.

Se detiene ante la reja cerrada sin darse cuenta de que la puerta está arrimada y aprovecho para tenderle las llaves de su furgoneta.

—No me hacen falta.

Me encuentro con Brais, observándonos con preocupación recostado sobre uno de los vehículos aparcados enfrente. «Mierda». Está claro que no voy a tener ni la mitad del tiempo que esperaba para poder aclarar las cosas, así que la retengo por el codo, pero ella se gira para zafarse.

—No quiero que me toques.

—Me gustaría aclarar las cosas.

—Puede, pero lo que yo quiero es perderte de vista.

Por encima de su hombro veo que Brais se acerca al cuartel sin sacarnos la vista de encima.

—Por favor, no les digas nada hasta que hablemos.

Uxía retuerce las comisuras de la boca en un rictus extraño alejándose de mí.

—Debes crees que somos idiotas. Que yo cierre el pico no va a evitar que mi familia o toda Aselas se entere de que Ramiro ha muerto.

—Me refiero a mi otro trabajo —aclaro con un susurro— Guárdame el secreto.

Su hermano se ha detenido al otro lado de la verja y nos observa con seriedad. No hay respuesta. Uxía deja caer pesadamente los brazos a los dos lados de su cuerpo bramando entre dientes antes de darme la espalda y salir a su encuentro.

19. UXÍA

Me mantengo tan firme como puedo con el peso de mi padre enganchado de bracero, pero aprieto el puño dentro del bolsillo dejando que el silencio y el aire frío nos rodee. Odio venir al cementerio y enfrentarme al dolor de ver su lápida casi tanto como la primera vez, pero mi padre me ha pedido que lo acompañe y no me he podido negar. Ya llevamos un buen rato allí de pie y por dentro me empiezo a impacientar. Eduardo Fandiño nunca ha sido una persona especialmente religiosa. Por eso sé que no está rezando y que nos hemos evitado celebrar misas de cabo de año, pero aun así insiste en acudir cada aniversario.

«Al menos me pude escaquear de ir a comer ayer. Menos mal».

Quiero mucho a mi familia y estamos muy unidos, pero no me avergüenzo de haber usado la excusa de la celebración del próximo sábado para no ir ayer a casa y pasar por el escrutinio de quienes estuvieran fingiendo que todo va bien y celebrar mi cumpleaños después de «lo sucedido en la finca», que es como me refiero para mí misma y de manera ambigua tanto a la muerte de Ramiro como al engaño de Torre.

Si es que se llama así.

Una bola de amargura me sube por la garganta y cierro con más fuerza el puño hasta clavarme las cortas uñas en la palma de la mano. Cada vez que pienso en lo que ha habido entre nosotros, en todas las confidencias, en nuestras rutinas, en lo especial que me he llegado a sentir… esa sensación amarga se desliza por mi interior y me susurra lo idiota que puedo llegar a ser. Perder la cabeza por un hombre del que ya no estoy segura ni de su nombre. Me siento ridícula, pequeña y con ganas de soltar cuatro voces.

El ligero apretón en el codo me trae de vuelta a la realidad.

—¿Nos vamos? —Asiente y caminamos despacio hacia la salida—. Sabes que puedes hablar con ella sin tener que venir hasta aquí, ¿verdad?

—Eso ya lo sé, nena, lo hago todos los días.

Me palmea el brazo dejando salir un suspiro y se detiene a los pocos pasos para charlar con un conocido. Las preguntas de siempre: la salud, la vida, la lluvia, lo caro que está todo. Me retuerzo incomoda y respondo con monosílabos cuando no me queda otra deseando salir de allí para regresar cuanto antes a mi piso y librarme de la gente.

Al menos, hasta que el sábado me obliguen a celebrarlo en familia.

Sin querer, mi mente regresa a las palabras de Torre de la semana pasada en mi piso. Esas de «eso es porque no te han hecho un buen regalo de cumpleaños». Menudo idiota. Imagino que descubrir el cadáver de un conocido y que estás liada con alguien que no es quien dice ser el día previo a cumplir treinta y dos no encabeza la lista de mejores regalos en la Cosmopolitan.

No presto demasiada atención a la gente con la que nos paramos ni al intercambio de frases ni a nada que no sea poner un pie delante del otro hasta llegar a la Berlingo de mi padre. Lo bueno de haber terminado la recogida y tener que retrasar cualquier actividad de la Boullada es que puedo recluirme todo el día en el piso para trabajar. Y es lo que voy a hacer en cuanto deje a mi padre en su casa.

—¿Tienes prisa? —me pregunta poniéndose el cinturón. Evito arrugar el ceño al arrancar el motor. No es justo que pague con él mi mal humor, y menos en un día tan complicado para

nosotros.

—¿A dónde quieres ir?

—He quedado con los estos para jugar en el centro social. — El centro social está a cien metros de mi edificio así que no entiendo su pregunta y me limito a conducir—. Necesito un cambio de pareja porque estoy harto de perder contra Fuentes y su cuñado.

«No».

—¿Y quieres que lo sea yo?

La carcajada que se le escapa nos sorprende a los dos y termino uniéndome a su risa, aunque sea bastante ofensivo que se ría durante más de un minuto.

—Eres la peor jugadora de brisca de la familia, hija. Antes me llevaría a tu hermana, que al menos los distraería con su verborrea, aunque se distraiga ella también. He convencido a Rollano, a ver si así somos capaces de bajarle los humos a esos dos cantamañanas y quería que esperases conmigo hasta que lleguen, nada más.

Asiento con escepticismo esperando a que diga algo más. Tengo la sonrisa de mi madre y el carácter de los Fandiño y por eso estoy segura de que mi padre no es de los que le pide a un hijo que haga tiempo con él en un bar hasta que llegan sus amigotes. También sé que es parco en palabras. Si se decide a hablar le da tiempo de sobra a decir lo que le ronda por la cabeza antes de que lleguemos a Aselas. Y así que yo puedo recluirme tranquilita sin necesidad de evitar a nadie en sitios públicos y él puede leer el Marca en paz en el bar mientras los espera.

—¿Cómo estás?

—Es un día complicado para todos.

—Me refería a lo del martes.

—Intento no pensarlo mucho. Celia dice que a la mujer de Ramiro le ha dado una crisis de ansiedad y la han tenido que ingresar. Pobre.

—Sí, una desgracia, pobre muchacha, pero lo que quiero saber es si tú estás bien o hay algún problema.

—Claro que estoy bien. —El carraspeo que me dedica indica que no me cree—. ¿Por qué no lo iba a estar? Un poco impactada, nada más.

—Brais me contó que estabas muy alterada cuando te fue a recoger al cuartel. Que cuando te subiste al coche parecía que querías matar a alguien y el único que estaba allí fuera contigo era Torre.

Puedo sentir sus ojos color miel tan parecidos a los míos examinándome en profundidad sin necesidad de despegar la vista del asfalto. No respondo; solo acelero y ninguno dice nada hasta que cojo el desvío hacia Aselas.

—¿Seguro que no ha pasado nada, Uxía? —*Seguro*. Niego intentando no retorcer la boca — Entonces no hay problema con que Torre se pase el sábado por casa.

—¿Por qué ibas a hacer algo así?

—¿Y por qué no? Me cae bien. Y a tus hermanos y a Kevin también.

—No… No es quien dice ser, papá.

—Ah. Eso.

Eso. Lo dice de una manera tan casual que me cuesta trabajo controlarme. Detengo apresuradamente la Berlingo en el primer sitio libre a mitad de camino entre mi piso y el centro social y me vuelvo hacia él con brusquedad.

—¿Cómo que «ah, eso»? ¿Lo sabías? ¿Por qué no nos dijiste nada? O soy la única que… —Sacude la mano en el aire para detener la retahíla de preguntas.

—Soy lo suficientemente viejo como para saber leer entre líneas, *muciña*. Si mi amigo el

antiguo cabo de la Guardia Civil se presenta en la puerta de mi casa insistiéndome para que contrate para la recogida a un hombre tan recién llegado al pueblo que ni se conocen y que no diferencia un kiwi de una vid a cinco metros, tengo claro que un experto en agricultura no es.

Chasquea la lengua incorporándose en el asiento esperando a que diga algo, pero no me veo capaz. Al menos nada racional. Vuelvo a tener ganar de discutir y de gritar, pero no voy a hacerlo con mi padre, así que me muerdo los labios por dentro y saco las llaves del contacto.

—Todos sabemos que en el pueblo hay varios problemas, incluyendo una investigación pendiente de resolver desde hace quince años y de la que Rollano formó parte en su momento. Sé que lo ve como algo pendiente en su carrera, hemos hablado de ello muchas veces y supuse que estaría relacionado con eso. Lo que no entiendo es por qué estás tú tan enfadada.

«Porque soy idiota y me he enamorado de él».

Descarto la respuesta al instante. No es algo de lo que quiera hablar con mi padre.

—Sabes que me cuesta confiar en gente que no sea de la familia. O Celia.

—¿Sí? —Enarca las cejas con sarcasmo y me contengo para no responder que es algo que he sacado de él.

—Confié en él y me ha mentido.

—¿Cómo sabes que te ha mentido?

Atónita, me vuelvo para mirarlo con las palmas hacia arriba y sus cejas se levantan todavía más.

—Papá… No es temporero. Ni siquiera sé qué es.

—Pero qué tendrá que ver… —sacude la cabeza pasándose la mano por el pelo ralo de las sienes—. Espero que no sea por lo de Luís, que estaba más que claro que no era hombre para ti. Una cosa es que alguien te engañe porque sea un zoquete y otra que oculte que está en una investigación secreta porque se lo impida la ley o un juez o algo así.

—¿A qué hora era la partida? Igual ya están dentro —bufo deseando librarme de la conversación.

He estado un año evitando hablar con mi padre de lo sucedido con Luís, aunque ya todos saben que me engañó con una compañera de trabajo de Citröen durante meses. Me cabrea que junte a Luís y a Torre en una misma frase o que los compare siquiera porque estoy mucho más cabreada con el falso temporero que con mi ex y tampoco quiero pensar en lo que significa.

Con pragmatismo, mi padre me propina dos fuertes palmadas en la rodilla captando de una sola vez mi atención.

—Entiendo que ha tenido que ser un mal trago enterarte así, de sopetón, y que una parte de ti desconfíe, pero eso no significa que te haya mentido. Y ya sabes lo que decía tu abuela de los problemas: hay que dar la cara. Así que, si quieres respuestas, habla con él.

Se remueve en el asiento hasta liberarse del cinturón y saluda a través del cristal a sus amigotes, que se aproximan por la acera en una conversación animada, antes de echar mano a la manija.

—Pues que venga él a hablar conmigo —rezongo por lo bajo arrancando el vehículo.

—Hasta donde sé, ya lo ha hecho. Y la puerta de tu piso le ha dado en las narices. —Sus hombros se sacuden de manera violenta hasta que suelta una gran carcajada y me arranca una sonrisa—. Venga, hija, que tengo prisa.

***

«No soy una acojonada. No lo soy». Levanto la mano y golpeo la puerta dos veces con más fuerza de la necesaria para evitar poder echarme atrás. No sé si mi padre tiene razón o no, pero tengo que averiguarlo. Sobre todo, porque no he sido capaz de pensar en otra cosa. Al parecer, ni

los problemas financieros, las bromas malas de Xian o las clases de aquagym son suficientes para distraerme, así que mejor sacármelo de encima cuanto antes.

Un, dos, tres y…

—Hola, Uxía.

El muy cabrito está igual de bueno, aunque se ve más cansado. Lleva el chándal de ir a correr, aunque hasta ahora corríamos por las mañanas, y su denso cabello castaño oscuro se despeina un poco más cuando le pasa una mano sin quitarme el ojo de encima.

Puede que lleve todo el día pensando en esto, en venir aquí a que me dé la cara, desde que mi padre me metió la idea en la cabeza, pero ahora que lo tengo delante no sé cómo actuar. Pienso en dar media vuelta y largarme sin más, pero eso no me va a traer respuestas. Claro que darle un tortazo también me dejaría bastante satisfecha.

—¿Quieres pasar? —pregunta con tono quedo moviéndose hacia un lado.

Me dan ganas de contestar algo mordaz y ofensivo, de hacer una referencia obvia a su secreto y a que es mejor asegurarnos que nadie más se entere, pero hundo las manos hasta el fondo de los bolsillos y lo esquivo al pasar decidiendo que lo más inteligente es preguntar lo que de verdad quiero saber y no enzarzarme en un rosario de pullas.

De una pasada compruebo que la habitación del hostal sigue exactamente igual que la única vez que estuve aquí. Sigue la humedad en la esquina junto a la ventana, el desconchón y la mochila bajo la cama. Espero a que cierre y me enfrento a él a dos pasos de la puerta. Quiero que sea algo rápido y muy aséptico. Entrar, preguntar y huir.

—¿Me lo ibas a explicar?

—Para eso fui ayer a tu casa.

—No —interrumpo cruzándome de brazos—. Si no hubiese pasado lo de Ramiro, ¿me lo hubieses contado?

Su rostro permanece impávido demasiado tiempo y eso ya es una respuesta.

—Vale. Genial. Si mi padre te invita a comer el sábado en su casa dile que no.

Extiendo el brazo agarrando el manubrio sin llegar a abrir ya que él se sitúa entre la puerta y yo. Sus ojos se mueven con rapidez por mi rostro y por un momento me parece que retuerce la puntera del tenis contra el suelo.

—No podía, Uxía. Ni a ti ni a nadie. Sé que no te gusta esta respuesta, pero es la verdad.

—¿Y qué otras cosas son verdad? Vas a tener que darme algo más.

20. TORRE

Me retiro hasta una de las camas gemelas y le hago una seña para que se siente a mi lado, pero se limita a sacudir la cabeza pegando la espalda contra la puerta. Está cabreada, me basta con ver el brillo de sus ojos color miel para darme cuenta, pero al menos está dispuesta a escucharme.

«No sé por dónde empezar». Roto el hombro un par de veces sintiendo la molestia crónica buscando una respuesta y decido ser lo más sincero posible sin revelar pistas o detalles confidenciales de la investigación.

—Intentamos dar una respuesta a todos los casos, que ninguno quede abierto, aunque no siempre podemos. El tiempo pasa y debemos actuar antes de que se venza el plazo y, como tú misma has dicho varias veces, a este asunto no le quedaba tanto para prescribir.

—Entonces viniste por lo de Amaro y no por nuestra finca. —Asiento y se le escapa una sombra de alivio y enfado a la vez.

—No es un caso que quisiera, no me gustan los expedientes llenos de polvo porque no suele haber de dónde tirar: los años pasan, la gente olvida, las pruebas que no se obtuvieron en el momento se pierden… —Doy dos palmadas sobre el colchón—. ¿Seguro que no te quieres sentar?

—Segurísima.

Encogiéndome de hombros me estiro hacia atrás hasta poder pegar la espalda a la pared para poder descansar un rato. Los últimos días han estado cargados de trabajo, llamadas telefónicas, expedientes y reuniones. Lo único que me ha faltado ha sido tiempo para dormir. Y Uxía, claro. Puede que tenga la mandíbula apretada y los ojos casi en llamas, pero sigue siendo la mujer más atractiva que he conocido incluso así de enfadada.

—La investigación del asesinato de Amaro se quedó estancada tan pronto como empezó: no ha habido ningún avance en doce o trece años, así que han intentado darle un impulso metiendo a un agente encubierto en la zona para ver qué se podía conseguir. No siempre funciona, pero mi departamento ha ayudado a cerrar varios casos complicados y mis superiores decidieron que había que intentarlo.

—¿Y por qué tú?

—Porque la primera elección se dislocó el brazo. Así que alguien decidió que yo era la siguiente mejor opción por la edad y porque no suelo tener problemas para encajar.

—Vaya… pues qué suerte tienes.

Aprieto la boca para contener una carcajada. Lo primero que pensé cuando me asignaron el caso y recibí una foto de Joana con el brazo en cabestrillo fue un «maldita mi suerte», pero hace un tiempo que ya no estoy tan seguro. Quizás sí que he tenido suerte.

—Para que veas cuánta, hasta me he perdido las vacaciones con mis primos.

La boca se le curva ligeramente hacia arriba, casi en una sonrisa, y me da la impresión de que se ha ablandado un poco. Se despega de la puerta y avanza hasta situarse a los pies de mi cama.

—¿Y todo esto ha servido para algo? Aunque no puedas explicar nada en concreto, ¿ya sabes lo que le ocurrió a Amaro?

Niego. Ni necesito repasar mentalmente lo que tengo hasta el momento, que no es

demasiado, para contestar.

—Poca cosa. La gente es cerrada y poco dispuesta a colaborar.

—Podías probar a preguntar lo que quieras saber directamente en vez de espiar.

—Fue lo que hicieron hace quince años y tampoco funcionó. —Mueve la cabeza con tanto ímpetu que el moño se tambalea a un lado de la coronilla, así que levanto la mano en son de paz para calmarla consiguiendo un bufido a cambio—. No te enfades, no es algo contra Aselas. Sucede en muchas investigaciones.

—Los que vinieron no lo hicieron bien. Se llevaban a cualquier chaval que conociera a Amaro y probase las drogas. A cualquiera. La mayoría prefirió hacer oídos sordos a decir algo con lo que perjudicar a otro chico.

Mantengo el tipo sin moverme del sitio escuchando esos mismos argumentos otra vez. No es a la única a la que le he escuchado algo similar, aunque sí la más vehemente, y es una pena porque sé probablemente las primeras maniobras llevadas a cabo hace quince años enturbiaran una situación muy complicada y que ese sea el motivo por el que el asesinato de Amaro sigue sin resolver.

Se pasa las manos por el rostro para apartar algunos cabellos con demasiado ímpetu y aunque me apetece extender la mano para acercarla a mí y calmarla, dudo que en este momento un gesto así sea bienvenido. Quiero asegurarle que esta vez va a ser diferente, pero se me adelanta.

—¿Y lo de Ramiro? ¿Está relacionado? ¿Cómo murió? No puede ser casualidad que haya aparecido tan cerca del pozo. Seguro que esta vez no lo pudieron meter dentro porque ahora está cerrado con cadenas y un candado.

—No puedo contarte nada de una investigación abierta y que está bajo secreto de sumario.

Abre la boca levantando las manos por encima de su cabeza y me preparo para aguantar un chorreo que no llega, aunque sus mejillas están un poco más rojas.

—Vale. Lo entiendo. ¿Has hecho esto más veces?

Asiento frunciendo los labios esperando que no pregunte por anteriores operaciones en las que he participado. Sus ojos repasan furiosos el espacio que hay a nuestro alrededor sin detenerse en ningún sitio en concreto y mucho menos en mí durante casi un minuto hasta que finalmente me señala con la barbilla y moviendo el índice de la mano derecha en círculos en torno a la habitación suelta una pregunta con desgana.

—¿Y esto es lo normal?

—Sí.

—¿Entonces te has liado conmigo por si te ayudaba en *tu trabajo*?

Me quedo estupefacto y no reacciono hasta que me da la espalda para marcharse. Me apresuro a interceptarla para explicarme antes de que salga y lo dé por zanjado apoyando la mano con fuerza sobre la madera para evitar que la abra. Algo me dice que si sale por la puerta en este momento la voy a perder para siempre y no estoy listo para eso por el modo en que me duele de solo pensarlo.

—Pensaba que te referías a lo cutre que es la habitación, porque, suelen ser así o incluso peores. No a lo nuestro. Mi superior me mataría si lo supiese.

La cantinela de Machado sobre qué no meter en la olla se repite una vez más en mi cabeza, pero ya es demasiado tarde. Uxía se gira furiosa en cuanto pronuncio esas palabras apuntándome con un dedo que tiembla de pura rabia.

—¿*Lo nuestro*?

—Es la primera vez que hago algo así durante una investigación.

Abre y cierra la mano mecánicamente hasta que se da cuenta de que lo está haciendo y la esconde en ese plumífero enorme que lleva a todas partes. Intento aplicar lo que tantas veces nos han inculcado en el trabajo de dar el tiempo suficiente como para que la otra persona sea la primera que hable, pero en esta ocasión es a mí a quien más le pesa el silencio.

—¿Qué estás pensando, Uxía?

—Que he sido una idiota fornicando contigo —replica llevando la mano al picaporte.

—Tú y yo no hemos *fornicado*.

—¿¡Que no!? Seguro que eso no lo detallas en tu informe, pero estoy bastante segura de que *sí*.

Tengo que hacer uso de todas mis fuerzas para evitar sonreír. Fornicar es una palabra muy pequeña para todo lo que hemos hecho y los dos lo sabemos. Clavo mis ojos oscuros en los suyos grandes y almendrados y no me muevo hasta que ella se relame. Está enfadada, pero también hay algo más y que ha estado presente desde la primera vez que le di la mano en casa de su padre. Esa chispa. Ese *algo*. Meto las manos en los bolsillos de la sudadera para evitar tocarla y me inclino hasta que nuestros rostros quedan tan cerca que no pueda ver nada más que a mí.

—Me importas, Uxía. —La beso con dulzura en la comisura de los labios—. Me gustas demasiado.

Me despego de su lado con cuidado. Uxía sigue con los ojos cerrados sin moverse durante un instante que se me hace eterno hasta que la veo reaccionar.

—¿Cuándo te vas? ¿La semana que viene?

—No lo sé. Están pensando en dejarme unas semanas más por si les sirvo por lo de Ramiro.

Suelta el pomo de la puerta y se pasa la mano por el pelo provocando que varios mechones caigan salvajes a ambos lados y después juguetea con la cremallera.

—Sigo cabreada, pero entiendo lo que ha pasado. Necesito unos días para asumirlo y que se me pase el enfado.

Paso una mano por su hombro atrayéndola hasta fundirla en mi pecho y ella se acurruca contra mí con la cabeza muy cerca de mi corazón. Sus dedos se hunden en mi cintura y yo aprovecho para posar mi barbilla sobre su cabeza, bajar los párpados y respirar hondo.

—A mí también me gustas demasiado —susurra apretándome contra sí—. Pero no me ocultes nada más.

—Prometido —respondo sin moverme disfrutando del abrazo besando su coronilla.

21. TORRE

Echo mano al teléfono que suena con insistencia en el interior de mis vaqueros mientras el compañero uniformado de la garita pasa el aviso de que estoy allí y descuelgo para atender otra llamada de Machado, que se ha vuelto mucho más pesado de lo habitual. El de la garita me hace un gesto que interpreto como que espere en ese espacio hasta que alguien venga por mí y aprovecho a recorrer el patio interior preparado para dar las mismas respuestas otra vez: no ha habido cambios, no se ha desvelado mi identidad y no me importa quedarme más tiempo del asignado si es preciso.

«No me importa. Menudo eufemismo. Si no fuera porque hay otro muerto, estaría encantado». Descarto el pensamiento en cuanto su voz resuena al otro con tono de fastidio. Desde que Uxía y yo encontramos a Ramiro hasta hoy he estado como en un limbo en donde continúo con la misión asignada, pero a la vez colaboro con los compañeros que llevan el nuevo caso. Algunos quieren que me quede aprovechando mi posición ventajosa, mientras que otros como Machado está deseando dar finalizada la operación para embarcarme en otra en la que están a punto de montar un operativo. Algo al sur de Madrid, por la zona de Getafe y que imagino que dejará caer en esta llamada para intentar tentarme, pero me equivoco.

—¿Dónde estás puedes hablar?

—Acabo de llegar al cuartel de Tui…

—Seré rápido. Como no nos dejan adelantar tu marcha ni posponer la nueva operación hasta que salgas de ahí, tengo que asignar a otro ya. Pero, como preferiría que fueses tú, lo retrasaré hasta finales de la semana que viene.

Machado siempre es así. Desde que terminó la recogida apenas he pasado un par de veces por las propiedades de los Fandiño, ya que entre la lluvia y el segundo cadáver se han visto obligados a parar las actividades por unos días y yo he pasado la mayor parte del tiempo solo o con otros agentes y alejado de civiles. Ahora quiere que le esté agradecido y que le asegure que saldré de aquí lo antes posible, pero no puedo hacerlo. No hasta que termine el trabajo y eso significa, como mínimo, agotar el tiempo que nos asignó el juzgado para esta investigación. Mi superior, al igual que yo, los compañeros del cuartel de Tomiño o cualquier persona de Aselas, sospecha que la muerte de Ramiro Pazos tiene que estar relacionada con la de Amaro Pontes. Eso como mínimo.

Y no es solo que sus muertes sean los únicos asesinatos registrados en la zona en los últimos cincuenta años, lo que ya es llamativo de por sí, sino que el segundo cadáver ha aparecido a menos de cincuenta metros del pozo en el que se encontró al otro hace quince años. Y los dos, a causa de disparos de un arma de fuego, a falta de los resultados de balística para comprobar si se trata de la misma. Me froto la palma de la mano libre contra la pernera pensándolo.

Si los análisis indicasen que los dos han muerto por disparos de la misma escopeta del calibre 20… Eso sería *perfecto* a varios niveles, excluyendo a la nueva víctima por razones obvias. Escucho los pasos que se aproximan con rapidez y echo un vistazo sobre mi hombro antes de girarme. Un hombre de cerca de cincuenta años vestido con un jersey de punto verde oscuro y unos pantalones de pana se detiene a unos metros saludándome con un veloz

movimiento de los dedos.

—Lo entiendo, pero sabes tan bien como yo que no me van a dejar irme antes. Tengo que dejarte, que me espera un compañero. Te llamaré si hay algún cambio.

No le dejo ni despedirse y cuelgo aproximándome con la mano extendida al hombre que me examina con unos ojos pequeños, agudos y brillantes que me analizan sin disimulo.

—Sergio Torre, gracias por recibirme Álvarez. Hablamos hace dos días.

—No soy tan viejo como para no acordarme. Y llámame Román —responde apretando la mano con intensidad—. Aunque no sé si te serviré de mucho.

Con la misma se vuelve hacia mi izquierda y me apresuro a seguirlo al interior del edificio. Después de varios cruces de llamadas al fin he preferido reunirme en persona con uno de los dos agentes del equipo de investigación de drogas del cuartel de Tui. Por lo que me han indicado, Román Álvarez lleva el tiempo suficiente en este cuartel para estar al tanto de todo lo sucedido en la comarca, aunque llegase un par de años después del asesinato de Amaro.

Tras recorrer un pasillo no muy ancho, me indica que me siente al otro lado de un escritorio atestado de papeles en un despacho demasiado pequeño para todo lo que contiene. Se lleva la mano al pelo entrecano para colocarse las gafas y apoya el mentón en las manos haciéndome un gesto impaciente para que no le haga perder el tiempo y le pregunte a lo que he venido. Si me había parecido un hombre enérgico por el teléfono la impresión no disminuye en persona y su escasa estatura no le resta un ápice de fuerza a esa expresión dura y aguda. Tiene que ser todo un hueso cuando entra en acción.

Desbloqueo la pantalla del móvil y entro en la aplicación de notas en donde he recogido varias de las preguntas que he anotado solo por si acaso y veo que la arruga entre sus cejas se hace más profunda.

—Como te dije por teléfono, lo poco que tenemos sobre Ramiro ya se lo he pasado el miércoles a los de la UCO.

—Imagino que te han informado de quién soy y qué hago aquí.

—Claro. —Asiente tamborileando el pulgar contra la madera—. Investigando la muerte de Amaro te encontraste con una nueva y estás buscando un cable del que tirar. Pero no creo que te pueda ayudar.

Lo que creo es que está deseando que me largue y lo deje de molestar para poder hacerse cargo de todo el trabajo que tiene pendiente, pero no lo puedo culpar. Solo dos personas para un trabajo para el que necesitarían mínimo un par de manos más, por lo que me han contado, acaba generando un volumen de expedientes complicado de manejar y esta reunión no programada lo está retrasando todavía más.

—Intentaré ser breve —indico repasando mis notas queriendo tomar el control de la reunión—. Me han informado que Ramiro Pazos tenía problemas económicos y que consumía drogas y alcohol de manera recurrente…

—Sí, pero nada de interés para nosotros —interrumpe serio—. Consumía, pero no movía y esa era su única relación con los traficantes de la zona: comprar. Las veces que lo detuvimos llevaba encima un par de papelinas, nada más.

—¿Entonces no crees que esté relacionado con drogas, que lo hayan podido matar por consumir y no pagar?

—Por poder…. —Encoge los hombros con desinterés— Todo puede ser, claro. Pero si los matan no cobran. Hasta donde sé, lo que Ramiro consumía tampoco era tanto como para acumular mucha deuda. Normalmente, a los que no pagan no les venden mucho más. Y si alguno se pone tonto le pueden caer un par de palos. Llevarte al monte a un hombre y meterle un tiro por

la espalda por un par de gramos sin cobrar… a mí me parecen demasiadas molestias. Y ninguno de los míos ha escuchado nada.

Según otros agentes, Álvarez cuenta con una red de informantes que con frecuencia le dan buenos soplos sobre lo que ha pasado o lo que está por pasar en la zona. Y todos aseguran que es un gran profesional entregado y que está al tanto de todo lo que sucede entre los principales traficantes y consumidores, aunque no siempre cuente con las armas suficientes para frenarlos.

Su respuesta no me sorprende, pero necesito confirmarlo.

—Sé que cuando sucedió lo de Amaro Pontes no estabas aquí destinado...

—Llegué dos años después —aclara al instante ignorando el sonido de su móvil—, aunque sé lo suficiente porque participé en algunas detenciones que se hicieron a raíz de ese caso.

Lo sé. Y en realidad eso es lo que me ha traído hasta aquí.

—En el expediente consta que Ramiro y Amaro, de edades similares, frecuentaban la misma pandilla, mismas actividades, amigos en común… Algunas personas me han comentado que Ramiro en esa época ya consumía, al igual que otros de los chicos, aunque no se abrieron diligencias contra él en su momento, y como una de las ramas de la investigación inicial del caso fue el consumo y tráfico de drogas…

Román se incorpora en el asiento y vuelve a clavar los codos en el escritorio fijando su perspicaz mirada sobre mí, pero no abre la boca pese a que estoy convencido de que sabe cuál es la pregunta que he dejado flotando en el aire.

Desde el momento en que se descubrió que algunos de los investigados estaban relacionados con el consumo y el menudeo, los principales esfuerzos de aquella primera investigación se centraron ahí hasta el punto en que se llevaron a cabo numerosas redadas y detenciones relacionadas con la materia. Tres de los chicos fueron condenados por tráfico de droga. Nada grave: dos llegaron a una conformidad y ni pisaron la cárcel. Pero esas primeras detenciones desembocaron en otras investigaciones que sirvieron para detener y procesar a varios traficantes de mayor calado que operaban entre el sur de la provincia de Pontevedra y el norte de Portugal y acabo siendo muy importante.

Hubiese estado muy bien si no fuese porque los esfuerzos en las otras ramas de la investigación fueron inferiores porque el que la dirigía en aquel momento estaba tan convencido de que era ahí donde había que poner todas las energías y así lo hicieron, dejando prácticamente aparcadas otras las líneas de investigación.

Y es de lo que se quejan en la actualidad todos los vecinos.

Tras unos segundos de silencio, Álvarez me espolea a terminar la frase con un gesto imperante de su mano y me aclaro la voz antes de hacerlo.

—Lo que quiero saber es si el nombre de Amaro Pontes ha salido alguna vez, de algún modo, en declaraciones de detenidos o con tus informantes.

Se recoloca las gafas en el puente de la nariz haciendo un gesto ambiguo con la boca.

—Deberías preguntárselo al que ocupaba mi puesto cuando pasó aquello.

—Mi equipo lo ha intentado en varias ocasiones sin obtener una respuesta clara.

—Entonces no hay mucho más que decir —repone dando de hombros—. Y ese tipo de información debería constar en el expediente.

«¿En serio?» Me trago un bufido para mí mismo. El caso de Amaro es algo rocoso tanto entre los civiles como con los compañeros de la zona. Si los vecinos de Aselas no quieren que se inculpe a sus hijos o conocidos por el crimen, los agentes no quieren que se les responsabilice

por un caso antiguo sin cerrar.

—No vengo a culpar a nadie por la investigación, Román. Solo a cerrar un caso y a atrapar al que lo mató, si es que es posible después de quince años recién cumplidos. Nada más. Intento entender por qué un asesinato de un joven derivó hacia el tráfico de drogas y por qué una gran parte de los agentes o de los vecinos creen que lo mató alguien relacionado con el narcotráfico.

Álvarez se pasa la mano por el pelo canoso un par de veces con la mirada perdida en la ventana estrecha tras de mí y el silencio vuelve a invadir el pequeño despacho. Casi puedo ver cómo giran sus engranajes mientras se debate en si comparte algo conmigo o no.

Y, en su caso, qué.

—Un hombre de aquí de Tui, consumidor habitual de diversas sustancias, lo identificó en una manifestación un tanto ambigua. Aseguró que había visto a Amaro junto con otros dos chicos a primeros de octubre comprando una gran cantidad de cocaína en una calle por la zona de debajo de la catedral. No identificó ni a los otros compradores ni al vendedor. Dijo que solo reconocía a Amaro por las fotos de las farolas. Y menos de una semana después se retractó. Antes de que apareciese el cuerpo.

Recuerdo la nota marginal en el expediente que de manera mucho más escueta concuerda con sus palabras. «Posible identificación de la víctima como comprador de gran cantidad de cocaína en un punto caliente para su potencial distribución». Nada más. Aunque eso justifica un poco más la línea de investigación del primer equipo. O por qué se relacionó la muerte con «un asunto de drogas» más allá de las tres condenas por distribución de tres chavales de su entorno. Frunzo el ceño mientras que Álvarez continúa explicándose, un poco perdido en sí mismo.

—Sé que varios chavales de la zona vieron la oportunidad de hacer dinero fácil con el trapicheo. Nada fuera de lo común: comprar lo suficiente como para que te salga lo tuyo gratis con lo que vendes. No han sido los primeros a los que se les ha ocurrido esa idea. Al final, la instrucción del procedimiento reveló que existía un elevado consumo de sustancias entre los jóvenes de Asela y más en concreto en la franja de edad de Amaro y su pandilla. Algo que no era tan extraño en esa época. Afortunadamente, tras las detenciones, los procesamientos y la condena en suspensión de dos de ellos y el ingreso en prisión de un tercero, el consumo cayó en picado en esa parroquia y en esa franja de edad.

Asiento más para mí que para él, ya que yo también he sido un joven perdido en una vida que ahora me parece tan lejana como si no fuese la mía. Un Sergio adolescente y problemático metido en peleas callejeras, alcohol y discusiones de bar para escapar de las constantes que había en casa hasta que me vi en la encrucijada en la que tuve que elegir. Un punto de inflexión que puede cambiar una vida entera.

Por lo que reflejan los archivos y lo que me han contado los vecinos, este hecho traumático también fue un momento de cambio para esos jóvenes.

—Una persona me ha asegurado que Amaro «no andaba en eso» —intervengo recordando las palabras de Mariño—, que no movía y que apenas consumía.

—No puedo contarte mucho más. Los chicos no tenían mucho dinero en aquel momento. Es lógico pensar que los tres o cuatro que trabajaban tuvieran más capacidad económica que los que solo estudiaban y dependían de sus padres. Lo único que sé es que nadie lo ha relacionado con el menudeo, con grandes compras y mucho menos con dejar un calote tan grande a algún traficante que justificase lo que pasó. Y para mí —deja caer las gafas sobre uno de los expedientes y me atraviesa con la mirada—, repito, *para mí*, su muerte no es por un ajuste por drogas, aunque yo no formé parte de la investigación y no tengo todos los datos.

Le sostengo la mirada ofreciendo mi mano en el aire sobre la suya a modo de despedida y Álvarez se levanta y me la estrecha. No tengo intenciones de hacerle perder más tiempo porque no tengo más preguntas ni le voy a sacar nada más. No hay hilo del que tirar. Salgo de su despacho pidiéndole que se quede allí y no se moleste en indicarme el camino y me dirijo a la salida. La visita no ha sido fructífera, pero me ha dado mucho en lo que pensar. Y si, como en más de una ocasión he sospechado, el caso de Amaro no es un ajuste de cuentas o algo turbio relacionado con las drogas, tiene que estarlo con otra cosa que hasta ahora se ha pasado por alto.

Una investigación es como un ovillo de lana enredado. Si al tirar no hay hilo, es que te has equivocado de cabo. Toca dar marcha atrás. Toca revisar otra vez las declaraciones. Toca encontrar la punta del ovillo que nos hemos dejado atrás.

Mierda.

Eso es casi como volver a empezar. Y, salvo que la juez cambie de idea, no me quedan más que unos días aquí.

22. UXÍA

Quizá no sea la persona más coherente del mundo, aunque tampoco pasa nada por no serlo. O no todo el tiempo.

—La Tierra llamando a Uxía —el codo de mi hermana se hunde lo bastante en mi cintura como para acaparar mi atención—, ¿te ha dado un telele o qué?

—*Telele*. ¿Cuántos años tienes? —repite con sorna Xián ganándose una peineta de Iria— ¿Cien?

Escondo la sonrisilla que me viene a la cara. Desde que nuestro hermano pequeño ha descubierto lo que le molesta a Iria estar tan cerca del cambio de prefijo no para de molestarla con la edad y ella cae al trapo cada vez.

—Entonces ¿qué?

—¿Qué? Tía, está claro que vuelves a estar en Babia —levanta la mano para que Brais la tenga en cuenta para postres y cafés y baja ligeramente el tono al proseguir—. Te preguntaba si esta noche quedamos o tienes *planes*, aunque con ese careto… En fin, que le diré a Sara que me apunto ir con ellos de *sujetavelas*…

—¿Sara sigue con ese imbécil? Pero si te dije que lo vi liándose con una en Currás después de dejarte a ti en su casa… —exclamo más alto de la cuenta, acaparando la atención de media mesa—, ¿no se lo has contado?

Mi primo gruñe dando un golpe en la mesa a la vez que Iria niega poniendo los ojos en blanco.

—No empieces.

—Es que no es la primera vez.

—Como si van veinte, es cosa suya —chista entre dientes mientras que mis hermanos se levantan para ayudar a mi padre—. No todo el mundo tiene las cosas tan claras como tú.

«¿Claras?». Está *claro* que mi hermana no sabe nada de mi vida sentimental en la última semana, porque dudo que haya mucha claridad en la mente de una persona que, tras pedir un tiempo para pensar después de enfrentamiento en el hostal, no tarda ni una hora en enviar un mensaje para que le lleve algo de cenar. Y no solo por eso.

Sigo un poco enfadada con Torre, no lo puedo evitar, porque descubrir la verdad sobre él de ese modo, tan de sopetón, fue un verdadero jarro de agua fría que he tenido que masticar y tragar. Y aunque comprendo sus motivos no puedo evitar que me siga escamando un poco. Pero prefiero seguir molesta con él en mi piso que pasear mi dignidad por todas las aceras del pueblo y perder un solo día más de estar juntos cuando es casi seguro que se irá en breve.

Así que Torre lleva los dos últimos días prácticamente instalado en mi piso, usando mi furgoneta mientras que yo sigo con la de mi padre y retomando nuestras antiguas rutinas de sexo, café y running mañanero mientras ignoramos de una manera completamente deliberada el asunto que lo ha traído hasta Aselas, porque sabe que para mí es una cuestión complicada. Y aunque odio ver el macuto donde guarda los expedientes del caso escondido en el fondo izquierdo del armario, prefiero que ese maldito trasto esté ahí en vez de en el hostal y saber que al acabar la jornada va a estar conmigo. En mi piso. En mi cama.

En mí.

Se me escapa un sonoro suspiro y me froto los párpados con las palmas de las manos. El timbre de la casa suena de fondo y uno de mis hermanos se adelanta para que no baje mi padre.

—Yo tampoco tengo las cosas claras, pero cuando me enteré de que Luís me engañaba le di puerta. No fue tan difícil. Y ella debería hacer lo mismo.

—Quizá Sara no es tan decidida como tú y le cuesta… —Iria se interrumpe con el ruido del puño de Kevin cayendo seco sobre la mesa.

—Deberías dejar ya el temita, Uxía —brama con los ojos entrecerrados y ambas manos sujetándose a la mesa de madera de la cocina—. Si esa chica quiere seguir con su novio es cosa suya. Y además Iria tiene razón. Es mucho más fácil dejar a un novio que no te importa.

«¿*Qué*?». Me revuelvo en la silla con ganas de contestarle con una bordería por el estilo, porque no entiendo a qué viene esa frase cuando, precisamente, Kevin fue una de las personas que me confirmó que mi ex me engañaba.

—No me mires así, que en el fondo sabes que es la verdad. Estabas con Luís por estar. ¿Cuánto tiempo salisteis juntos?

—Cuatro años. Casi.

—Eso es muchísimo tiempo para estar con una persona sin plantearse nada, si es que vas en serio.

—Habló el experto en relaciones. ¿Cuántas relaciones *en serio* has tenido en los últimos diez años, listo?

—No necesito tenerlas para saberlo. Tengo ojos en la cara. Vi las caras que pusiste las veces que Luís proponía mudarse a tu piso porque no querías vivir con él. Ni siquiera tenías nada en su piso: un libro y dos camisetas. Si hasta hay más cosas mías en tu casa...

Abro la boca para contestarle del mismo modo, pero no me sale ni una palabra. Boqueo un par de veces al volverlo a intentar al darme cuenta de que está en lo cierto. Apenas pasaba tiempo en el piso de Luís ni él en el mío, y me sentía muy cómoda con eso, con algo a lo que yo denominaba «mi independencia» de manera orgullosa, pero que igual era otra cosa porque conozco a Torre desde hace menos de un mes y hay pertenencias suyas en todas las habitaciones y me gusta saber que están ahí. Incluso el macuto maldito.

Puede que Kevin esté en lo cierto con eso de que Luís no me gustaba de verdad. Salir con él era algo cómodo, seguro, fácil… y no la tromba de emociones que me recorre por dentro cuando meto la llave en la cerradura y sé que Torre está dentro o cuando estoy en el salón y lo escucho llegar. Y lo que siento pensando el día en que dejé de estar es algo mucho más doloroso y complicado que el orgullo herido que sentí al enterarme del engaño de Luís.

Unas risotadas cercanas llegan desde la terraza. Levanto la barbilla señalando la puerta y le sostengo la mirada a Kevin sin dar mi brazo a torcer. Puede que tenga razón, pero no estoy preparada para admitirlo en este instante. La puerta lateral de la cocina se abre y tras Brais aparece mi amiga Celia con su novio y una bolsa de regalo y después se cuelan Rollano y Fuentes sin nada en las manos.

—No sabíamos que estabais de celebración —anuncia el antiguo guardia civil sentándose a un lado de mi padre con desparpajo—, pero ya que estamos aquí a un cafecito nos podemos invitar.

El barullo se apodera de la cocina entre bromas y chascarrillos mientras me apresuro a levantarme a por dos pocillos de café y cuatro platos de postre. La pareja joven no quiere café, pero los dos mayores no perdonan el postre. Abro el cajón de los cubiertos echando un vistazo de soslayo a la mesa y apenas dejo la vajilla sobre la mesa me apresuro a sacar el móvil del bolsillo para preguntarle a Torre si quiere que le lleve un trozo de tarta, aunque lo que de verdad quiero

saber es si estará en el piso cuando llegue porque ha mencionado que quería aprovechar a pasarse por el cuartel.

—¡Deja ese cacharro que tienes que soplar las velas! —me amonesta mi padre llamándome con un gesto de la mano a la vez que Xian saca una tarta de limón de la nevera.

Fuentes se levanta para cederme el sitio y me apresuro a sentarme a un lado de mi padre y rodeada por mi familia mientras colocan la tarta en el centro de la mesa frente a mí y encendiendo las dos velas con las bromitas típicas de la edad o que no me olvide de pedir un deseo.

El móvil del novio de Celia suena haciendo que ella ponga los ojos en blanco. En parte porque en las últimas semanas el trabajo lo absorbe demasiado y en parte porque ahora hay que designar a otro para que nos saque una fotografía familiar mientras soplo las velas y las dos opciones que nos quedan son tan *torpetecnológicos*, que hay grandes probabilidades de que la foto de este año vuelva a salir movida. Entre las dos malas opciones, elijo a Fuentes porque al menos tiene un teléfono moderno no como el de Rollano, que es de tapa y con botones, porque se niega a entrar en el siglo XXI aduciendo que no quiere que lo metan en grupos de Whatsapp.

El antiguo alcalde se toquetea los bolsillos del pantalón sin resultado, para palmear un instante después sobre el corazón y mete la mano bajo el jersey para sacar su teléfono hasta que Xian entre risas le señala que lo tiene delante y Fuentes aprieta los labios soltando lo que sea que tenga en la mano y se apresura a tomar un iPhone 7 blanco con la pantalla destrozada. Ahogo un gemido por dentro convencida de que la foto va a ser un desastre, cierro los ojos y me apresuro a pedir un deseo antes de soplar con fuerza mientras el resto desafinan al cantar.

«Que se quede. Al menos, hasta que acabe noviembre».

23. TORRE

Estiro los brazos hacia el techo provocando que mi espalda cruja y que queje y con razón, porque ya llevo demasiadas horas seguidas sin levantarme de la silla. Tampoco me puedo quejar porque los compañeros del cuartel de Tomiño se están portando genial conmigo. No formo parte oficialmente de la investigación de homicidio de Ramiro Pazos, pero de facto es como si lo hiciera. No solo porque ahora mismo esté ocupando la oficina del fondo, sino porque me permiten acceder al contenido de la investigación que se está desarrollando sin poner ni un pero.

Sé que eso se debe a que varios de los agentes, incluyendo al cabo Iglesias, están convencidos de que el crimen de Ramiro Pazos está relacionado con el de Amaro Pontes y que creen que será más sencillo cerrar el caso colaborando ya que me sé al detalle todo lo que figura en el informe del primer asesinato. Es más, la mayoría no solo cree que está relacionado, sino que está convencida de que los ha matado la misma persona. Y si me viese obligado a elegir una sola yo también me inclino por esa misma teoría.

Pero no hay ni una prueba que lo apoye.

Me aprieto los párpados unos segundos intentando aliviar la molestia de los ojos y regreso la atención a las hojas que he extendido sobre el escritorio y que cotejo con lo que aparece en el ordenador. Otra vez. Un nuevo repaso al expediente de Ramiro Pazos, que ya he releído las veces suficientes, por si hay algún detalle que se me ha pasado por alto. O por si no he leído con la suficiente atención las últimas declaraciones de su esposa.

Un hombre de uniforme se asoma al vano de la puerta y al verme tras la mesa se disculpa y sale. Es el mismo que estaba presente el día de la declaración de Uxía, el agente Martínez, que no ha dudado en hacerme saber que algunos de sus compañeros del cuartel no solo creen que las dos muertes están unidas, sino que la segunda se ha producido en parte por mí, porque he removido el avispero al moverme entre los vecinos haciendo preguntas.

Martínez me ha soltado muy a las claras que está convencido de que o he hecho la pregunta correcta o me he movido muy cerca del culpable mostrándose inapropiadamente contento porque piensa más en la posibilidad de cerrar dos casos a la vez que en lo que ha sucedido. A mí también me gustaría creer que se trata de un movimiento en falso que puede delatar al autor de los dos crímenes, pero no me gusta pensar que yo pueda ser la causa.

Sacudo la cabeza y regreso a la misma página: la autopsia de Ramiro Pazos Veiga. Treinta y cuatro años, natural de Tomiño, residente en Areas, Tui, junto con su esposa Laura González, abatido por un disparo con un arma de fuego del calibre veinte por la espalda y a corta distancia.

Algo positivo es que el calibre de ambos crímenes coincide, aunque todavía no sabemos si se trata de la misma arma. Lo negativo es que se trata de un tipo de calibre muy habitual en la zona y que un gran número de cazadores emplea para abatir zorros, liebres o perdices, aunque se podría emplear para otros de mayor tamaño. Que sea común no es bueno porque nos hace más difícil la tarea de descubrir al autor de los disparos. Aún así, hemos vuelto a solicitar información actualizada al registro para poder cotejar las licencias de hace quince años y las actuales por si sirve de algo, aunque no confío demasiado. Existen muchas maneras de conseguir armas y no todas pasan por un registro legal. Nada garantiza que el autor de las muertes haya tenido licencia

alguna vez.

—¿Cómo vas? —pregunta Martínez de nuevo contra el marco de la puerta echando un vistazo al reloj de pulsera—. Te lo tienes que saber de memoria ya de tanto leerlo.

—Soy… meticuloso. Y solo tengo acceso al expediente cuando vengo al cuartel…

—Eso significa que todavía tienes para rato —replica torciendo la boca.

—Todavía no han dictado nada sobre la prórroga de la investigación y no me gustaría marcharme de Tomiño pensando que podía haber dado más. Que no me he esforzado lo suficiente.

Asiente con la frente arrugada y las manos hundidas en los bolsillos. Aunque no le toca hacer guardia en la garita de entrada parece que está obligado a permanecer en el cuartel mientras yo lo haga en vez de irse a descansar a la casa cuartel que está en el mismo recinto. Si las circunstancias fuesen otras, me iría y hasta me disculparía por la tardanza, pero solo me quedan unos días más en Aselas y pienso esforzarme por cumplir mi cometido, aunque siga con la sensación de estar dando vueltas en el mismo punto.

—¿Qué te parece sí…? —Mi móvil suena. Una llamada de Uxía a la que me apresuro a quitar el sonido para que continúe la pregunta y poder seguir trabajando—. Atiéndela, que a esta hora será importante. Ya vengo.

Descuelgo apenas Martínez me da la espalda y la voz de Uxía suena entre molesta y crispada.

—¿Vas a venir a cenar?

Separo la pantalla de la cara por si se me ha escapado algo y compruebo que todavía no son las nueve de la noche. No sé qué pasa hoy que todo el mundo tiene prisa.

—Sí, claro, en un rato. Normalmente cenamos más tarde.

—¡Dile que traiga helado o algo que no sea sano!

—¿La has escuchado? Al parecer la del segundo se ha ido de la lengua y ha debido soltar en la plaza que ya no vivo sola, y mi *hermanita* se ha plantado en la puerta del piso y se ha autoinvitado a cenar.

—Si llamas pidiendo refuerzos —respondo burlón al imaginar su cara—, llegaré lo antes posible. Llama al Bocadiños, encarga para tres y ya lo recojo yo al llegar.

Del otro lado me llega un sonido de voces amortiguado, aunque puedo captar un par de gritos junto a dos escandalosas carcajadas de Iria y me muerdo el labio intentando contener la risa ya que Martínez ha regresado a la oficina.

—¿Puedo? —pregunta moviendo los labios sin emitir sonido señalando al aparato. Bajo ligeramente el teléfono señalando a las sillas del otro lado y él niega con tensión—. No hace falta. Se me ha ocurrido imprimirte *esto* —musita levantando el brazo tras echar un vistazo rápido hacia la entrada— para que nos podamos marchar los dos. No está todo, claro. Solo las testificales, el informe del forense y el de nuestro experto en balística.

La sangre me bombea con fuerza. Por un lado, quiero estirar la mano y tomar lo que me ofrece. Por otra, tiene permiso para dármelo y nos puede meter en un lío si se descubre. Es demasiado impulsivo, pero yo me estoy quedando sin opciones.

—¿Qué me dices? —Gira los folios tentándome dando dos pasos en mi dirección—. Sé que no te gusta que te vean por aquí, por el cuartel, para evitar que los del pueblo te relacionen por si al final te quedas más tiempo. Y cuando haya algo nuevo te aviso y hacemos lo mismo.

—¿Torre?

La voz de Uxía acelera mi decisión. Extiendo la mano para agarrar el taco de folios, pero Martínez tarda un segundo de más en soltarlo. Le sostengo la mirada con seriedad y afirmo con

un gesto firme de la cabeza, como si estuviese firmando algo con sangre, y él responde soltando su presa con una sonrisa que le llega hasta las cejas. Le indico a Uxía que espere un momento.

—Al jefe ni una palabra, claro —añade sin necesidad mientras me apresuro en guardar toda la documentación en mi mochila para seguirlo fuera del edificio. El de la garita aprieta el botón de apertura de la reja cuando llegamos a su altura y Martínez y él intercambian un par de palabras apresuradas. La expresión del más joven no puede ser más exultante y eso me convence de que, en cuanto yo salga a la calle, él se irá derecho a la casa cuartel. O a algún otro lado, más bien.

—¿Queréis que compre algo? Salgo ahora del cuartel.

—Pues a ver si te puedes traer unas esposas o algo contundente para hacer que se comporte un rato —rezonga—, o nos va a dar la cena, la muy pesada.

Me vuelvo para despedirme de los compañeros con la mano, pero no me ha dado tiempo a girarme y noto a alguien que pasa arrastrando mi hombro con descuido y descubro que se trata de Laura González, la esposa de Ramiro, que cada vez se ve más pálida y ojerosa. Apenas le lleva dos segundos para que la lleven a una de las oficinas desapareciendo de mi campo de visión con Martínez detrás apretando los dientes sabiendo que todavía no ha acabado su jornada allí.

Suspiro y cruzo la carretera hasta la vieja Berlingo del padre de Uxía y termino la llamada desde el interior del habitáculo. No lo envidio. No es la primera vez que Laura va al cuartel. Según mis cuentas lleva cuatro declaraciones además de las veces que se ha pasado solamente para preguntar.

Su primera declaración se produce el mismo día en que le dan el alta en el hospital después tras la crisis nerviosa que padeció al enterarse de lo que le había sucedido a su pareja. Las demás han sido ampliatorias de la inicial, en donde ha aportado cualquier pequeño dato que a su juicio puede ser relevante, aunque hasta el momento no se trata de nada más que menudencias. Se siente culpable por lo que le ha pasado a su esposo porque la última conversación que mantuvo con él después de comer el domingo de su desaparición fue una discusión.

La hermana de ella la había llamado para tomar algo en una cervecería en Tui con su novio y una prima segunda, pero Ramiro no quería ir, insistiendo en desplazarse hasta Vigo para pasar la tarde en uno de los centros comerciales. Cuando la conversación subió de tono y Ramiro le aseguró que iría con o sin ella, Laura se fue llevándose el coche a pesar de que su hermana se había ofrecido a recogerla. Quería fastidiarlo. Una hora después él le envió un par de mensajes que ella no contestó porque seguía enfadada. Laura llegó a su casa poco antes de la hora de la cena, pero Ramiro no estaba. Le llamó en dos ocasiones sin que le contestase y se enfadó un poco más pensando que se la estaba devolviendo.

Y ahora esas emociones le remuerden por dentro.

Hemos comprobado los mensajes que le envió el día de su desaparición, pero no contienen nada reseñable para la investigación: un mensaje enfadado por haberlo dejado sin coche, otro en un tono similar indicándole que va a salir de casa y otro en el que le pide que eche gasolina para no tener que hacerlo él por la mañana de camino al trabajo. No envió más mensajes ni realizó más llamadas esa tarde desde ese número. A cambio, aparecen un par de mensajes de compañeros de trabajo reclamándole que les devuelva un dinero prestado y que, según las entrevistas con esas personas, se trata de cantidades pequeñas que no superan los quinientos euros entre todas ellas.

Arranco la furgoneta, bajo la ventanilla y enciendo la radio esperando a que la luna delantera se desempañe y recuerdo que está pendiente de aprobación la solicitud de triangulación

de la posición del terminal de Ramiro a la hora en que se produjo la llamada de su mujer para determinar en dónde se encontraba. Me froto la cara con ambas manos intentando despejarme con el aire fresco que entra desde la calle.

Espero que pronto aparezca ese hilo del que tirar.

24.UXÍA

Ruedo sobre el colchón desperezándome y la sábana me devuelve un olor masculino a cuero y madera que me enciende de nuevo por dentro. Como si nunca tuviese suficiente. Como si no acabásemos de hacerlo. Me cubro el rostro con la almohada un poco avergonzada conmigo misma por esta actitud tan tonta y que no puedo evitar. Torre me hace sentir así una y otra vez.

«Desde la primera vez».

Lo escucho cerrar el grifo de la ducha y lamento haberme perdido el baño conjunto por enredar tanto en la cama, pero todos mis músculos suplican una tregua. Igual que mi cerebro, que hace días que pide que eche el freno sin conseguir que le haga el más mínimo caso. De manera racional, sé que me voy a llevar el mayor castañazo sentimental de mi vida cuando se le acabe el dichoso plazo y regrese a su vida normal, pero he decidido que ya me preocuparé por eso cuando llegue el momento.

En tres días, si nada cambia.

El efecto embriagador de su olor mezclado con el mío en mi cama cae al mínimo en cuanto lo pienso. En que Torre se va a largar, yo me voy a quedar aquí con cara de idiota y ninguno de los dos hemos dicho nada al respecto. En su caso, no sé por qué. En el mío es porque me da pánico su respuesta.

Su teléfono suena desde debajo de la cama y me apresuro a bajarme para buscarlo. Se me escapa una nueva sonrisa tonta al recordar cómo ha llegado hasta ahí después de la cena con Iria. En la pantalla aparece «cuartel Tomiño» y me incorporo para aproximárselo a la vez que escucho la puerta del baño abrirse.

Al encontrarnos en el pasillo le tiendo el aparato, y la mirada lasciva que me devuelve me activa por dentro dándome ganas de lanzar el teléfono contra la pared, tirar de la toalla que le envuelve sus estrechas caderas hasta que esté tan desnudo como yo para poder tenerlo dentro otra vez. Su mano juguetea con uno de mis mechones recolocándolo tras mi oreja y después agarra con fuerza el terminal y mi mano a la vez llevándola hasta el centro de su toalla para que note que está tan excitado como yo.

—Me vas a volver loco, Uxía —pronuncia entre dientes al rozarlo y me derrito un poco más.

«Tú sí que me estás volviendo loca y te vas a ir igual».

Descuelga entrando en la habitación y yo me meto en el baño para darme una ducha que espero que calme todos mis ánimos, pero vuelvo a salir al darme cuenta de que no hay toallas. Escucho una voz que no identifico y en cuanto abro la puerta Torre agarra el terminal que ha dejado sobre el colchón para quitar la función de manos libres y lo coloca entre la quijada y el hombro.

Siento una leve punzada de molestia que trato de ignorar. «Es su trabajo y ya está». Intento recordármelo para que el mosqueo no se adueñe de mí. Mi hermana Iria tampoco puede largar del suyo, aunque se salta la obligación de secreto que tiene como abogada cada vez que le da la gana. Al menos, en casa. Me detengo frente al armario y me recrimino por desear que Torre se parezca un poco más a mi hermana en eso y me haga partícipe de algún detalle de su trabajo ya que es todo lo contrario. Es una tontería que no me lleva a nada, pero que me cuesta sacar de

la cabeza.

Rebusco por un juego de toallas limpias ya que desde que Torre se ha mudado a mi piso todo está un poco más desordenado que de costumbre intentando centrarme en lo que tengo que hacer e ignorar lo demás, pero escucho fragmentos de su conversación en tono bajo.

—¿Y su mujer dice que hay otro teléfono que no encuentra? Ya… —Agarro la primera toalla que pillo y que no parece de playa y de paso abro el cajón de la ropa interior donde unos calzoncillos ajustados se arremolinan sobre mis bragas y tomo unas al azar—. ¿…importante y no se separaba de él?

Me reprendo por estar retrasándome más de lo necesario y salgo pitando hacia el baño. En cuanto el agua templada comienza a correr suena el timbre de la entrada y pongo los ojos en blanco a la vez que cierro el agua. A mitad de camino recuerdo que estoy desnuda y corro hasta la primera puerta del armario para vestirme con una camiseta que me alcanza hasta la mitad de los muslos. Me sentiría peor por abrir a alguien con esas pintas si no fuesen las ocho y cuarto de la mañana y estuviese un poco menos segura de que quien timbra es la pesada de Iria con la que he quedado en veinte minutos en casa de nuestro padre. Me detengo un instante ante la puerta del salón para recoger su maletín y suenan dos pitazos más.

—¡Que ya voy, leñe! —replico echando la mano al picaporte—. Haberte acordado ayer en vez de tantas prisas.

Abro la puerta echando el maletín de piel clara hasta empotrarlo en el abdomen de Luís, que es el que espera al otro lado con el dedo sobre el timbre y una cara de mala baba que no puede con ella. Enarco las cejas apretando el asa del maletín con más fuerza intentando ver tras su espalda.

—¿Y mi hermana?

—¡Y yo qué sé! Estará trabajando o liándose con alguno —responde cabreado acercándose a la entrada y me estiro hasta bloquearla un poco más aliviada sabiendo que Iria no tiene nada que ver con que mi ex novio esté llamando a mi puerta a esas horas. No entiendo qué pinta aquí si no se ha pasado por mi piso desde meses antes de que lo dejásemos—. ¿Es verdad que estás viviendo con el tío ese?

Sí. ¿A ti qué te importa?

—¿Qué quieres a estas horas, Luís?

—Ya te lo he dicho. Saber si es verdad que vives con ese pavo con el que te morreaste en el magosto. —No contesto, pero arrugo la cara y él decide que eso significa sí—. ¿En serio? Lo conoces desde hace menos de un mes, Uxía.

—Y como hace un año que lo dejamos no es problema tuyo.

Da golpecitos contra las baldosas con el talón del pie de manera repetitiva, como cada vez que le molesta algo que hago y quiere irritarme de vuelta. Le sostengo la mirada poniendo mi mejor cara de asco y apoyo el brazo izquierdo contra el marco de la puerta porque tiene cara de querer entrar.

—¿No me dejas pasar porque está aquí? Vamos Uxi, ese tío te está mintiendo, no es lo que parece y cuando la realidad te explote en la cara por no querer escuchar vas a flipar.

—Pues entonces ya tenéis algo en común. Tú tampoco parecías un cabrón infiel y mentiroso hasta que esa realidad me explotó en la cara —suelto a la vez que empujo la madera deseando darle con ella en la cara—. Hala, a trabajar y déjame en paz.

—Joder, Uxía —brama parando la puerta con ambos antebrazos. Se está sonrojando y las narinas se le hinchan de una manera exagerada con cada respiración—. Que es un puto poli, que te está usando, tú estás haciendo el ridículo y lo sabe medio pueblo. Entérate de una vez.

Deberías dejarte de orgullos y tonterías y volver conmigo.

Eso último lo dice agarrándome la piel desnuda del codo y siento un estremecimiento tan violento que me dan arcadas.

—Si me está usando, al menos lo hace bien y no como tú que ni sabías dónde tenías que tocar. Y suéltame —añado tirando del codo— porque como vuelvas a rozarme te juro que convierto tus manos en zorza.

Doy un paso hacia adentro sin esperar por su reacción cerrando la puerta con violencia. «Ojalá le haya reventado las narices». Sacudo el maletín de mi hermana como si fuese el culpable de esa conversación con la espalda apoyada en la pared fría. Torre se asoma al pasillo ya vestido y con aspecto preocupado.

—¿Ha pasado algo? ¿Quién era? ¿Te han molestado?

Inhalo hondo hasta llenar los pulmones a punto de soltarle todo cuando veo que sostiene el móvil en la mano derecha, todavía enfrascado con la llamada. *La llamada secreta*. La que ha quitado del manos libres en cuanto he entrado en *mi* habitación. El escaso autocontrol que me resta lo empleo en lanzar la cartera de cuero contra el sofá de camino al cuarto de baño para darme la ducha más relajante posible mientras niego con la cabeza al pasar por su lado.

—No era nadie.

Y eso es *casi* verdad. Luís no significa nada, si es que alguna vez lo hizo. El problema es que sus palabras pican porque incluso yo pensé lo mismo hace no tanto tiempo: que Torre está conmigo por *algo*. Por algún motivo que no puedo precisar y que esté más relacionado con su investigación que por lo que siente cuando está conmigo. Que me haya ilusionado como una idiota por alguien que me vea como parte de su trabajo.

Aprieto intensamente los párpados con las yemas de los dedos aguantando la quemazón del agua ardiente sobre mi piel mientras el agua salada de mis ojos se mezcla con la dulce hasta desaparecer. No sé cuánto tiempo pasa, quizá solo unos segundos interminables hasta que me limpio el rostro y procuro disfrutar de una larga ducha dejando la mente en blanco.

Salgo enroscada en la toalla y Torre me atrapa antes de que entre en la habitación dándome un beso de esos que hacen que me fallen las rodillas y cuando se separa una amplia sonrisa ocupa medio rostro. Sin poder contenerme paso la punta de los dedos por la mejilla rasposa hasta una diminuta cicatriz.

—¿Buenas noticias?

Encoje los hombros moviendo la cabeza a ambos lados.

—Puede. Todavía no lo sé—susurra agarrándome por la mandíbula y rozándome los labios hasta entrar en mi boca de nuevo provocando que me olvide de todo excepto de lo que me hace sentir —, pero quizás sea algo.

25. TORRE

Por las miradas que me han dirigido algunos de ellos, se ve que a varios de los compañeros no les hace mucha gracia que ande suelto por el medio, pero no puede darme más igual. Al fin algo nuevo. Es verdad que no es de mi caso, de *mi* investigación, pero en mi fuero interno estoy convencido de que las dos muertes están interconectadas y cualquier pista que pueda ayudar a resolver el asesinato de Ramiro también puede dar algo de luz al mío, al de Amaro.

Por eso me he apresurado en dirigirme al cuartel tras la llamada mañanera de Martínez. Y no he dudado en colarme en la oficina del cabo Iglesia para informarme oficialmente sin desvelar a nuestro chico. Al parecer, la visita de Laura González, ha sido más fructífera de lo esperado. O al menos, de lo que lo fueron las anteriores y por eso Iglesias la ha llamado para que regrese esta mañana. Y yo no me la pienso perder.

Apenas entra no puedo evitar fijarme en su cara. Está igual de amarillenta y deslucida que los días anteriores, pero sus ojos brillan con más intensidad, su cabello parece estar más en el sitio y sus pasos suenan un poco más firmes. En cuanto la veo cruzar la reja me apresuro a situarme en la pared opuesta a la del cabo para quedar de espaldas a la mujer. Quiero aprovechar que me han autorizado a presenciar la declaración, pero no quiero molestarla o intimidarla. En cuanto pone un pie en la estancia me doy cuenta de que no me presta la más mínima atención, con todas sus renovadas fuerzas puestas en el hombre que tiene delante y que la acompaña hasta el asiento.

—¿Lo habéis encontrado? —pregunta ansiosa sin llegar a sentarse—¿Os ha servido?

El cabo saca la mandíbula hacia fuera y sus ojos se desplazan por un instante más allá de la mujer, hasta la puerta. Leo con claridad en su expresión que quien la ha llamado no le ha sabido transmitir el mensaje correcto. Iglesias carraspea ligeramente inclinándose hacia atrás para sentarse moviendo dos dedos para que ella haga lo mismo.

—El agente Martínez me ha comunicado su visita de ayer tarde y quería hablar con usted en persona.

—Pero… ya se lo he contado a Iago. —Le veo enredar uno de sus dedos cortos en la esquina del abrigo de paño retorciéndolo—. Yo pensaba que…

—Es solo para confirmar algunos datos —interrumpe en tono firme pero suave para tranquilizarla y que colabore—. Como sabe, soy el responsable de más rango del cuartel y me quedaría más tranquilo si me lo contase a mí también. Aunque le sea una molestia.

Laura asiente con lentitud al principio para después inclinarse hacia él soltando el abrigo de golpe. Me sorprende lo bien que se le da. Iglesias derrocha experiencia en el cargo pese a su edad, y profesionalidad también. Con un par de frases ha sabido ganarse a la viuda y tapar el error de uno de sus agentes, si no de dos.

—Claro. Si con eso puedo ayudar…. No puedo parar de pensar en esto, en lo que ha pasado, en lo que… —ahoga un gemido cubriéndose la boca con las manos—. Lo siento, no quiero llorar.

—No pasa nada, Laura. Es normal.

Sacude la cabeza agarrándose las rodillas con fuerza encorvándose.

—Ya lo sé, pero cuando empiezo no puedo parar. —Se toma un par de segundos para

calmarse y la escucho soltar el aire antes de continuar—. En fin, que me acordé de que últimamente llevaba siempre dos teléfonos encima: el de siempre y otro. Y como no estaba segura de haberlo contado, vine por si podía ser importante. Por si valía de ayuda.

—Has hecho bien —responde con las manos cruzadas sobre la mesa y toda la atención puesta en ella—. Cuanta más información podamos conseguir, mejor. Ese segundo teléfono, ¿era un número del trabajo? —Ella niega, confirmando lo que ya sabemos por la declaración del dueño de la fábrica para que trabajaba Ramiro—. De acuerdo. ¿Y sabes de qué podía ser? ¿Era un número que usaba para algo en internet o para hablar contigo o con otra persona en concreto…?

Laura abre la boca sin emitir sonido y sacude la cabeza con los hombros encogidos antes de decir en voz baja pero segura.

—No.

—No pasa nada porque no lo sepas. Si conoces el número o a nombre de quién está esa línea seguro que podemos averiguarlo.

—No es eso. Me refiero a que no tiene número. —Iglesias parpadea con confusión un par de veces y vuelve a su estudiada cara de póker—. Es solo un móvil que ni siquiera llevaba encendido.

—¿Lo llevaba porque lo usaba para algo? ¿O quizás para cuando se le acababa la batería?

—No lo creo. Lo llevaba encima desde hacía bastantes días porque decía que valía una pasta. Yo… Bueno, ya no importa. Seguro que sabe que teníamos problemas, ¿verdad? El dinero es una mierda, pero muy necesaria. Y Ramiro siempre estaba buscando maneras de conseguirlo. Era muy ocurrente.

Arrugo el ceño al escuchar la admiración en su voz. Yo no emplearía la palabra «ocurrente» para una persona que había tenido dos procedimientos judiciales por estafas por internet.

—¿Y qué se le ocurrió para conseguir dinero con ese teléfono?

—Eso no lo sé. No me lo dijo. Un día fue a casa de sus padres y volvió con una caja vieja llena de trastos que no servían para nada. Sus padres iban a tirarlas y él estaba convencido de que en la tienda de segunda mano nos podían dar algo por alguna de aquellas cosas. Había un discman, un reproductor de MP3, una pulsera de esas que te mejoraba el equilibrio pero que era un timo, cosas así… Y tres o cuatro teléfonos. Antes de llevarlos a la tienda dijo que los iba a revisar porque si los vendía no quería que un desconocido pudiese tener sus contactos, sus fotos o sus mensajes. Lo siguiente que supe fue que se había cabreado porque en la tienda le habían dado cincuenta euros por todo y que le habían dicho que uno de los teléfonos no lo querían ni regalado.

—Entiendo.

«Mentira». Estoy seguro de que no entiende nada, porque yo tampoco. Me reacomodo sobre la pared y flexiono el cuello para aliviar la tensión de mi hombro. La declaración complementaria está siendo mucho menos interesante de lo esperado. *Mierda*.

—Me estoy yendo por las ramas. Es que estoy un poco… En fin, que vendió todo lo que le quisieron comprar excepto ese teléfono. Me explicó que era importante, que era especial y que valía *mucho* dinero —dice con la voz entrecortada, costándole terminar—. Que nos iba a sacar de todos nuestros problemas porque le iban a dar un pastizal… y ahora ya no está... —Baja la vista y se abraza a sí misma con ambas manos con la voz completamente rota y la sala se queda en completo silencio durante más de un minuto, mientras ella toma fuerzas para reponerse sin presionarla lo más mínimo.

—Y quisiste contárnoslo.

—Sí. Y como Iago me dijo que no lo teníais lo he estado buscando por todas partes, pero no lo he encontrado. En casa no está y en el coche tampoco. Quizás esté en el monte, donde apareció.

Iglesias asiente con amabilidad, pero los dos sabemos que ese teléfono no está allí porque se ha peinado la zona en dos ocasiones incluso con perros y no ha aparecido nada significativo.

«Espera».

De repente algo encaja. En alguna parte de mi mente siento un chispazo, una conexión, una certeza. Muevo la mano para llamar la atención del cabo que pone mala cara al darse cuenta de lo que quiero hacer, pero permitiéndome intervenir igualmente.

—Y ese otro teléfono… era antiguo.

Ella se vuelve con sorpresa al escucharme hablar. Como si no supiese que estoy ahí, en esa misma esquina desde antes de que ella llegase al cuartel. «Y quizá sea así». Me repasa rápidamente y mira de reojo a Iglesias antes de responder.

—Sí, era viejo. Yo ya le avisé que con esos cacharros pasa como con los coches: en cuanto los sacas de la tienda ya valen la mitad. Pero él estaba convencido, erre que erre...

—¿Sabes el modelo del teléfono?

—No sé. Era blanco. Y con pinta de tener la tira de años.

Tengo que humedecerme los labios antes de la siguiente pregunta porque una parte de mí sabe la respuesta.

—¿Era un HTC? —Da de hombros con las palmas hacia arriba y la bilis asciende hasta la mitad de mi garganta—. ¿Un teléfono viejo y blanco que si lo ponías de lado le sacabas un teclado para abajo?

—Sí. De los de hacer así —replica deslizando una mano sobre la otra imitando al aparato.

Los ojos de Iglesias se ven mucho más grandes en ese momento. No sé si servirá de algo o no, pero estoy casi seguro de que se trata del mismo terminal que Ramiro le enseñó a Uxía varios días antes de fallecer asegurándole que gracias a ese móvil ya no necesitarían que contratase a su mujer en la finca. «La leche». Intento que no se note la descarga de energía que acaba de recorrer mi espina dorsal un par de veces.

No soy un novato. Sé que esto puede ser algo importante con lo que solucionar el caso o la nada más absoluta. Como en todas las investigaciones. Pero al menos parece un hilo nuevo del que tirar. «Y una forma de que me autoricen a estar unas semanas más aquí». Otro estremecimiento que me obliga a rotar los brazos para sacarme esta sensación de encima.

Joder.

—¿Crees que es importante, que servirá para algo?

No tengo una respuesta a eso más que «ojalá», pero enseguida me recompongo.

—¿Sabes qué contenía el teléfono o por qué decía que valía tanto?

—Ni idea. —Sacude la cabeza y el pelo apagado revolotea sin ganas a su alrededor. Tuerzo la boca sin darme cuenta y ella nerviosa interviene otra vez—. Igual hizo una copia en el ordenador. Antes de ir a la tienda de segunda mano estuvo buscando un cable como un loco para poder conectarlo al portátil. Como es un móvil viejo tiene una clavija diferente y no le valía con el nuestro.

El cabo Iglesias y yo cruzamos una mirada cargada de significado y dejo que sea él quien tenga la última palabra.

—¿Y podrías traer el ordenador para que podamos echarle un vistazo, Laura?

—Claro, claro. Si eso sirve… —farfulla poniéndose de pie inmediatamente y ya casi

alcanzando la puerta añade—. Lo tengo en la mochila, en el maletero. Vengo ahora.

Apenas comprueba que ha cruzado hasta la zona de aparcamiento, Iglesias me observa con detenimiento con esos ojos agudos y los nudillos de las manos casi blancos de apretarlos.

—¿Cómo sabes lo de ese segundo teléfono? ¿Hay algo más que te hayas guardado?

—Ha sido una corazonada, más bien. Una persona —no pienso mencionar a Uxía salvo que sea absolutamente necesario y, en este momento, no lo es— me lo comentó de pasada durante la investigación. En aquel momento tampoco le di mucha importancia. Hablábamos de los constantes problemas de dinero de Ramiro y de que siempre estaba rumiando maneras de sacar tajada sin esfuerzo y que nunca servían para nada.

—¿Y sabes lo que puede contener? ¿Esa *persona* te ha dicho algo?

Niego con completa seguridad.

—No me lo ha dicho porque no lo sabe. Se chocó con Ramiro como una semana antes de su desaparición y él exhibió el móvil con chulería diciéndole algo así como que ese chisme le iba a solucionar los problemas económicos y se lo volvió a guardar. Nada más.

Después de casi dos horas ante el portátil de la esposa de Ramiro Pazos gran parte de la excitación y el buen humor ha desaparecido. Se trata de un modelo un poco antiguo que tiene que estar todo el tiempo conectado a la corriente porque la batería está consumida y que tiene cientos de carpetas tiradas en el escritorio que contienen fotografías y vídeos de la pareja, de la familia y de la mujer en solitario y que ya ella nos aclaró que son suyas, aunque tampoco es necesario.

Tras una rápida búsqueda en Google nos ha confirmado que el terminal que su esposo llevaba con él a todas partes es un HTC Dream, un modelo del año 2008 y cuyo precio actualmente en portales de segunda mano es inferior a los doscientos euros en ejemplares en perfecto estado y el suyo estaba muy usado. Eso refuerza lo primero que he pensado escuchando antes a Laura. Si Ramiro estaba tan seguro de que aquel teléfono le iba a conseguir mucho dinero, tiene que ser por lo que contiene y no por el aparato en sí.

Y las fechas *coinciden*.

Ese modelo en concreto llegó a España en el año 2009, el mismo en el que mataron a Amaro Pontes. *Tiene* que tratarse del mismo teléfono que Ramiro usaba en esa época y al examinarlo dio con *algo* con la suficiente importancia como para preferir conservarlo a venderlo, porque creyó que le iba a ser más rentable. Y aunque no tiene por qué ser nada relacionado con lo de Amaro, me niego a creer en las casualidades.

Nada más darnos cuenta, Iglesias y yo sentimos un pequeño chute de moral porque ese aparatejo podría ser lo que uniese los dos crímenes y nos permitiese averiguar la verdad.

Pero para eso necesitamos el móvil. O su contenido. Lo que sea. Y después de dos horas viendo fotos con poses ridículas de la esposa de Ramiro sin parar tanto el hombre sentado al otro lado del escritorio como yo hemos perdido parte de la confianza en que eso suceda.

—Quizás no haya nada en ese trasto —musita rascándose la nuca—. Igual la víctima buscó un cable para conectarlo al ordenador y al no encontrarlo lo revisó de la manera estándar, en la mano.

«No». Se me cae un párpado de solo pensarlo, porque si eso es así volvemos a estar en el mismo lugar que los días anteriores y necesito *algo*.

—Puede… —tamborileo los dedos contra la parte metálica del portátil frustrado. Llevo casi cuatro horas en el cuartel y el cansancio y el desánimo empiezan a hacer mella—, pero prefiero creer lo contrario. Que está ahí y que somos nosotros que no sabemos encontrarlo.

—¿Sabes qué? —pregunta más bien para sí mismo viéndome deslizar las miniaturas de

las imágenes en la pequeña pantalla—. Podrías estar en lo cierto porque, aunque Laura nos haya dicho que el portátil era de su esposo lo que hay ahí adentro dice lo contrario. Las fotos, los vídeos, el correo electrónico, los perfiles en las redes sociales, … está más que claro que quien lo usa es ella. Y si no le quiso contar lo que había dentro del teléfono quizá tampoco quiso dejarlo a su alcance.

—¿Estás pensando en una carpeta oculta? —pregunto sin despegar los ojos de lo que estoy haciendo hasta que lo escucho descolgar el fijo a mi izquierda—. ¿Una copia de seguridad de lo que encontrase en el teléfono y que no podemos ver?

Entrecerrando los ojos Iglesias resopla apuntándome con el auricular.

—Está claro que no tengo mucha idea de informática. Más bien pensaba que la víctima podía haberse enviado un email a sí misma con lo que sea que haya encontrado y que no quería perder, como hace mi mujer.

—Es otra opción. O lo ha podido subir a un servidor tipo Drive, Dropbox o similar…

—Y por eso vamos a llamar a los expertos —repone colocando el auricular entre el hombro y la oreja a la vez que marca— para que lo examinen y salir de dudas.

En cuanto lo atienden la conferencia es breve. Tan solo un par de frases informando de la situación y de lo que necesitamos. Mi sonrisa se deshincha un poco al preguntarle cuánto cree que tardarán en decirnos algo.

—Depende de la carga de trabajo que tengan. Esperemos que antes de que acabe el año.

26. UXÍA

—Eran los del supermercado —le digo a Torre posando el móvil en una esquina de la mesa baja y sentándome a su lado en el sofá—, que tienen un problema con la furgoneta. Por si puedo pasarme yo a por la compra de mi padre o dejan el reparto para mañana.

Acomodo los pies sobre el asiento y espero a que diga algo, pero pronto me doy cuenta de que no va a ocurrir porque no me está haciendo ni caso. Lleva un par de días bastante ausente, más pendiente del teléfono que de costumbre, y supongo que será por algo relacionado con la investigación, pero no puedo evitar sentirme un poco chafada. Le agarro el codo hasta que me mira.

—¿Me has escuchado?

—Sí, los del supermercado —responde con cansancio, como si le estuviese tomando la lección y eso me cabrea—. ¿Es importante?

—Pues sí, porque te iba a preguntar si te quieres venir. Recogemos la compra, pasamos un rato con mi padre y aprovechando que hoy no tengo que trabajar por la tarde podemos ir a algún lado. A la pastelería de Portugal que tanto te gusta, por ejemplo.

—Mejor no.

Lo dice con una aspereza que me sienta como un tiro y aprieto las muelas hasta casi hacerlas rechinar.

—Genial, pues quédate el resto del día en el sofá —contesto en un tono parecido poniéndome de pie—. Planazo.

—Perdona, Uxía. Es que estoy pendiente de una llamada…

—Los llaman móviles porque se pueden *mover*. Es algo nuevo y muy moderno: atender las llamadas por la calle y no tener que esperar junto al fijo todo el día hasta que suene. No sé si has oído hablar de ello.

—Anda —dice uniendo nuestras manos y tirando para que vuelva al sitio—, cabezona, vuelve a sentarte. No era eso lo que quería decir. Claro que quiero ir contigo a donde sea, pero no es un buen momento. Tengo que hablar con alguien para pedirle un favor con la investigación y no quiero que nada impida esa llamada: ni la cobertura portuguesa, ni el mal tiempo ni ninguna de esas cosas que pasan a veces por aquí. ¿Lo entiendes?

Suelto el aire entre los dientes porque lo que dice tiene sentido y dejo que me acerque hasta él hasta sentarme en su regazo con su fuerte brazo rodeando mi espalda. Cierro los ojos un instante, meto la cabeza en su cuello y me permito inspirar hondo ese olor tan característico suyo buscando calmarme. Estoy nerviosa. «Mentira».

Estoy cagada.

Lo beso bajo la oreja y vuelvo a preguntarme si saco o no el tema. Según mis cuentas, Torre tendría que irse hoy o como mucho mañana y aunque llevo toda la vida afirmando que no soy una cobarde, no me atrevo a preguntar. Y lo peor es que él tampoco dice nada. Trago saliva con la garganta ya seca y abro la boca sin despegarme de él.

—¿Quieres que lo hablemos? ¿De… cómo va lo de tu trabajo aquí?

—Sabes que no puedo contarte nada, Uxi. Y menos con una investigación en curso.

—Pero podríamos hablar de cómo lo llevas o si te falta mucho… —argullo separándome

lo suficiente para verlo de frente.

—No creo que sea lo más conveniente.

—Torre…

—Uxía… —me imita él sin enterarse de nada.

O quizás sí. Quizá sabe perfectamente lo que le estoy queriendo decir y sencillamente lo evita. *Me* evita. «Para, Uxía. Frena».

—No me refería a que me contases nada concreto de tu investigación —aclaro mientras cojo fuerzas para lo que estoy a punto de añadir—. Hablaba de tu trabajo aquí. De tu estancia en Aselas. Y en mi casa.

«En mi cama» es lo que en realidad quiero decir, pero ver cómo se le cae la mandíbula al suelo del asombro es más que suficiente para que cierre la bocaza y deje de ponerme en evidencia. No sé cuándo ha sucedido, pero noto el aire más denso a mi alrededor y el escaso que entra en los pulmones quema mientras que él se limita a dejar el tiempo pasar con sus vivos ojos oscuros escrutándome con sorpresa.

Idiota. Soy idiota.

Intento que mi cara se vea lo más relajada posible para no delatar cómo me encuentro por dentro en ese momento. Porque me siento completamente ridícula. Cuento mentalmente hasta tres y como sigue sin haber una respuesta me levanto con el mayor saber estar que logro de sus rodillas. Y cuando Torre está a punto de agarrarme por la muñeca, doy un paso atrás para evitar que me toque.

—Uxía… —El móvil lo interrumpe y su vista va de la pantalla a mis ojos un par de veces.

—Atiende. Has dicho que era importante.

—Y lo es. Mucho. Pero tú también —asegura a la vez que descuelga—. Lo hablamos después.

Ni de coña. Me muerdo el carrillo por el interior y me alejo antes de que termine de decir «hola». Cuando comenzamos sabía que tenía fecha de caducidad y, al parecer, la hemos alcanzado. No pasa nada. O sí, pero toca tragar y apechugar. Lo que no voy a hacer es volver a sentarme en el sofá para que me diga que se ha acabado, pero que me recordará siempre o alguna chorrada de esas de las que sueltan en las series de la tele y que no se cree nadie.

Acelero el paso hasta colarme en mi habitación sin mirar atrás. Nuestra habitación. Me doy con el puño en el muslo para reprenderme por ese pensamiento, decidida a actuar en automático. Me tiro sobre el colchón para calzarme las botas más fácilmente y largarme del piso lo antes posible. Si puedo dirigir una explotación agrícola también puedo superar que una aventura apasionada me destroce el corazón. Y es verdad que este año no hemos regresado a las treinta toneladas por hectárea que recolectábamos antes del hongo, pero lo hemos rozado.

Así que para el año lo consigo fijo porque no habrá ni una distracción. He pasado casi un año sin más vida social que mi familia y Celia. Y para el año se va a volver a enamorar de un temporero quien yo diga. Me dejo caer hacia atrás cubriendo los ojos con las palmas de las manos. Todos los noviembres son una mierda. Este no podía ser la excepción.

«Aunque ha estado cerca. Solo unos días».

Me reincorporo al instante. Tengo que dejar de pensar en tonterías peligrosas. Termino de subir la caña de la bota y al volverme veo la fea mancha de grasa que decora un lateral del plumífero y que ni sabía que tenía. Me he debido manchar en el garaje mientras ayudaba a mi hermano y a mi primo con unas máquinas.

Abro la puerta del armario resoplando donde guardo los abrigos. No puedo llevar el

abrigo de paño porque tiene mucha pinta de que va a romper a llover en cualquier momento y se va a empapar. Y al agarrar el plumas viejo que está a su lado en la percha recuerdo que lleva casi un año esperando a que lo tire a la basura o le cambie la cremallera. Muevo unos jerséis entre las baldas buscando una bufanda que me ayude a protegerme del frío y a la vez tape la mancha y me acuerdo del fular tan feo que me regaló mi hermana el año pasado.

Es la oportunidad perfecta de matar dos pájaros de un tiro. Con un poco de suerte se mancha y lo puedo tirar a la basura sin ningún tipo de remordimientos. Sigo rebuscando hasta que recuerdo que está en la parte de abajo, escondido en un rincón poco visible. El rincón. El hueco que ahora usa Torre para dejar los bultos más grandes y el maldito macuto.

La insidiosa frase de Luís resuena por enésima vez en la cabeza desde que me la soltó al ver la dichosa mochila: «que te está usando, tú estás haciendo el ridículo y lo sabe medio pueblo. Entérate de una vez». Y me dan ganas de abrirla, pero no lo hago. Está claro que mi ex me conoce lo suficiente como para saber lo que decir para hacerme daño. Y que lo ha conseguido.

Me obligo a apartar la vista y arrodillándome busco la caja plástica en la que guardo el dichoso pañuelo. Al moverme empujo el macuto con la cadera hasta hacerlo caer. Saco la caja fuera del armario y al levantar el bulto veo debajo una carpetilla de cartón marrón bastante ajada y con un clip en la parte superior derecha.

Inhalo despacio y lo suelto aún más lento para ver si así el cerebro se refresca lo suficiente, pero no sucede. Por encima de mi hombro echo un vistazo a la puerta que da al pasillo que está prácticamente cerrada y de nuevo la regreso a la carpeta. Y lo hago un par de veces mientras la voz de Luís se repite en bucle en mi interior.

«Usando».

«Haciendo el ridículo».

«*Entérate de una vez*».

Saco el fular de la caja, la empujo de nuevo dentro del armario y agarro la carpetilla con las dos manos. «Entérate de una vez». Pues lo voy a hacer. A la mierda. Total, el día ya no puede ir a peor. Y si lo hace, llamaré a mi hermana para que nos tomemos dos copazos y compartamos cama como cuando éramos crías y a Iria le daban miedo las tormentas.

La abro con un movimiento seco para no darme la oportunidad de arrepentirme. A la derecha un taco de folios grapados. A la izquierda, sujeta precariamente con el clip, una cuartilla de papel en la que aparece recogida una lista no muy larga de nombres bajo el título «Sospechosos sin coartadas o pendientes de corroborar» garabateado en tinta azul. Las recorro con el índice reconociendo cada uno de los nombres, a pesar de que algunos estén tachados o con anotaciones a los márgenes. Excepto uno. Hay uno que continua inmaculado.

«Me cago hasta en mi vida».

Me levanto de vez del suelo y tengo que dar vuelta antes de salir de la habitación para agarrar el plumífero manchado que me pongo como puedo recorriendo el pasillo con un ardor subiendo por la garganta. Saco el pelo de dentro de la cazadora y me lo amarro en la coronilla lo más tirante que da y vuelvo a sujetar la cuartilla de papel entre los dedos justo cuando entro al salón reencarnada en una furia. Me la trae al pairo que haya acabado con esa llamada tan importante o que siga al teléfono.

Tardo en darme cuenta de dónde está Torre hasta que ya estoy en medio del salón y lo veo observándome desde detrás de la larga mesa de comedor con las manos sobre la madera.

—¿Va todo bien, Uxía? —lo dice con deliberada lentitud sabiendo que es todo lo contrario.

—¿Por qué sale el nombre de mi primo en esta lista de mierda? ¿Y por qué es el único

que está sin tachar?

—No deberías tocar esos papeles —indica en un tono completamente controlado, aunque noto lo molesto que está porque nos conocemos lo suficiente.

—Pues ya lo he hecho. ¿Me vas a contestar? —pregunto con la voz más aguda de lo que pretendo sin dejar de agitar la cuartilla—. ¿Le estáis intentando endiñar lo de Ramiro a mi primo?

Lo veo realizar una respiración muy profunda y luego da dos pasos en mi dirección señalando hacia el sofá. Yo me limito a apartarme de su camino quedándome de pie. Estoy demasiado nerviosa para sentarme. Demasiado afectada para tenerlo tan cerca. Torre se sienta en el centro del sofá y yo me sitúo justo enfrente, al otro lado de la mesita baja y vuelvo a blandir el papel con la mano izquierda para que responda.

—Eso no tiene nada que ver con Ramiro —suspira pasándose una mano amplia desparramando sus cabellos oscuros por la frente—. Es parte de las anotaciones iniciales por lo de Amaro.

«Por lo de Amaro». Se me escapa una carcajada amarga de entre los labios al darme cuenta de que Luís puede ser un capullo arrogante y aun así tener razón. Ese papel es por lo de Amaro y yo soy una idiota redomada. Lo arrugo y tiro a sus pies la bola resultante.

—Si ese es el motivo por el que te acercaste a mí la has cagado, pero bien, *agente*. Lo primero, no tenías por qué acostarte conmigo para llegar a mi primo porque ya te habías camelado a mi padre y a mi hermano a base de bien. Y a Kevin en parte también.

—No he hecho eso, Uxía. Ya te lo expliqué. Lo que ha habido entre nosotros no tiene nada que ver con mi investigación. Simplemente… sucedió. Y estoy seguro de que cuando se te pase el cabreo te darás cuenta de lo que digo. Nunca te he preguntado por tu primo precisamente para no mezclar las cosas.

—Pues quizás deberías haberlo hecho. Kevin tiene coartada. No sé si tan buena como la que tienen el resto de los que salen en tu hojita, pero la tiene. Además de que jamás podría hacer algo así. Lo conozco desde siempre y he vivido con él desde que tenía dos años y sus padres lo dejaron a cargo de mi abuela para irse a trabajar a Suiza. Más que mi primo es mi mejor amigo y un hermano mayor menos tocapelotas que Brais.

A Torre se le escapa un suspiro a la vez que da dos golpecitos a su lado del sofá invitándome a unirme a él, pero me niego.

—No es algo personal, Uxía. Solo es trabajo. Cuando vine aquí teníamos dos líneas de investigación. Una, la principal que usaron para montarlo, como operación antidroga basándonos en las redadas efectuadas en aquel momento por los compañeros y el elevado consumo en la zona. La otra opción más plausible era que fuese alguien del pueblo por un motivo ajeno a la droga y se elaboró una lista con personas relacionadas con la víctima que carecían de coartada o que la que tenían era endeble y el nombre de tu primo sale entre ellos. Eso no significa que sea culpable.

—¡Porque no lo es! Y de haberlo preguntado directamente lo sabrías. Kevin no pudo ser porque estuvo conmigo —la comisura de su boca sube ligeramente y cierro los puños dentro de los bolsillos hasta clavarme las uñas en las palmas de la mano frustrada—. Es la verdad.

Las imágenes de aquella noche empiezan a reproducirse a toda velocidad en mi cabeza, comenzando por la de Rita, Celia y yo bailando a saltos bajo la carpa con la música de fondo sonando antes de que todo se torciese. No me he dado cuenta, pero he comenzado a pasearme de un lado a otro del salón y me detengo de golpe.

—Ahora ya da igual, pero en su momento no dijimos nada. Las tres, Celia, Rita y yo,

fuimos a las fiestas de Currás y lo estábamos pasando genial hasta que llegó el que le gustaba a Rita, un chico un par de años mayor que jugaba al fútbol en el U. D. Ribera y se lo tenía muy creído. Y que a al poco de llegar me entró solo para tocarle los cojones a mi primo, que ya iba de moderno con barbas y tatuajes, pero que era todavía más neandertal que ahora. Kevin se echó a reír al ver cómo pasé de él, pero la que se cogió un cabreo de primera fue Rita, que por venganza se lio con el que le gustaba a Celia desde hacía más de un año.

—¿Por eso os dirigís esas miradas fulminantes?

—Más o menos.

Por el tono de su pregunta me hago a la idea de que lo está juzgado desde su perspectiva de adulto viéndolo como una chiquillada, pero es que ahí las tres éramos unas adolescentes sin edad para votar. Intento ser concisa porque, aunque quisiera, no podría explicarle la decepción por el comportamiento de Rita o la impotencia al ver los ojos húmedos de mi mejor amiga o mi miedo por lo que vino después.

—Celia empezó a beber a saco fingiendo que le daba igual y en algún momento que me despisté se tomó algo. No sé qué ni de dónde lo sacó, pero en cuanto me di cuenta de que se comportaba raro la saqué de la plaza. Ella era la que menos bebía así que al principio pensé que se le habían subido las copas más rápido de la cuenta. Pero poco después echó a correr por un camino y acabó larga en medio de una finca. No reaccionaba, ¿sabes? Yo no sabía qué hacer. Nos íbamos a meter en un lío de los gordos. Así que hice lo único que se me ocurrió: llamé a mi primo. A Kevin no le hizo ninguna gracia y menos cuando la vio tirada entre la maleza, pero no me dio la charla como hubiese hecho Brais.

La mano de Torre sobre mi hombro me trae a la realidad. No he sido consciente de que se ha levantado mientras hablaba. Me observa serio y el apretón que me da me reconforta lo suficiente como para terminar con mi historia, aunque noto una ligera humedad en los ojos.

—Tú no lo conoces. No como yo. Se perdió toda la fiesta solo porque yo se lo pedí y en cuanto comprobó que no era necesario llamar a la ambulancia la subió al coche para evitar que la vieran en ese estado. Yo estaba cabreada y Celia no paraba de llorar, pero aun así esperó pacientemente con nosotras hasta que a mi amiga se le bajó el pedo lo suficiente como para poder meterla en casa sin que nos pillase la abuela. Kevin la subió a mi habitación y como era tan tarde ya no volvió a la carpa.

Noto que una lágrima caliente baja por mi mejilla cuando él la intenta limpiar con su pulgar, pero me la sacudo de un manotazo. No sé por qué me he emocionado tanto con una historia con la que me suelo enfadar y no quiero que me vea llorar. Ni siquiera una lágrima. Torre me aprieta ligeramente contra su torso besando mi sien antes de que yo me escape de su agarre porque quiero terminar de una vez.

—Lo llamé un poco antes de las doce y no subimos a mi habitación hasta las cuatro de la mañana. Si no me crees o no te valgo como testigo se lo puedes preguntar a Celia, que ahora ya no le importará que se sepa.

—¿Por qué? ¿Por qué no lo habíais contado para que Kevin tuviera una coartada?

—Pues porque el padre de Celia era guardia civil en A Guarda y tenía una mala leche que no veas. Si lo hubiera sabido, si se hubiera enterado de que había desfasado, aunque fuese una sola vez, le hubiera cortado las alas. Kevin se calló por hacerle un favor, porque sabía que para Celia era muy importante que nadie se enterara. Y si no me crees la puedo llamar ahora mismo para que te lo confirme ella.

—No hace falta, Uxía —responde pausadamente tomándome de la mano y acercándome al sofá—. En serio. Preferiría hablar de otra cosa.

Yo no. Estoy demasiado tensa como para que ahora me suelte lo de que ha sido muy bonito, pero que se va igual. Clavo los talones en el suelo con fuerza. No quiero sentar y derrumbarme. Tengo que irme.

—Ahora no puedo —discrepo subiendo la cremallera hasta la barbilla dando dos pasos hacia el pasillo—. Tengo que ir al supermercado a por la compra de mi padre y… más cosas. Mejor lo dejamos para —«nunca»—cuando vuelva… Si estás.

Añado eso último con malicia señalando su teléfono sonando en alguna parte del sofá y antes de que tenga la oportunidad de responder nada me cuelgo el bolso al hombro y salgo disparada para no dejarme cambiar de idea.

Cuando me subo a la Berlingo llevo la cabeza embotada por la discusión y un ciento de pensamientos, pero después de berrear varias canciones a gritos para sacarlo de dentro, al bajarme en el centro de Tomiño estoy más calmada. No como un remanso de paz, pero sí lo suficiente para verlo desde otra perspectiva.

Torre tiene razón con que no debería haber andado en sus papeles. Mi hermana en modo abogada lo llamaría una «violación a su intimidad», pero no me arrepiento lo más mínimo. No pienso en serio que esté conmigo por la investigación, aunque se lo haya soltado en medio del calentón más por la frustración y el mal humor que porque lo sintiese de veras. No se puede fingir la intimidad que ha surgido entre nosotros, las risas cómplices o el modo en que me mira cuando lo tengo dentro y susurra que soy suya antes de darme un beso. Es imposible. Y por eso le creo.

Lo de Kevin en una lista de sospechosos me ha molestado, y mucho, aunque puedo entenderlo. Es volver a la conversación con mi padre tiempo atrás. No es mentir si se lo prohíbe una orden judicial o algo por el estilo. Y en realidad no ha sido eso lo que me ha puesto así. La verdad cae tan pesada sobre mí como la niebla que cubre el pueblo desde el aparcamiento hasta el Froiz. No me he puesto así por eso. O no *solo* por eso. Ya estaba nerviosa mucho antes de abrir el armario y encontrar la carpeta. Estaba atacada antes incluso de llegar a casa.

Lo que me pasa es que me he dado cuenta de que estoy completamente enamorada de una aventura pasajera. Estoy a un día o dos de distancia de que me destroce el corazón cuando se vaya. Y pese a lo dura y fuerte que dice todo el mundo siempre que soy, me siento absolutamente incapaz de verbalizar lo que siento, lo que me está rompiendo por dentro. En parte es porque no quiero exponerme más sabiendo que se va a marchar igual. Y en parte porque él tampoco me lo ha dicho, aunque mi lado soñador quiere creer que también lo siente.

Veo mi reflejo en el cristal de la entrada y tras acomodar el fular para tapar todo lo posible la mancha, entro en el supermercado con más decisión de la que tengo por dentro y le hago una señal a la mujer que está cobrando en la caja que asiente y llama a alguien por megafonía sin dejar de atender a los clientes que esperan.

—Tenemos el pedido preparado en el almacén —me indica otro empleado que me ha reconocido sin dejar identificarme—. Espero que el maletero de tu coche sea grande.

—Es una furgoneta. —Me echo a reír al ver la cara de alivio y lo sigo.

—Genial. —Abre una puerta de acceso solo para empleados añadiendo— Si esperas un momento, lo saco con la carretilla y te ayudo a llevarlo.

Cuando sale con la carretilla de transporte hasta los topes me doy cuenta de que no ha exagerado. Desde que a mi padre le dio el achuchón decidimos comprar con entrega a domicilio para asegurarnos de que no hace ningún esfuerzo de los que el médico le ha prohibido sin avisar para no molestar. En cuanto salimos a la calle intento que me deje agarrar la caja de arriba de todo para que no tenga que cargar con tanto peso, pero suelta una carcajada sin hacerme ni caso

mientras la densa niebla nos moja tanto que parece lluvia fina.

Señalo la furgoneta en cuanto pasamos el bar de la esquina y acelero el paso para llegar antes y abrir las puertas traseras para que tarde lo menos posible.

—¡Uxía! —Al volverme me encuentro con el alcalde Fuentes, el amigo de mi padre, con la cara roja y el ralo cabello mojado—. ¿Vas para Aselas?

—¡Estás empapado! —respondo abriendo la puerta del copiloto e invitándole a sentarse con una inclinación de cabeza—. ¿Quieres que te lleve?

—Si no te supone una molestia, hija… Te lo agradecería mucho. Los del taller me aseguraron que tendrían listo el coche de mi hijo Javier y resulta que ahora me dicen que no y…

—¿El del taller de allá abajo, el que queda llegando a Hospital? —le interrumpe el joven guardando las cajas en la parte trasera y el mayor asiente—. Es un desastre. Por su culpa hoy no hemos podido cumplir con un montón de repartos. Y aún suerte que ha habido gente que ha sido tan amable como para pasarse a buscarlos, pero es un irresponsable.

Me acomodo en el asiento del conductor y espero hasta que escucho los dos golpes en la puerta trasera y le dirijo una sonrisa al antiguo mandamás del pueblo.

—Como la furgo es vieja no tiene climatizador, pero voy a poner el aire caliente para ver si te secas un poco.

Fuentes extiende los brazos poniéndolos ante la salida del aire para templarlos a la vez que yo arranco y de soslayo me doy cuenta de que tiene aspecto de cansado. Es lógico si ha venido andando desde el taller porque no queda cerca de donde nos hemos encontrado con esa cuesta y tanta humedad. Le pregunto si quiere que me detenga en la panadería de la rotonda para traerle un café o algo que le haga entrar en calor, pero lo rechaza y el resto del trayecto lo hacemos prácticamente en silencio con el ruido de la radio de fondo.

En cuanto veo el desvío para Aselas pongo el intermitente a la izquierda y le pregunto:

—¿Quieres que te deje en el cruce? Yo voy a casa de mi padre, pero no me cuesta nada parar aquí.

La mayoría de los hombres de su edad pasan más tiempo en el centro cívico que en casa y como es viernes seguro que está a punto de empezar un partido de fútbol o de algún deporte de los que ponen en bucle.

—Sigue, sigue —contesta señalando el desvío. Me muerdo el labio inferior ocultando una sonrisa. Como si necesitase indicaciones para llegar a la casa en la que me he criado—. Para en la casa de Eduardo y ya voy yo andando a la mía.

La casa de mi padre y la suya quedan relativamente cerca, pero no tanto como para que vaya a detener el auto en una carretera sin aceras y poco iluminada en la que no va a poder cobijarse en ningún sitio como caiga un pequeño chaparrón.

—Mejor paro en tu casa. El coche va solo y no se cansa —contesto con un guiño.

No dice nada, pero alivia la tensión de los hombros y me devuelve una sonrisa frotando sus manos anchas y huesudas contra la parte superior del pantalón de tergal castaño que permanece seco.

—Es por la artritis, niña —indica mientras sigue frotando—, que me duelen las manos. Tu padre tiene suerte con que aún no le haya dado.

Claro. «El alcalde» está como un león sin más achaques que esas pequeñas molestias en las manos y otras propias de la edad, mientras que a mi padre han tenido que operarlo de urgencias del corazón y casi se queda por el camino en el último achuchón gordo que le dio hace no tanto y eso que siempre se ha cuidado.

Al menos más que Fuentes.

Subo la potencia del aire caliente circulando por la estrecha carretera y me doy cuenta que apenas nos hemos cruzado con un par de coches desde que llegamos a la parroquia y ningún peatón. El aire remueve las ramas de los árboles cercanos con más fuerza cada vez y la niebla es tan densa que tengo que poner el limpiaparabrisas un par de veces antes de detenerme frente a la vivienda de mi copiloto. La nuestra es la típica casa de campo de la zona, la de Fuentes es un chalet que en su momento fue moderno rodeado con un muro bajo de granito rosa Porriño y una piscina en el lugar en el que mi padre tiene la huerta donde cultiva lechugas, fresas y judías.

Me despido de él intercambiando las típicas bromas sobre el tiempo mezcladas con saludos y un recordatorio para la partida del día siguiente para mi padre. Abre la verja despidiéndose de nuevo con la mano y yo le devuelvo el gesto con la izquierda y meto primera con más ganas de tirarme en un sofá que de vaciar el maletero sola hasta recuerdo que no soy hija única. Seguro que queda algún Fandiño por Aselas dispuesto a ayudar.

Meto la mano en el bolsillo del plumífero buscando el teléfono, pero no está. Estiro el brazo hasta la parte trasera y palpo el bolso por todos lados sin encontrarlo. *Perfecto*. Tiro de la bandolera para traerla a la parte delantera pero el asa se engancha con el freno de mano y parte del contenido cae en el lado derecho. Está claro que hoy no es mi día.

Rebusco tanteando con la palma recuperando parte del contenido: unos tickets arrugados, el carnet de la piscina, un bolígrafo BIC prácticamente gastado… Se me escapa un resoplido pensando en cómo evitar que mi padre se ponga pesado con ayudar a descargar la compra solo por haberme olvidado el móvil. Estoy a punto de soltar un resoplido todavía mayor por si lo he perdido y tengo que comprar otro cuando lo veo bajo el asiento del conductor y suspiro de puro alivio. Solo tengo que llamar a Xian, que a estas horas ya debería haber llegado de Santiago y decirle que me abra el portal para meter la furgo en el garaje, descargarlo todo y refugiarme en mi sitio de siempre en la cocina evitando regresar al piso. A nuestro piso. Tuerzo la boca nada más pensarlo, porque en cuanto se vaya «nuestro» piso se va a quedar muy vacío.

Enfoco la atención en el teléfono al darme cuenta de que la pantalla no se ha desbloqueado la poner el dedo. No es el mío. Es una antigualla que debe funcionar de puro milagro cuando tendría que llevar años jubilada o en la basura. Se le debe haber caído al alcalde durante el trayecto y ahora voy a tener que mojarme para devolvérselo.

Como hago en mi casa, paso la mano por la parte de atrás del portalón para descorrer el pestillo y recorro el camino de cemento de entrada pobremente iluminado por unas lámparas solares clavadas a ambos lados en el césped poniéndome la capucha para abrigarme de la lluvia y el viento. Timbro y tras casi un minuto de esperar sin que suceda nada exhalo un fuerte suspiro y demuestro toda mi paciencia metiendo tres timbrazos seguidos. Sé que está ahí dentro porque acaba de bajarse de mi coche hace menos de cinco minutos. Y no pienso llevarme el trasto este para que llame a mi padre por el fijo pidiendo que se lo lleve en un rato. Vuelvo a aporrear el timbre y estoy a punto de meter un grito para que sepa que soy yo cuando la puerta se entreabre.

—¿Uxía? —farfulla sorprendido. Normal. He debido picar al timbre diez veces en dos minutos—. ¿Necesitas algo?

—¡Papá! —brama furiosa una voz desde el interior—. ¿Vienes?

—Perdona, no quería molestar. ¿Es tu hijo Javier?

—Sí, hija. Tenía que atender a un cliente por la zona y ha parado en casa. No sabía que estaba, sino no te hubiese molestado para que me trajeras.

Puedo escuchar el taconeo de sus zapatos de vestir sobre la madera acercándose hasta que finalmente se asoma por el hueco de la pueta con expresión hosca que apenas se suaviza al reconocerme.

—Ah, Uxía. ¿Qué quieres? ¿Tampoco te va el coche? Es que estamos ocupados.

Por una vez su tono de voz tiene más de cansado que de desagradable. Tiene el cabello completamente desmadejado, lejos de su habitual aspecto pulcro y cuidado de abogado de televisión, con las mangas de la americana gris remangadas, la camisa con el botón superior suelto y liberada del yugo de la corbata, unas finas líneas oscuras bajo los párpados inferiores que no le ayudan a tener mejor cara y las hendiduras de las gafas en torno al puente de la nariz.

Mi hermana siempre dice que ser abogado a veces resulta agotador y viendo el físico del primogénito de los Fuentes en esta tarde de viernes, nadie lo negaría. Aunque Iria también dice que Javier es un cretino y holgazán que solo ha llegado a donde está por los contactos de su padre.

—¿El coche? Ah, lo del taller... —pronuncio recordando el motivo por el que lo he traído —. ¡Qué va! Mi vieja Berlingo es como nuestros padres: anticuada pero casi indestructible, ¿verdad alcalde?

No soy muy buena con los chistes, pero no han reído ni por educación. Meto la mano en el bolsillo izquierdo con una sonrisa tensa en la cara reprendiéndome por el tiempo que estoy perdiendo cuando está claro que quieren librarse de mí. Sobre todo, porque Javier hijo ya se ha separado de la puerta. Y yo tampoco quiero estar más aquí.

—Venía por tu teléfono —digo deslizando los dedos en torno al móvil. El alcalde tensa los hombros al escucharme llevándose la mano al pecho y su hijo ha vuelto a reaparecer en el hueco de la entrada.

—¿Mi teléfono? —farfulla abriendo la chaqueta de punto y palpando la camisa.

Estoy a punto de asentir o de poner los ojos en blanco cuando los dedos del hombre chocan contra algo rectangular que vibra emitiendo dos pitidos. *Un* móvil. ¿*Su* móvil? Fuentes lo agarra para sacarlo y a mitad de camino lo esconde otra vez. El aire se vuelve denso, pesado y yo soy incapaz de despegar la vista de su mano.

Ese es su móvil. El mismo con el que nos sacó las fotos familiares el día que celebramos mi cumpleaños y él y Rollano se colaron para tomar el café. Parpadeo asombrada sin moverme porque no entiendo qué sucede. El teléfono de Fuentes es mucho más moderno que el que me pesa como un infierno en mi bolsillo. Y es uno que he visto antes porque me ha resultado conocido al atraparlo en el asiento contiguo de la furgoneta, así que tiene que ser de alguien conocido. Hace días que nadie monta en mi coche. Al menos, una semana. Y hoy lo he traído a él…

La respuesta me golpea en el estómago con tanta intensidad que se me revuelven las tripas. Abro la boca para inspirar hondo, pero el aire no entra por la impresión. Un hormigueo extraño me recorre la espina dorsal advirtiéndome de algo que no me gusta y que me quema con tan solo pensarlo.

«Es un móvil como el de Ramiro. Como el que me mostró aquella tarde cuando salía de hacer la compra en el Dia. Estoy casi segura».

—¿Uxía? —me pregunta el amigo de mi padre con alarma.

Parpadeo una vez. Dos. Tres veces. Todo se emborrona mientras uno las piezas a menos velocidad de la necesaria. Como si no pudiese hacer dos cosas al mismo tiempo. Como si ni siquiera pudiese pensar con claridad. Me recompongo como puedo y suelto la presa que sostengo entre los dedos hasta el fondo del bolsillo dispuesta a salir pitando. Ahí pasa algo raro. Algo más que raro. El amigo de mi padre no debería llevar escondido entre sus cosas el teléfono de un muerto sin llevárselo antes a la policía por si pudiese ser de interés. «Muerto, no. Asesinado». La mano del alcalde acercándose a mí hombro me hace espabilar.

—Eh… Tu móvil no. El mío. Es que no lo encuentro en el bolso y me he preguntado si no te lo habrías llevado por error —improviso de cualquier manera. No soy muy buena mintiendo ni cuando me esfuerzo, pero espero haber sonado lo suficientemente convincente.

—No lo creo, hija, aunque si esperas dos minutos puedo ver en el abrigo.

Muevo la cabeza en un gesto que puede significar cualquier cosa mientras que en mi cabeza se repite en bucle una sola pregunta. ¿Para qué quiere el alcalde este teléfono cuando tiene uno mejor y funcionando en el bolsillo? Si tengo razón, si es el de Ramiro, es un trasto del año de la castaña completamente desfasado y que no vale para ninguna aplicación. Y entonces… ¿para qué lo tiene? ¿O para qué lo ha llevado consigo al centro? No tiene sentido que lo lleve con él a todas partes, aunque quizá me estoy dejando llevar y es solamente una coincidencia. O algo que se acaba de encontrar.

«Otro teléfono que no encuentra… importante… y no se separaba de él…» Algo así le he escuchado a Torre hace no tanto tiempo. A principios de esta misma semana, quizás. Algo de un viejo móvil que alguien llevaba consigo a todas partes. El día que me mosqueé porque desactivó el manos libres en cuanto entré en el cuarto porque recibió una llamada relacionada con su trabajo. Así que el teléfono del que hablaban tiene que estar relacionado con alguno de los dos asesinatos cometidos en Aselas. Un teléfono móvil que una mujer no encuentra o algo así… Oh.

Oh.

No puede ser lo que me estoy imaginando me repito con el corazón latiendo a un ritmo exagerado. Tengo que largarme de aquí. Y de dejar de imaginarme cosas. Pero, sobre todo, tengo que comprobar que este teléfono sea el que yo creo y largarme a toda pastilla para llevárselo a Torre o a la guardia civil. Una tos y un carraspeo me obligan a darme cuenta de que estoy divagando en el porche de entrada de los Fuentes y que los dos me observan muy fijamente.

—Perdona. Es que he caído en algo. Pensaba que lo había traído conmigo. El teléfono. Pero no. Me acabo de acordar que lo posé en una estantería en el garaje al arreglar la podadora para la desbrozadora. Mejor me marcho y os dejo, que estáis muy ocupados.

Dando media vuelta comienzo a caminar en algo muy parecido a una despedida a la francesa. Sé que llueve porque veo las gotas, pero ni las siento. Tampoco la humedad ni el frío a pesar de que los eucaliptos al otro lado de la carretera se mecen con violencia. En este preciso momento todo me da igual. Los escucho murmurar tras de mí, pero estoy muy ocupada concentrándome en llegar lo antes posible a la furgoneta. Meto la mano en el bolsillo para tener preparadas las llaves del coche y al encontrar antes el teléfono, no puedo evitar sacarlo con cuidado y echarle un vistazo de reojo. Joder. *Joder*.

——¡Mierda, papá! —Escucho de fondo seguido de un golpe e intento poner atención. Me da la impresión de que las voces se alejan y al echar un vistazo a mi espalda compruebo que el ruido ha sido la puerta cerrándose de golpe porque ya no están a mi espalda.

Al fondo el ruido de la puerta metálica del garaje me pone en alerta. Intento correr, pero los pies me resbalan con el agua que se ha ido acumulando. Estoy a punto de caerme y me obligo a avanzar con pasos más seguros. El muro está ahí mismo. En cambio, el sonido del motor de un coche me llega desde mucho más cerca de lo que me gustaría y mi respiración se torna errática.

Con el pánico apoderándose de mí me esfuerzo por introducir el móvil en el bolsillo contrario al de antes. Es el que nunca uso con las llaves porque tiene un agujero que hace que se cuelen hasta el forro, pero ahora empujo con los dedos húmedos para que desgarre un poco más la tela y se quede atrapado al fondo del plumífero. Agarro la verja con manos temblorosas y me cuesta tanto abrirla que me planteo saltar el muro hasta que finalmente se abre y salgo a la carretera

Con la mano temblando y sin soltar la llave me repito que solo tengo que subirme al coche y ya estoy a salvo. Sin embargo, el rugido del motor me sorprende tanto que vuelvo la cabeza solo para dejarme deslumbrar con los focos del todoterreno y ya no soy capaz de pensar en nada más. Escucho un golpe, un chasquido y un grito que creo que es mío antes de golpear el asfalto con violencia.

—Claro que había que hacerlo —Las frases me llegan lejanas, a retazos, deshaciéndose entre una bruma de dolor y sueño—. Se lo iba a contar al agente encubierto ese con el que está saliendo.

27. TORRE

—¿Seguro que te han dicho que se ponían ya con esto?

La mirada que le dirijo es suficiente para que cierre el pico sin más ruido. Otro compañero suyo reprime una risa guiñándome un ojo con discreción. El agente Martínez me ha preguntado lo mismo al menos cinco veces en las últimas dos horas y me tiene un poquito harto porque su único motivo para estar impaciente es que quiere dar la jornada por terminada y se lo estoy fastidiando.

Una de las cosas que menos me gusta de mi trabajo es la burocracia. Es lenta, aburrida y hasta deprimente, pero existe por un motivo y por eso la respeto y me adecúo a sus normas en vez de buscar atajos. Al menos, normalmente. Durante el día de hoy he tirado de todos los contactos que he podido, he pedido favores y me he colgado del teléfono llamada tras llamada para conseguir un resultado saltándome las normas, las filas y el modo en que «se deben hacer las cosas». Mi superior se ha enterado haciéndome saber lo que le parece y un par de contactos ya se han cobrado un par de favores a cambio. Me da igual.

He conseguido tres días más de margen para regresar a mi base y quiero pasar al menos uno de ellos enterito en la cama con Uxía como despedida. Como mínimo. Y me niego a volver sin haber resuelto una de las muertes. A poder ser, las dos. O al menos, sin haber arrojado algo de luz a uno de los dos casos. Y si para eso tengo que convertirme en un pesado que no para de molestar a todo compañero que se le ocurra para que uno de delitos informáticos de León al que le ha caído el mochuelo le haga un hueco antes de tiempo al portátil de la mujer de Ramiro, que así sea.

—Solo era una pregunta —refunfuña por lo bajinis saliendo del despacho del fondo que tengo nuevamente para mí solo.

Para lo que estoy haciendo aquí, podría haberme quedado en el piso ya que no es otra cosa que esperar. Podría estar estirado sobre el sofá con la cabeza en el reposabrazos y el mando en la pierna a punto de quedarme dormido hasta que suene el teléfono o tomando algo en mi cafetería favorita de Aselas con un partido de fútbol y los señores dando consejos técnicos de fondo. Podría si no se me cayese la casa encima y no me hubiese quedado tan incómodo tras la marcha de Uxía.

—Seguro —replico sabiendo que no puede escucharme fijando mi atención en la pantalla del ordenador. Otra vez. El expediente de mi caso en el monitor y el del nuevo crimen sobre la mesa. Repaso las líneas por hacer algo, aunque mi atención no está ahí por entero.

Después del jarro de agua fría que supuso que a los que entregamos el ordenador para analizar nos indicasen que no habían encontrado nada y que tampoco podían dedicarle más tiempo o medios centré mis esfuerzos en enterarme del grupo al que se lo reasignaban. Un equipo con formación más específica en la materia y para el que nuestro portátil no supondría un gran reto a desentrañar. A cambio, es un equipo tremendamente ocupado con delitos informáticos de gran calado y en los que hay que actuar con urgencia. Eso, la mayoría de las veces, significa que lo que no se califique así queda relegado a un segundo lugar. No se trata de nada más que de falta de medios humanos: hay que priorizar y eso implica centrar los esfuerzos en donde sean más necesarios. productivos o donde haya que actuar con más rapidez. De normal

sería muy comprensivo y lo entendería, pero esta vez no dispongo de tiempo para serlo. Tiene que ser ya.

Los dos golpes contra la madera me sacan del ensimismamiento. El agente de antes me observa detenidamente recostado contra el marco de la puerta esperando hasta que le hago una seña de que entre.

—Tienes aspecto de estar agotado. No tienes por qué seguir aquí. —Entrecierro los párpados negando ligeramente con la cabeza—. Me refiero a que… —separándola de del escritorio se sienta en la silla forrada de verde dispuesta frente a mí— te puede venir bien salir un rato a despejarte y tomar un café en la plaza. Si llaman o si nos mandan algo, te aviso para que lo sepas.

—Te lo agradezco, pero no. Prefiero quedarme.

—No hemos coincidido mucho en el cuartel, pero te garantizo que no voy a intentar escaquearme como nuestro amigo Martínez.

Tiene razón. Solo lo he visto un par de veces en estos días y lo único que sé sobre él es que se apellida Sánchez y que ha estado fuera de permiso, así que no me pienso arriesgar. Deduce la respuesta por sí solo sin que le responda levantándose y se da media vuelta en el pasillo.

—Al menos tómate un café conmigo. De estos de cápsulas —añade señalando hacia la salita de espera y sonríe oírme dudar.

Puede que no sea la mejor compañía en este momento, pero necesito el chute de cafeína por si la espera se alarga. Unos minutos después regresa pasándome un vasito de cartón mientras que en la otra mano lleva una taza de cerámica verde. Todavía está de pie cuando estoy a punto de darle un trago y la pantalla de mi teléfono se ilumina debajo del monitor. Bajo el envase frotándome los dedos contra la pernera más para calmar los nervios que para aliviar la quemazón.

—No es del caso. Es alguien de Aselas —suelta tranquilamente removiendo la bebida. Detengo la mano en el aire y esbozo una mueca—. La mayoría de Tomiño tiene el sesenta y dos; Aselas tiene el sesenta y tres —explica señalando los números contiguos al prefijo de la provincia.

La única persona de Aselas con la que quiero hablar en estos momentos no tiene teléfono fijo en su piso. Y es tan cabezona que es capaz de seguir enfadada. Arrugo el labio y descuelgo esperando que no sea otra de las estúpidas bromas de Mariño.

—¿Torre? Soy Eduardo Fandiño, de Kiwis Fandiño. ¿Estás ocupado?

—Pues en realidad…

—Estoy buscando a Uxía. —La espalda se me tensa al escuchar su nombre y voz preocupada y vacilante —¿Está contigo?

—No, yo estoy en Tomiño, no en Aselas. ¿Ha pasado algo?

—Ah… es que como la llamo y no responde… —Eso. Los nervios se evaporan de golpe y siento frustración al recordar nuestra discusión. Doy un trago largo al café antes de responder para aclararme la voz.

—Eso es porque se ha olvidado el teléfono en el piso, Eduardo, cuando salió al supermercado.

—Es que por eso mismo estoy preocupado. Los del supermercado siempre me traen la compra antes de las seis así que a las seis y media los he llamado por si había pasado algo y una chica me ha explicado que se habían quedado sin una furgoneta de reparto.

—Sí —respondo recordando parte de la conversación en el salón—, avisaron a Uxía del

problema y les contestó que se encargaba ella. Seguro que ha tenido que hacer algunos recados y ha dejado lo del super para el final —digo intentando tranquilizarlo, aunque me huele a chamusquina.

—Por eso mismo te llamo. La del Froiz me asegura que un chico ayudó a Uxía a cargar la compra en el coche antes de las cinco y media y van a ser las siete. Iria me ha dicho que te llamase a ti, porque igual sabías dónde estaba.

Aprieto el vaso de papel con fuerza mientras un sudor helado se desliza con lentitud por mi espina dorsal y suelto el aire entre dientes. Que no la pueda localizar no tiene por qué significar ninguna de las opciones que mi mente policial empieza a imaginar. De hecho, lo normal es que no signifique nada. Tomiño, al igual que Aselas, es un lugar tranquilo y no un centro del crimen organizado, así que lo más probable es que se le haya pinchado una rueda de camino a casa de su padre a que sea cualquier otra cosa. Pero han transcurrido más de dos horas desde mi llegada al cuartel y Uxía salió un rato antes que yo. Y, aunque dos horas no parezca mucho tiempo, hay algo que me escama. Puede que sea el llevar tanto tiempo investigando crímenes o puede que sea porque se ha cometido uno recientemente muy cerca de aquí, pero una sensación molesta me asaetea la espalda.

Uxía no tiene muchos amigos. Su vida social en estos momentos se limita a su familia, su amiga Celia y a mí, así que me parece poco probable que haya dejado la compra en la parte trasera de la Berlingo y se haya ido a tomar un café sin avisar a su padre.

—¿Has llamado a Celia?

—Brais dice que está en Ferrol con el novio.

—Muy bien —«o muy mal, más bien»—, dame el número del supermercado.

No han pasado ni veinte minutos cuando estoy al volante de la furgoneta de Eduardo después de que Sánchez me haya asegurado que me avisará de cualquier novedad que se produzca con el portátil. Aunque no es lo que más me preocupa en estos momentos. La charla con los del supermercado no ha servido para calmar mis nervios. Su versión de la hora de llegada de Uxía al supermercado coincide con mis cálculos aproximados. Y el trabajador que la acompañó con la compra asegura que el antiguo alcalde Fuentes se aproximó preguntando si se dirigía a Aselas subiéndose en la furgoneta para librarse de la humedad y la lluvia.

Fuentes no contesta al teléfono. Se lo he pedido a uno de los agentes y a los pocos minutos me han facilitado el fijo y el móvil, pero no responde a ninguno de los dos. Y eso sí que me ha puesto muy nervioso. No es normal que dos personas que se suben a la misma furgoneta estén incomunicadas y desaparecidas salvo que les haya sucedido algo al mismo tiempo, como un *aquaplaning*. Los neumáticos han podido perder el agarre con el asfalto por culpa de la lluvia pudiendo salirse de la carretera o estrellarse contra un árbol o…

Stop. «No sigas con esos pensamientos». He decidido hacer el camino de regreso hasta la casa del patriarca Fandiño porque necesito sentirme útil. A lo mejor se han salido de la carretera en algún punto con mala cobertura o poco transitado y no han podido pedir ayuda. Así que voy a buscarla para asegurarme de que no le pasa nada y que sigue bien y un poquito enfadada porque me niego a pensar en otra opción. Sujeto el volante con tanta intensidad que las puntas de los dedos se me quedan blancas en segundos mientras sigo conduciendo cuando veo la llamada entrante del mayor de los Fandiño y me apresuro a descolgar y ponerla en altavoz.

—Hola, Torre ¿me escuchas? Se corta un poco.

—Estoy en el coche. ¿Ya sabes algo?

—Sí, llamo por eso. Para disculparme por ser tan venas. Ya sabes que un padre… En fin. He hablado con mi hijo el pequeño y me ha asegurado que cuando pasó por delante de la casa de

mi amigo «el alcalde» la furgoneta de Uxía estaba aparcada delante.

Aparcada delante de la casa del hombre que no contesta al teléfono. Un escalofrío me atraviesa por entero y tengo que esforzarme por seguir conduciendo con normalidad mientras el otro hombre continúa charlando de manera despreocupada ya.

—Habrá parado para llevarle algo, que Fuentes lleva unos días sin coche. Seguro que está a punto de llegar y yo preocupándome.

Seguro.

Me despido como puedo sin decirle lo que sé para no alarmarlo más. Y menos sin necesidad. El padre de Uxía no está bien de salud y tiene el corazón muy delicado. Un susto como ese podría ser demasiado para él. Así que me trago la información con la boca completamente seca y piso el acelerador tanto como puedo para llegar a la casa de los vecinos de los Fandiño cuanto antes.

No he estado antes en la vivienda de los Fuentes ni sé dónde queda, aunque los he escuchado referirse a ellos varias veces como vecinos porque sus casas quedan en la misma carretera apartada, aunque desde la vivienda de los Fandiño no se vea la del alcalde. No me hace falta recurrir a nadie para averiguar cuál es. Una Berlingo muy similar a que conduzco detenida a un lado del camino me llama la atención enseguida y estaciono justo detrás al comprobar la matrícula. Es la de Uxía.

Lo primero que me llama la atención es que se ha dejado la puerta abierta y su bolso está desparramado sobre el asiento del copiloto. A vista rápida no parece faltar nada: tiene la cartera con dinero y tarjetas y las llaves de casa con la sortija de su madre que lleva como recuerdo. Al fondo un montón de bolsas amontonadas con lo que deduzco que es la compra de Eduardo.

Cierro dando un portazo y corro hacia la especie de chalet al otro lado de la carretera y que es la única que he visto desde que tomé el desvío. Tiene que estar ahí. Y tiene que ser la casa del antiguo alcalde. Salto un muro bajo de piedra rosada y sigo el camino marcado por unas luces entre el césped agradeciendo la tregua que ha dado la lluvia. Al llegar al porche me sorprende encontrar la puerta entreabierta y el interior a oscuras y sin ningún ruido. Las dudas sobre si seguir el protocolo se disipan enseguida en cuanto me viene una imagen grotesca de Uxía a la cabeza y entro.

El recibidor está a oscuras al igual que el pasillo y el resto de la planta. Doy dos pasos más hacia el interior y me detengo en silencio, aunque me da la sensación de que cualquier persona que esté cerca podría escuchar que el corazón está a punto de escapárseme por la boca. Nada. Estoy a punto de girar a la izquierda cuando percibo un sonido ahogado del lado contrario y lo sigo.

Llego a un salón amplio sin más luz que la que se filtra por los ventanales y lo localizo enseguida. Fuentes está sentado ante una gran mesa de comedor con el codo clavado en la superficie sujetándose la frente, rodeado de sombras. No se mueve, no hace nada. No parece ni que respire.

—¿Fuentes? —pregunto aproximándome más despacio de lo que me gustaría— ¿Estás bien? La puerta está abierta…

No contesta. Por un momento dudo de que me haya escuchado, pero suelta un gemido ahogado y vuelve la cabeza hacia mí.

—No quiero visitas ahora, muchacho. Es un mal momento, así que vete por donde has llegado.

«¿Qué?» Por el modo en que arrastra las letras al hablar resulta evidente que ha bebido, pero también percibo frustración, tristeza y algo más. Palpo con la mano hasta que encuentro el

interruptor encendiendo las bombillas que quedan en su zona del cuarto haciendo que Fuentes despegue la cabeza de la mano.

Parpadeo incrédulo al ver su rostro. O se ha chocado contra un muro o alguien le ha metido un puñetazo como mínimo porque la mejilla izquierda la tiene roja, hinchada y con unas finas líneas cruzando la barbilla.

Uxía. Es fuerte, decidida y valiente. Tenaz. Capaz de enfrentarse a cualquiera si es necesario. Podría ser ella quien le haya marcado así el rostro de haber tenido que enfrentarse a él. La cuestión es por qué lo ha hecho y en dónde se ha metido.

De repente una fea ráfaga de situaciones pasa por mi mente. Motivos que justificarían el estado del rostro del hombre que tengo enfrente y la desaparición de Uxía. O por qué no le ha roto la nariz de un puñetazo. Se me revuelve el estómago de solo pensarlo y antes de darme cuenta me he detenido a su costado y he tenido que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no arrastrarlo y ponerlo de pie frente a mí. O tirarlo contra la pared. Tengo experiencia en este tipo de situaciones; situaciones que necesitan calma y control y no el volcán a punto de explotar que siento en el pecho. La tensión late con intensidad en mis sienes y mi parte profesional me grita que debo relajarme para no hacer algo de lo que más tarde pueda arrepentirme y ponga en peligro el resto de mi carrera y la vida de un civil.

Estiro los hombros sintiendo el dolor de las antiguas lesiones y cuento lentamente hasta diez sin quitarle la vista de encima. Necesito respuestas y para eso tengo que jugar con astucia lo que descarta liarme a golpes. También necesito encontrarla, a mi Uxía, y como este desgraciado le haya hecho algo…

—¿Qué cojones está pasando, Fuentes? —ladro a dos centímetros de su cara. Sus pupilas están más dilatadas de lo necesario y respira de manera agitada, pero aprieta los labios negando —. Habla. Ya.

—Lárgate de mi casa o llamo a la policía —escupe apestando a aguardiente—. A la de aquí.

—Llámalos y explícales por qué la furgoneta de Uxía está frente a tu casa y tú con la cara hecha un poema —Sus hombros se hunden al escucharme y su mirada ha perdido intensidad—. ¿Te lo ha hecho ella, eso que llevas en la cara?

—Uxía solo me ha traído a casa. Lo demás ha sido culpa mía —gime tapándose con una mano volviendo la cara a la pared y siento que me vuelvo loco. Si se ha atrevido a tocarla, si ha tocado a mi Uxía… Un ciento de escenarios posibles desfilan frente a mis ojos y me cuesta un esfuerzo quedarme quieto y no soltarle un trompazo.

—¿De qué estás hablando, Fuentes? ¿Qué ha sido culpa tuya?

El hombre se revuelve en la silla intentando alcanzar la botella sin intención de contestar.

—¿Qué le has hecho a Uxía? —aúllo tirando por el brazo para obligarlo a mirarme.

—¡Ay! —El dolor que refleja no me causa ninguna pena, pero me hace saber que lo he apretado de manera inconsciente. Y me da igual. Este pobre diablo sabe algo que está ocultando.

—¿Qué haces, madero? ¿Y mi prima?

Kevin Fandiño nos observa con atención desde el hueco de la entrada al salón con los brazos cruzados sobre el pecho. La mirada es dura y pasa de uno a otro sin dejarse nada. Mierda. No necesito a un civil entrometiéndose.

—Deberías irte, Kevin. Fuentes y yo solo estamos hablando.

—Sí, ya —responde acercándose a nosotros con un mayor control del que yo siento ahora mismo. «Claro que él no sabe lo que yo sí». Se detiene a unos metros a mi espalda—. Tiene la cara hecha un mapa.

—No sé qué haces aquí, pero…

—Mi tío me ha llamado porque estaba preocupado por Uxía —me interrumpe—. He salido de Tui lo antes posible para asegurarme de que estaba bien y de camino a casa me encuentro aparcadas las furgonetas de mi tío y mi prima… ¿Qué voy a hacer? Cuidar de los míos.

Se detiene pegado a mi costado dándome un manotazo para que lo suelte y en cuanto Fuentes está libre lo agarra por la pechera levantándolo en peso.

—Atiende bien, *alcalde*. Me conoces de sobra para saber cuándo hablo en serio. No tengo ningún problema por partirte el otro lado de la cara, aunque luego tenga que pagar por ello. Dile al poli ya donde está mi prima, porque como le pase algo por tu culpa te reviento.

Los ojos de Fuentes traslucen pánico y no me extraña. Si fuera a mí a quien sostiene contra la pared también estaría cagado, porque a ambos nos ha quedado claro que no se está marcando ningún farol.

—Yo… no le he hecho nada, Kevin —se justifica buscándolo con la mirada—. Tienes que creerme. Yo… yo… solo quería proteger a mi hijo. Ayudarlo. Javierín siempre ha sido un chico frágil y en un pueblo puede haber tantos peligros…

—¿Está aquí? —El alcalde enmudece de golpe con el rostro pálido— ¡Contesta!

Parece desesperado y ahora es a mí a quien busca para que se lo quite de encima, pero no lo hago. El alcalde boquea un par de veces dejando caer los brazos con pesadez y se le saltan las lágrimas.

—¿Dónde está, Fuentes? Debería colaborar.

—No puedo —responde con la voz quebrada—. No quería que pasara nada de esto. Solo quería una segunda oportunidad. No es justo que tenga que pagar ahora por algo después de tantos años, cuando se es otra persona. Una de provecho. Una que se ha arrepentido y ha cumplido de mil maneras con la sociedad.

—¿Dónde, alcalde? ¿*Dónde*?

—No sé a dónde se la ha llevado, pero no puedo hacerle eso.

—¿Qué? —Kevin se gira hacia mí desconcertado, pero yo ya he metido la mano en el bolsillo buscando el teléfono. Necesito refuerzos y que se lleven detenido a este ser.

Ahí está el hilo del que tirar, el que conecta todos los demás y provoca que las piezas comiencen a encajar en el sitio correcto.

—Javierín estaba tan enfadado cuando supo que había perdido el móvil… —solloza por lo bajo escurriéndose hasta el suelo. Kevin lo ha soltado de la impresión—, y ella lo encontró. Lo que pasó con Amaro es algo del pasado, de otra vida diferente con la que mi hijo ya no tiene nada que ver. No es justo que tenga que pagar ahora por lo que hizo hace quince años.

Aparto a Kevin de su lado y me llevo el teléfono a la oreja con impaciencia. «El procedimiento». Hay que hacer las cosas bien, aunque lo que en realidad quiero es soltarle un puñetazo a ese hombre y después encontrar a su hijo y darle su merecido por haberse atrevido a tocar a Uxía. El que descuelga es Sánchez y al identificarme se muestra sorprendido.

—¿Ya lo has visto? Pero si te lo acabo de enviar…

—No sé de qué hablas, pero no es el momento. Manda una patrulla a la casa del antiguo alcalde Fuentes para que lo detengan y consigue refuerzos. Su hijo tiene a Uxía Fandiño, no sé dónde. El padre acaba de admitir que su hijo fue quien mató a Amaro Pontes —El agente jadea al otro lado y le escucho manipular el *walkie* repitiendo mis palabras pasando el aviso—. Que se den prisa en llegar.

El tiempo de espera se me hace interminable, aunque aprovecho para echar una visual

rápida por la casa. Está vacía y no hay ni rastro de Uxía. Me esfuerzo por sentarme en el sofá junto a Kevin, aunque las piernas me bailan solas de una manera poco profesional. «Debería estar ahí fuera buscándola y no aquí esperando». Fuentes continúa recostado contra la pared. No ha vuelto a abrir el pico. El alivio que me produce escuchar las sirenas acercándose se refleja en la cara de Kevin también.

—Nos vamos —dice levantándose de un salto—, al fin.

—Tú te vas a tu casa —le aclaro con firmeza—. No puedes venir.

—Que te lo has creído —Me suelta un manotazo y se acerca a la puerta por la que ya entran dos agentes de la Guardia Civil—. Apura.

Cruzo un par de frases con los recién llegados para explicarles la situación y enfilo el pasillo hasta salir de una vez al exterior. Kevin ha arrancado su furgoneta tapando la mía haciéndome un gesto con la cabeza para que me suba.

—Mi furgoneta es mucho más segura que cualquiera de esos dos trastos y lo vamos a necesitar.

—No vienes, Kevin. No puedo llevar a un civil.

—Conozco esta zona mucho mejor que tú, Torre: los montes, los caminos, los atajos, ... Me he criado aquí. Ahora mismo soy tu mejor opción para llegar a tiempo y ni de coña me voy a quedar en casa esperando.

La decisión me lleva lo mismo que abrir la puerta y colarme en el habitáculo. Kevin tiene razón. Aunque haya pasado el aviso, tienen que montar el operativo y el tiempo en este momento es crucial. Así que cruzo los dedos e invoco toda la suerte que puedo mientras nos dirigimos hacia la Boullada siguiendo una corazonada. Los dos cadáveres han aparecido en las inmediaciones de la finca de los Fandiño y el hombre es un animal de costumbres así que tiene sentido que vaya al mismo sitio para librarse de un tercero.

Solo espero que esta vez lleguemos a tiempo.

28. UXÍA

Estoy menos asustada de lo que cabría esperar. Es por el dolor. Y por el sueño. Estoy tan embotada que casi no puedo pensar y en parte es lo mejor. Me he despertado por el dolor lacerante del brazo y el costado y he tardado un par de minutos en darme cuenta de que estoy en el maletero de un coche que debe ir cuesta arriba y que ha provocado que mi cuerpo choque contra la parte posterior. No estoy segura, pero creo que tengo el brazo izquierdo roto porque no me responde y cada vez que intento moverlo el dolor en esa zona se recrudece. Me quedo quieta un instante para darme cuenta de que no es solo el brazo, me duele todo el cuerpo. Cada vez que intento respirar siento que se me clavan por dentro cientos de espinas hasta el punto de que me falta el aire.

«El atropello». La imagen de unos faros delanteros aproximándose a mí regresa a mi cabeza y aprieto los párpados para espantarla. Maldito teléfono y malditas ganas de meterme donde no me llaman. Me está llevando al monte por alguna de las pistas forestales porque siento el traqueteo del vehículo tomando baches, charcos y piedras que evidencian que no circula por una carretera asfaltada ni plana. Y mi cuerpo se queja con cada bamboleo como si estuviese a punto de sucumbir de nuevo a la oscuridad.

Ignoro durante cuánto tiempo he estado inconsciente, pero sí lo suficiente para que me atasen las muñecas, me metiesen en un maletero y sabe dios qué más. Me esfuerzo por usar el dolor para mantenerme despierta porque si quiero salir viva de esto, si quiero tener una oportunidad al menos, no puedo desperdiciarla durmiendo. El pánico me sacude con intensidad solo de pensarlo. «Si salgo viva de esto». Trago saliva, la garganta me arde en carne viva y me estremezco al darme cuenta de lo que va a pasar.

«Amaro y Ramiro no lo consiguieron».

Una lágrima se desliza por la mejilla y no hago nada por contener las que le siguen al pensar en mi familia, en mi padre, en Torre... En todo lo que estoy a punto de perder. En lo que van a sufrir. En el pobre corazón de mi padre, que no sé si podrá aguantar un disgusto así. En… Una nueva sacudida del coche me arranca un quejido de dolor separándome de esos pensamientos.

«Dicen que los Fandiño tenemos carácter. Pues ha llegado el momento de demostrarlo»

No soy una acojonada, aunque está la cosa como para serlo. Pero mis padres siempre han dicho que soy una guerrera, una roca, alguien que no se rinde a las primeras de cambio. Y Torre se ha hartado de llamarme cabezona. Pues todo eso pienso ser. Voy a tener esa oportunidad y si no lo tengo al menos voy a luchar con lo que me quede dentro para que esos dos no se vayan de rositas esta vez.

No pasa mucho rato hasta que el vehículo se detiene y vuelvo a golpearme contra el fondo conteniendo a duras penas otro chillido. La puerta del maletero se abre lentamente poco después y la tenue luz que se filtra me muestra únicamente a Javier hijo contemplándome con el rostro contraído como si no le gustase lo que tiene delante.

—Estás despierta —pronuncia en voz queda. No es una pregunta, si no que expresa molestia—. No te he oído gritar.

«Porque no lo he hecho, capullo».

Entrecierro los ojos esforzándome por mirar más allá, por intentar encontrar un punto de referencia que me ayude a descubrir dónde estamos, pero el cielo está oscuro y solo veo el hueco de la pista forestal y al otro lado árboles. Nada de utilidad.

Con la mano en la puerta levantada se inclina hacia atrás dejando entrar un poco más de luz y puedo ver que sigue lloviendo y que la niebla está más baja y con un color entre blanco y gris que hace que las antiguas leyendas de meigas, hechizos y la Santa Compaña cobren todo el sentido. Su mano libre se cierne sobre mi brazo izquierdo apretando en un punto exacto que dispara el dolor por todo mi cuerpo hasta un nuevo umbral y suelto un alarido que no puedo controlar. La sensación es tan sobrecogedora que me viene una arcada y Javier me saca de allí adentro de malas maneras justo a tiempo para que vomite fuera.

La cabeza me da vueltas sin control y él pasa de largo sobre mi cuerpo recogiendo algo en el maletero. La tierra mojada pegada a mi cara es el único contacto con la realidad mientras que mi mente quiere volver a cerrar los ojos. Volver a dejarse llevar. «No te dejes. Inspira. Tranquila». En cuanto mis pulmones se calman intento pensar, pero me cuesta demasiado.

—¿Por qué? —pregunto sin saber dónde está.

—Porque quería saber si estabas consciente o si te habías quedado un poco para allá. —Me llegan un par de ruidos metálicos—. Lo hubiera preferido, la verdad.

—No hablo del brazo —respondo entrecortadamente, obviando el significado de sus palabras. Solo puedo ocuparme de una cosa cada vez y la cabeza sigue dando vueltas—. Me refiero a todo esto.

Lo escucho moviéndose en un lugar cercano, pero fuera de mi reducido campo de visión. Debe estar al otro lado del coche.

—¿Tu hermanita la abogada nunca te ha explicado nada acerca del cómputo de plazos para la prescripción de las penas? —pregunta con sarcasmo—. Me cuesta creerlo.

—No es lo mismo prescripción que caducidad —repito las palabras de Iria en automático y a Javier se le escapa una risotada extraña.

—Ya sabía yo que sí. Es una listilla. Y algo te habrá contado sobre que los homicidios prescriben por el transcurso de veinte años sin que tengas que hacer nada. Una vez pasado el plazo les toca archivar el caso. Solo hay que esperar.

—¿Esperar? —No soy capaz de incorporarme y con cada esfuerzo el mareo es mayor—. Ramiro ha muerto hace menos de veinte días. Y me acabas de atropellar.

—¡Cállate! No sabes de lo que hablas.

—Pues cuéntamelo. Si me vas a matar, es lo menos que puedes hacer.

El crujido de las hojas me avisa de su llegada. Sus pasos son rápidos y la expresión de su boca escupe desprecio.

—No necesito matarte. Me basta con tirarte al pozo.

«El pozo». Una nueva arcada me corre por la garganta y tengo que hacer un verdadero esfuerzo por no vomitar de nuevo. La gente de la zona le llama así, aunque en realidad no se trata de un pozo como esas pequeñas construcciones redondas de piedra con tejadillo que la gente coloca en el portal de belén, sino una mole de piedra oscura con unos ladrillos llenos de musgo coronados por una gruesa chapa metálica sujeta con cadenas, fijaciones y candados para evitar que alguien se caiga a la masa de agua natural que hay debajo.

O, en mi caso, que lo tiren.

Cierro la boca y al fijarme en que sostiene una cizalla en una mano arrugo la nariz. Es una herramienta de juguete si su objetivo es cortar uno de los eslabones de la cadena que sujeta la chapa, pero lo bastante buena como para hacerme más daño del que puedo soportar en estos

momentos. «Esfuérzate, Uxía. Gana tiempo».

¿*Tiempo*? Ni siquiera sé si ha transcurrido el suficiente como para que haya alguien buscándome o si todavía es pronto para eso. Quizás Torre lo haga cuando se dé cuenta de que no regreso a casa o puede que a uno de mis hermanos se preocupe al darse cuenta de que no contesto en el grupo familiar a sus frecuentes mensajes, pero seguro que a ninguno le da por empezar por allí, por la Boullada.

Me retuerzo lo suficiente para dejar el brazo derecho contra la tierra y que el izquierdo se quede en el aire. Ignoro la molestia de las piedras y raíces porque el dolor en el resto del cuerpo es insoportable, pero cierro el puño con fuerza y lo sigo intentando. No puedo seguir tumbada en el suelo y renunciar a mis opciones, por escasas que sean.

—Con Amaro no —Levanto la cabeza y leo la pregunta en sus cejas alzadas—. Le metiste dos tiros, así que no te bastó con tirarlo al pozo para librarte de él.

—Porque no quería matarlo —responde cruzándose de brazos sin dejar de atender a mis esfuerzos por sentarme—, solo asustarlo. Estaba muy metido. El subidón no te deja pensar bien.

Me muerdo la lengua para no soltarle que para asustar a un amigo no hace falta dispararle dos veces en el pecho con un rifle de caza. En vez de eso, tomo aire mientras descanso apoyada en el antebrazo bueno y las rodillas con el resto del cuerpo pidiendo clemencia.

—No paraba de tocarme los cojones con la cantinela de siempre. «Como no me devuelvas la pasta que te presté se la cobraré a tu padre y a ver qué le parece al señor alcalde que su hijo sea medio farlopero y medio camello». —Entrecierra los párpados, perdido en sí mismo, y por un momento parece que habla con sus recuerdos y no a mí—. No tendría que haberme amenazado. Ni reírse cuando le enseñé el rifle de caza de mi padre para que dejara de hacerlo.

—¿Y por qué te cargaste a Ramiro? ¿También estabas colocado?

—No consumo desde hace mucho. Ramiro era un pobre diablo que no servía para nada. ¿Tú sabes lo que es estar esperando quince años a que pase el tiempo y que de repente venga un inútil a intentar joderte cuando solo faltan cinco años? Estaba a punto de fastidiarlo todo con esa historia de que había encontrado algo en un móvil que tendría que haber tirado hacía más de diez años. Que se joda —El débil resplandor de la luna se refleja en su sonrisa repulsiva—. Se lo cargó mi padre, que ya ha dejado de ser tan perfecto.

Esa confesión me deja sin aliento mientras él se aparta de mí regresando al pozo. Lo escucho aporrear las cadenas con gran estruendo y el chasquido metálico de los eslabones al entrechocar. Aprieto los dientes con fiereza. Esta puede ser mi única oportunidad para escapar porque estoy fuera de su vista y ni siquiera soy capaz de ponerme de pie. El lado izquierdo del cuerpo me arde, los pulmones también y con cada intento que hago siento un latigazo en la cabeza, pero la sensación de mareo y sueño ha remitido. Haciendo acopio de fuerzas logro empujarme lo suficiente como para quedar incorporada sobre las rodillas y me detengo a tomar aire porque mis músculos gritan por el esfuerzo.

—¿Qué estás haciendo?

—Levantarme —respondo con pesadez.

Ni me he dado cuenta de que el sonido metálico ha cesado. Parado ante mí Javier echa un vistazo a la pista forestal por encima de mi cabeza y la regresa a mí con dureza. Los dos conocemos la zona lo suficiente como para saber que no hay una sola casa en varios kilómetros, que la iluminación es escasa y que en el estado en el que me encuentro no conseguiría llegar muy lejos.

—Habérmelo dicho —Me agarra por los hombros y tira hacia arriba sin piedad. Mi cuerpo cruje sobrecogido y no puedo contener un chillido—. Ya está. Vente conmigo.

No me da otra opción tirando de mí monte arriba. Solo son unos metros, pero cada paso me hace ver las estrellas. Coloco el brazo derecho bajo el izquierdo para que no cuelgue y aliviar parcialmente el dolor, aunque el modo en que me empuja Javier no ayuda demasiado. Lo único bueno, además de estar al fin de pie, es que me siento más consciente y estoy decidida a aprovecharlo.

Sin quitarme la vista de encima, Javier se sienta en un lado de la roca y conteniendo mis ganas de imitarlo me reclino contra el capó del coche mordiéndome el interior del carrillo. Golpea un par de veces la cizalla en una mano y me señala con ella.

—Ramiro también se intentó escapar y por eso acabó allí y no aquí —mueve la herramienta hacia donde debe estar nuestra finca y de regreso al pozo—. Pero eso no me va a volver a pasar. Y, por cierto, ¿dónde está el teléfono, Uxía? He revisado los bolsillos, el bolso y tu coche, pero no lo he encontrado. Y lo necesito.

Le sostengo la mirada procurando no revelar nada. No se lo pienso decir. Puede ser mi única baza frente a él. Me muevo contra el todoterreno de su padre intentando descubrir si aún sigue en el interior del forro del plumífero o si lo he perdido.

—En casa, se lo he dicho a tu padre. ¿Él por qué no ha venido?

—No te las des de lista conmigo que no te va a salir bien.

—Es la verdad —replico recordando que lo dejé sobre la mesita del salón en cuanto Torre atendió aquella llamada. Me trago un suspiro con sabor agridulce al pensar en nuestra última conversación. En la discusión. En lo que cambiaría si volviese a estar en el salón de nuevo sentada a su lado en el sofá en vez de en donde estoy. Me tragaría mis miedos y se lo diría. Que le quiero. Ojalá tenga la oportunidad de hacerlo, aunque sea una vez.

—¡Ah!

Grito por el dolor insoportable que me causa el golpe de la cizalla contra el brazo roto.

—Dame el puto teléfono, Uxía.

—¡Que no lo tengo! Lo tenía en la mano antes de que me atropellases. No sé dónde está.

No me cree y me lo hace saber golpeándome de nuevo. La verdad es que no sé dónde está porque no lo he notado en las piernas al apretarme contra el morro del coche, pero espero que siga ahí, en el forro del plumífero. Si es así y todo sale tan mal como pinta, al menos me lo llevaré conmigo al fondo del pozo y cuando me encuentren tendrán algo con lo que unir las tres muertes.

Un estremecimiento me sacude por completo de solo pensarlo y me rebelo contra él.

—¿Cuánto vas a tardar en darte cuenta de que no vas a poder romper la cadena? —Javier bufa con desprecio levantando la herramienta—. Si estuviese tu padre te lo diría.

—No quería que te trajese aquí, así que no lo creo. —Retrocede sentándose en el mismo sitio dejando la cizalla contra la piedra. Ya no llueve, pero la niebla densa continúa envolviéndonos—. Tampoco lo necesito.

—¿Y cómo vas a hacer? No quieres matarme, pero no vas a poder tirarme ahí dentro.

No pretendo que me responda, solo quiero distraerlo mientras busco el cabo del cordel que me sujeta las muñecas. Se ha aflojado un poco con mis movimientos, pero no lo suficiente para liberarme y cada vez que muevo la extremidad derecha su roce se me incrusta en la piel, pero no soy capaz de encontrarlo.

—Hay otras maneras. ¿Cómo sabías lo del teléfono? ¿Quién te lo enseñó?

—No lo sé. —Agarra la herramienta y temiendo un nuevo golpe me apresuro a aclarar—. No sé lo que hay dentro.

Considero un pequeño triunfo que la suelte y se limite a observarme. Los músculos de las

piernas se quejan por estar de pie y la rodilla derecha me ha fallado un par de veces. Otro castañazo sería demasiado en este instante. Inhalo tan profundo como puedo y levanto la cabeza al cielo, que está demasiado encapotado como para disfrutar de las estrellas. Tuerzo el cuello a un lado y a otro buscando algo de alivio cuando un ligero brillo llama mi atención entre los árboles en algún punto lejano a mi derecha.

—Si no lo sabías, ¿por qué saliste corriendo de casa de mi padre?

No sé qué es. Podría ser cualquier cosa. Incluso podría no ser nada más que un delirio. Pero podría ser la luz de los faros de un coche o de una moto. Los chavales usan las pistas del monte para buscar sitios apartados en los que fumar porros o enrollarse. O para desplazarse evitando los controles de alcoholemia. Me obligo a apartar los ojos de ese punto brillante para no llamar su atención.

—Ramiro me enseñó un móvil igual poco antes de morir. El teléfono con el que tu padre nos hizo fotos en mi cumpleaños era más moderno.

—¡Qué fina eres! Si no lo fueras tanto no estaríamos aquí. Solo tenías que devolvérselo a mi padre.

—Si lo fuese un poco más —contesto con desprecio—, tampoco estaríamos porque no me hubiese bajado del coche.

—La culpa es del viejo —suelta palmeándose la pierna— por llevarlo encima y perderlo.

—¿Qué hay en ese teléfono que sea tan importante como para matar?

—¿Para qué lo quieres saber? No vas a poder contárselo a tu novio. No vas a salir de aquí.

Levanto ligeramente los hombros con indiferencia fingida mirando de soslayo a la oscuridad, pero aquella chispa ha desaparecido.

—Precisamente por eso —replico inclinándome hacia adelante para disimular mis intentos por soltar el nudo de las muñecas—. Si ese trasto me va a costar la vida me gustaría saber por qué.

—Porque se carga mi coartada para aquella noche —Parpadeo con incredulidad. La luz ha brillado otra vez durante un segundo—. Por eso.

—¿Cómo? —Tengo que distraerlo. Si algo o alguien se acerca por la pista tengo que evitar que vea la luz que parpadea de manera intermitente a su espalda—. ¿Qué encontró Ramiro en el móvil?

—Una foto —escupe cargado de rabia—. Es un estúpido selfi que se hizo con Laura esa noche. ¿Te lo puedes creer? Y va y nos pilla de fondo a Amaro y a mí subiéndonos en el coche. Quería pasta, se la di y volvió a pedir más. No soy rico.

Chantaje. Eso era a lo que se refería Ramiro cuando me aseguró que ya no necesitaba que contratase a Laura porque aquel teléfono era valioso. En vez de hacer lo correcto y entregárselo a la policía, quiso chantajear a Javier y había acabado estampado contra la verja de nuestra finca. Y si esa luz se desviaba de mi trayectoria, yo también lo haría.

Mis intentos por forzar una conversación caen en saco roto. Hago un par de preguntas más que solo tienen por respuestas monosílabos. Javier no quiere compartir nada más y mueve los labios sin emitir sonido perdido en sí mismo. Yo tampoco soy capaz de esforzarme lo suficiente.

Cuando mis ojos tropiezan con la cizalla, que continúa apoyada contra la gran roca, me pregunto cuántas posibilidades tendría de levantarla y blandirla contra Javier si se separase de ella lo suficiente. Imagino que muy pocas. Me cuesta sujetarme un brazo con el otro y respirar es una tarea demasiado gravosa. Inclino la cabeza, lo descubro observándome con la boca arrugada

y le sostengo la mirada con un pesado silencio a nuestro alrededor.

—No quiero matarte, Uxía. Pero no tengo elección.

—Claro que la tienes.

—Yo creo que no. Pudrirme en la cárcel no es una opción.

Sin sacarme la vista de encima extiende el brazo buscando la cizalla y me doy cuenta que ha tenido la misma idea que yo. Puede que no le sirva para abrir la cadena, pero sí mi cabeza. Me enderezo intentando pensar con rapidez.

—No la esquivarás cuando me encuentren.

—No van a sospechar de mí. Tú y yo apenas tenemos relación, nunca hemos tenido problemas o temas pendientes. Con un poco de suerte sospecharán de Luís: os han visto discutir y saben que le ha sentado fatal que hayas metido al agente ese en tu piso.

—Sería el tercer cadáver en el mismo lugar. Alguien sospechará.

Con la cizalla ya en la mano se levanta lentamente y la mirada lobuna que me dedica me seca la garganta.

—Ya se verá. También puedo llevarte a otro lugar.

Retrocedo todo lo que puedo pegada al lateral del vehículo intentando que no note que estoy aterrada. Tiro con fuerza hacia abajo del brazo derecho desesperada por liberarlo ignorando las náuseas en el estómago que me provoca cada sacudida. Lo va a hacer. Los milímetros que cede el cordel son insuficientes. No sé cómo puedo hacer para esquivar el golpe y quitarle la herramienta con las muñecas atadas y un brazo roto.

Abro la boca para suplicar que no lo haga, que lo reconsidere, pero el farfullo que me sale queda opacado por el ruido del motor de un coche. Los dos giramos la cabeza a la vez buscando la procedencia del sonido. No puedo verlo, pero suena cerca, lo suficiente como para pensar en tener una posibilidad y grito tan fuerte como puedo.

—¡Aquí! ¡Ayuda! ¡Socorro!

La garganta arde en llamas por el esfuerzo, pero continúo gritando esperando que alguien pueda oírme hasta que Javier me da un tortazo que me estampa contra la puerta del conductor.

—¡Cállate, estúpida!

Me agarra por el codo empujándome hacia el maletero del coche y yo me resisto como puedo. A cada paso mis rodillas se quejan por el impacto y temo que una no soporte mi peso y me haga caer al suelo. Aprovecho el momento en que abre la portezuela del maletero para zafarme de su agarre, pero apenas doy dos pasos su mano me sacude el brazo roto y grito hasta vaciarme por dentro.

La respuesta viene en forma de dos haces de luz a unos veinte metros a nuestra derecha. «Un coche». No lo he soñado ni me lo he inventado. Hay un vehículo aproximándose a nosotros por la pista perpendicular a la que hemos subido nosotros. Solo tengo que aguantar hasta que se acerque lo suficiente como para que nos vea y conseguir que pare para poder salir de esta.

—Mierda.

El tono amargo de Javier Fuentes me espolea. Levanto los brazos todo lo que puedo sin dejar de gritar escuchándolo acercarse por detrás para agarrarme y me escabullo como puedo. No puedo dejar que me meta en ese maldito maletero de nuevo cuando las luces están tan cerca ya. Su manaza me atrapa desde atrás a la vez que resuenan dos pitidos de un claxon.

—¡Uxía! —La voz profunda de mi primo Kevin me dan ganas de echarme a llorar —¡Suéltala!

Javier me empuja con saña apartándome de la puerta de pasajeros y apenas unos instantes después se me hiela la sangre al verlo sacar un rifle de caza de su interior.

—No, no, no.

Su mano libre impacta con violencia contra mi cara y me tambaleo de la impresión viendo a cámara lenta cómo se arrodilla colocando el arma en el hombro apuntando hacia el coche. Hacia mi primo. Hacia la libertad. Aprieto los dientes con todo lo que tengo dentro y me lanzo contra él colgándome de su brazo derecho. Forcejeamos unos instantes y vuelvo a tirar con fuerza hacia abajo justo cuando acciona el gatillo.

La violenta detonación lo transforma todo. Un poco aturdida busco con desesperación el vehículo que se detiene a unos metros de nosotros. Javier sacude la cabeza a ambos lados y se lleva la mano libre a una oreja y después me suelta un manotazo que me tira al suelo. El pecho me arde por el esfuerzo y algo duro y puntiagudo se me ha clavado en el muslo.

Javier se incorpora llevándose el arma nuevamente al hombro. «Va a volver a disparar». Me arrastro por el suelo como puedo dándole patadas para evitarlo y él me insulta por lo bajo intentando apuntar a pesar de mis esfuerzos. Ya no escucho el motor del otro vehículo ni las voces de mi primo; tampoco veo las luces de los faros ni la niebla ni el pozo. Las imágenes de desdibujan a mi alrededor mientras centro toda mi atención en Javier Fuentes y en sus rodillas, que no dejo de patear.

Pum.

El sonido del estallido hace que se me detenga el corazón.

Paf.

El cuerpo de Javier cae desmadejado hacia atrás. Yergo la cabeza cuanto puedo para cerciorarme de lo que ha pasado. Mi primo corre hacia mí mientras que Torre sosteniendo una pistola en la mano se aproxima a Fuentes apartando el rifle en su camino. Dejo caer la cabeza hacia atrás y las lágrimas que he estado reteniendo me bañan las mejillas al darme cuenta de que se ha acabado.

Siento la mano de Kevin acunándome el rostro, pero no soy capaz de escuchar lo que dice. Me agarra el brazo herido para incorporarme y suelto un alarido. Cuando levanto los párpados los ojos oscuros de Torre me observan asustados desde arriba. Estoy tan agotada que me cuesta mantener los ojos abiertos, pero me esfuerzo en hacerlo. Quiero decirle que le quiero y que quiero que se quede a mi lado este y todos los noviembres. Quiero decirle que no quiero perderle y que he sido tan cabezona que podido aguantar hasta que me ha encontrado. Farfullo entre dientes y él se arrodilla a mi lado acariciándome el rostro con los labios apretados antes de llevarse el teléfono a la oreja.

Muevo los brazos hasta encontrar su pierna y la aprieto para asegurarme de que está muy atento y con las últimas fuerzas que me quedan muevo los labios y le digo:

—Te quiero.

29. TORRE

Me cuesta tanto disimular mi desagrado que hasta Brais Fandiño se da cuenta. Separa el teléfono de la oreja y arruga la nariz a modo de pregunta, pero yo me limito a tomar asiento frente a él y la vista se me vuelve a escapar a su espalda. A la persona que se sienta en la siguiente mesa de la cafetería. Al periódico que sostiene extendido con ambas manos como si se tratase de una afrenta. Aunque no es nada de eso, no es más que una persona leyendo el periódico haciendo tiempo en un hospital.

Aun así, desde que se filtró la noticia de que Javier Fuentes, un joven abogado de Tomiño recientemente propuesto para socio de un importante despacho vigués y para un cargo relevante en la Diputación de Pontevedra está directamente implicado en un asesinato cometido hace quince años, otro cometido hace menos de un mes y otro más en grado de tentativa, las portadas de la prensa y de los programas de la televisión no han hecho otra cosa que echar toda la carne en el asador para conseguir la noticia.

No es la primera vez que un caso en el que participo más o menos activamente adquiere cobertura autonómica o estatal. Ni siquiera es mi caso más mediático, pero sí el que más me escuece. Ver cada una de esas portadas, de los teletipos o de las publicaciones en las redes sociales me molesta tanto que me dan ganas de quitarle el Faro de Vigo a ese hombre y tirarlo a la papelera. En vez de eso, me acerco el café, le tiro dos azucarillos dentro y pego un mordisco al bocadillo.

En contra de las enseñanzas de Machado sobre lo que no hay que meter en una olla, en este asunto he remezclado mi vida personal con la profesional y sentimental de una manera que no pensé que fuese posible y por eso me afectan.

Por Uxía.

Brais ha seguido la dirección de mi mirada y su boca se ha retorcido en una mueca de asco dejando los ojos en blanco nada más se topa con los titulares. No soporta ver a los vecinos de su padre ocupando un día más las portadas de los periódicos, como ha sucedido de manera casi ininterrumpida desde que se filtró la noticia.

Los periodistas no lo han dejado pasar y menos cuando han descubierto que el padre del sospechoso, Don Javier Fuentes, empresario con más de cuarenta años de experiencia en el sector de la construcción y político local también está siendo investigado por esos mismos delitos como encubridor, posible autor y cooperador necesario respectivamente. Yo no creo que este último se sostenga, pero eso a la prensa le ha dado igual. Necesitan rellenar páginas y minutos con algo que venda y esta noticia tan truculenta lo hace.

Y de qué manera.

—Joder con la libertad de prensa —rezonga por lo bajo después de colgar evitando atraer atención indeseada porque hay mucha más gente en la cafetería del hospital.

Estoy convencido de que lo dice porque esta vez, junto a la imagen de archivo del padre y el hijo en un evento de hace varios años, aparece también una del abogado y representante de la familia y sobre ellas un titular provocador en letras grandes: «¿Es justo pagar por un error de hace quince años?»

No es la primera vez que ese hombre emplea tal argumento. El mismo que le escuché

aquella noche a Fuentes padre al tiempo que nos revelaba a Kevin y a mí lo que le había ayudado a tapar a su hijo.

Lo mismo que algunos de los presentadores y comentaristas de varios de los programas más vistos proponen ahora a su audiencia retorciendo los datos y la realidad para poder seguir haciendo caja trasladando a la calle si es apropiado que un hombre hecho y derecho, completamente reintegrado en la sociedad y con gran éxito tenga que pagar por un pecado que cometió cuando era poco más que un adolescente perdido. Y eso es lo que más me revienta.

Cada vez que escucho esas afirmaciones me salen espumarajos por la boca. Lo primero, porque no se trata de un error: apretó dos veces el gatillo de una escopeta para matar a Amaro Pontes. El primero a varios metros de distancia y el segundo tiro a bocajarro, con la víctima en el suelo para asegurarse del resultado. Y luego, al pozo. Lo segundo: no era un pobre adolescente perdido en la vida, si no un hombre de veintitrés años que cuando su padre lo castigó sin paga por no dar pie con bola en la carrera decidió meterse a trapichero en vez de ponerse a estudiar o buscarse un trabajo de verdad.

Y lo tercero y más importante: ellos no han visto a Uxía.

Me llevo la taza a los labios y doy un buen sorbo al café. Últimamente parece que no hago otra cosa que beber café para mantenerme despierto.

—En cuanto paren de vender o salga algo más *interesante* dejarán el tema.

—No me gusta verlos en las portadas como si los importantes fuesen ellos y no las víctimas. Tenías que habértelo cargado, tío.

«Ya».

No es la primera vez que afirma algo por el estilo. En vez de responder con una medio verdad subo los hombros y meto otro trozo de bocadillo de tortilla a la boca que me cuesta tragar. Estoy deseando volver a subir. Al escucharlo carraspear levanto la vista y vuelvo a leer el maldito titular.

Esos periódicos solo cuentan lo que les da la gana. Mucha cobertura para la herida de bala que sufre Javier Fuentes hijo. La que le causé yo, concretamente. He visto varias publicaciones sobre lo duro de su vida en la cárcel donde sigue en la enfermería en régimen de aislamiento después del alta hospitalaria.

Lo que no dicen es que ese desgraciado necesitó solamente dos días de hospitalización mientras que Uxía aún sigue aquí dos semanas después. Que ha necesitado que la operasen del húmero y del bazo, que tiene un músculo del hombro desgarrado y dos costillas fisuradas, quemaduras en brazos y piernas y la cara deformada por la hinchazón. Y una conmoción cerebral que obligó a los médicos a sedarla un par de días.

«¿Un error de un adolescente? Y una mierda». Y más cada vez que recuerdo la mirada incrédula reflejada en el espejo al ver su rostro amoratado y rasguñado y los negrones ya medio amarillentos bajando desde su mentón hasta debajo del pijama del hospital con la mano temblando en mi antebrazo.

El abogado ese puede decir lo que quiera porque a Fuentes hijo lo tenemos pillado por los huevos. Gracias a Uxía conservamos el antiguo teléfono HTC Desire de Ramiro en un estado aceptable y han podido acceder al contenido. Se trata del mismo teléfono que su mujer nos indicó que llevaba consigo a todas partes y que también le había enseñado a mi chica poco antes de morir asegurando que valía mucho dinero.

Y ahora ya sabemos por qué.

Como comprobé en el email que me envió el agente Sánchez aquella noche mientras Kevin conducía como un loco hacia la Boullada, los expertos informáticos pudieron rescatar

varias fotografías en los archivos temporales del portátil de Laura González, indicándonos brevemente que por el nombre que el dispositivo original le había asignado a las imágenes nos podían confirmar que se habían tomado el mismo día de la desaparición de Amaro Pontes. Y no eran las únicas imágenes de ese día en el antiguo teléfono de Ramiro Pazos, como he comprobado.

Como sucede muchas veces, a primera vista no parecen unas fotos muy importantes. Nada por lo que matar, desde luego. En unas salen Laura y Ramiro muy jóvenes posando solos y en otras junto a más personas de su edad. Están en una terraza o en una plaza al aire libre, ya ha atardecido y no hay mucha luz. No es sencillo darse cuenta de lo que aparece en la imagen si no sabes lo que estás buscando, pero, una vez que lo sabes, hasta te deslumbra.

En la primera de las fotografías, en un lateral se ve de fondo a dos hombres discutiendo. No están en el mismo sitio que las demás personas que posan para la cámara. De hecho, salen tan pequeños que Ramiro no pudo verlos en su momento en la pantalla del antiguo terminal. Si ves todas las imágenes seguidas ves que los dos hombres discuten, se detienen ante un vehículo, se sientan en él y en la última de las imágenes el coche se ha ido y no hay rastro de ninguno de ellos.

Los dos hombres son Amaro Pontes y Javier Fuentes hijo. El coche es un viejo todoterreno de su padre el alcalde. En una de las fotos hasta han conseguido la matrícula completa.

Desde la primera declaración el antiguo alcalde había asegurado que su hijo había regresado a la casa un poco tarde, pero antes de las once de la noche, que habían cenado juntos y no había vuelto a salir. Los agentes lo habían dado por bueno y no habían ahondado más ya que el nombre de Javier no había vuelto a aparecer en otras testificales.

No son más de seis fotos las importantes, pero se cargan de un plumazo su coartada. Y nos dan motivo y oportunidad.

Me termino el café de golpe sin saborearlo y le hago saber que me largo con un movimiento de la cabeza. A lo mejor Brais tiene razón y me lo tenía que haber cargado cuando tuve ocasión en el que ha sido hasta el momento el peor día de mi vida. Escucho su silla arrastrándose casi a la vez que la mía y nos movemos en silencio hasta la puerta del ascensor. Ya estamos acostumbrados a esta rutina, aunque no ha sido fácil. Ni para mí ni para su familia. Ni para Uxía, claro.

Los médicos nos han dicho más de una vez que ha tenido mucha suerte. Eso es porque no la conocen. No tienen ni idea. Hay que ser una clase muy especial de persona para lanzarse en plancha contra un hombre armado y no dejar de luchar incluso cuando el cuerpo no da para más. Uxía es una guerrera. Una leona. No he pasado más miedo en mi vida que al verla cerrar los ojos sin reaccionar y cuando la ambulancia se la llevó y no la pude acompañar pensaba que me iba detrás. Eduardo, su padre, tiene razón. Es una auténtica cabezona que no se ha rendido jamás.

Enfilamos el pasillo correcto y saludamos al personal de recepción de su planta. El hombre frente al monitor nos responde en piloto automático, ya más que acostumbrado a vernos por allí en esos días. Que los Fandiño son una piña ha quedado más que claro. Una mujer se asoma por el lateral del mostrador tapando el auricular del teléfono con la barbilla.

—Está con el médico —indica con los ojos brillantes—. Son buenas noticias.

30. UXÍA

—El médico no ha dicho nada de eso —farfullo con cansancio esperando que Torre abra la puerta de mi piso—. No estoy enferma, solo convaleciente.

Han pasado poco más de tres horas desde que me han dado el alta en el hospital y me están poniendo de los nervios tratándome como si estuviese a punto de romperme, porque no es así. Puede que el cuerpo me duela como si me hubiesen dado una paliza cada vez que me muevo y que respirar sea algo más molesto de lo habitual, pero no pienso recluirme en la casa de mi padre para que mi familia se pase el día cuidando de mí. Eso no va a pasar. Igual necesito un poco de ayuda, pero puedo cuidarme sola.

—Uxía…

—Uxía, no. Abre, que necesito sentarme.

Torre tuerce el gesto y gira la llave sin llegar a abrir la puerta. Está raro. Lo está desde que me desperté en el hospital la semana pasada. Me recoloco el brazo malo por inercia intentando disimular lo que de verdad me duele. Está evitando el tema. El golpe en la cabeza no ha sido tan grande como para que lo haya olvidado. «Se lo dije y no ha habido respuesta». Y ha tenido tiempo de sobra en el hospital por mucho que mi padre, mis hermanos o mi primo hayan estado pululando alrededor. O que haya estado liado con el trabajo. No contestar también es una respuesta, aunque no sea la que me gustaría tener.

Me muerdo el labio y jugueteo con la cremallera de la parka de Iria. La mía se la ha llevado la policía judicial en cuanto se me ocurrió contar que había colado el móvil HTC de Ramiro por el roto del bolsillo y todavía no me la han devuelto. Tampoco sé si ha servido para algo o si me he cargado el teléfono y no han podido recuperar las fotos que tanto preocupaban a Javier Fuentes porque nadie lo ha mencionado, aunque Torre me ha dicho que no me preocupe por eso.

En realidad, apenas habla del caso delante de mí. Kevin me ha contado que ellos dos han tenido que acudir varias veces a testificar y mi hermana asegura que muy pronto me va a tocar a mí. Y eso me agobia un poco. No sé si estoy preparada para hablar de ello con la policía, con el juez o con quien sea y por mucho que Iria diga que es un trámite sencillo y que me van a tratar bien, cada vez que me acuerdo de esa noche se me revuelve el estómago.

Quiero inspirar hondo para alejar esos pensamientos, pero el dolor en el pecho me devuelve de golpe a la realidad sin poder contener un quejido. La médica me ha dicho que el dolor remitirá poco a poco, pero no es agradable que duela respirar. Y menos con el corazón roto. La mirada de Torre se empaña y harta de todo lo aparto para agarrar el pomo.

Después de casi tres semanas en el Hospital Álvaro Cunqueiro ingresada quiero estar en mi casa tranquila, tirarme en el sofá a ver pasar las horas muertas y aburrirme delante de la televisión como hacía antes… Antes de conocerle. Lo único que quiero es regresar a mi confortable monotonía de antes. Nada más.

—Un momento, Uxía. Tengo que decirte algo.

«Genial. Ahí viene».

—Vale. Pues hazlo en el salón porque yo me tengo que sentar —respondo a la vez que empujo la puerta. Parpadeo un par de veces con escepticismo esperando que nos hayamos

confundido de apartamento.

—Es que no quería que te enterases así. Quería prepararte y …

Resoplaría si no me doliese por dentro al hacerlo.

—¿Se ha roto una cañería mientras he estado fuera? —pregunto señalando con el brazo sano el buen número de cajas de cartón y plástico apiladas de manera caótica contra la pared del pasillo— ¿O es cosa de mi hermana que ha dejado el trabajo en Vigo y ha pensado que este es un buen sitio para todos sus expedientes?

Le doy una patada a una de las cajas de camino al salón dejándome caer en el sofá sin quitarme la parka. Estoy demasiado cansada para tanto esfuerzo y con ganas de llorar, así que espero con toda la paciencia que puedo a que deje de mirarme de pie y suelte lo que tenga que decir.

—Son mis cosas, con tanto jaleo no he tenido tiempo de guardarlas. He pedido el traslado —explica sentándose sobre la mesita de café. Se queda callado un instante y yo lo imito esperando a que continúe—. Me quedo contigo.

Me peleo con la manga de la parka intentado sacar el brazo bueno, aunque enseguida me rindo, mientras Torre me observa con los párpados entrecerrados. Me pongo tan recta como puedo y recoloco el brazo en cabestrillo intentando infundirme algo de seguridad antes de hablar.

—¿Por qué? Si es por lo del accidente —señalo el lado de mi cuerpo más magullado— no hace falta. Sé cuidarme sola.

Torre se incorpora haciendo un ruido con la boca que no sé si es un gruñido, una risa o una palabrota y se sienta en la otra punta del sofá. Esa es otra. Desde lo que pasó apenas me toca y ya no sé si es porque cree que me va a doler o porque sencillamente no quiere hacerlo. Sea por lo que sea me pone de los nervios.

—Eso ya lo sé, Uxía.

—¿Entonces? —Torre sonríe tomándolo a broma hasta que ve que no reacciono de la misma manera.

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí.

Muevo un par de veces la cabeza con suavidad para darle más énfasis a las palabras hasta que él inclinándose hacia adelante me atrapa sin esfuerzo en uno de esos besos que tanto he echado de menos. No es más que un roce, pero la caricia de su lengua en mi boca ha estado a punto de dejarme sin aliento. Es increíble como me tiene desde el primer beso.

—Ese día cuando estaba en el coche de tu primo por el medio del monte casi me vuelvo loco.

—Si lo haces por algo del honor o la culpa o una chorrada de esas ni…

Su boca encuentra la mía de nuevo callándome sin una palabra. No es necesario. En cuanto siento sus labios abriendo los míos he perdido el hilo. Y el aliento. En este momento no existe nada más que este beso. Me toma suavemente por la barbilla con dos dedos y se aparta por completo al escuchar mi suspiro contenido. Sus ojos oscuros brillan con algo parecido al miedo mientras se separa, pero intercepto su mano pegándola al lado menos magullado con fuerza hasta que deja de intentar retirarla.

—¿Estás bien?

—Dímelo —quiero sonar exigente, pero lo que me sale es más bien un susurro—. ¿Por qué no te vas? Viniste para un mes.

—Porque te has colado en mis sueños, Uxía, así que lo mínimo es que me dejes compartirlos contigo. Cada noche. Mientras viva.

Entrecruzo los dedos con los suyos bajándolos hasta mi regazo. Me obligo a tomar aire y controlarme con los ojos picándome. Su boca se curva en una sonrisa engreída que conozco demasiado bien y suelto lo primero me que sale:

—Más te vale.

Sube nuestras manos para besar la punta de mis dedos y aprovecho para acariciar el marcado mentón, las pequeñas cicatrices que adornan la zona y juguetear con su barba incipiente. En cuanto hago dos giros con la punta del índice en donde sé que le gusta entrecierra los párpados sonriendo.

—Tiene que valer, Uxía —respira con brusquedad, como si a él también le costase respirar—porque estoy colado por ti. No me has dejado otra opción que quererte y ya no me puedo ir. Le he pedido a un compañero que me enviase todo eso —indica señalando con la barbilla hacia las cajas amontonadas fuera— para no tener que separarme de ti, he aceptado colaborar con los de aquí hasta cerrar la investigación de los Fuentes y les he dejado bien claro que después o vacaciones y traslado o me pillo una excedencia. Eso me ha llevado a discutir con mi superior tres veces solo en esta semana porque está convencido de que estoy a punto de cargarme mi carrera porque he perdido la cabeza y no sé cuántas barbaridades más y no puede darme más igual.

Ay. Lo observo fijamente sin saber qué decir porque estoy a punto de ponerme a llorar desbordada por las emociones. Torre se pasa la mano libre por la frente y los mechones oscuros más largos bailan desordenados esperando una respuesta. *Mi* respuesta. No quiero hacerme ilusiones porque yo sí que no voy a ser capaz de separarme si se queda.

—«Mientras viva» es mucho tiempo.

—Eso espero—responde risueño.

—¿Sabes que mi familia no nos va a dejar en paz?

—Cuento con ello. ¿Algo más?

Las palabras se quedan atascadas en la garganta, que pica como nunca antes. Una parte de mí quiere decirle un millón de cosas y la otra solo quiere abrazarlo y no soltarlo nunca más. Me recuesto como puedo contra su costado dejando que me envuelva entre sus brazos. Huele a sándalo, a cuero, a paciencia y a hogar. A todo lo que no sabía que necesitaba y que me niego a dejar atrás. El cuerpo me duele, pero me da igual porque estoy exactamente donde quiero estar.

—Yo también he soñado contigo, Sergio.

—Más te vale —replica imitándome y por su voz sé que sonríe. Se me cierran los ojos del cansancio y el esfuerzo sintiendo sus labios rozar mi sien—, cabezona.

EPÍLOGO UXÍA

—¡Uxi!

Me giro sorprendida buscándolo y Torre me devuelve la sonrisa a la par que señala un hueco libre a unos metros en donde va a estacionar y reviso la hora en la pantalla del móvil por si me he entretenido más de lo que pensaba en la casa de mi padre. Es cosa suya, que ha regresado antes del trabajo. No es lo habitual. Siempre que llega yo ya estoy en casa y me gusta escuchar el ruido de sus llaves en el rellano justo antes de que abra la cerradura como parte de nuestra rutina diaria.

Subo la cremallera del plumífero hasta arriba, escondo la barbilla dentro y me quedo esperándolo en la acera. Queda una semana para que empiece oficialmente el invierno, pero el frío ya está aquí y no se irá hasta que llueva. Saludo a una vecina sin quitar atención al vehículo y en cuanto se baja y me localiza se me olvida todo lo demás con el escalofrío que me estremece la espina dorsal. Otra vez más. «Espero que esta sensación no desaparezca nunca».

Meto las manos en los bolsillos para agarrar la llave del portal pensando en todo lo que le tengo que decir y me espabilo un poco. Mi padre ha vuelto a insistir con lo mismo. No quiere vender la casa, pero tampoco quiere vivir en ella. Dice que es porque está lejos y no puede desplazarse al centro tanto como quiere. No es verdad. No soporta seguir viviendo tan cerca de la casa de los Fuentes, aunque ninguno de los dos esté allí. El hijo continúa en la cárcel, en prisión preventiva. Y según los periódicos y los chismorreos de los vecinos, el padre se ha mudado a un pueblo cercano a la frontera con Ourense a la espera de juicio.

Aún así, mi padre no quiere seguir allí. No soporta que nadie los nombre y cada vez que tiene que pasar por delante de esa casa se le tuerce el gesto. Y desde que comenzaron las obras en el camino no queda más remedio que hacerlo para entrar o salir de Aselas. Tampoco está preparado para venderla porque está llena de recuerdos. Sobre todo, de mi madre.

Así que está intentando convencernos a mí o a Brais para que nos mudemos allí intercambiando la vivienda con él argumentando que nos sería más cómodo para trabajar. Sinceramente, no creo que mi padre aguantase viviendo en un piso más de un mes y menos en el de Brais, pero tengo que comentárselo a Torre antes de que mi padre lo haga en la comida del sábado y acaben discutiendo.

—¿Cómo has llegado tan temprano? —pregunto en cuanto me alcanza y me besa en los labios—. Pensaba que el tráfico en Vigo se ponía imposible desde que encendían las luces de navidad.

—Eso es porque tengo noticias, cariño —responde enarcando la ceja en un gesto muy suyo a la vez que me pasa un brazo por los hombros y entramos en el edificio—. Y de las buenas.

Estoy a punto de decir que yo también, pero al ver el brillo de sus ojos casi negros sobre las finas líneas oscuras de las ojeras cambio de idea y le invito a que siga.

—Me han llamado por el puesto del que te hablé la semana pasada. ¿Te acuerdas?

«Pues claro que sí». Desde que se mudó a Asela ha encadenado varios puestos temporales mientras esperaba a que le asignasen uno de los destinos solicitados. No se ha quejado apenas en estos dos años, pero sé que no ha estado contento con esos trabajos tan

diferentes al que tenía antes de mudarse aquí. Le gusta la investigación y no ha vuelto a tener esa opción desde que me eligió a mí por encima de todo lo demás.

—¿Te lo han dado? ¡Eso lo hay que celebrar!

Se detiene ante la puerta del piso con las llaves en la mano y una sonrisa deslumbrante que lo dice todo. Intento darle un beso rápido, pero ya me ha atrapado entre sus brazos y cierra de un puntapié llevándome por el aire hasta el sofá. Mis dedos se enredan en la barba que últimamente lleva más larga y me entrego a su beso durante unos segundos más antes de empujarlo ligeramente y levantarme cuando lo vuelve a intentar.

—Espera…

—¿Pensabas celebrarlo tomando tequilas? Me gusta cómo te pones cuando estás piripi —añade moviendo el pulgar en mi dirección.

Pongo los ojos en blanco negando separándome un paso hacia atrás y Torre suelta una carcajada cuando casi me tropiezo con la mesilla de noche. La esquivo como puedo sin dejar de mirarlo y lo retengo con las manos cuando trata de incorporarse. Sigue siendo el hombre más atractivo que he conocido en mi vida y el único que me agita las entrañas de esta manera. «Mi chico».

—No puedo beber.

Enarca las cejas apoyando un codo en el reposabrazos y me fijo en el rasgón que aparece debajo.

—¿Por qué?

Iria tiene razón: mi sofá está para el arrastre. Ya era viejo cuando me vine a vivir aquí y ahora lo es todavía más. Soy incapaz de cambiarlo, me pasa como a mi padre, porque está lleno de recuerdos y me he vuelto una sentimental. Un ciento de recuerdos que empiezan por un revolcón hace más de dos años y aunque él no lo sepa estoy a punto de añadir uno más. Me muerdo el labio y lo suelto sin más.

—Estoy embarazada.

Sus gritos me toman por sorpresa y cuando me quiero dar cuenta me lleva en volandas para sentarme sobre él en ese mismo lugar. Durante un instante no decimos nada, pero sus ojos relucen húmedos tanto como los míos y me doy un manotazo para librarme de la primera lágrima. Ahora mismo me siento tan feliz que no parece real.

—¿Seguro? —susurra muy bajito enredando mis dedos con los suyos.

Llevo más de un año sin tomar la píldora anticonceptiva. En concreto, desde que tras la última revisión médica los especialistas aseguraron que estaba tan bien que no supondría ningún problema que me quedase embarazada. El médico lo comentó como algo trivial sin darle demasiada importancia. No tendría que tenerla. No me había planteado ser madre antes ni me consideraba una persona demasiado maternal.

Sin embargo, Torre y yo nos apretamos la mano a la vez sobre mi regazo y eso significó algo. Lo significó *todo*. Supe en ese mismo instante que si alguna vez lo hacía sería con él. Al salir del hospital no hizo falta hablar mucho más.

Bajo la mano al vientre y asiento sin palabras. Tengo la garganta cerrada por la emoción y cuando me besa se me saltan las lágrimas. Apoya la frente en la mía y me acuna entre sus brazos con su fuerte mano sobre la mía.

—Joder, Uxía, eres lo mejor que me ha dado la vida.

NOTA DE LA AUTORA

Tomiño tiene quince parroquias, pero ninguna se llama Aselas porque me la he inventado por dos motivos. El primero: libertad creativa. El segundo: para no molestar a nadie con mi narración a pesar de que todos los hechos descritos son ficticios. Todos los demás lugares nombrados son reales y he intentado reflejarlos lo mejor que he sabido.

También me he tomado algunas licencias en cuanto a cómo se desarrolla una investigación o la infiltración de un agente que espero que se sepa disculpar y que he hecho únicamente intentando favorecer a la trama.

Soy una lectora voraz de varios géneros y entre ellos, la romántica. La mayoría de las novelas que leo están ambientadas en otros lugares lejanos (muchas de ellas en Estados Unidos o Canadá, en su mayoría, incluso cuando son escritas por autoras de aquí) y una parte de mí siempre se preguntaba cómo se verían esas mismas historias protagonizadas por alguien de aquí o si el rural gallego (del que tanto disfruto y en el que me he criado) tendría el mismo encanto para las lectoras de aquí que el oeste americano. O si yo sería capaz de transmitir lo que tanto me gusta de mi zona en estas páginas.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña escrita en Amazon. Cada valoración es un gran estímulo para seguir adelante. Puedes hacerlo de una manera más fácil a través de este QR.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de mi correo electrónico, de Instagram con el nombre de usuario @dulcemartinezwri o en mi página de Facebook en el enlace https://www.facebook.com/dulcemartinezwri

SIGUIENTE NOVELA EN PREVENTA CON DESCUENTO

Si te ha gustado esta novela puedes usar este QR que te llevará a la siguiente de esta serie y que puedes conseguir a precio reducido mientras dure la preventa. La novela se publicará el 5 de noviembre de este año.